Angela MARSONS

ALMAS MUERTAS

UN THRILLER DE KIM STONE

Almas muertas

Almas muertas

Título original: Dead Souls
© Angela Marsons, 2017. Reservados todos los derechos.
© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Jorge de Buen Unna

ISBN: 978-87-428-1251-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Otras obras de Angela Marsons

De la serie de la detective Kim Stone:

Un grito en el silencio

Juegos diabólicos

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Otras obras:

Dear Mother (publicada anteriormente bajo el título de The Middle Child)

The Forgotten Woman (publicada anteriormente bajo el título de My Name Is)

—

Este libro está dedicado a mi compañera Julie Forrest, quien cada día me lleva de la mano.
Y algún día llegarás a entender lo valiosa que eres en este proceso.

Prólogo

Justin bajó la mirada a la hoja del cuchillo que planeaba sobre su muñeca. El cuchillo era de su madre; los temblores, suyos.

Por un instante, se sintió abrumado por los detalles prácticos de la tarea. ¿Habría escogido el cuchillo adecuado? Había tantos... Los había en el cajón de los cubiertos. Otros que sobresalían de un bloque de madera. Había un juego de cuchillos de plata que su madre recibió como legado y que siempre estaban en su propia caja decorativa.

Este cuchillo no había sido su primera elección. Al principio había escogido el más grande, el más perverso del cajón. Tenía filo de sierra, una hilera de dientes afilados como una cordillera.

El mango se sentía bien en la mano, pero la imagen de esos dientes abriéndose paso por su piel lo hizo estremecer. Qué ironía estar acabando con tu propia vida y preocuparte por el dolor.

Lo devolvió a su lugar y cogió otro: uno largo y liso de mango más grueso y sustancioso. Muchas veces había visto a su madre cortar con él el asado del domingo.

Lo recorrió una punzada de tristeza, mezclada con arrepentimiento.

Se recordó sentado junto a su hermanita, cada domingo, esperando con impaciencia la comida más ansiada de la semana. Su madre acomodaba con mucho cuidado los platos de la cena, ceremoniosamente, con el rostro revestido de orgullo. Tragó saliva cuando se dio cuenta de que ella, al pensar en él, nunca volvería a verse así.

El cuchillo vaciló. Él se preguntaba si habría alguna manera de volver a esos días, a sus primeros años de adolescencia, cuando le bastaba con pertenecer a su familia. Los días fuera, las vacaciones junto al mar, la comida para llevar y las noches de cine.

Tragó hondo.

Ya no era ese chico. Hacía muchos años que no lo era. La ira que llevaba plantada en el interior se había avivado hasta convertirse en un rugiente infierno.

Sabía lo que tenía que hacer.

El rostro de su madre se le plantó en la mente. El dolor que sentía era casi físico.

Gritó al pasarse la hoja del cuchillo por la muñeca.

El rasguño se entrecruzó con algunos de sus débiles intentos anteriores. Al menos, este nuevo esfuerzo sí recibió la recompensa de una pequeña burbuja de sangre en un extremo de la fina línea. Era un avance.

Aquel rostro permanecía en su mente. Estaba lleno de comprensión y clemencia. Lo miraba igual que cuando él se ganó un castigo por haber golpeado a un niño en el patio de la escuela; o aquella vez en que a otro niño le quitó la bicicleta y le dañó la rueda delantera.

Esos fueron errores, y fueron perdonados.

Esta no sería como aquellas veces.

Nunca, en sus dieciocho años, había deseado echar atrás el reloj. En los últimos dos días, lo había estado deseando hora tras hora. El arrepentimiento no era por sí mismo: nunca se casaría, nunca traería una novia a casa a conocer a su madre, nunca tendría hijos. Su arrepentimiento era por su madre: se llevaría consigo su única esperanza de tener un nieto.

En su mente, el rostro de su madre cambió. Parecía perplejo, confuso, casi interrogante.

El dolor de su dolor le desgarró el corazón.

Su madre se cuestionaría a sí misma. Se preguntaría qué hizo mal, si habría sido su culpa.

Con ese pensamiento, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Esto es un error —susurró, y empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

No podía soportar la idea de que su madre se condenara a sí misma. No había sido su culpa. Nada de esto era su culpa. Era solo de él.

Soltó el cuchillo. Del primer cajón de la mesilla de noche, sacó un bloc de notas y un bolígrafo.

Sabía que, para él, no había otra salida. Llevaba dos días sabiéndolo bien. Pero sus propias decisiones no debían obligar a su madre a vivir el resto de sus días cargada de culpas. Él nunca se perdonaría a sí mismo por lo que había hecho, y ella, por mucho que lo intentara, tampoco le concedería su perdón.

Hizo un alto al recordar el rostro indefenso y aterrorizado que lo miraba desde abajo; un rostro confundido, en busca de razones, de los motivos de esos actos. Era una pregunta que, de pronto, él había sido incapaz de contestar, una pregunta que lo enfermaba hasta la médula.

Esos ojos, Dios santo, esos ojos, llenos de miedo, encontraron la vergüenza en su corazón. Fue entonces cuando se dio cuenta de en qué se había convertido, exactamente. La negrura de su alma le había quitado el aliento. Se había convertido en un monstruo.

Y esto no terminaría con él; de hecho, era solo el comienzo. La muerte y el odio se le echaban encima, y él era demasiado cobarde para detenerlos.

Puso sobre la almohada una nota para su madre y volvió a coger el cuchillo.

Su agarre era fuerte, y su mano, firme. Se concentró en la vena de la muñeca.

Con la hoja, cortó la piel.

Esta vez, iba en serio.

Capítulo 1

—Bryant, dobla aquí a la izquierda —gritó Kim. Las sirenas ya se escuchaban en la distancia.

Los frenos chirriaron cuando el coche giró patinando en la entrada del polígono comercial.

—Y yo que estaba bastante seguro de que íbamos camino a casa —gruñó él.

Kim pasó por alto el comentario de su colega. Barrió con la mirada el lado izquierdo, el frente, el lado derecho y de vuelta. Sus ojos estaban atentos a cualquier movimiento entre los edificios a oscuras.

—Jefa, ¿sabes que hay otros policías en las Tierras Med...?

—Estábamos a menos de un kilómetro de un robo a mano armada con lesionados ¿y no puedes pensar en otra cosa que en tu tarta con puré? —le espetó ella. Había sido culpa de Bryant dejar la radio encendida.

—Me parece justo —concedió él. Una cena palidecía ante la visión de un hombre inocente apuñalado en el estómago y sangrando con profusión.

—Apostaría a que está por aquí, en algún lado —dijo ella, entrecerrando los ojos ante el oscuro panorama.

Por la descripción, sospechaba que iban tras Paul Chater, un prolífico ladrón de tiendas de diecinueve años. Desde que Paul era un niño de once, Kim había estado cargando con él a la comisaría.

El chaval tenía prohibida la entrada a todos los centros comerciales y tiendas de las calles importantes que compartían sus datos estratégicos en sociedad. Su foto había pasado de uno a otro comercio más veces que el vídeo porno de alguna celebridad.

—¿Y por qué habría de venir aquí? —preguntó Bryant.

—Porque esto es como un pueblo —contestó ella—. En este lugar hay más de doscientas unidades comerciales y cinco kilómetros de caminos.

Estaban a menos de cuatrocientos metros de la tienda. El chico seguía montando un ciclomotor muy cutre que tenía un silenciador

chungo. Querría salir de los caminos principales lo antes posible.

—Podríamos dar vueltas por este lugar durante una hora y no encontrarlo —dijo ella.

—¿Así que probablemente sabe que lo buscaremos aquí? —preguntó Bryant.

—No en un Astra Estate —contestó ella—. Estará más atento a esas malditas sirenas.

En los últimos años, Paul Chater se había centrado en los asaltos y robos a pequeños comercios que tenían pocas cámaras de vigilancia o ninguna. Se tomaba sus frecuentes incursiones por la cárcel como gajes del oficio y un descanso bien merecido. Pero el informe de que había habido un cuchillo era todo un ascenso.

Kim bajó la ventanilla a la espera de que lo delatara el ruido metálico de su ciclomotor, pero el sonido de las sirenas que se aproximaban no la ayudaba en nada.

—Jefa, no vamos a encontrar...

—Ahí está —gritó. Señaló a través del parabrisas.

Bryant pisó el acelerador.

—No lo persigas —lo advirtió—. Está buscando un escondite. Si deja el ciclomotor y huye a pie, no lo cogeremos nunca. —Trataba de pensar a toda velocidad.— Sigue hasta el final de la calle, dobla a la derecha y, después, a la izquierda.

Si Chater tuviera un poco de sentido común, se dirigiría al extremo occidental del sitio. Este daba a una empinada ladera que remataba en el camino de sirga del canal. Pero, por la dirección que llevaba, primero tendría que recorrer poco menos de un kilómetro en línea recta.

En cuanto Kim y Bryant atravesaron el aparcamiento de una ferretería para aterrizar en un tramo de carretera, Chater quedó a la vista. Se dirigía justo hacia donde ella había pensado.

—Alcánzalo —dijo Kim.

Bryant volvió a pisar el acelerador.

Chater miró hacia atrás.

—Más rápido —rugió ella.

El sonido de las sirenas les dijo que los coches patrulla acababan de entrar en el polígono, pero ella sabía que nunca los alcanzarían. Estaban solos.

—Ponte a su lado —dijo, y bajó la ventanilla por completo.

Tenían la pendiente doscientos metros más adelante.

—Jefa, ¿qué estás...?

—Detente —gritó ella en cuanto estuvieron a la altura de Chater —. Detente —repitió en un grito a la cara de sorpresa del ladrón.

Ciento cincuenta metros.

—Jefa, no hagas nada que...

—Detén la puta moto —gritó ella.

Cien metros más y Chater soltaría el ciclomotor para salir corriendo. La moto avanzaba a codazos.

—Acércate más —dijo Kim casi sin aliento.

—No hagas lo que creo que...

—Bryant, ya se lo he pedido amablemente —dijo ella, y giró sobre su asiento.

Faltando cincuenta metros, Kim ya estaba a la altura del brazo de Chater.

Vaciló por un instante, pero entonces recordó el mensaje de radio que había descrito al señor Singh sangrando en la tienda.

Veinticinco metros.

Cogió el tirador, abrió de golpe la puerta del coche y dio a Chater un empujón por el muslo.

Bryant pisó el freno mientras el ciclomotor caía a su izquierda, lejos del coche.

Kim abrió la puerta por completo y salió de inmediato. El ladrón, que había conseguido ponerse de pie, empezó a correr hacia el fondo.

Mientras Kim acortaba la distancia de tres metros, las sirenas llegaban hacia ellos desde todas las direcciones.

Ella se lanzó hacia delante en cuanto él puso un pie en la colina.

—Te tengo —gritó cuando le cayó encima. El macizo tirador de la cremallera de su cazadora de motociclista se le clavó en el estómago, pero también en la espalda de Chater.

Él gruñó y se agitó en un intento de zafarse.

Kim le dio la vuelta y miró su rostro a través del visor de metacrilato.

—Vale, pedazo de mierda —dijo, y se sentó a horcajadas sobre su estómago—. ¿Qué has hecho ahora?

—Quítate, guarra —dijo él. Contoneaba las caderas como Ricky Martin.

Ella le apretó las costillas con los muslos.

—¿Dónde está el cuchillo, Paul?

—No hubo ningún cuchillo —protestó él.

Por los labios, la negación había sido rápida, pero los ojos parecían no estar de acuerdo.

—¿Dónde está, Paul? —preguntó ella, y aumentó la presión en la cintura.

—Ya te dije, no hubo ningún puto cuchillo —gritó con su acento de Black Country, ahora conquistado por la convicción—. Solo fui a por cigarrillos, ¿eh?

De solo pensar en la imagen de un hombre inocente sangrando

allá atrás, en su tienda, Kim sintió que la ira la dominaba. La vida del tendero pendía de un hilo solo porque esta pequeña sabandija quería cigarrillos, pero no pagar por ellos.

—Búscate un curro y cómpralos —dijo ella, y apretó más el agarre. Un coche patrulla se detuvo en ángulo en el bordillo.

Kim miró a su colega, quien estaba apoyado en su coche, con los brazos cruzados.

—¿Sabes, Bryant? Abomino a quienes piensan que el mundo está en deuda con ellos.

—¿Nos lo llevamos, seño? —preguntó uno de los agentes que acababan de llegar, mientras un segundo coche patrulla se detenía en el bordillo.

Ella asintió con la cabeza, se irguió hasta su metro setenta y cinco y se quitó una ramita del pelo negro y puntiagudo. Volvió a poner su atención en el hombre que estaba en el suelo.

—Siempre has sido un gilipollas, Paul, pero ahora eres un gilipollas con cuchillo, y por eso te vas a quedar encerrado un largo, largo tiempo —siseó mientras lo entregaba—. El cuchillo debe estar en algún lugar de este polígono —dijo a los agentes.

—Esto no va a resolver todos tus problemas, guarra —dijo Chater con una sonrisa—. Por aquí hay muchos como yo, y vendrán...

—Ay, lo sé, Paul, pero, como dice un supermercado por ahí: «Todo ayuda».

Fue hacia su colega, que la esperaba moviendo la cabeza de un lado al otro, tranquilamente. Ella se frotó las manos para limpiárselas y sonrió.

Una escoria menos en las calles.

—Vale, Bryant, ahora podrás irte a casa a cenar.

Capítulo 2

La doctora A observó la hilera de rostros que tenía delante y procuró que sus suspiros no se oyeran. Su colega de la Universidad de Aston se dirigía a Dubái para asesorar a un grupo de flamantes policías acerca de las primeras etapas de una excavación.

Y ella estaba en pleno campo, en Black Country, con un grupo de estudiantes apáticos que lucían en el rostro una expresión de lunes por la mañana. Un semblante que ella, como toda una profesional, era incapaz de exhibir. Ay, ¿dónde estaban las mentes jóvenes y ansiosas, de cerebros como esponjas dispuestas a absorber nueva información? Eso habría hecho mucho más fácil la distribución de los deberes, pensó. Qué mejor que la siguiente solicitud de asesoría arqueológica en un clima cálido y soleado llevara su nombre.

—Vale, juntar —dijo, agitando las manos delante de ella.

—Quiere decir que os reunáis —intervino Timothy, su asistente.

Ella lo miró frunciendo los labios. Sí, a veces se le trabucaban ciertas palabras del inglés, pero, si estas personas no eran capaces de entender una instrucción así de simple, tendrían problemas más adelante.

Mientras se mantenía ocupada marcando el contorno con pintura en aerosol, dos metros por un metro, los catorce estudiantes se fueron desperdigando. Iban formando grupos y congregándose en pequeñas cuadrillas, con las manos bien metidas en los bolsillos y los hombros encorvados contra los siete grados de ese día de noviembre. Aunque llegaba un viento helado, no era penetrante. Le habría gustado llevarse a estos jóvenes a su casa de Macedonia, en la península balcánica, donde las masas de aire frío, provenientes de Rusia, se quedaban colgadas de los valles y hundían las temperaturas a menos veinte grados.

—¿Quién puede mencionar objetos que deben estar en la caja de herramientas del arqueólogo forense? —preguntó mientras abría una bolsa que estaba junto a las palas.

—Cámara —dijo uno, bostezando.

—Cuaderno de dibujo y lápices —intervino otro.

—Alicates e hisopos —añadió el que bostezaba.

—Linterna.

Ella asentía mientras le gritaban las respuestas más obvias. El entusiasmo duró poco. Esos cerebros necesitaban un cambio de marcha, si ella quería que buscaran más respuestas.

—Escena del crimen, no olvidar —los incitó.

—Cinta.

—Ropa desechable.

La doctora A volvió a asentir y bajó la mirada al rectángulo de hierba.

—Así que ¿estamos listos para empezar? —preguntó. Cogió una pala.

Se miraron los unos a los otros mientras daban un paso al frente.

—*Da mu se nevidi* —suspiró ella en voz baja.

La doctora A miró a Timothy. Este hizo el bizco. Había aprendido suficiente macedonio como para saber que era un grito de frustración.

—¿Hay algo que debamos hacer antes de empezar? —repitió.

—Limpiar las herramientas —dijo un alumno.

—Uno esperaría que estuvieran limpias —dijo ella sucintamente.

Empezaba a abrigar esperanzas de que ninguno de estos alumnos tomara la ruta de la investigación forense.

Era hora de explicar algunas cosas, pensó mientras empezaba a excavar.

—Lo normal sería examinar la capa superior del suelo. Aquí no ha habido ningún crimen, así que iré excavando mientras me explico.

Timothy avanzó un paso ante la perspectiva de entrar en actividad.

—En los yacimientos antiguos, las capas relevantes están, por lo general, completamente enterradas.

En las escenas forenses, la superficie actual también es una capa relevante.

—El enterramiento se conecta directamente con el terreno actual. Esto significa que el suelo que estás pisando, simplemente para llegar a la escena, es parte del sitio, y tu presencia puede alterar o destruir las pruebas. —Hizo una pausa a la espera de preguntas. Como no llegara ninguna, continuó con la lección como la tenía planeada.— Los indicios forenses son más sutiles. Un arqueólogo forense debe ser muy sensible a la presencia de raíces trozadas, hojas secas, vegetación muerta, marcas de herramientas, pisadas e, incluso, huellas dactilares.

El montón de tierra y hierbas empezó a crecer a un lado del borde marcado con pintura blanca.

—En los yacimientos forenses normales, los utensilios son, a

menudo, perecederos. Estoy hablando de papeles, tela, tabaco, insectos, pelo, uñas y otros tejidos suaves.

La doctora A miró los rostros aburridos que la rodeaban mientras el agujero alcanzaba unos treinta centímetros de profundidad.

Entregó la pala a una chica morena que tenía a la derecha. Al hombre que estaba inmediatamente al lado de la morena le dijo que le pidiera a Timothy la segunda pala.

—Cavad, por favor —instruyó, y, antes de seguir hablando, esperó a que la pareja hubiera clavado las palas en el suelo en preparación para empezar—. También existe la posibilidad de que nos encontremos con materiales biológicamente peligrosos; incluso con peligros de otro tipo... —vaciló—. Una pistola cargada, por ejemplo.

La alumna dudó. De pronto, las palabras habían traído la atención de todos.

Ella asintió hacia su público.

—Sí, ha ocurrido.

Caminó detrás de los excavadores y los animó a que pasaran las palas a otros. Era hora de calentar a estos chicos.

Entrelazó los dedos por la espalda y siguió caminando y hablando.

—Cualquier vestigio que aparezca debe ponerse en la cadena de custodia legal que corresponda. Pasen las palas, por favor. Y todo debe tomarse en cuenta y protegerse hasta que, oficialmente...

Sus palabras se fueron perdiendo mientras clavaba la mirada en la fosa.

—Alto —gritó con todas sus fuerzas. Todos saltaron hacia atrás, sobresaltados—. Apartaos —dijo, sin quitar la vista del agujero.

Caminó a lo largo del eje mayor de la excavación y se arrodilló.

Miró de cerca y extendió la mano derecha. Como todo buen ayudante, Timothy ya sabía exactamente qué hacer.

Un cepillo suave vino a dar a su palma.

—Fuera de mi luz, gente —gritó. Su mirada seguía fija en el objeto que había acaparado su atención.

Cepilló con suavidad y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Alrededor de ella se oían jadeos mientras la forma lisa y redonda empezaba a aflorar. Al parecer, estos alumnos sabían algo, después de todo.

La doctora A hizo una pausa para volverse y hablar con su colega.

—Timothy, aleja a todo el mundo del área. Y tráeme al jefe de los servicios forenses y a la inspectora detective Stone.

Capítulo 3

Stacey Wood se esforzó de verdad para entender la escena que la rodeaba. Había algo obsceno en ese volumen de sangre. Parecía haber alcanzado todas y cada una de las superficies duras del diminuto trastero atrás de la casita. Pero esa no era la única contrariedad; ella ya había visto sangre. El verdadero problema era el recuerdo que había quedado relegado en el fondo de su mente.

Su mirada se cruzó con Dawson en el espacio atiborrado de zapatillas, botines de fútbol, revistas de coches y camisetas.

Esta era la habitación de un chico normal, excepto por el cuerpo del adolescente derribado contra la pared y la mancha de sangre en la alfombra. El olor metálico de la sangre reñía contra el de las ropas sudadas.

Tenía la cabeza echada atrás. Sus ojos abiertos parecían dirigirse a las salpicaduras de sangre en el techo, como si contemplaran las estrellas o miraran asombrados lo que él mismo había hecho. La única interrupción en una piel suave y juvenil era una cicatriz blanca que corría bajo el ojo izquierdo. Enrollada hasta el codo, la manga de su sudadera de capucha dejaba a la vista la herida fatal. Los vaqueros pitillo grises estaban cubiertos de manchas de sangre seca.

A pocos centímetros de su mano derecha había caído el cuchillo de cocina.

Stacey trató de permanecer inalterada y respirar de manera uniforme mientras sus ojos se fijaban en el cuchillo. No quería que Dawson pensara que, para ella, el trabajo de campo era insoportable. Y él podía oler su miedo a un kilómetro de distancia. Pero ese cuchillo empujaba su mente hacia algún lugar a donde ella no quería ir. No aquí, no ahora.

Se dio una buena sacudida mental y enfocó sus pensamientos. La madre había encontrado a su hijo y había llamado histérica a los paramédicos. La llamada fue a dar directamente a la comisaría y, enseguida, al patólogo, para que asistiera al mismo tiempo. Stacey supuso que el chico había muerto hacía un par de horas.

La clave de su presencia en ese lugar era determinar que no se trataba de un homicidio convertido en escena de suicidio. Un rápido acuerdo entre detective y forense ayudaría a acelerar el proceso y permitir a la familia organizar los funerales.

—La cosa iba en serio —opinó Keats, el jefe de los servicios forenses—. Por fin.

Stacey lo sabía. A pesar de los arañazos que corrían por la muñeca del chico, provocados por intentos fallidos, el corte en la piel bajaba a lo largo del brazo. Le había cercenado la vena.

Stacey no podía evitar que su mente vagara más allá de lo que tenía delante, hasta el conocimiento de que los momentos previos a la muerte habían sido dolorosos, emotivos, esforzados. Ya era suficientemente malo que este joven no hubiera encontrado más alternativa que acabar con su vida, pero los cortes anteriores, provocados por las vacilaciones, hacían eco de sus sufrimientos.

No tenía ni idea de qué había torturado tanto a este joven, pero sí sabía que muchos de los aprietos de los adolescentes no eran tan insoportables como ellos creían. Si el chico hubiera estado dispuesto a compartir sus problemas, quizás no habría llegado a la conclusión de que esta era la única salida. Stacey se encogió de hombros y se tragó el creciente malestar.

Keats seguiría procesando la escena, pero, desde el punto de vista de Stacey, nada indicaba que alguien más hubiera estado involucrado en la muerte de Justin Reynolds. Si ese hubiera sido el caso, la pequeña habitación mostraría algunos signos de lucha, pero, aquí, el único conflicto había estado dentro de la cabeza del joven.

—¿Te parece bien, Sargento? —preguntó Keats en voz baja, dirigiéndose a Dawson.

Él asintió.

—Estoy convencido de que este joven...

Stacey no alcanzó a oír el resto de las palabras. Salió por fin de esa habitación de la que no podía alejarse con suficiente rapidez.

Capítulo 4

Kim giró bruscamente a la izquierda para salir de la A456, una autovía que dividía las jurisdicciones de Tierras Medias Occidentales y Mercia Occidental.

Siguió las instrucciones del navegador satelital cuando este le dijo que girara a la izquierda en un camino de tierra, detrás de un centro de jardinería.

—¿Esta cosa está colocada? —preguntó cuando la voz electrónica anunció que había llegado a su destino. Kim pensó que el cacharro la estaba llevando por un atajo y que, en algún momento, la pondría de nuevo en la civilización o, por lo menos, en un camino asfaltado.

Bryant se encogió de hombros cuando la rueda derecha cayó en un bache que los hizo rebotar como en un trampolín.

—Corcho —dijo, al mismo tiempo en que alcanzaba a distinguir tres coches patrulla junto a dos minibuses en un aparcamiento de grava, a un lado de una verja de campo.

Por suerte para Kim, los artilugios electrónicos no exigían disculpas.

Aparcó tres metros más atrás, bloqueando el camino de una sola vía.

Mientras caminaban hacia la verja, unos cuantos grupos dispersos de alumnos, que conversaban animadamente, iban llegando a los minibuses.

Menos mal que alguien había echado mano del sentido común y se había puesto a despejar la escena. Kim estaba segura de que esta había sido una sesión de adiestramiento que los chicos no olvidarían en mucho tiempo.

Aunque conocían a los policías que vigilaban la entrada, ambos detectives mostraron sus identificaciones.

Al interior del campo llevaba un sendero desgastado parcialmente, surcado por los vehículos agrícolas que usaban esa entrada. Continuaba unos cincuenta metros antes de desaparecer.

La zona boscosa, a su derecha, se hacía más rala hasta dejar

expuesto un campo llano y herboso que se extendía unos cuatrocientos metros en ambas direcciones. El campo estaba bordeado por densos setos verdes que lo separaban de los cultivos situados más allá.

Kim divisó la actividad donde terminaban los árboles.

—Ah, mierda, jefa. Tenías que haberme dicho que se trataba de ella.

Kim sonrió.

—Creí que te gustaban las sorpresas.

—¿Llamas sorpresa a esto? —dijo él con amargura.

Ella negó con la cabeza. Sabía que esta científica era un gusto adquirido. Su franqueza no sentaba bien a todos, pero, para Kim, esa mujer era una bocanada de aire fresco. Sus pensamientos y sus actos eran congruentes. No siempre tenía la razón, pero estaba cerca.

Kim observó a la doctora A recorrer la fosa a lo largo. Llevaba una mano metida en el bolsillo delantero de sus vaqueros mientras, con la otra, sostenía el teléfono pegado a la oreja. La pernera izquierda de sus pantalones azul claro se había salido de los confines de una bota Doc Marten.

Lo que antes pudo haber sido una cola de caballo, que sujetaba con firmeza su larga melena de tonos degradados, se había soltado y le caía hasta la nuca.

—Doctora A —dijo Kim con la mano extendida cuando la mujer colgó el teléfono.

Ese apodo se lo había puesto ella misma, después de haber presenciado demasiados cataclismos con su nombre macedonio. Kim ni siquiera estaba segura de cuál era ese nombre, puesto que no recordaba haber usado otra cosa que la versión abreviada.

Una breve sonrisa acompañó el apretón de manos mientras la mujer recorría la escena con la mirada.

—Bryant —dijo, y extendió la mano.

Al colega de Kim no le quedó más remedio que aceptarla.

—Dijo bien mi nombre —murmuró Bryant cuando la mujer se volvió hacia la fosa.

—¿Dónde está Keatings? —preguntó ella de repente.

—A cargo de un suicidio —explicó Kim—. Llegará aquí en breve.

—Venga, vayamos —dijo la doctora A, haciéndoles señas para que se acercaran al borde de la fosa.

De inmediato, Kim notó el hueso blanco que sobresalía del suelo. Por experiencia, sabía exactamente lo que estaba mirando.

—¿Un cráneo? —preguntó.

La doctora A asintió.

Kim dio un paso atrás y miró la fosa en el contexto de esas tierras llanas.

—¿Medio metro de profundidad? —preguntó.

—Aproximadamente, sí. Muy superficial.

Kim dio un paso adelante.

—¿Podemos...?

—No, no, no, no —gritó la doctora A—. No debemos apresurarnos. Deberíamos permitir que mi equipo y el de Keatings sean los primeros. No sabríamos las condiciones ni las circunstancias antes de que usted empiece a pisotear la escena.

Kim lo entendía bien. En este momento, no había manera de saber cuánto tiempo llevaba allí ese cráneo. El deber de la doctora A era preservar las pruebas y retirar los restos con tanto cuidado como fuera posible.

Como la mayoría de los arqueólogos forenses, esta mujer tenía un doctorado en Antropología y sabría leer cualquier pista que hubiera quedado en los huesos.

En primer lugar, tenía que asegurarse de que fueran humanos. Kim había visto suficientes cráneos y no tenía la menor duda de que este lo era.

Enseguida, la doctora A intentaría identificar las características biológicas, es decir, el sexo y la raza.

La detective sabía que establecer la fecha de la muerte era un problema grande cuando solo se contaba con huesos, sin más tejidos. La tasa de descomposición de la carne, teniendo en cuenta tanto las condiciones biológicas como las climáticas, les habría ofrecido un valor estimado, por lo menos. También era muy poco probable que pudieran servirse de la entomología. A juzgar por la limpieza del hueso, hacía mucho que los insectos habían abandonado esta fiesta.

Pero la doctora A podía ayudarlos en lo que era más importante para la investigación: identificar la causa y la forma de la muerte.

Kim sabía que había cuatro formas de muerte: natural, accidental, por suicidio y homicida.

Y aunque aún no tenía ni idea de lo que estaban contemplando, sí sabía algo: esta pobre alma no se había enterrado sola.

—Ah, doble mierda —dijo Bryant, provocando que Kim se volviera.

Una horda venía hacia ellos a lo largo de la línea de los árboles. Ella ya esperaba a la mayoría; a uno, no. Gruñó.

—Gracias por mantener caliente mi escena del crimen, pero ya estoy aquí —dijo el inspector detective Travis, su archinémesis en la policía de Mercia Occidental.

Nunca, desde que ella adquirió la categoría de inspectora detective, él se había referido a ella por su rango.

Kim se volvió a encararlo y le devolvió el favor.

—Tom, según mis cuentas, esta es la tercera vez que te entrometes en una de mis escenas criminales y te vas con las manos vacías.

—Llevo una —dijo él. Se refería al cuerpo del joven gerente de un centro de ocio en West Hagley.

—Me parece justo, y estoy encantada de que hubieras resuelto el caso. Ah, espera, no lo resolviste *tú* —dijo ella. En ese momento, cuando en el rostro de él aparecía una sonrisa, ella se dio cuenta de que le había dado exactamente lo que buscaba.

Una reacción.

Ahora, ella parecía tan infantil como él. O más.

Travis continuó:

—Notarás, me parece, que Hunnington está bajo la jurisdicción de Mercia Occidental.

—Y Hayley Green está en las Tierras Medias, así que déjalo, Tom. Ya lo resolverán los adultos.

—Stone, sabes que...

—Tom, ven aquí —dijo ella, y se apartó unos pasos del público que, de repente, estaba más atento a ellos que al cráneo en el suelo—. ¿Algún día madurarás, de una puta vez? —le dijo enfurecida.

—Deja de robar mis escenarios y no tendremos ningún problema, Stone —le escupió.

—Vaya, creo que los dos sabemos bien que eso es una gilipollez —dijo ella—. Mientras respiremos, siempre habrá problemas, pero deja de convertirlos en un espectáculo para las masas. Es infantil, poco profesional y es, incluso, indigno de ti.

Él le devolvió la mirada con una frialdad que ella conocía bien. Mientras tanto, detrás de ellos, más y más gente seguía llegando a la escena del crimen.

Kim se apartó y volvió a la actividad alrededor de la fosa.

Los miembros del equipo de la doctora A se habían reunido y se estaban vistiendo con los trajes protectores blancos.

La detective esquivó a todos a su alrededor y se quedó observando a los técnicos, que iban dejando al descubierto más partes del cráneo. Los restos parecían yacer de lado.

Una de las cuencas oculares, ya expuesta, mostraba que el cráneo que estaban observando, sin duda, era humano.

Los técnicos seguían quitando minuciosamente la tierra adherida al hueso. Pronto, un enorme agujero apareció donde debía haber estado la nariz.

Otros pases del cepillo y otras maniobras de alisado revelaron la cuenca del otro ojo.

Kim frunció el ceño cuando el trabajo se ralentizó hasta detenerse.

Un técnico se puso a tomar fotos del cráneo.

—¿Qué diablos...? —preguntó Bryant. Su mirada se había posado en el mismo lugar que la de ella.

Algo antinatural sobresalía de la cuenca.

Capítulo 5

—Es un hueso —dijo la doctora A mientras bajaba a la fosa.

Kim se sintió aliviada de que la suya no hubiera sido la única expresión de desconcierto alrededor de la excavación.

¿Cómo era posible que un hueso asomara por la cuenca ocular?

Miró a Bryant, que negaba con la cabeza. Era evidente que él tampoco había visto nada parecido.

—No sé de qué hueso se trata —continuó la doctora A—, pero esto se está cogiendo más *dificilidad.*

Nadie la corrigió.

Si los huesos fueran anatómicamente correctos, habría pistas sobre cómo seguir con la excavación y la recuperación. Por lo general, al cráneo seguiría la columna vertebral, y así. Si los huesos no estaban en los lugares correctos, el proceso de remoción se hacía mucho más complicado para los científicos.

Y también para ellos mismos, pensó Kim, y se volvió hacia Bryant.

—Tenemos que hablar con Woody. Aquí hay muchos asuntos por resolver.

Él asintió en señal de que estaba de acuerdo.

Kim se inclinó hacia delante y fue a explicarle a la científica el motivo de su partida.

—Ya era hora, Stone —dijo Travis cuando los vio marcharse—. Estás usurpando mi escena del crimen...

—Es *mi* escena del crimen, sargento Travis —ladró la doctora A—. Bien haría en recordarlo.

—Inspector detective —la corrigió él con frialdad.

—Me he equivocado —dijo la doctora A, aunque Kim sabía que no había habido ninguna equivocación. Era la forma de decirle a Travis que se comportara de acuerdo con su rango.

Kim prefirió no dedicarle ni una mirada mientras se dirigían hacia el coche.

En su mente, ya iba redactando una lista de peticiones para Woody. En primer lugar, sería necesario investigar el resto del área.

Habían encontrado partes corporales, así que el campo entero tendría que ser explorado en busca de otras.

—¿Crees que nos la darán? —preguntó Bryant.

Como toda respuesta, ella se encogió de hombros. Eso esperaba. Woody ya la había ayudado en todas las demás oportunidades. Si Kim no hubiera sabido nada de los huesos, su determinación no sería tan grande, pero, una vez visitada la escena del crimen, ya se le había metido en la cabeza. Ahora era suya.

Mientras se aproximaban a la verja, pudo ver que los coches adicionales ya ocupaban el lugar de los minibuses, pues estos, cargados de alumnos, ya habían partido e iban de regreso a clases.

El camino estaba despejado, excepto por un flamante Audi blanco.

Como por arte de magia, Tracy Frost había aparecido en la verja justo cuando Kim y Bryant llegaban a ella.

—Hola, Frost. Has vuelto —dijo Kim.

—¿Me has echado de menos, Stone?

—Solo cuando me ha fallado el tino —bromeó Kim.

Tracy rio.

Había entre ellas menor animadversión que la que solía haber. Salvarse la vida mutuamente es lo que tiene con las relaciones personales.

Para ser justos con la mujer, Tracy había estado muy ocupada investigando una cadena de suministro de drogas que iba de las Tierras Medias a la capital del país.

Kim la miró de arriba abajo y se sintió complacida de ver que los tacones de trece centímetros seguían en sus lugares. Era bueno saber que las cosas no habían cambiado tanto.

—¿Y, entonces, inspectora...? —dijo Frost, y sacó su cuaderno.

—Nos ahorraremos algo de tiempo —le dijo Kim mientras pasaba a su lado—. Sin comentarios, sin comentarios, sin comentarios.

Tal como lo esperaba, Tracy la siguió.

—La presencia policíaca es excesiva para una sesión de entrenamiento, ¿no? —Kim no le hizo caso.— Estoy suponiendo que habéis encontrado algo ahí. ¿Tengo razón?

Kim siguió caminando como si nada.

—¿Por qué hay aquí dos fuerzas policíacas, otra vez?

Kim llegó al coche y se detuvo.

—Según mis cuentas, esas han sido tres preguntas, y ya te he dado mis respuestas.

Bryant tosió para disimular la risa.

—Vale, una más, solamente —dijo Tracy, echándose la larga melena rubia sobre el hombro.

—Sabes que no voy a...

—¿Cómo diablos vais a decidir quién se queda con esta investigación? —preguntó Tracy, de todos modos—. Estamos justo en la frontera entre las dos corporaciones.

—¿De veras? —preguntó Kim, fingiendo sorpresa.

—¿Así que lo decidiréis con una moneda al aire, con un concurso de ver quién mea más lejos o echando un pulso? —aguijoneó Tracy.

Kim sonrió.

—Vale. Esto sí que tiene una respuesta. Nos turnaremos para patearte de un lado al otro del campo para ver quién te manda más lejos. La mejor patada de tres. Ahora, quita tu coche.

Tracy se cruzó de brazos.

—¿Y si no me diera la gana...?

—Frost —la advirtió Kim. Había tenido suficiente—. Tu coche se va a mover, aunque tenga que embestirlo de regreso hasta el camino de tierra.

La reportera bajó los brazos.

—No lo harías.

Kim asintió.

—Oh, sí que lo haré. Este no es mío, es de él —dijo, señalando a Bryant con el mentón.

Se subió al coche y arrancó el motor.

Tracy retrocedió de inmediato.

Kim le hizo un breve saludo con la mano y aceleró el motor tres veces.

La reportera se subió a su Audi y empezó a dar marcha atrás.

—No lo habrías hecho, ¿o sí, jefa?

Kim no dijo nada.

Había un cuerpo enterrado y necesitaban regresar a la comisaría.

¿De verdad Bryant había sentido la necesidad de preguntar?

Capítulo 6

Kim no se detuvo en el despacho, sino que fue directamente a la tercera planta.

No tenía ninguna duda de que la noticia del cráneo descubierto en Hayley Green ya habría llegado a oídos de su superior, el inspector jefe de detectives Woodward.

Llamó a la puerta y esperó un solo segundo a que él la invitara a entrar. Ya la esperaba.

Entró en el despacho y contuvo la sonrisa que jugueteaba en sus labios. Nunca se aburriría de ver a este hombre sentado detrás de su escritorio. Aunque la estatura de un metro ochenta y tres quedaba encubierta tras el mueble de caoba, la espalda erguida y el torso vertical no eran menos imponentes; como tampoco lo era la piel color caramelo acentuada por la nítida blancura de un uniforme que tenía tan bien ganado.

Apenas tres semanas atrás, la historia pudo haber sido muy diferente. Ella y su jefe aún no hablaban del incidente en Welshpool, y quizás nunca lo harían; sin embargo, una semana después de ese caso, que estuvo a punto de cobrarse la vida de la nieta de su jefe, Kim había recibido una miniatura en oro sólido de una motocicleta Triumph T100, su modelo favorito. Y con ella recibió también una colorida nota manuscrita de Lissy. Y no hubo más discusión.

—Señor, doy por hecho que usted sabe...

—¿Que has encontrado un cráneo en un campo, Stone?

—Bueno, no he sido yo, en realidad —lo corrigió. Ya tenía bastante con su propia mierda.

Él se apoyó en el respaldo de su silla.

—Siéntate.

Kim se dio cuenta de que esta conversación duraría más de lo que esperaba. Lo único que quería oír era «es tuyo, Stone». ¿De verdad tenía alguna necesidad de sentarse para eso?

—Señor, necesitamos organizar una exploración exhaustiva del sitio, traer un georradar y...

—Más despacio, más despacio —dijo él, y levantó la mano—. Aquí tenemos que resolver un asunto geográfico, el que tú y Travis ya discutisteis en el sitio.

Ella estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero consiguió refrenarse.

Seguramente, Travis había llamado a su propio inspector jefe de detectives en el mismo instante en que Kim desapareció de su vista. Ahora tendría que añadir «delator» a la lista de las poco envidiables cualidades de ese tío.

Eso no era importante. Sí lo era el hecho de que los dos jefes inspectores de detectives hubieran hablado, y Woody no parecía cabreado. Era un buen augurio con respecto a la posesión.

—Stone, siento mucha curiosidad de saber qué ocurrió entre tú y Travis. ¿No erais íntimos?

Kim frunció el ceño. Ella no habría usado la palabra *íntimos* para referirse a su relación con Tom Travis; ni a ninguna otra relación, para el caso. Pero habían sido compañeros, y casi amigos, antes de que él desertara de las Tierras Medias para irse a Mercia Occidental.

Pero eso había sido, también, antes de que él la colocara en una posición insostenible. Pocos meses después del incidente, a Travis lo habían trasladado a una fuerza más pequeña, un mes después, solamente, de que a ella la hubieran hecho inspectora detective... antes que a él.

Ella nunca había hablado de eso con nadie. Y nunca lo haría.

Se encogió de hombros.

—Rivalidades de la corporación, señor —contestó.

Él no le creyó, evidentemente, pero aceptó su respuesta. Entrelazó los dedos.

—Ya sabes que la ubicación de esto es una completa pesadilla.

Ella asintió. Seguía sin escuchar las palabras mágicas.

—El campo se encuentra justo en la frontera. A un lado, Hunnington, en Mercia Occidental, y al otro, Hayley Green. Nadie sabe con precisión dónde están los límites.

Kim sabía que Hayley Green estaba formado, principalmente, por casas donde vivían sus propios dueños. Se componía de la urbanización Causey Farm, la avenida St. Kenelms, la urbanización Squirrels y una finca en Uffmoor Lane.

Hunnington era un pueblo que pertenecía a la zona postal de Bromsgrove. En 1844, lo que originalmente había sido un municipio en la parroquia de Halesowen, había quedado bajo la jurisdicción de Worcestershire.

Y, por lo visto, nadie parecía saber dónde terminaba.

—Ahora podríamos meternos en una lucha sin sentido contra la

corporación vecina, y eso no sería útil para nadie, especialmente para quien está ahí enterrado.

La convicción inicial de Kim se iba desvaneciendo. Esas eran muchas más palabras de las que había querido escuchar.

Él prosiguió:

—Así que, después de haber hablado con el inspector jefe de detectives Walsh, de Mercia Occidental, así como con el superintendente Shaw, en la casa Lloyd, hemos llegado a un acuerdo que satisfará a todas las partes.

Kim frunció el ceño. El caso del cráneo en el campo sería todo suyo o nada.

—Esta será una investigación conjunta, dirigida tanto por ti como por el inspector detective Travis.

Él se enderezó, a la espera de una respuesta.

Ella soltó una carcajada.

—Lo siento, señor, pero por un momento creí que había dicho «investigación conjunta».

—Sí, Stone, eso he dicho.

Ella dejó de reír.

—Señor, de verdad, no puede creer que...

—En realidad, Stone, sí lo creo. Como bien sabes, hace mucho que estoy convencido de que las corporaciones pueden y deben colaborar más estrechamente.

—Pero...

Él levantó una mano para hacerla callar.

—Creo que cada fuerza policíaca debe preservar su propia identidad, pero hay prácticas y metodologías que deberían ser compartidas entre todos. Todos tratamos de hacer el mismo trabajo.

—¿Un equipo, una visión? —preguntó ella, irritada.

—No exactamente, pero todos podemos aprender de los demás, Stone. Todos —añadió enfáticamente.

Ella pasó por alto el comentario. Su mente ya estaba tratando de procesar la logística: dos equipos de investigación, dos laboratorios forenses, dos médicos forenses, dos encargados de la investigación. En todo había uno más de lo que a ella le habría parecido cómodo.

—Pero eso significa duplicarlo todo —dijo, y se preguntaba si sería un uso sensato del presupuesto.

—No será así como funcionen, Stone. Travis hará la parte operativa, y tú, la técnica.

—¿Técnica? —cuestionó.

—Laboratorios, forenses.

Ella frunció el ceño.

—¿Y mi equipo, entonces?

—No estarán contigo en esto. Seguirán trabajando en otros casos —dijo él, con lo que confirmó los peores temores de Kim.

—¿Supervisados por quién? —replicó ella.

—Eres una persona llena de recursos, Stone. Estoy seguro de que te las podrás arreglar.

—Pero...

—Travis tiene un equipo más grande, pero nuestros servicios forenses son más eficaces que los de ellos. Y ellos lo saben.

Kim se quedó de piedra. Los detalles ya habían sido acordados. Sintió que no había margen de maniobra en nada de esto, pero tenía que intentar algo, aunque fuera simbólico.

—¿Se da cuenta de que Travis y yo apenas podemos trabajar en el mismo condado, ya no digamos...?

—Ambos sois adultos profesionales —afirmó él.

«Bueno, la mitad de nosotros, sí», pensó ella.

Habían pasado casi cinco años desde los tiempos en que trabajaban juntos, y aquello no había terminado bien. Kim se preguntaba si Travis estaba sintiendo exactamente lo mismo que ella.

—Quisiera que constara en actas que esto no me parece una buena idea —opinó.

—Stone, las actas no tenían la menor duda de que ibas a decir eso, pero estamos hablando de evolución. Tenemos que intentar cosas nuevas. Si quieres participar de alguna manera en esta investigación, ha de ser en estos términos. Este caso nos servirá para probar la colaboración entre corporaciones.

—¿Soy un conejillo de indias? —aclaró.

Él lo pensó por un segundo y asintió.

—Sí, supongo que eres un conejillo de indias.

—Señor, ¿le gustaría que este proyecto fracasara? —preguntó ella con toda seriedad. Su reputación como mala compañera de juegos era legendaria.

Woody negó con la cabeza.

—¿Por qué lo piensas?

—Porque me está enviando a trabajar con otra fuerza y sin Bryant. Es casi como si usted quisiera que lo jod... estropeara todo.

En los rasgos del jefe destelló una breve sonrisa.

—¿No te estaré enviando, más bien, porque sé que no permitirás que esto fracase?

Vaya, qué bajeza. ¿Cómo hacerle frente a eso?

Woody le entregó una hoja de papel.

—Esta es la dirección de Tom Travis. Mañana, a primera hora, pasa a por él. Haz las paces en el coche y ponte a trabajar en este caso.

Kim dudó antes de coger el papel que se le ofrecía. Esta era su última oportunidad para negarse: dejar que alguien tomara su lugar o, simplemente, entregarle la investigación a Mercia Occidental.

«¿Podré volver a trabajar con Tom?», se preguntaba. ¿Después de toda la amargura y animadversión que había crecido entre los dos durante los últimos años? ¿Alguno de los dos sería capaz de olvidar?

Podría marcharse en ese momento y dedicarse con su equipo a la carga de casos pendientes. ¿Tan desesperada estaba por descubrir la identidad del cráneo aparecido en el campo y superar el reto que se le planteaba?

Kim extendió la mano y cogió la dirección.

Capítulo 7

—Vale, chicos, tenemos que hablar —dijo Kim al entrar en la sala de la brigada.

Notó que el pizarrón ya había sido borrado y que alguien había escrito en la parte superior las palabras «Cráneo sin identificar».

Había ido a dar un paseo alrededor del edificio para disipar su enfado. No era necesario que el mal humor la siguiera hasta la sala. El equipo percibiría su negatividad, y ella no quería eso.

—Así que, chicos, vais a descansar por un tiempo.

—¿De verdad? —preguntó Dawson.

—En realidad, no —respondió con una sonrisa—. El asunto del cráneo será una investigación conjunta con Mercia Occidental. —Tres expresiones de sorpresa se volvieron hacia ella.— Trabajaré junto al inspector detective Travis y su equipo. Seré el contacto con los forenses.

Eso era. La gran bola de tensión que circulaba por su estómago podía explicarse con una sola frase.

—¿Así que nosotros no tendremos nada que ver? —preguntó Dawson, mirando el tablero.

Kim negó con la cabeza. Sentía que la insatisfacción recorría toda la sala.

—¿Vas a trabajar con Travis? —preguntó Bryant.

Kim le dio las gracias en silencio por haberse dado cuenta de lo obvio.

—¿Cuál es el problema, Bryant?, ¿te sientes excluido? —preguntó Dawson.

Bryant sonrió satisfecho.

—*Na,* solo me preguntaba dónde se pueden comprar las entradas.

—¿Qué se supone que haremos, entonces? —preguntó Dawson.

Ella echó un vistazo al desordenado escritorio del sargento.

—Creo que tienes bastante con lo tuyo. Averigua si ya recuperó la conciencia el tipo a quien asaltaron el viernes. Y quiero que Bryant esté contigo en eso.

—¿Debemos estar atentos al asunto de Paul Chater? —preguntó Bryant.

Ella negó con un movimiento de cabeza. El equipo del Departamento de Investigaciones Criminales de Brierley Hill había dejado muy claro que no querían que se implicara más en ese caso. Por su culpa, los interrogatorios se habían retrasado tres horas. Dado que ella había derribado al tipo de su ciclomotor, habían tenido que esperar la autorización del equipo médico. Kim no había titubeado en recordarles que, si podían interrogar a ese mierdecilla, era gracias a ella.

Dawson se frotó las manos.

—Estupendo, tengo un compañero. Pero ambos tenemos el mismo rango, así que ¿quién manda?

—Yo —dijo Kim—. Y Stacey seguirá siendo vuestro centro de operaciones, ¿vale, chicos?

Todos asintieron.

Kim consultó el reloj de pared. Eran casi las cinco.

—Vale, basta por hoy —dijo, no muy segura de por cuánto tiempo más sería capaz de fingir—. Nos reuniremos a las siete de la mañana —añadió antes de dirigirse al Tazón.

La frustración no la estaba abandonando tan rápido como ella había esperado.

Si se tratara de un caso suyo, de su equipo, ya todos tendrían deberes asignados. Su equipo estaría animado, lleno de entusiasmo y ansioso por desenterrar pistas.

Los problemas potenciales empezaban a apilarse en su mente.

—Bien vendido, ¿eh, jefa? —dijo Bryant desde la entrada.

Ella se encogió de hombros. No tenía mucho sentido tratar de mentirle.

—Así que, supongo, esta es una despedida —bromeó él.

En ese mismo instante, el teléfono de Kim anunció la entrada de un mensaje de texto.

Era de la doctora A, quien le confirmaba que todos los instrumentos estaban ya en el sitio y que la recuperación continuaría por la mañana. Kim sabía perfectamente bien que, si por ella fuera, la científica trabajaría toda la noche hasta extraer los huesos, pero, al igual que la propia Kim, la doctora A tenía que pensar en el bienestar de su equipo.

Le contestó con un breve mensaje en que acusaba recibo de la información. Enseguida, dejó caer la cabeza sobre el escritorio y gimió.

—¿Cómo demonios vas a hacer frente a esto? —le preguntó Bryant desde algún lugar por encima.

Una vez más, era como si pudiera leerle la mente.

Capítulo 8

17 de octubre de 1989

Jacob James abrió los ojos e instantáneamente supo cuatro cosas:

La habitación estaba a oscuras.

De un lado de su cara surgía un dolor punzante.

Tenía las muñecas atadas.

Y estaba desnudo.

Se apoderó de él un pánico inmediato mientras los pensamientos y las preguntas acudían a su mente, pero se obligó a considerar cada terrible detalle por separado.

La oscuridad se posaba pesadamente en su piel desnuda. Parpadeó dos veces. Sintió el acto físico de sus ojos al abrirse y cerrarse, pero la densa negrura de su visión no cambió.

Lo hirió otro dardo de pánico. Parpadeó una vez más y se llevó a los ojos las manos atadas, que tenía en el regazo. Había una leve sombra. No estaba ciego.

El dolor de cabeza era intenso y recorría todo el contorno de su cráneo. Entrecerró los ojos, tratando de concentrarse a través del dolor y recordar lo que había ocurrido.

Una entrevista. Sabía que había tenido una entrevista.

Después de tantos meses de buscarlo, se había reunido con el dueño de una nueva imprenta en Perry Barr. Le había dado esperanzas.

Pasada la entrevista, había ido a comprar patatas fritas para los dos. A celebrar.

En su mente, recorrió cuidadosamente los pasos, en busca de información perdida, como si fueran las llaves del coche.

Había doblado en la calle Shaft y, entonces..., nada.

Trató de forzar la memoria imaginándose a sí mismo caminando por esa calle tan conocida para él. Pero no era natural. Era como si estuviera dirigiendo una película, en lugar de recordar.

Mientras su mente perdía el meollo y se alejaba del rastro de sus recuerdos, las preguntas acudieron a su mente.

¿Dónde estaba?

¿Quién le había hecho esto?

¿Qué diablos había hecho él?

¿Por qué lo trataban así?

Al sentir las ataduras en sus muñecas y la piel desnuda contra la pared, la furia iba colmándolo por dentro. Deseó que su captor estuviera ahí, ahora, enfrente. No necesitaba más que una oportunidad. Aunque la edad ya no estaba de su lado, en las calles de Jamaica había aprendido a pelear.

Pero, ahora, esos años habían quedado muy atrás. Inglaterra le había dado trabajo, le había dado una esposa. Una familia.

La imagen del rostro de su hija se apareció en su mente.

—Adaje —gritó con todas sus fuerzas.

Capítulo 9

Bryant se frotó las manos, suspiró, aceptó lo inevitable y se volvió hacia Dawson.

—¿Qué tenemos con respecto a ese asalto, Kev? —preguntó.

Antes de dirigirse a Kidderminster, la jefa había aparecido para reiterarles las instrucciones del día anterior. Como si se les fueran a olvidar. Venía con una expresión tensa y cerrada, y Bryant, que la conocía bastante bien, estaba decidido a dejarla en paz.

Durante el tiempo que llevaba trabajando con Kim Stone, se había preguntado acerca de los rumores que, por los pasillos de la comisaría, corrían cinco años atrás, cuando ella fue ascendida a inspectora detective. En aquel tiempo, él solo la conocía por su nombre y reputación, pero no entraba en el juego de los cotilleos. Eso no ayudaba a nadie.

Lo que sí había visto, durante los últimos dos años, era la tensión en la mandíbula de su jefa cada vez que chocaba con Tom Travis. Bastaba, incluso, con que alguien mencionara su nombre.

Por lo general, la carga del trabajo cotidiano de Bryant entrañaba una porción de tolerancia y, por si acaso, una ración adicional de paciencia. Y, mientras miraba a Dawson, tenía el presentimiento de que su tolerancia en ambas áreas se pondría a prueba durante el tiempo en que su jefa estuviera ocupada en el otro servicio.

Su colega no le caía especialmente mal, no era eso. Sí, a veces, era imprudente, y sí, en ocasiones desafiaba la autoridad. Era engreído, seguro de sí mismo y dogmático en sus opiniones. Nada de esto molestaba a Bryant. La mayoría de las veces, eso lo divertía. No le importaba que el chico cometiera errores; el problema era que no parecía aprender de ellos.

Dawson sacó las tres primeras carpetas de la pila que tenía en la bandeja de entrada, abrió la primera y leyó en voz alta.

—Hombre de nacionalidad polaca, llamado Henryk Kowalski, de poco más de treinta años, hallado en el aparcamiento junto a las oficinas de empleo, en el centro de la ciudad —dijo, y señaló con la

cabeza la carretera a Halesowen.

Bryant conocía el aparcamiento. Era de una sola planta y estaba lleno de columnas de hormigón y rincones oscuros que habían visto una buena cuota de tráfico de drogas.

—¿Es un consumidor? —preguntó.

Dawson se encogió de hombros.

—No he podido acercarme a él desde el viernes. Entra y sale del estado consciente. La enfermera dice que podríamos tener cinco minutos.

Bryant frunció el ceño.

—Heridas graves, entonces. ¿Hay testigos?

Dawson asintió.

—Una chica llamada Marie, que acababa de cerrar la joyería por la noche. ¿Primero la testigo? —preguntó.

—¿Primero la víctima? —dijo Bryant.

—Permiso para no hacer otra cosa que seguiros a lo largo del día —pidió Stacey, sonriéndoles.

—Primero la víctima —confirmó Bryant—. Necesitamos su relato completo del incidente. Así sabremos qué necesita ser corroborado.

Dawson lo pensó por un momento.

—Vale, primero la víctima —concedió.

Bryant se preguntaba si cada pequeña decisión terminaría en un desacuerdo y un debate.

Se levantó y cogió su chaqueta.

Y que Dios estuviera de su lado a la hora de elegir el almuerzo.

Capítulo 10

Kim se detuvo en la dirección que Woody le había dado el día anterior. La casa adosada con porche estaba en una pequeña urbanización de Blakedown, un área entre Hagley y Kidderminster. Exactamente lo que ella había esperado: una casa anodina y poco inspiradora; un perfecto reflejo de su propietario, decidió de mal humor.

La mañana no había empezado bien, puesto que, de manera inesperada, había caído una helada durante la noche, dejando su Golf GTI de once años vestido con una chaqueta de hielo. Los coches con más de una década a sus espaldas no hacían nada automáticamente, así que cogió el raspador y el descongelador para liberarlo.

Las tuberías de la casa se habían congelado, como si esta primera helada invernal las hubiera cogido por sorpresa. Y la última botella de agua había ido a dar al cuenco de Barney.

Si creyera en el destino, pensaría que el universo la estaba preparando para el día que le esperaba con el inspector detective Travis.

La conversación por mensajes de texto, la tarde anterior, había sido breve y directa. El número de sílabas podía contarse con los dedos de una mano. Evidentemente, él estaba tan emocionado como ella ante la perspectiva de trabajar juntos. A lo mejor a él, al igual que a ella, le habían dicho que no había elección.

Travis apareció con el talante que ella le conocía bien, vestido de pantalones negros, corbata negra, camisa blanca y forro polar azul marino: el uniforme que lo había seguido a lo largo de toda su carrera como detective.

Sin poderlo evitar, a Kim se le ocurrió que ese forro polar imposibilitaba que cualquier atuendo pareciera elegante.

Su estatura era semejante al metro ochenta y tres de Bryant, pero Tom era mucho más ancho, más osuno que su compañero. Lucía en el pelo más canas que otra cosa, en tanto que su corta barba era casi

blanca.

Él se giró hasta darle la espalda cuando una mujer apareció en la entrada de la casa. Después de un breve abrazo, se volvió hacia Kim.

Era como si la detective no estuviera ahí. Con un rostro inmutable, Travis se alejó de su casa por el sendero.

Kim soltó un pesado suspiro.

Él abrió la puerta del coche y se acomodó en el asiento del copiloto.

Ella se volvió hacia él.

—Mira, Tom, estoy segura de que a ti te sienta tan mal como a mí que…

—No me hables de ninguna otra cosa que no sea el caso —dijo, sin dejar de mirar al frente.

—Estaría encantada de no hablar contigo en absoluto —replicó ella—, pero estoy segura de que eso no es lo que nuestros jefes tienen en mente.

Satisfecha, con la rama de olivo bien estampada en la cara, puso el coche en marcha y se alejó del bordillo.

Sí, definitivamente, el destino había querido ponerla sobre aviso.

Kim decidió seguir en sus propias cavilaciones mientras se dirigían a la comisaría de Kidderminster, una fina astilla de un edificio. Tenía la fachada plana, tres plantas de altura y dieciocho ventanas a lo largo.

Mercia Occidental era la cuarta fuerza policíaca del país. Cubría los 7428 kilómetros cuadrados de Herefordshire, Shropshire y Worcestershire, y, con casi dos mil quinientos policías, atendía a una población de un millón ciento noventa mil habitantes.

Se diferenciaba de su propia corporación en tanto que cubría áreas densamente pobladas, como Telford y Shrewsbury, al igual que otras zonas rurales escasamente habitadas.

* * *

Estacionó el coche y entró a la comisaría detrás de Travis.

Él se detuvo en la recepción a recoger una identificación temporal. Kim la cogió sin decir nada y se la metió en el bolsillo.

Mientras atravesaba el edificio, Travis iba haciendo algunas señales de asentimiento, sin detenerse a presentarla a nadie. Las miradas extrañas que le dedicaban la hicieron sentir que era una curiosidad o una sospechosa al lado del detective.

El murmullo bajo de las conversaciones se detuvo por completo cuando entraron en la sala de la brigada.

De inmediato, Kim se sintió sorprendida al ver las diferencias de distribución con respecto a su propio lugar.

Para empezar, esta habitación era cuatro veces más espaciosa que la de Halesowen. De la pared opuesta a la puerta colgaban ocho tableros adosados que daban lugar a una gran pizarra. En la pared del fondo había dos puertas como un par de orejas.

La de la izquierda conducía a un despacho, mientras que la derecha parecía ser la de una pequeña cocina.

Pero lo que no le gustó fue que los ocho escritorios, cuatro de cada lado de la sala, estuvieran orientados hacia el frente, como en un salón de clases.

A nadie le habrían dado un premio por adivinar quién estaba de pie junto a la pequeña mesa cuadrada del fondo, sobre la cual había una sola maceta con una planta de flores moradas.

Cinco de los escritorios estaban ocupados. Diez ojos curiosos se posaron en la detective, que iba siguiendo a Travis por el pasillo que separaba los dos grupos.

—Qué extraña distribución —dijo Kim. Seguía a Travis hacia el interior de las sólidas paredes, desde donde se podía ver un montón de nada.

—Todos los ojos concentrados en los tableros —dijo él, lacónico.

«Como si fuera un castigo», pensó Kim.

En su opinión, si para mantener tu concentración tenías que mirar fijamente una pizarra, estabas en un lío muy gordo.

—¿Siempre...?

—Mira, Stone, tú diriges a tu equipo, yo dirijo al mío, ¿vale? —le espetó.

Lo único que ella quería saber era si las reuniones informativas eran siempre a las nueve. Empezaba a sentir que ya habían perdido medio día.

Ella no respondió y se quedó esperando a que él reuniera unos papeles y un portapapeles.

En un momento dado, el inspector detective salió de su despacho y se dirigió a la cabecera de la sala. Kim hundió las manos en sus bolsillos delanteros y se apoyó en el marco de la puerta.

Travis empezó la reunión informativa presentándola. Kim suponía que él ya había explicado la situación a su equipo, así como ella lo había hecho con el suyo. Después de que los nombrara uno por uno, ella hizo una señal de asentimiento general. Recibió media sonrisa de la única mujer que había en la sala. La proporción de hombres y mujeres la entristeció.

Travis se frotó las manos.

—Vale, chicos y chicas —dijo, asintiendo hacia Lynda con una sonrisa. Como toda respuesta, ella puso los ojos en blanco—. Vamos a ponernos al día rápidamente antes de que os pida que me entreguéis los deberes. Y el primero será... Gibbs —dijo. Echó un vistazo por la habitación y posó la mirada en un hombre de alrededor de cuarenta años, elegantemente vestido.

—Sí, elige al tío del traje —comentó Gibbs.

Travis levantó una mano y se dirigió al equipo.

—Creo que todos sabemos que Gibbs tiene que ir esta tarde a los tribunales —dijo, y enarcó una ceja.

Se oyeron algunas risitas aquí y allá.

—Venga —lo instó Travis.

Kim no podía apartar la mirada de su excompañero. Este no era el hombre con quien había peleado durante los últimos años entre escenarios criminales y, ciertamente, tampoco era el hombre a quien había traído al trabajo hacía diez minutos.

Pero sí era el hombre con quien recordaba haber trabajado.

—Por fin, anoche le saqué una confesión completa a Dalglish —contestó Gibbs—. Admitió que había conducido el coche en tres de los cuatro robos. Insistió en que no hizo el cuarto, pero nos dio el nombre del chico que lo cometió.

Travis asintió satisfecho.

—¿Y?

Gibbs gruñó.

—Sí, jefe, tenías razón. Revelarle que su madre lo esperaba fuera le soltó bastante la lengua.

Travis sonrió.

—La he conocido. No me sorprende. Si yo estuviera en los zapatos de ese chico, le tendría mucho más miedo a ella que al tribunal.

—En el asunto de Turner, el de la violación, seguimos esperando la decisión del tribunal de la corona —intervino Johnson desde la segunda fila. Sus intentos por ocultar unos claros prematuros en la cabeza no eran del todo exitosos.

Travis apretó la boca.

—Acósalo otra vez, no quiero que vuelva pronto a las calles.

Johnson asintió.

—Vale, hora de los deberes —dijo Travis—, y toca otra vez a Gibbs.

—El terreno donde aparecieron los restos está arrendado a la familia Cowley —dijo Gibbs—, la cual consiste en el padre, Jeff; la hija, Fiona, y el hijo, Billy. Fue originalmente arrendada hace unos treinta años por el padre de Jeff Cowley.

Travis asintió y se volvió a la única mujer en la sala.

—¿Lynda?

—La familia Preece es la propietaria del terreno y lo ha sido durante cincuenta y siete años. Robson Preece es el jefe de la familia y tiene una hija, que se llama Mallory. Esta tiene dos hijos: Bartholomew y Dale. Todos viven juntos en Donnay Hall.

—¿Mallory tiene marido? —preguntó Kim.

Travis le dedicó una mirada asesina mientras Lynda se giraba para responder.

—Murió hace años en un accidente marítimo.

Kim asintió y cerró la boca. Travis se dirigió a un tipo de rizos pelirrojos sujetos bajo una pañoleta estampada con la bandera del Reino Unido.

Kim se tragó la molestia. Era evidente que no tenía permiso de hablar.

—¿Penn? —preguntó Travis.

He comenzado a reunir una base de datos de personas desaparecidas. Estaré trabajando hacia atrás hasta que tengamos una idea del marco temporal y la descripción.

Kim estaba impresionada. Era una tarea ingente para empezarla sin detalles físicos de la víctima.

—Vale —dijo Travis, y cogió la maceta—. Wilma se queda con Penn por su pensamiento proactivo.

Atravesó la habitación a grandes zancadas y colocó la flor morada en el borde del escritorio de Penn.

Un murmullo de insatisfacción bien intencionada retumbó en la sala cuando Penn hizo una reverencia caricaturesca a su público.

—Bien —dijo Travis—. Concentraos en indagar todo lo posible acerca de estas dos familias. Tendríamos que descartar...

—Sí, y siento interrumpirte, jefe —dijo Lynda, que miraba su pantalla—. Acabo de recibir un informe sobre un intento de secuestro. —Siguió leyendo la información.— Aparentemente, un tipo ha tratado de meter a una mujer en una furgoneta. Esto ha sido en la carretera de Worcester.

—Vale. Como nuestra recién nombrada sargenta detective, Lynda, te sugiero que te pongas a ello. Aquí, en Mercia Occidental, no podemos darnos el lujo de trabajar en un solo caso.

A Kim le escoció la malinformada flecha que apuntaba hacia ella. Se preguntaba por cuánto tiempo su boca obedecería a su cerebro durante estas reuniones informativas.

—Eso haré, jefe —respondió una chispeante Lynda.

Mientras Travis empezaba a reasignar las tareas, Kim sintió que el móvil vibraba en su bolsillo.

El mensaje de texto era corto y directo y provenía de la doctora A.

Ven de inmediato.

Capítulo 11

Bryant detestaba el olor del hospital Russells Hall. De hecho, el de todos los hospitales, pero, en particular, el de este. El omnipresente aroma a desinfectante siempre le traía recuerdos, puesto que había perdido a demasiadas personas en este maldito lugar.

Su padre había muerto en la ambulancia, fuera del edificio, cuando un segundo infarto, en un lapso de veinte minutos, le destrozó el corazón. Su madre había perdido la vida por un cáncer de mama en la unidad de cuidados intensivos. Y había sido aquí donde él y su esposa habían perdido a un par de hijos que tendrían que haber nacido antes que Laura.

Todas esas pérdidas se le echaban encima cada vez que entraba en el edificio.

Y hoy, mientras caminaba en silencio junto a Dawson hacia el ala quirúrgica, las cosas no eran diferentes.

El trayecto de diez kilómetros desde la comisaría a Russells Halls había transcurrido sin conversaciones. Era lamentablemente obvio que nunca habían trabajado tan juntos, y sus estilos laborales no podían ser más divergentes. Bryant sabía que su enfoque metódico y lógico era visto como «lento y aburrido» por su joven colega; y él mismo no compartía el exaltado estilo de investigación al que se afiliaba Dawson. Ya se estaba preguntando si pasaría todo su tiempo calculando mentalmente los riesgos.

A menudo, los métodos de Dawson rozaban la fogosidad, y ese problema, normalmente, era de la jefa. Pero, en este momento, lo sentía como propio.

El joven sargento usó el intercomunicador que estaba a la entrada del ala quirúrgica. Había llamado con antelación y el personal ya los estaba esperando.

Se acercaron al mostrador, donde Jane, la enfermera jefa de sala, les sonrió.

—Tienen cinco minutos. Sigue en muy mal estado —dijo ella con firmeza.

—¿Cuán malo? —preguntó Dawson con una sonrisa encantadora.

—Lo mejor que se puede decir es que está de vuelta en el mundo de los vivos. Sufre fuertes dolores por las siete fracturas en las piernas y los brazos.

—¿Siete? —quiso aclarar Bryant.

Ella asintió.

—También hay muchos tejidos blandos dañados, así que seguirá con dolores por unas cuantas semanas.

—Gracias —dijo Bryant.

—Cama dos, sala tres, y su tiempo comienza ahora.

De inmediato, Bryant modificó su modo de caminar para amortiguar el ruido que sus zapatos hacían en el suelo. Dawson, no; entró en la sala por delante, con los tacones anunciando su llegada.

—Madre santa —dijo cuando el hombre se volvió lentamente hacia ellos.

El rostro tumefacto estaba abultado como si las partes hubieran sido infladas a diferentes velocidades. Y parecía haber sido coloreado por niños que le embadurnaron la estirada piel de tonos rojizos, morados y negros.

Bryant pudo contar siete puntos de sutura en hilera sobre el ojo izquierdo, así como otra vía ferroviaria por la línea de la quijada. El paciente tenía el brazo izquierdo y la pierna derecha escayolados.

—¿Henryk Kowalski? —preguntó Dawson, aunque esa aclaración no era necesaria.

El hombre asintió e hizo una mueca de dolor.

Dawson hizo las presentaciones y se sentó en el sillón que estaba a la izquierda del paciente.

—Ni siquiera le preguntaré cómo se siente —dijo en voz baja. Su sonrisa compasiva y el tono moderado cogieron a Bryant por sorpresa —. ¿Podría decirnos que le ocurrió, Henryk?

Si de él dependiera, pensó Bryant, estaría haciendo preguntas cortas y directas para sacar tanta información como les fuera posible en el tiempo tan breve del que disponían. Además, el esfuerzo que se exigía a este hombre para responder a preguntas abiertas era excesivo.

—Henryk, ¿cuántas personas lo lastimaron? —preguntó antes de que Dawson pudiera seguir con lo suyo.

El hombre movió la cabeza de un lado al otro y levantó un dedo, dos dedos. Después se encogió de hombros.

Unas cuantas preguntas de sí o no les vendrían bien.

—¿Los conocía? —preguntó Dawson. Asumía que había sido más de uno.

Movió la cabeza hacia la izquierda, ligeramente, para indicar que no.

—¿Dijeron algo mientras lo estaban golpeando?

Él asintió.

—¿Podría pronunciar unas cuantas palabras, solo para darnos una idea de la clase de cosas que le estaban diciendo?

El hombre tragó tres veces.

—Polaco, hijo de puta, escoria...

Bryant se quedó perplejo.

—¿Sabían que usted es polaco?

Él asintió.

—Sé que le está costando mucho trabajo hablar, Henryk, pero ¿recientemente ha tenido problemas con alguien? —preguntó Bryant. Esto empezaba a lucir más como un ataque personal que como algo azaroso.

La voz del paciente fue poco más que un suspiro.

—Normal... Insultos... No sabemos... Mi esposa... Preocupaciones.

Bryant levantó la mano. Demasiado esfuerzo y demasiado dolor para unos datos tan inútiles. No quería causar a ese pobre tipo más sufrimientos innecesarios.

—¿Habrá sido alguien del pub? —preguntó Dawson.

Henryk negó con la cabeza.

—No bebo... No hay dinero —dijo con un débil atisbo de sonrisa.

—¿Qué estaba haciendo en ese lugar, exactamente, Henryk? —preguntó Dawson, finalmente inclinado por la vía directa.

Bryant sabía que ambos pensaban en lo mismo: drogas.

—Trabajo —dijo él, simplemente.

Dawson levantó la mirada, claramente confundido.

—Henryk, la oficina de empleo no suele estar abierta a las diez u once de la noche.

Él negó con la cabeza e hizo otra mueca de dolor.

—No... esa... clase —dijo en voz baja.

Frotó el pulgar con el índice de la mano que tenía en buen estado.

—Efectivo... Pago.

«Ah», pensó Bryant, esto tenía mucho más sentido.

Los inmigrantes, tanto los legales como los ilegales, usaban los canales de trabajo clandestinos para ganar dinero. Se calculaba que medio millón de inmigrantes eran utilizados por mafiosos renegados para suministrar mano de obra barata a los sectores de la hostelería, la construcción y la agricultura. Ponían en condiciones peligrosas a hombres y mujeres sin formación y con salarios bajos, puesto que esas personas tenían familias que mantener.

—No... tengo elección —dijo desesperado—. Esposa... Hijos... Hambre...

Bryant se tragó la indignación. Como hombre, como contribuyente

y como policía, abominaba del trabajo clandestino pagado en efectivo. Pero también había sido el principal sostén de su esposa y su hija durante veinte años, y no podría asegurar que no haría lo mismo para alimentar a su familia si tuviera la necesidad.

Probablemente estaban buscando gente que sabía dónde recoger a estos trabajadores.

—¿Dijeron alguna otra cosa? —presionó Bryant.

El hombre negó con la cabeza.

—Si esa... mujer... no hubiera...

—No piense en eso, por ahora, Henryk. Ha recibido una buena paliza, pero será...

—Pero... vi... el cuchillo —dijo, y una lágrima brotó de su ojo.

—¿Sus atacantes tenían un cuchillo?

Asintió.

—Henryk, ¿cómo supo que debía estar ahí a esa hora? —preguntó Dawson.

—Texto... Mensaje —dijo—. Recibí... un mensaje... de texto.

La jefa de sala les hizo señas desde el final de la isla justo cuando los ojos de Henryk empezaban a caer.

Vaya, llevaba bien la cuenta. Habían sido cinco minutos, ni un segundo más.

—¿Tiene aquí el móvil? —preguntó Bryant. Echó la silla atrás. Stacey sería capaz de rastrear al remitente.

Henrik negó con la cabeza, cansado.

—Perdido... Robado...

Dawson asintió en señal de que lo entendía. A los policías que acudieron al lugar les preguntaría si habían encontrado un móvil.

Tras despedirse, se dirigieron a la salida del pabellón.

Bryant hizo un alto mientras la puerta se cerraba detrás de ellos.

—Un mensaje de texto para atraerlo al lugar y un cuchillo —dijo Dawson.

—¿Estás pensando en lo mismo que yo? —preguntó Bryant.

—Dime en qué estás pensando.

Bryant suspiró.

—Este no ha sido un ataque común y corriente. Lo que tenemos aquí es un intento de asesinato.

Capítulo 12

Kim sintió que se tranquilizaba en cuanto estuvieron de regreso en el coche. Su coche.

Ahora sentía que tomaba de nuevo el control. Avanzaba con el caso a su propia velocidad.

A su lado, Travis tomaba notas.

El tipo simpático y agradable que había visto en la sala de la brigada se había quedado ahí. Hasta el coche la había seguido un sustituto gris.

Sin poderlo evitar, deseó que hubiera sido Bryant quien estuviera a su lado. Estarían soltando ideas, lanzando teorías, discutiendo, debatiendo. Estarían haciendo avanzar el caso.

Kim giró bruscamente a la izquierda para coger el camino de tierra. Al detective se le resbaló el bolígrafo. La acuchilló con una mirada de enfado.

Ya debería saber que no debería dejarla sola para que se divirtiera por sí misma.

Él deslizó el bolígrafo en el lomo de la carpeta y cerró esta mientras pasaban por el aparcamiento del pub, donde habían concentrado a la prensa. Tracy Frost estaba al frente, hablando con un chico que vestía una camisa colorida bajo una chaqueta Firetrap. La reportera calló e hizo una leve señal de asentimiento hacia Kim, que pasaba por delante.

—Por supuesto, no he echado de menos esa pobre excusa de ser humano —dijo Travis.

Kim se erizó. Tres meses atrás, esa podía haber sido la única cosa en que ambos habían estado de acuerdo.

—No es tan mala —dijo ella. Recordaba todo lo que había descubierto acerca de Tracy Frost.

—Esa mujer no tiene ninguna cualidad que la redima —insistió él.

Ella advertía el juego de Travis. El tipo se daba cuenta de que había tocado un nervio y quería pincharlo con un tenedor de metal hasta hacerla morder. Estaría encantado de provocarla para forzar una

discusión y, enseguida, salir corriendo con su jefe y alegar que la tía estaba haciéndose la difícil. Y su jefe se lo creería. Diablos, incluso el propio jefe de Kim se lo creería. Detestaba esta investigación conjunta tanto como Travis, pero no fracasaría por su culpa. No en el primer día.

—Y, con el fin de sentar un precedente para la mayor parte de esta investigación, Tom, debemos acordar que no estaremos de acuerdo.

Notó el destello de decepción mientras estacionaba el coche.

Se bajó y caminó hacia el sitio sin importarle si él la seguía. Cuando él la alcanzó, llevaba bien agarrada la cartera de cuero, como una manta de seguridad.

—Aquí nadie necesita un seguro —dijo ella, mirando la cartera.

—Hazlo como te plazca y yo lo haré...

—... tan torpemente como puedas —lo interrumpió ella.

Kim observó que había no menos de veinte personas pululando por la reducida zona, y, aun así, las voces eran susurros, voces reverentes, respetuosas. Al fin y al cabo, estaban ante una tumba.

Habían levantado una tienda blanca alrededor de la fosa. La idea era preservarla y darle privacidad. Los técnicos podrían investigar el área inmediatamente aledaña sin las posibles complicaciones del medio ambiente. Y, aunque la prensa había sido acordonada a poco menos de un kilómetro de ahí, el lugar no era tan desconocido como para que un helicóptero de noticias no apareciera de repente en el cielo.

Había agentes vestidos de negro registrando el perímetro externo del campo, en tanto que los técnicos de traje blanco tenían reclamada el área alrededor de la fosa. Kim sabía que estarían buscando pisadas, huellas de neumáticos y hasta colillas. Cualquier cosa podría darles una pista. Tales eran los procedimientos, pero ella se preguntaba qué valor podía tener todo eso cuando ni siquiera sabían cuánto tiempo llevaba enterrado el cráneo.

Le habría gustado ver en el sitio un equipo de georradar. Necesitaban saber si había más huesos, aunque entendía que el terreno no debía contaminarse más hasta que la superficie fuera completamente peinada en busca de pistas.

* * *

Se dirigió a la fosa, que tenía ahora treinta y tantos centímetros más que la última vez que estuvo ahí, pero, por lo que tocaba a la propia

excavación, no parecía haber muchos avances. Los huesos no estaban saliendo a la superficie, y, sin ellos, Kim no tenía ninguna esperanza de avanzar en el caso.

Por el momento, la víctima no tenía nombre, no tenía identidad, y eso era siempre un motivo de frustración.

Encontró a la científica arrodillada en medio de la fosa, hablando gravemente con una mujer que estaba a su lado, vestida de blanco. La doctora A llevaba la parte superior del traje protector alrededor de la cintura, atada por las mangas.

Un fotógrafo forense hacía tomas desde todos los ángulos.

Kim carraspeó.

La doctora A se volvió y entrecerró los ojos.

—No entiendo esta costumbre de los ingleses de carraspear para anunciar su llegada. ¿Por qué no un «hola»?

—Hola, doctora A —dijo Kim.

—Así que ya estás aquí, por fin —dijo la científica, mirando más allá de la detective—. Y veo que has traído a tu amigo.

—Doctora A —la advirtió Kim.

La científica había sido testigo del intercambio del día anterior y sabía que los detectives no eran amigos.

Travis no dijo nada. Algo a su izquierda, a lo lejos, había acaparado su atención.

La doctora A miró a Kim con una sonrisa diabólica antes de conducirla a la fosa.

—Por favor, ven a echarle un vistazo a Lesley, nuestra víctima.

La científica tenía el hábito de dar a cada víctima un nombre de sexo ambiguo hasta confirmar su verdadera identidad.

Mientras Kim echaba un vistazo a la fosa, Travis aparecía a su lado. Ella oyó el lento rascado de la cremallera cuando el hombre abrió su cartera de cuero. Tuvo el presentimiento de que ese sonido sería realmente molesto al final del caso.

Ella miró el enterramiento de cerca y frunció el ceño. Esperaba mayores avances.

La doctora A captó su expresión.

—Congelado —explicó.

Eran casi las diez y media y la temperatura había alcanzado unos balsámicos seis grados.

Kim asintió en señal de que entendía, pero el fruncido de su ceño no se borró. El equipo había expuesto más huesos, solo que su disposición no se parecía a nada que ella hubiera visto.

—Ese es un hueso metacarpiano, el que sobresale por el ojo —dijo la doctora A. Cogió la mano de Kim y le presionó un hueso entre el nudillo y la primera articulación—. Este. Y creo que sigue unido a la

falange proximal —dijo mientras pasaba la presión un poco más hacia el extremo de la mano.

—¿Lo que me está diciendo es que nuestra víctima tiene un dedo metido en el ojo? —preguntó Kim.

La doctora A asintió.

Kim trataba de imaginarse cualquier escenario donde eso tuviera sentido.

No había ninguno.

—¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó. Provisionalmente, supuso que se trataba de un hombre.

La doctora A negó con la cabeza.

—Todavía no, pero hay algo que deberías saber antes de seguir adelante.

—Vayamos —dijo Kim, y siguió a la doctora A por la arista de la fosa.

—¿Ves ese hueso que sobresale ahí?

Kim asintió. Travis se dirigió al borde de la tienda y miró hacia fuera. Ciertamente, la doctora A no le caía bien, pero sí que podría guardarle un jodido respeto a su pericia.

—Parece ser un radio —dijo la doctora A. Cogió el brazo de Kim y trazó una línea del codo a la muñeca.

La detective no supo en qué momento había llegado a convertirse en una asistente de presentación, pero lo dejó pasar.

—Parece estar muy lejos del resto del cuerpo —dijo Kim. La fisiología de este esqueleto no tenía ningún sentido para ella.

—El análisis preliminar del suelo está arrojando algunas anomalías. Hay elementos que no pertenecen a este lugar. Hemos enviado muestras al laboratorio.

Kim se quedó pasmada.

—¿Qué está tratando de decirme, doctora A?

—Estoy diciendo que no creo que este haya sido el primer enterramiento de nuestra víctima.

La detective la miró confundida.

—Pero ¿por qué...?

—Disculpe, doctora, pero ¿ese hombre es de los suyos? —preguntó Travis desde la entrada de la tienda.

Kim siguió a la doctora A hasta donde él miraba al exterior.

En medio del campo estaba un hombre solo, vestido de oscuro de la cabeza a los pies.

La doctora A empezó a negar con la cabeza.

—No es de los míos —dijo.

—¿Está segura? —preguntó Travis—. Estaba aquí cuando llegamos.

—Si fuera de los míos, no estaría ahí sin hacer nada —dijo ella, sin más.

Kim miró a Travis y ambos salieron juntos de la tienda.

Ella ya estaba preparada para echar a correr cuando la distancia con respecto al intruso empezó a reducirse. Dado que el sujeto, supuestamente, no debía estar ahí, ella había esperado que empezara a alejarse después de verlos.

Pero se quedó quieto, mirando hacia donde estaban los detectives, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo largo.

—Esa no es, precisamente, ropa de campo —observó ella a una distancia de diez metros.

—Abrigo de cachemira; un Dunhill, por lo visto. Con el cambio de dos mil, apenas me alcanzaría para invitarte a comer —replicó Travis.

—¿Invitarme a comer tú? —preguntó ella, mordaz.

—Vale, no, pero...

—Disculpe, señor —le habló Kim a unos cinco metros de distancia —, no tiene nada que hacer aquí en este momento.

El hombre no reaccionó cuando ella se detuvo directamente frente a él.

Kim supuso que tendría unos treinta y cinco años. Su pelo era negro con un leve toque de gris en las sienes. Las pestañas gruesas y oscuras enmarcaban unos ojos azules tan serios como fríos.

—Tengo todos los motivos para estar aquí, agente. Ustedes están pisando mis tierras.

—¿Es usted el señor Preece? —preguntó ella.

—Dale Preece —confirmó el hombre, que no hizo el menor esfuerzo por sacar la mano del abrigo para ofrecérsela a Kim.

—¿Cómo llegó aquí, señor Preece? —preguntó ella, y echó un vistazo alrededor. Él no dijo nada y miró por encima de la detective, hacia la tienda blanca—. Debo pedirle que se vaya de aquí —dijo en tono razonable—. Esta es una investigación policíaca y usted podría estar contaminando la escena del crimen.

—Quiero saber qué han encontrado, exactamente —dijo.

—Lo sabrá a su debido tiempo, señor. Tendremos que hablar con usted durante las investigaciones.

—¿Han hablado ya con la familia Cowley?

Kim abrió la boca para contestar cuando Travis dio un paso al frente.

—Señor Preece, tiene que abandonar este lugar, de verdad. Ahora mismo.

Kim se mordió la lengua. Dale Preece los midió una vez más antes de darse la vuelta y dirigirse hacia el otro extremo del campo.

Ella no se hacía ilusiones de que el hombre se hubiera marchado

por su propia conveniencia.

—No vuelvas a hacerme esto —espetó a Travis—. Lo tenía en la mano —dijo, y se volvió a la tienda.

Él no hizo ningún intento por alcanzarla ni por responder a esa advertencia.

—Inspectora, un momento —dijo la doctora A cuando Kim iba pasando junto a la tienda.

La detective retrocedió dos pasos y entró.

Miró un hueso largo que descansaba en un extremo de la fosa.

—Este es un fémur —dijo la científica en voz baja, mientras Travis entraba en la tienda. Cogió un lápiz que llevaba tras la oreja y señaló la forma de bola en un extremo.

—Esta es la fosita de la cabeza femoral. En este otro extremo está el cóndilo medial...

—Doctora A, sé lo que es un fémur, y esperaría encontrar dos aquí, así que, ¿de dónde viene tanta fascinación? —preguntó Kim con impaciencia.

—Viene de que este es el fémur número tres, inspectora.

—Disculpe, doctora, pero ¿qué quiere decir, exactamente? —preguntó Travis, sin ninguna necesidad.

La médica no ocultó su molestia mientras lo explicaba.

—Lo que estoy diciendo, inspector, es que, a menos que Lesley hubiera tenido más de dos piernas, estamos ante una segunda víctima.

Capítulo 13

Bryant detuvo el coche fuera de una pequeña casa adosada en Coombs Wood. La construcción tenía vista al valle que alguna vez fuera sede de la fábrica de tubos Stewarts & Lloyds. Durante los años cincuenta, la empresa daba empleo a más de tres mil trabajadores y era conocida por cuidarlos bien. En 1967, las veintidós hectáreas de la compañía habían sido absorbidas por la British Steel Corporation, cuando la industria del acero fue nacionalizada por segunda vez. Finalmente, la fábrica cerró en 1990.

Un Mini blanco de doce años, aparcado en la calle, les confirmó que su testigo estaba en casa.

—¿Alguna cosa? —preguntó Bryant a Dawson cuando este colgó el teléfono.

—Nada —confirmó Dawson—. Definitivamente, nadie recogió un teléfono en ese lugar.

—Maldita sea —dijo Bryant. Aún no estaba convencido de que la historia de Henryk fuera cierta, pero, si lo era, el mensaje de texto les habría dado alguna pista acerca de con quién había quedado para verse en el aparcamiento.

—Y déjame encargarme de esta —dijo Dawson mientras Bryant cerraba el coche.

—¿Por qué? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Una chica joven... —dijo, como si eso lo explicara todo.

Bryant sabía que su compañero era joven y guapo. Que eso sirviera para algo al interrogar a una testigo ya no le quedaba tan claro.

Les abrió la puerta una mujer atractiva que parecía tener poco más de treinta años. Llevaba el largo pelo rubio recogido en una cola de caballo. Sus vaqueros grises ceñían una figura bien formada.

—¿Usted es Marie West? —dijo Dawson, sosteniendo su identificación.

—Mi hija —dijo ella, y se apartó para dejarlos entrar—. Yo soy

Christie West.

Bryant disimuló la sorpresa. ¿A qué edad había dado a luz esta mujer?, ¿a los doce años?

Al entrar, un olor bien conocido tomó por asalto sus fosas nasales: perros. Por mucho que intentaras erradicar el olor, los perros insistían en dejar algo.

Dos Jack Russell que ladraban emocionados se precipitaron hacia ellos por el pasillo.

La mujer se agachó y, como toda una experta, atrapó uno en cada brazo.

—Marie, aquí está la policía —habló hacia la planta superior.

Una rápida mirada le dijo a Bryant que ahí solo vivían ellas dos. Junto a la alfombrilla había unas zapatillas deportivas para mujeres. Detrás de la puerta sobresalía, de dos perchas, una colección de sombreros, bufandas y guantes.

—Ya no va a volver a esa tienda —dijo la mujer cuando Marie apareció en lo alto de las escaleras—. Que tengan un solo empleado en el turno de noche... —dijo, moviendo de un lado al otro la cabeza—. No, no, imposible.

—Mamá, tengo que volver.

—Inténtalo, amor —dijo Christie. Dejó a los perros en el suelo y los arreó hacia la cocina—. Si tengo que cerrar esa puerta con llave y retenerte físicamente, lo haré.

Una mirada al rostro de la mujer bastó para que Bryant le creyera.

—No me pasó nada —dijo Marie, poniendo los ojos en blanco.

Christie miró a Bryant, a otro padre, alguien con quien tenía alguna afinidad.

La hija del detective tenía la misma edad que Marie, exactamente. Él dejó que una sonrisa apareciera brevemente en sus labios.

Marie no era capaz de comprender que su madre se sintiera consumida por las visiones de pesadilla de lo que podía haber sido: hombres, oscuridad, violencia... Y su hija, completamente sola. Él sí podía entenderla.

—No estoy de acuerdo con que los empleados estén solos tan tarde. Dan a los chicos la responsabilidad de cerrar el negocio. Ella no me dejaba ir a buscarla solo para asegurarme de que...

—Mamá, por favor, estoy bien —dijo Marie al llegar al final de la escalera. Miró a su madre y sonrió tolerante. Una al lado de la otra, parecían más bien hermanas.

Marie y Christie cruzaron miradas. Estas dos mujeres formaban un equipo.

—Vale, vale, prepararé el café —dijo Christie.

Marie los llevó al frente de la casa, a una habitación pequeña,

pero decorada con muy buen gusto y según la escala.

Un sofá de dos plazas y un sillón se apiñaban alrededor de la chimenea. Había una mesita de cristal a cada lado. Otro mueble a juego sostenía un televisor de pantalla plana y un reproductor de DVD. El suelo laminado ayudaba a dar una impresión de mayor amplitud.

Bryant se quedó de pie detrás del sofá, mientras Dawson ocupaba el sillón.

—Sé que lo de anoche debió de haber sido toda una sacudida para usted —dijo Dawson.

Bryant se sorprendió. Las habilidades de interrogación del chico no eran tan burdas como había esperado.

En la cara de Marie se dibujó una enorme sonrisa.

—No pasa nada, estoy bien —dijo, asintiendo vigorosamente.

Se delató pasando saliva.

—¿Durmió mucho? —preguntó Dawson con perspicacia.

Muy poca gente podía pasar por lo que ella había atravesado y recuperarse de inmediato.

Bryant se acordó del primer incidente importante que le tocó como agente de la policía. Un chico había sido apuñalado en Lye High Street. Cuando él llegó, los paramédicos hacían todo lo posible por detener la hemorragia en la cara interna del muslo del joven. Se concentró en su propio trabajo, en interrogar a los testigos. Luego, cuando terminó su turno, se fue a casa sintiéndose bien y no afectado.

Sus sueños se llenaron de imágenes de cascadas y ríos caudalosos de sangre. Finalmente, se levantó temprano, fue al gimnasio y le dio una buena paliza al saco de boxeo.

Los sentimientos tenían que aflorar. Encontrarían el camino. Si esta chica se estaba guardando las emociones negativas por el bien de su madre, en algún momento le pasarían factura.

—¿Puede decirme qué ocurrió? —preguntó Dawson con suavidad.

Ella movió la cabeza de arriba abajo y se acomodó en el filo del asiento, con las manos cuidadosamente cruzadas.

—Lo primero fue el ruido. Yo estaba de espaldas, cerrando la puerta.

Hizo el ademán con la mano derecha. Clavó sus ojos en Dawson.

—Fue espantoso. Ese grito, como el de un animal herido. Al principio, pensé que habían atropellado a un perro. Tardé un minuto en detectar de dónde venía. No sabía que se trataba de una persona.

»Atravesé la calle y me di cuenta de que el ruido venía del aparcamiento, pero de la parte de atrás. Entonces oí una voz...».

Una vez más, la emoción le pasó por la garganta hasta alojarse en su cuerpo.

La puerta se abrió. Christie entró con una bandeja, que colocó en una de las mesitas de cristal, a un lado de Dawson.

El joven sargento agradeció con una sonrisa y se volvió de nuevo a la hija.

La madre retrocedió un paso, pero no salió de la habitación.

—Continúa —instó Dawson.

Mientras la chica reanudaba el relato, Bryant la miraba con interés.

—Sé que debí haber hecho un alto para llamar a la policía, pero simplemente seguí caminando. Podía oír los golpes y las patadas —apretó los puños—, y palabras horrendas... —añadió, agitando la cabeza.

—¿Había algún acento en las voces que oíste, Marie?

Ella pensó unos segundos y negó con la cabeza.

—Locales, creo.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Dawson.

—Me quedé quieta un segundo, sin saber qué hacer. Sonó mi teléfono y el ruido cesó.

Bryant miró a la madre. Ella esbozó una sonrisa torcida como reconocimiento de que la llamada había sido suya.

—Hubo una pausa y entonces oí pasos correr por detrás de los coches.

Bryant conocía la distribución del lugar. Era un edificio de una planta; una sola entrada, una sola salida.

—¿Los vio a todos? —preguntó Dawson.

Marie negó con la cabeza.

Bryant se imaginaba que los tipos habían corrido a lo largo del carril de salida y que el punto de vista de Marie estaba bloqueado por los coches.

No conseguirían ninguna descripción por parte de ella.

Marie miró a su madre en busca de confirmación.

Bryant supo que estaban ante una buena niña que nunca se había metido en líos. Ella no habría querido hacer nada que complicara aún más la vida de su madre.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó.

Dawson le lanzó una mirada. Con los ojos dijo que no podrían sacarle nada más a esta testigo. Ya tenían todo lo posible. O casi.

—Grité. El hombre gimió un poco y corrí hacia él. Sabía que los otros se habían ido, así que me arrodillé y... le dije que todo estaría bien. Entonces pedí una ambulancia.

Esa vacilación entre una acción y otra era lo que él estaba esperando.

Bryant se inclinó hacia delante y habló con suavidad.

—Marie, ¿tú tienes su teléfono?

En el acto, el rostro de la chica se llenó de colores.

—¿Su teléfono? —repitió.

Bryant asintió.

—No has hecho nada malo. He visto agentes de la policía recoger alguna cosa por instinto, sin tomar en cuenta las repercusiones que eso podría tener como prueba. Pero podría ser útil para nuestras investigaciones.

Ella dudó.

—No has hecho nada malo —recalcó.

Le tembló el labio, pero asintió y se puso de pie.

Salió de la habitación. Los ojos preocupados de la madre la siguieron en todo el recorrido. Bryant se volvió hacia ella.

—¿Ha llorado?

Christie negó con la cabeza.

—Casi no llora. Es una chica muy valiente.

—Se lo está guardando —dijo Bryant con amabilidad—. Hágala hablar del tema.

—¿Cómo consigo que lo suelte? —preguntó.

—Pregúntele sobre las heridas del hombre —opinó Dawson desde el sofá—. Y hágala hablar de los ruidos que escuchó. Esas son las cosas que la mantendrán despierta.

Bryant asintió en señal de que estaba de acuerdo. En ese instante, Marie entró de nuevo en la habitación.

El viejo Nokia color crema estaba envuelto en película transparente.

—Pensé que...

—Está bien —dijo Bryant, y cogió el móvil.

Desde la perspectiva de los indicios útiles, este era tan bueno como una confesión escrita a lápiz. Pero podrían buscar pistas.

—Muchas gracias por tu ayuda, Marie. Si llegáramos a necesitar...

—Oí algo que me pareció extraño —dijo Marie—, pero no sé si lo oí bien.

—Cualquier cosa —dijo Dawson.

La chica arrugó la cara como si volviera a escuchar las palabras en su mente.

—El atacante... Estoy segura de que le estaba diciendo al hombre en el suelo que cerrara los ojos.

—¿Qué cerrara los ojos? —quiso saber Bryant. Parecía una petición un poco extraña.

Ella se encogió de hombros y agitó la cabeza.

—Debo de haber oído mal, eso creo —dijo.

Se despidieron y se subieron al coche.

—Así que ¿qué piensas de esto? —preguntó Bryant.

Moviendo la cabeza, Dawson negó desdeñoso.

—Debe de haber oído mal. ¿Por qué el atacante le habría dicho que cerrara los ojos, si tenía todas las intenciones de matarlo? No tiene sentido —dijo, y sacó el móvil.

Bryant estaba de acuerdo con su colega. Marie debió de haberse equivocado.

Pero una pequeña parte suya no estaba tan convencida.

Capítulo 14

Stacey colgó el teléfono y se reclinó. Había habido algo de acción por un momento, algo de actividad para romper la quietud de la sala de la brigada. Pero no le había durado mucho. El aire, una vez más, se depositaba silencioso a su alrededor.

Estaba esperando el móvil del incidente, que venía en camino, y eso era todo. La lista de deberes de Dawson y Bryant había quedado resuelta en siete minutos y medio, aproximadamente.

No podía evitar sentir que sus habilidades no estaban siendo del todo aprovechadas. Si sus dedos permanecían quietos, la estaban desperdiciando.

Por lo general, la paz y la quietud de la oficina se llenaba con la actividad de su cerebro. Ella no se daba cuenta de eso, puesto que sus pensamientos zumbaban de una tarea a la siguiente, con los golpes de teclado haciendo todo lo posible por seguirle el paso.

Y, aunque pasaba muchas horas trabajando sola mientras el resto del equipo hacía tareas de campo, los días pasaban deprisa. Casi siempre, el final del turno la cogía por sorpresa. Ya echaba de menos las llamadas frecuentes de la jefa: comprueba esto, investiga esto otro, analiza tal cosa, profundiza aquí... Sabía que no se trataba de una decisión de ella, pero le molestaba que las llamadas de su jefa estuvieran yendo a otro sitio.

Suspiró hondo y volvió a comprobar su correo electrónico: nada nuevo. Tamborileó con los dedos en el escritorio y miró alrededor.

Sus ojos se posaron en el siniestramente vacío tablero. Ya había borrado el título de «Cráneo sin identificar» rotulado por Bryant.

Con poco más que hacer, se levantó y fue a la mesa de Dawson. No entendía cómo el joven sargento era capaz de encontrar cualquier cosa en ese desorden. El escritorio de Bryant no estaba clínicamente organizado y ordenado, como sí lo estaba el de la propia Stacey, pero había un orden que se correspondía con la mente metódica del detective. El de Dawson era el Armagedón; ella no podía soportar eso ni un minuto más.

Stacey apartó la silla y empezó a separar los papeles, agrupándolos según lo que fuera relevante para la carpeta de cada caso. Puso los ojos en blanco cuando unas cuantas migajas perdidas de pan cayeron de la pila de folios.

Diez minutos más tarde, todas las pilas estaban en orden, con excepción de la bandeja más baja. Sabía que Dawson archivaba ahí todo su «no sé qué hacer con esto, así que lo dejaré para más tarde».

Sacó la pila de papeles y empezó a ordenarla. Contra toda lógica, Dawson ni siquiera se daría cuenta de lo que Stacey estaba haciendo. Para ser un detective tan astuto, pasaba muchas cosas por alto.

Sacó un formulario de gastos a medio llenar y surgió una página manuscrita. La marca de tóner en el borde superior le reveló que se trataba de una fotocopia.

Llamaron su atención las dos palabras que encabezaban la página:

Querida mamá:

El estómago se le revolvió al darse cuenta de que era la carta de suicidio de Justin Reynolds. Dawson la había rescatado del escenario, la había copiado para anexarla a su testimonio y había devuelto el original a la familia.

Sintió la sencillez de esas dos palabras, escritas como si se tratara de una nota sobre el fútbol o un recordatorio de recoger algo para el té; especialmente cuando eran las últimas que él escribiría, los últimos pensamientos que comunicaría en su vida. La imagen de su rostro juvenil y de su existencia adolescente, en contraste con la pared salpicada de sangre, no había abandonado la mente de Stacey.

Pensó que debía hacerle el honor de escucharlo. Se sentó en la silla de Dawson y empezó a leer.

Querida mamá:
Lo siento por todo. Siento mucho no haber podido explicártelo. Pase lo que pase, averigües lo que averigües, no ha sido culpa tuya. Ha sido mía, y esto es en lo que me he convertido. Ya no puedo vivir conmigo mismo y con lo que he hecho. No soy la persona que tú crees que soy. Ya no.
Perdóname, mamá, lo siento por todo.

Stacey pasó por alto el leve temblor de su propia mano cuando volvió a colocar la carta en la bandeja más baja del escritorio.

Ya no era su caso, puesto que no había habido circunstancias sospechosas.

El chico estaba muerto y ese no era su problema. Una familia estaba destrozada, aturdida y desconcertada, pero eso no era de su incumbencia.

Ah, pero reconocía elementos de esa carta.

Unas cuantas palabras, al principio, estaban escritas con fuerza, pulcritud y certeza. Eran letras pequeñas que exigían mayor concentración. Mientras la carta avanzaba, las palabras se hacían más grandes y desordenadas, como hechas con un bolígrafo controlado por las emociones. Las últimas estaban garabateadas, desarregladas, en el núcleo del dolor… Y, luego, nada. Media página de blanca vacuidad.

Aceptación y muerte.

Stacey contuvo las lágrimas que se formaban en sus ojos.

Sí, sí que reconocía bien esa carta.

Capítulo 15

—Así que ¿qué opinas de que nuestro arrendador haya aparecido en el sitio? —preguntó Kim, que zigzagueaba entre el tráfico. Ya no podía soportar el interminable silencio en el coche.

—Perdona, ¿estás hablando del tipo que yo descubrí y que tú no? —preguntó Travis astutamente.

Kim agarró el volante con más fuerza. Deseaba que su compañero no tuviera razón.

Así que, por lo visto, ella tenía que elegir entre el silencio total y las insinuaciones mezquinas.

—Parecía muy interesado en que habláramos con la familia Cowley —observó ella.

Travis se encogió de hombros.

—Seguro que está interesado. Aparecieron restos humanos en su propiedad. ¿No querrías saber qué está pasando?

—Sí, pero había arrogancia, una expectativa de salirse con la suya. Una idea de derecho.

—No me sorprende que hayas notado eso, Stone —murmuró él mientras abría la cartera de cuero y anotaba algo.

Vale, después de todo, quizás el silencio completo era mejor, pensó ella, y se mordió la lengua. Se preguntaba si cuatro horas era demasiado pronto para regresar con su jefe a reconocer la derrota. Decidió que probablemente sí.

El timbre del teléfono de Travis la sobresaltó.

Él contestó, escuchó, se volvió a mirarla, soltó un taco y colgó.

—¿Qué? —preguntó Kim.

—A la casa de los Cowley —dijo él.

—Sí, vamos hacia allá —le espetó. ¿Qué quería de ella este tipo? ¿Qué viajaran a la velocidad de la luz en un Golf de once años?

—Venga, pisa a fondo el acelerador, porque acaban de dispararle a alguien.

Capítulo 16

Bryant detuvo el coche fuera de una casa adosada cuyas pesadas cortinas de terciopelo verde sofocaban las pequeñas ventanas de la planta baja. Arriba, en vez de cristales, tenía tablas.

—¿Estás seguro de que esta es la dirección? —preguntó a Dawson. La casa parecía abandonada.

—Número veintitrés —confirmó su compañero.

Bryant se bajó del coche. Prácticamente podía oír el silbido de los visillos de la gente que asomaba la nariz desde sus ventanas. Echó un vistazo alrededor. Era una vía pequeña. Las casas no tenían jardines frontales, de modo que las ventanas de las plantas superiores daban unas a otras a través de la estrecha calle.

Fue a la puerta y llamó. Oyó una voz de mujer que gritaba algo en polaco.

—Madre mía, mira esto —dijo Dawson, que observaba de cerca la puerta. Aunque la habían pintado, todavía eran muy visibles los arañazos en la madera. La nueva pintura simplemente se había asentado en las líneas.

Bryant contó siete diferentes insultos y blasfemias grabados en la madera.

Al abrirse la puerta, apareció una mujer delgada y ratonil vestida con un desteñido chándal gris. Por su hombro trepaba un bebé.

—¿Señora Kowalski? —preguntó Dawson.

Ella asintió, pero no dio un paso atrás. Siguió acariciando la espalda desnuda del niño.

Hasta ellos llegó el olor a pañal sucio.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó suspicaz.

Dawson hizo las presentaciones. El niño soltó un sonoro y satisfactorio eructo y, de inmediato, empezó a llorar.

—¿Podemos entrar? —preguntó Bryant, deseoso de que se cerrara la puerta. Con ese tiempo, el niño acabaría muerto.

Ella retrocedió en el mismo momento en que un niño pequeño se abalanzaba sobre ellos. Corrió a agarrarse de la pantorrilla de su

madre y cayó al suelo. Empezó a llorar. Ella se inclinó hacia atrás y, tirando de la muñeca del chiquillo con la mano que le quedaba libre, lo puso de pie.

Bryant calculó que el niño más grande tendría unos dieciocho meses.

—*Niech to szlag* —barboteó ella mientras apartaba a su hijo de la puerta.

El niño dejó de llorar y siguió su camino, haciendo crujir el pañal a su paso. Entre los bloques de madera, los libros y los peluches que colonizaban la alfombra, había un orinal verde lima.

Sonó un tercer llanto. Bryant notó que había un tercer bebé, un gemelo, en una mecedora junto al sofá.

La mujer puso al bebé uno en el sofá. Después levantó al bebé dos y lo situó también en el sofá. Cogió al uno y lo depositó en la mecedora. Entonces se sentó y se puso al dos en el regazo.

Se subió la sudadera y se acomodó al bebé en el pecho.

Bryant se sonrojó un poco y fijó la mirada en el rostro de la madre.

Dawson tosió.

—Siéntense, siéntense —dijo ella.

Dawson se quedó donde estaba, y Bryant no podía culparlo. Una manta cubierta de mermelada y un pañal sucio ocupaban la mayor parte del sofá. Él echó todo a un lado y se sentó.

—Hemos ido a ver a Henryk —dijo.

De inmediato, las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de la mujer. Ella parpadeó para contenerlas.

El bebé uno empezó a refunfuñar. La madre sacó el pie izquierdo por un lado y empezó a balancear la mecedora.

Las lágrimas dieron paso a la hostilidad.

—¿De modo que hacía falta que casi lo mataran para que ustedes le pusieran atención? —preguntó.

—¿Perdone? —dijo Bryant, tratando de no concentrarse en la mancha negra de humedad que se arrastraba por la pared.

—Hemos llamado muchas veces. Muchos problemas, pero no ayuda.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó él.

—Vandalismo, insultos, amenazas... —dijo, alzando la voz poco a poco.

El niño levantó la vista del juguete con que golpeaba un costado del sofá.

Bryant quería tranquilizarla. No habría mucha cooperación en ese momento.

—Es una bonita casa —dijo él, sin poner atención en la grieta del

muro sobre la chimenea—. ¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

—Una pocilga de mierda —dijo, mirando alrededor—. Pero al propietario no importa. No interesa. No escucha.

Bryant podía notar los esfuerzos que ella hacía para mantener la casa tan bonita como le era posible. Unas flores impresas y enmarcadas animaban las austeras paredes. No había capas de polvo en las superficies; la aspiradora estaba detrás de la puerta. A pesar de los esfuerzos, el tufo a humedad era evidente.

Tuvo la sensación de que esta mujer estaba cansada de ser ninguneada.

—Continúe —dijo con paciencia.

—Henryk y yo nos mudamos al Reino Unido hace siete años. Queríamos empezar una familia, pero no en Polonia —explicó—. Los dos teníamos trabajo en la empresa de construcción de mi tío: Henryk, como obrero, y yo, en las oficinas. Ganábamos dinero, pagábamos impuestos —dijo a la defensiva.

Bryant se entristeció mientras se preguntaba lo que se sentiría al tener que dar explicaciones. Estas personas no habían hecho nada malo. Estaban legalmente en el Reino Unido y vivían conforme a las reglas.

—Suena perfectamente bien —dijo Bryant sonriendo.

La sonrisa que ella le devolvió fue breve, pero le dio a Bryant un atisbo de la mujer que había bajo esa rabia.

Ella se encogió de hombros.

—Durante los primeros años fuimos insultados ocasionalmente, pero no les hicimos caso. Los bebés empezaron a llegar —dijo, y recorrió la habitación con los ojos. Renuncié a mi trabajo, pero la compañía estaba enfrentando dificultades.

—Hace un año, el negocio cerró y Henryk perdió su trabajo. Al principio, se negó a pedir ayuda; no quería drenar un país que había aprendido a amar. Primero vivimos de los pequeños ahorros y, después, de la venta de nuestras posesiones.

Apenas en ese momento, Bryant se dio cuenta de que no había televisión, equipo de música ni ningún otro artilugio tecnológico.

—Finalmente, se nos acabaron las cosas, y a Henryk no le quedó más remedio que pedir ayuda estatal. Entonces empeoraron los insultos y las amenazas. Los vecinos nos gritaban cosas desagradables, nos decían que nos volviéramos a casa y que nos lleváramos a nuestros pequeños hijos de puta.

Tragó hondo. Bryant sentía cómo la rabia iba creciendo en ella.

El rostro de la mujer se ablandó de tristeza.

—Encontramos insultos en nuestra puerta. Nuevos insultos cada día. Nos arrojaron ladrillo por la ventana, y Henryk escupido muchas

veces.

Bryant sintió la necesidad de disculparse, pero no estaba seguro en nombre de quién.

—¿Denunció los incidentes? —preguntó Dawson sin que hubiera necesidad.

Por supuesto que lo había hecho.

Ella asintió.

—Sí, y hace dos días recibimos la carta.

—¿Qué carta? —preguntó Bryant.

La mujer se quitó al niño del pecho, cogió una hoja doblada que estaba en la chimenea y se la dio a Bryant. Él la desplegó y empezó a leer.

> *Iros a la mierda, polacos hijos de puta. Iros a casa y dejad de robarnos nuestro dinero y nuestros empleos. Estáis advertidos. Violaremos a la mujer y mataremos a los hijos a puñaladas.*

—¿Tiene alguna idea de quién les ha enviado esto? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Clavado en la puerta, sin sobre —respondió cansinamente.

Bryant sintió que esas palabras le provocaban náuseas. Alguien estaba tan envenenado como para escribir eso con el único fin de aterrorizar a una joven familia.

Y, ahora, esta pobre mujer estaba sola.

—¿Hay testigos? —preguntó él.

La expresión de la mujer lo dijo todo.

Bryant puso la carta en alto.

—¿Puedo llevarme esto?

Ella asintió.

—¿Hay algún otro lugar donde pueda quedarse?, ¿con su tío? —preguntó él.

La mujer negó con la cabeza.

—Hace tres meses que se mudó a Polonia. Y nosotros haremos lo mismo en cuanto Henryk se recupere.

Bryant se entristeció de que esta familia hubiera sido expulsada de su hogar. Vio que Dawson movía la cabeza de un lado al otro y supo que su compañero sentía lo mismo.

—Pediré a la comisaría que cualquier asunto relacionado con esta dirección sea tratado como una prioridad —dijo, y se puso de pie.

Ella asintió abatida. No, eso tampoco la reconfortó gran cosa.

A él le habría gustado poder hacer algo más.

Ya en la puerta, Bryant le ofreció la mano.

—Gracias —le dijo.

Ella se acomodó al bebé dos en el hombro mientras el niño se agarraba de su rodilla. Aceptó el apretón de manos y ofreció una sonrisa trémula.

—Y muchas gracias a ustedes —dijo.

Bryant salió de la casa y echó otro vistazo a la calle.

—No mencionaste los textos del móvil de Henryk —dijo Dawson cuando la puerta de la casa se cerró.

—¿Crees que necesita algo más de qué sentirse atemorizada?

Dawson asintió en señal de que estaba de acuerdo.

Bryant caminó a la puerta principal de la casa de enfrente. Ocho pasos. Hizo un alto y observó el panorama desde la otra acera. Contó tres pegatinas del BNP, el partido fascista de la Gran Bretaña, en las esquinas de algunas ventanas.

—¿Estás estirando las piernas? —le preguntó Dawson, que ya lo esperaba junto al coche.

Bryant no le hizo caso. La familia había recibido comentarios ofensivos grabados en la puerta, ventanas rotas y anónimos.

Echó otro vistazo a toda la calle.

«No hay putos testigos. Claro que no», pensó.

Capítulo 17

Dos giros más a la izquierda a través de una urbanización y fueron a dar a otra calle que, según supuso Kim, estaba al noroeste del lugar de la excavación.

—¿Aquí? —comprobó. Esta calle era más estrecha que la de una sola vía al otro lado del terreno.

—Eso es lo que...

—Chitón —dijo ella, y bajó la ventanilla—. ¿Oíste eso?

—Las llaman sirenas, Stone —dijo él—. Suelen usarlas los policías, los bomberos...

—... y las ambulancias —terminó ella, y pisó el acelerador.

El estrecho camino doblaba y aumentaba de pendiente antes de nivelarse a las afueras de una pequeña granja. Esta tenía el terreno por el oeste, y a la M5, por el este.

—Maldita sea —dijo Kim, y pisó el freno.

A tres metros de ella, un hombre estaba tumbado en el suelo y otro estaba agachado sobre él.

Stone y Travis salieron disparados del coche. Él llegó primero y, al que estaba inclinado, lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Qué diablos...?

Kim vio las manos del hombre cubiertas de sangre.

—Por favor, ayúdenlo —gritó este, tratando de escapar del agarre de Travis.

—Señor, apártese —dijo el detective, e hizo retroceder al hombre.

—¿Cómo se llama? —gritó Kim.

—Billy. Es mi hijo. Se llama Billy. Por favor, ayúdenlo.

Kim se agachó y vio lo que seguramente eran las huellas del padre en el cuello de la víctima. Supuso que el hombre había estado aplicando presión para detener el sangrado que ahora rezumaba de la herida de su hijo.

Los estremecimientos y quejidos ocasionales le confirmaron que seguía vivo. Tenía los ojos cerrados, pero la respiración parecía ser fuerte y regular.

—Billy, todo está bien, ahí viene la ayuda —dijo ella. Sacó un guante de látex del bolsillo de su chaqueta.

La proximidad de la sirena sugería que la ambulancia iba por la calle de una sola vía.

Kim puso la mano donde había estado la del padre y sintió la sustancia pegajosa que trataba de filtrarse entre sus dedos. Empujó con más fuerza para aplicar una mayor presión en la herida.

Billy se quejó.

Kim podía oír a Travis. El detective trataba de averiguar si había alguien más en la casa y la dirección del disparo. No obtenía ninguna respuesta del hombre, que solo quería regresar a donde estaba su hijo.

—Ya casi están aquí, Billy —dijo ella. Miró hacia atrás, a la ambulancia que entraba en la finca—. Aguanta. Los médicos ya están aquí y se encargarán de atenderte.

Surgió otro gemido cuando una mano enguantada tocó a Kim por el hombro.

—Lo tenemos, señorita, gracias.

Kim retrocedió y los dejó acercarse a hacer su trabajo. No podía recordar la última vez que la habían llamado «señorita».

Los paramédicos hicieron un par de comprobaciones rápidas, pero no perdieron tiempo en trasladar al joven a una camilla. Lo metieron dentro de la ambulancia tan cuidadosamente como pudieron.

—¿Se pondrá bien? —gritó el padre detrás de Travis.

—Lo cuidaremos bien, señor —dijo el paramédico más veterano, mientras, con toda su experiencia, acomodaba al paciente en la parte de atrás del vehículo.

El hombre trató de soltarse, pero Travis fue demasiado rápido para él.

—Déjeme ir con...

La puerta de la ambulancia se cerró detrás de ellos.

—¿Es usted el señor Cowley? —preguntó Kim mientras caminaba hacia la granja.

Él asintió sin que sus ojos se apartaran de la ambulancia que se alejaba de la finca.

—¿Hay un baño donde pueda lavarme? —preguntó ella después de interponerse entre él y la ambulancia.

—La primera puerta a la izquierda —dijo el hombre.

Kim pudo observar por primera vez a ese hombre bajo y regordete. Su calva quedaba enfatizada por la barba de tres días en el mentón. Llevaba las perneras de los vaqueros manchados de aceite y metidas en unas botas de agua, y la sucia camisa azul, apretándole el estómago.

Su rostro estaba arrugado de miedo y preocupaciones.

Cuando entró en la granja, el hedor a comida podrida y humedad prácticamente la abrumó. Se metió en la habitación de la izquierda, donde había un retrete y un lavabo diminuto que se llenó en cuanto ella metió las manos. El retrete era de hierro fundido y tenía cadena.

Kim se enjuagó las manos rápidamente y prefirió secárselas en los vaqueros. La toalla no era gris por su diseño.

Al salir, se encontró a Travis a un lado del coche, hablando por teléfono, y al señor Cowley esperando impacientemente, con unas llaves colgando de su dedo.

—¿Qué ocurrió aquí, exactamente, señor Cowley? —preguntó.

—No... Yo no... Por favor, solo déjeme...

—Señor Cowley, necesitamos saber cómo fue que su hijo resultó herido.

—Por favor, oficial, déjeme ir a verlo. Necesito saber que está bien.

Kim miró a Travis, que ya había colgado el teléfono. Este asintió.

—Nos vemos en el hospital. Ahí hablaremos —dijo.

El padre sonrió agradecido y corrió hacia una vieja camioneta.

Kim caminó hacia su propio coche, lista para seguirlo. Se detuvo al abrir la puerta del conductor y echó la vista atrás, a un lado del granero y al charco de sangre de donde acababan de sacar a Billy Cowley.

A un lado de la mancha roja estaba tirado un rifle de cachas marrones.

Juraría que no estaba ahí cuando llegaron.

Capítulo 18

—Stone, no sé qué estas buscando aquí —dijo Travis amargamente cuando ella aparcó el coche a las afueras del servicio de urgencias.

Había tratado de mantenerse pegada a la ambulancia, pero, sin luces intermitentes ni sirenas en su Golf, se había quedado unos tres kilómetros atrás.

—Se llama «investigación», Travis —dijo—. Te lo explicaré más tarde.

—¿Qué esperas conseguir? —insistió él.

Vale, por lo visto, tendría que explicarlo en ese momento.

—Acaban de dispararle a un hombre en el mismo terreno donde hemos descubierto los huesos —dijo pausadamente mientras se acercaba a la entrada.

—Te estás distrayendo —dijo él, tajante—. Esto podría no tener ninguna relación con nuestro viejo caso. Deberíamos mantenernos concentrados en...

—¿Es cachondeo? —preguntó ella a poca distancia de las puertas automáticas. A un hombre, que lucía una escayola nuevecita, lo tuvieron que hacer pasar a un lado de ellos, rodeándolos. Ella no prestó atención al destello de molestia de la mujer que venía empujando la silla de ruedas—. ¿No te parece una pequeña coincidencia? ¿Qué, tus instintos no están haciéndole agujeros a tu cartera de cuero?

—Creo que deberíamos dejar en paz a esta familia y...

—¿Viste esa arma junto al granero cuando llegamos al sitio? —preguntó ella enfáticamente.

—No, pero...

—Yo tampoco.

—Ambos estábamos distraídos por la conmoción del momento —razonó él.

—Ambos somos investigadores bien entrenados ¿y ninguno de los dos se dio cuenta de que estaba ahí? —preguntó ella con los ojos bien abiertos.

Travis negó con la cabeza.

—Esto, que pudo haber sido un simple accidente, lo estás convirtiendo en una conspiración para...

—Ay, Travis, cállate —soltó ella cuando vio al señor Cowley de pie junto al escritorio de la recepción. Fue hacia él, dejando a Travis a la busca de sus propias reacciones instintivas.

—No quieren dejarme pasar —dijo el señor Cowley furioso en cuanto la vio—. Dicen que necesitan hacerle valoraciones antes de que pueda verlo.

Kim echó un vistazo a la recepcionista de mediana edad que estaba detrás del panel de cristal. Su rostro cogía color mientras una cola de enfermos y heridos seguía formándose detrás del hombre.

—Acompáñeme, señor Cowley —dijo Kim, en un intento por apartarlo de ahí.

Él la rechazó.

—Quiero ver a mi hijo.

Ella lo entendía bien, pero el guardia de seguridad que los miraba desde un costado de la recepción no iba a permitirlo.

—Déjelos hacer su trabajo, señor Cowley. Por favor, hágase a un lado.

Consiguió moverlo a la izquierda, aunque poco menos de medio metro. La recepcionista pudo empezar a anotar los detalles de la siguiente persona en la fila: un joven que llevaba la mano derecha en alto, envuelta en un paño de cocina manchado de sangre.

El señor Cowley le dedicó a Kim una mirada furiosa.

—Por favor, solo venga conmigo. Ellos le avisarán en cuanto tengan alguna noticia.

El hombre vaciló, pero finalmente se dejó ser guiado hasta una línea de sillas vacías atornilladas a la pared limítrofe.

—Gracias por tu ayuda —gruñó a Travis, que aparecía detrás.

—Maldita sea, Stone. Decídete. En un momento dado, no quieres mi ayuda, y de pronto...

—Mi colega, aquí presente, le traerá una taza de café —dijo, y se sentó junto al señor Cowley.

Ella no se volvió a Travis, pero tuvo la sensación de que el bulto se apartaba de ellos.

—Señor Cowley, ¿puede decirme qué le ocurrió a su hijo? —preguntó. Trataba de no poner atención al hedor corporal que emanaba del hombre.

Jeff Cowley negó con la cabeza y se pasó una mano por la barbilla sin afeitar.

—No lo sé —dijo—. Oí un disparo y salí corriendo. Billy estaba en el suelo, junto al granero. Corrí hacia allá. Había sangre por todos

lados. —Se palpó un costado del cuello.

—¿Le dieron un balazo en el cuello? —preguntó Kim. En ese momento, Travis entregaba al padre una taza de plástico. Este, moviendo la cabeza, negó hacia el detective y asintió hacia ella.

—Y su rifle estaba a un lado.

—¿Estaba consciente? —preguntó Kim. ¿Habría sido capaz de decir algo?, se preguntaba.

—Stone, debemos marcharnos y dejar...

Kim siguió la mirada de Travis hacia la puerta. Por fin, el coche patrulla de Marcia Occidental los había alcanzado.

—Retenlos por un minuto —dijo Kim.

Travis estaba ansioso por tratar el asunto como un incidente no relacionado. Ella no estaba tan segura. Las coincidencias la ponían muy nerviosa. Un accidente de arma de fuego en una propiedad donde se habían descubierto huesos un día antes. La relación temporal hacía que sus sentidos se encendieran como todas las alarmas de una calle tras una subida de tensión eléctrica.

—¿Su hijo alcanzó a decirle algo?, ¿cualquier cosa? —presionó Kim.

Tenía que averiguar si esto había sido un accidente.

—Tenía los ojos cerrados —dijo Cowley, tragando saliva.

—Stone —volvió a decir Travis.

Kim le dedicó una mirada de advertencia. Dos agentes vestidos de negro se movían inquietos junto a la puerta. Las enfermedades y las lesiones se olvidaron por un momento mientras todas las miradas en esa sala de espera se centraban en ellos.

—Señor Cowley, ¿se da cuenta de que necesitamos registrar su casa? —Él la miró confundido. Sus pensamientos estaban únicamente en la vida de su hijo.— No por el tiroteo —le aclaró—, sino por los descubrimientos en el bosque. ¿Nos da su permiso? —le preguntó.

Él asintió distraídamente. En ese momento, una mujer se abría paso entre los agentes que aguardaban para dirigirse a donde estaban los detectives.

Kim la evaluó rápidamente. Un metro cincuenta y ocho, incluido los tacones; cuerpo menudo. Vestía un traje con pantalones azules y una blusa blanca lisa. Las cortinas de su melena castaña estaban separadas por un flequillo disparejo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, sin fijarse en Kim ni en Travis.

—Billy. Le pegaron un tiro... No sé qué...

—¿Y ustedes son...? —preguntó la mujer, volviéndose primero a Kim y, después, a Travis.

—Los agentes encargados de investigar el descubrimiento de huesos humanos en los terrenos del señor Cowley —respondió

brevemente Kim.

La detective se volvió al hombre, que tenía la cabeza metida entre las manos. No pudo decir nada antes de que la mujer se acercara un poco más.

—¿Qué les has dicho? —ladró.

El señor Cowley parecía aturdido.

—Quieren mirar... registrar el lugar —dijo. Levantó la mirada hacia las salas de tratamiento.

—El señor Cowley nos ha dado su permiso —aclaró Kim.

—¿Ah, sí? —dijo la mujer, tensando la mandíbula—. Bueno, yo soy Fiona Cowley, la hija del señor Cowley. El contrato de arrendamiento está a mi nombre, y en este momento les estoy revocando el permiso.

Kim miró a Travis, cuya expresión permanecía impasible. Sin duda, sus instintos tendrían que activarse en ese momento.

Como si le hubiera leído la mente, el detective dio un paso adelante.

—Señorita Cowley, *conseguiremos* el permiso con los arrendadores o mediante una orden judicial. Pero sería de gran ayuda...

—No he venido a ayudar a la policía, así que, si da un solo paso hacia nuestra finca, nos veremos en los tribunales. Y buena suerte con la familia Preece; no conseguirá nada de ellos.

A pesar de la hostilidad, Kim no pudo evitar interesarse en el tono venenoso con que la mujer se había referido a los terratenientes.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó.

La mano de Fiona se posó en la espalda de su padre.

—Porque hay un montón de cabrones ladrones —contestó ella.

Kim habría querido profundizar en el tema, pero el móvil empezó a sonar en su bolsillo.

—Doctora A —dijo, y se apartó un paso de ese rottweiler tan elegantemente vestido.

—Inspectora, necesito que vengas al laboratorio. Ahora mismo —dijo, solemne, antes de colgar.

Kim se guardó el teléfono en el bolsillo y consultó el reloj de pared. ¿Qué pudo haber descubierto en las tres horas transcurridas desde la última vez que se vieron?

Por el sonido de la voz de la científica, Kim supo que no podía ser nada bueno.

Capítulo 19

—¿Alguna noticia de la jefa, Stace? —preguntó Bryant cuando entraron en la sala de la brigada.

De inmediato, Dawson se quitó la corbata y la dejó caer sobre su escritorio.

Stacey negó con la cabeza.

—Ni pío.

—¿Has tenido un día ajetreado, Stace? —se mofó Dawson.

—Vete a la mierda —le respondió ella, tajante.

Bryant suspiró. Por la expresión de su colega, era obvio que había tenido un mal día. No tenía ni idea de por qué Dawson tenía que fastidiarla.

—Kev tiene un regalo para ti —dijo, entrecerrando los ojos.

Dawson hizo un ruidito y sacó el móvil de su bolsillo. Lo deslizó por el escritorio.

Ella lo atrapó.

—¿De quién es este móvil?, ¿de Pedro Picapiedra? —preguntó al tiempo en que lo miraba por todos lados.

—No es tan viejo, Stace —dijo Bryant. No hacía mucho que él tenía uno del mismo modelo.

—En términos tecnológicos, estaríamos hablando de principios de la era victoriana —bromeó ella.

—Este móvil pertenece a Henryk Kowalski —dijo Dawson.

—¿Por qué no tiene una etiqueta de registro? —preguntó, volviéndose a él.

Por su capacidad probatoria, tendrían que haberlo metido en una bolsa, registrado y enviado al laboratorio forense. Si hubiera aparecido de inmediato en la escena, las huellas dactilares de Marie West habrían sido recogidas y eliminadas del aparato.

—Había estado desaparecido desde el ataque —contestó Dawson.

Ya ningún tribunal lo admitiría como prueba. Aunque estuviera lleno de sudor, saliva y semen del atacante, ese testimonio nunca sería admisible.

La pequeña pantalla cobró vida cuando Stacey presionó el botón de encendido.

—Henryk recibió un mensaje de texto acerca de un trabajo ocasional —explicó Dawson—. ¿Podrás recuperarlo? —preguntó en cuanto la pantalla reclamó la contraseña.

—¿Es coña? —preguntó Stacey, disgustada de que la interrogara sobre algo tan básico—. ¿Puedes interrogar a un testigo? —replicó ella.

—Eso es discutible —opinó Bryant con una sonrisa. Había cierta tensión entre los escritorios.

—Mierda, Stace, ¿no te basta con...?

—Termina esa frase, Kev, atrévete —le espetó ella.

Dawson cerró la boca.

Bryant observó fascinado cómo la asistente de detective pulsaba unas cuantas teclas en rápida sucesión antes de apagar el móvil y volver a encenderlo. El menú apareció en la pantalla.

—Muy buena, Stacey —dijo.

Ella no respondió. Él se preguntaba, a veces, si esta mujer tenía alguna idea de lo mucho que valía. La tarea no había supuesto ningún reto para ella, pero ni él ni Dawson habrían sido capaces de resolverla en un mes de puros domingos.

—Tengo el mensaje —dijo Stacey—. Lo recibió de un número desconocido.

—Maldita sea —dijo Bryant.

—Mierda —añadió Dawson.

—Veré si se puede hacer algo —ofreció, sin dejar de examinar el teléfono.

Sus dedos se detuvieron cuando empezó a leer. El ceño fruncido se convirtió en una mueca de horror. Miró de uno al otro.

—Chicos, será mejor que vengáis a echar un vistazo.

Capítulo 20

—¿Sabes, Travis? O intervienes o no intervienes, pero, por lo menos, sé coherente —dijo Kim cuando bajaban las escaleras a la morgue.

Travis negó con la cabeza.

—Stone, en general, las mujeres me parecen un completo misterio, pero tú deberías venir con un jodido manual de instrucciones.

Kim no le hizo caso. Siguieron de largo hacia el laboratorio.

—Hola, de nuevo, doctora A —saludó alegre. Daba gusto ver una cara más amigable.

La científica respondió con una breve sonrisa mientras firmaba algo en un portapapeles y se lo devolvía al hombre que tenía a su lado.

En pocas horas, la doctora A había cambiado el traje blanco por una bata de médica que le llegaba justo por debajo de las rodillas. Llevaba las piernas enfundadas en unos vaqueros grises y, en los pies, sus características botas Doc Marten.

—Ya era hora de que vinierais —dijo.

Kim contuvo una sonrisa. Habían recibido la llamada hacía menos de diez minutos. Rodeó a la médica y miró lo que ocultaba la fogosa figura.

Subió la mirada de nuevo hacia la doctora, quien asintió.

Había tres camillas separadas, cada una con huesos.

Kim se acercó a mirarlas.

—¿Está segura? —preguntó en voz baja.

—Definitivamente —contestó la doctora A.

En la primera estaba la colección más grande. Las dos piernas, el brazo derecho y parte del izquierdo.

La segunda camilla contenía algunos huesos de las extremidades inferiores y una pelvis.

En la tercera no había más que un brazo.

—¿Tres víctimas? —preguntó Kim.

La doctora A asintió mientras se situaba entre las dos primeras camillas.

—Sí, hay demasiados huesos del brazo. Ahora mismo viene en camino un segundo cráneo.

Kim notó que en el mostrador de metal había una caja. Contenía el primer cráneo y unos cuantos huesos pequeños.

—Aún no sabemos a cuál de las víctimas pertenece.

Kim se acordó de los rompecabezas, de cómo las piezas se hacían encajar por un proceso de eliminación: esta no queda aquí y tal, hasta que las posibilidades se reducían al único lugar donde podía encajar.

El único problema con este método surgía cuando faltaban piezas.

Kim rezó para que no faltaran.

—¿Estás segura de que son solo tres? —preguntó.

La doctora A negó con la cabeza.

—Todavía no podemos decirlo con certeza. Los restos no están particular en orden, así que, hasta que termine excavación...

Kim rezó para que no fueran más de tres.

—Está claro es que este no el sitio original de enterramiento. Los huesos cambiados de lugar. Tenemos dos tipos de suelo en la fosa. Ya enviados a analizar.

Kim pasó por alto el maltrato a la gramática. Había entendido.

—¿Ya tiene alguna idea de cuánto tiempo llevan los huesos en esta tumba? —preguntó.

—Por el momento, es difícil decirlo, pero ya estaban *esqueletizados* cuando los arrojaron ahí.

A Kim le pareció un poco chocante ese uso de la palabra *arrojar;* pero recordó el hueso que sobresalía por un ojo y se dio cuenta, entonces, de que era bastante precisa.

—No he visto indicios de otros tejidos en ninguno de los huesos.

Kim comprendía que esta investigación tenía que ver con el tiempo: ¿hace cuánto que los huesos fueron enterrados?; ¿cuándo los movieron de un lugar al otro?; ¿qué edad tenían las víctimas?

Los investigadores de escenas criminales trataban de usar los indicios para establecer vínculos: el pelo de un sospechoso en la ropa, una fibra de la víctima en la casa de un sospechoso... Todo esto en un intento de asociar al perpetrador con el crimen.

Kim fue al pie de la primera camilla, la que tenía la mayor cantidad de huesos, aunque sin cráneo. Travis se deslizó por el otro lado.

¿Habrían enterrado estos cuerpos por separado? ¿Los habrían arrojado juntos después? ¿Por qué tres cuerpos en una misma tumba?

Sospechaba que el principio del intercambio de Locard no le sería útil en este caso. La teoría relacionada con los rastros materiales recogidos en otros lugares, como pelos de perros y niños, etcétera, sería muy difícil de aplicar si los cuerpos habían sido trasladados.

—¿Hay algo que puedas decirnos de la víctima número uno?

La doctora A cogió el portapapeles que colgaba de un extremo de la camilla. Kim se acordó de los médicos que hacían rondas para comprobar la evolución de los pacientes. De los vivos.

Esperaba que la científica tuviera algo para darle. Identificar a las víctimas era siempre su prioridad, tanto por razones personales como profesionales. Detestaba que permanecieran anónimas. Cada víctima había sido una persona de carne y hueso y merecía la deferencia de que se refirieran a ella por su propio nombre. Y, desde el punto de vista profesional, ahí empezaba el rastro de migajas; era el eje de la rueda investigativa. A partir de la identidad de la víctima, los rayos apuntaban en todas las direcciones: familia, trabajo, amigos, amantes, actividades, enemigos, pasado... Sin la identidad, no tenían nada.

Kim ya sabía que era posible determinar el sexo de un adulto, pero no el de un menor. Sabía, también, que el cráneo no servía de gran cosa para calcular la edad de un adulto.

—La víctima número uno es un varón de cuarenta y cinco a sesenta años. Según mis cálculos, habría medido un metro ochenta y dos y...

—Epa, más lento —dijo Kim, tomada por sorpresa. Al parecer, iba a recibir más información detallada de la que había esperado. Si tan solo Keats estuviera por ahí para tomar notas...

Travis ya tenía abierta la carpeta de cuero.

—¿Puede determinar la edad con tanta precisión? —preguntó Kim.

La doctora A señaló los huesos largos de los brazos y piernas.

—Aquí, las placas de crecimiento se han cerrado. Permanecen abiertas mientras los huesos se alargan y se cierran cuando dejan de crecer. Por lo general, no después de los veinticinco años. Los rayos equis indican que el nivel de calcio óseo se corresponde con el de un hombre de más de cuarenta años.

—Vale —dijo Kim.

—Y, aquí —dijo, señalando las costillas—, El área del esternón está picada y afilada por el envejecimiento. La cantidad de picaduras en las articulaciones sugeriría una edad que va desde poco más de los cincuenta hasta los sesenta, aproximadamente.

Travis seguía escribiendo con furia.

Kim se preguntaba acerca de cuán detallados serían sus apuntes. Fácilmente, ella habría podido recordar «hombre de mediana edad».

—¿Y la estatura? —preguntó dubitativa.

La doctora A frunció el ceño ante las dudas en la voz de la detective.

—Para eso, hemos tenido que analizar otra vez los huesos largos.

Por lo general, la estatura equivale a cinco largo del húmero.

Kim se descubrió observando su propio brazo. No sabía eso.

Travis dio un paso adelante y levantó el bolígrafo.

—¿Podría darnos una idea de la complexión de este hombre?

La doctora A entrecerró los ojos.

Travis interpretó ese gesto como un problema de comunicación, pero Kim conocía a la médica mejor que eso. La doctora A sabía bien lo que le estaban preguntando.

—Su físico —aclaró él.

—Entiendo la pregunta, sargento, pero no entiendo por qué me la hace.

—Porque el último huesero con quien trabajé fue capaz de darnos una idea de la complexión, y se basaba tan solo en el tamaño y el grosor de los huesos —desafió imperioso.

Kim se planteó preguntarle a Travis si querría que le entregaran sus cojones envueltos para regalo.

—Tu huesero, entonces, era un carapolla —dijo la médica, sin más.

Kim supuso que habría querido decir *gilipollas,* pero, para el caso, daba igual.

—Huesos más gruesos pueden indicar músculos más gruesos, pero no es un signo del que uno pueda fiarse, puesto que eso depende también de nutrición, actividad física fuerte. Tu supuesto experto hacía conjeturas. Yo solo doy datos duros. Las adivinaciones tocan a ti.

La doctora A había ido a situarse delante de él. Era irrisoria la diferencia de estaturas. La cabeza de la doctora A tenía que inclinarse hacia atrás a setenta grados para encontrar la mirada del detective.

La escena le recordaba a un chihuahua ladrándole a un dóberman. Los perros no tenían noción de sus propios tamaños. Por primera vez en su vida, Kim, de verdad, sintió pena por Travis.

Kim se interpuso como un réferi de boxeo.

—¿Tiene algo más para nosotros, doctora A?

La científica lanzó una última mirada antes de retroceder. Kim no se habría sentido sorprendida de oírla gruñir.

—Ah, entrega a domicilio —gritó cuando las puertas se abrieron, aunque lo que venía llegando no era una pizza.

Entraron dos técnicos cargando sendas cajas de plástico. El de menor estatura llevaba bajo la axila un ramo de flores de colores.

La doctora A frunció el ceño.

—¿Flores, Timothy?

—Marina me dijo que las trajera —dijo, y señaló las camillas con el rostro—. El señor Preece las llevó al sitio de la excavación.

La cabeza de Kim se levantó de golpe.

—¿Dale Preece llevó flores? —preguntó. No le había parecido del tipo de los que llevan flores.

Timothy negó con la cabeza.

—No, este tipo se presentó como Bart. No dio problemas. Dijo una plegaria y se marchó en cuanto le pedimos que se retirara.

—¿Tú quitaste las flores? —preguntó la doctora A.

Timothy volvió a señalar las camillas.

—Para que estén con las víctimas —dijo.

La doctora negó con la cabeza.

—Son para marcar la tumba —dijo—. No importa. Ahora, ¿quién trae el cráneo?

El primer técnico que había entrado negó con la cabeza y colocó su caja sobre el mostrador de metal.

—Marina dijo que te diéramos esto primero —dijo, y quitó la tapa de la caja. Le entregó la bolsa de pruebas más pequeña posible, de poco más de dos centímetros por lado.

Tanto Kim como Travis se inclinaron hacia delante cuando la médica sostuvo la bolsa frente a la luz.

—¿Tierra? —preguntó, y alzó la voz—: *Mame mu ebam,* ya tengo suficiente tierra, Timothy —dijo impaciente.

—Mira otra vez —dijo él, ecuánime. Era evidente que el hombre estaba acostumbrado a los arrebatos de su jefa en macedonio.

La médica sacó una lupa del escritorio y resopló mientras inspeccionaba la muestra más detenidamente. El ceño profundamente fruncido pasó a convertirse en una mirada de sorpresa, como en un gráfico generado por ordenador.

—No me digas —exclamó.

—¿Qué? —preguntaron Kim y Travis al unísono.

—Una fibra —dijo la doctora A con asombro.

—No me digas —dijo Kim, y se dio cuenta de que había repetido las palabras de la científica.

La doctora A seguía moviendo la cabeza de un lado al otro mientras colocaba la bolsa sobre el mostrador.

—¿No va a abrirla? —le preguntó Kim. Cualquier cosa que ella pudiera decirles sería útil.

La mujer negó con la cabeza.

—Esto tiene que ir al laboratorio. Si es la única que podemos conseguir, debemos asegurarnos de extraer de ella todo lo posible.

Kim lo entendía. En la morgue no tenían el equipo necesario para descubrir todo lo que la fibra podía ofrecerles.

Tardarían más, pero valdría la pena.

Timothy sacó una bolsa de plástico mucho más grande que

contenía un hueso largo y se lo entregó a la médica.

—Y me dijo que te diera esto en segundo lugar.

La doctora A lo giró entre sus manos y lo sostuvo contra la luz. Un rayo lo atravesó por una sección de la parte inferior de la pierna. El agujero atravesaba limpiamente el hueso.

La doctora A se volvió a mirar a Kim, quien exhaló y asintió al mismo tiempo.

Sabía exactamente lo que le estaban mostrando.

Era un agujero de bala.

Capítulo 21

Stacey cruzó la puerta y se topó con el aroma inconfundible de las patatas fritas.

El café estaba localizado justo a un costado de Dudley High Street y llevaba veinte años friendo para las masas. Ella había empezado a frecuentar este lugar en la adolescencia, cuando había poco que hacer en un lluvioso sábado de Dudley, después de una agotadora sesión de mirar escaparates.

Había sido ahí, también, donde se le había ocurrido, por primera vez, acabar con su vida.

Desde aquel entonces, la propiedad había cambiado de manos, pero no la decoración ni el menú. Vio a algunos de los clientes habituales en sus lugares de costumbre, pero su mesa favorita estaba disponible.

Hank Brown se sentó en la mesa de la ventana. Pasaba casi todas las tardes en Betty's Bite's. Después de haber perdido a la mujer con quien estuvo casado treinta y siete años, se aventuraba por el café unas cuantas noches a la semana en busca de una cena caliente. Alguna vez, Stacey había cometido el error de ofrecerle una sonrisa. Aquella hora de su vida no quería volver a vivirla nunca más.

—Hola, Stacey, ¿qué te traigo? ¿Pastel de té tostado y coca cola light?

Stacey asintió y rebuscó en su bolso. Según su teoría, una cosa compensaba la otra. Padecería la Coca-Cola light con tal de untar el paquete de mantequilla en la masa caliente y afrutada. Y, después de que alguna vez recibiera una taza de té que se sofocaba bajo una película de grasa, había preferido pedir una botella sellada.

Priscilla levantó la mano.

—Ya hice el balance —dijo con una sonrisa—. Yo invito.

—Gracias —dijo Stacey, devolviéndole la sonrisa. Los actos genuinos de generosidad escaseaban en su vida personal, y más aún en el trabajo.

Priscilla asintió hacia la mesa de la esquina.

—Ahora lo traigo.

Stacey se lo agradecía, aunque esperaba que no le ofrecieran demasiados bocadillos gratis. Eso no le gustaría a Manny.

Manny era el dueño del café. Lo llamaban así por el mamut lanudo de *Ice Age: La edad del hielo.* Era grande, peludo y rumano. Del dueño anterior había heredado a Priscilla, junto con las instalaciones y los accesorios.

Stacey limpió la mesa y sacó su iPad.

Priscilla colocó el plato pequeño y el cuchillo sobre la mesa.

—Aquí lo tienes, preciosa —dijo.

—Muchas gracias, pero...

—*Na* —dijo ella, y puso una mano en el hombro de Stacey—. Guardaremos el secreto.

La mujer fue a la puerta y cambió el letrero de «abierto» a «cerrado».

Era la Priscilla más improbable que Stacey hubiera visto jamás. Con ese nombre tan poco común en Black Country, Priscilla tendía a destacar. Stacey le calculaba poco menos de treinta años. Era de labios carnosos y bien perfilados, pero tenía los ojos demasiado pequeños para las proporciones de su rostro. La frente larga se veía exagerada por el pelo teñido de rojo y recogido en un moño. Aun así, había ciertas cualidades en esos rasgos que Stacey encontraba intrigantes.

Priscilla se percató del examen y sonrió.

Stacey se sonrojó y volvió a centrar su atención en la merienda. Untó el pastel de té y vio desaparecer la mantequilla.

La gente venía a ese café por muchos motivos. El suyo era servirse de él como amortiguador entre el trabajo y la casa. Por lo general, los diez kilómetros entre la comisaría y su apartamento no eran suficientes para borrar los sucesos de la jornada. En los días en que iba directamente a casa, entraba por una puerta tan llena de tensiones como la que había dejado atrás. Al final, los traumas del día se disipaban, pero, para entonces, ya era hora de irse a dormir. Al usar esa cafetería como parada para repostar, la convertía en un acontecimiento, en una separación entre el trabajo y el hogar.

Esta noche le estaba costando dejar atrás el trabajo. Los textos llenos de vileza en el móvil de Henryk seguían cascabeleando dentro de su cabeza. Por más intentos que él hizo por borrarlos, quizás para que su esposa no los viera, Stacey había conseguido recuperar unos mensajes elevados a amenazas crueles y enfermizas. El último lo recordaba palabra por palabra:

> Vete a la mierda o te destriparemos. Violaremos entre todos a tu mujer mientras la ven tus pequeños hijos de

puta, y luego, a ellos, uno por uno, les arrancaremos los brazos y las piernas.

Su mente no podía procesar el nivel de odio que se necesitaba para enviar un mensaje como ese. Por decir lo menos, estaba diseñado para aterrorizar a seres humanos que no habían hecho nada malo. Pero, en el otro extremo, eran amenazas muy creíbles.

Apartó el pastel de té, incapaz de digerir la comida. Puso la atención en su móvil, en el icono de World of Warcraft. En sus labios se dibujó una sonrisa cuando se imaginó la mueca y los ojos en blanco que pondría Dawson si la viera en ese momento. Confirmaría todo lo que él le reprochaba: que no tenía vida y que pasaba la mayor parte del tiempo en un mundo de fantasía lleno de duendes y ogros.

Y Dawson tenía razón. Ella no tenía vida. No desde que su relación con Trish había muerto de una deslucida manera. La chispa inicial entre Stacey y la técnica forense nunca había llegado a encender como las dos habían esperado. No había habido grandes escenas ni discusiones; la pasión no les alcanzaba para eso. Simplemente, la espera entre una llamada y la siguiente se hizo más larga cada vez, hasta que las llamadas y los mensajes de texto se acabaron.

Se tomó un momento para comprobar el correo electrónico. Nada nuevo.

Todo su día había consistido en cuatro mensajes: la habían etiquetado en Facebook, en la foto de una pariente; había recibido el cupón de todos los días y una notificación de que tenía tres nuevos seguidores en Twitter. El cuarto mensaje era de alguien que trataba de venderle más seguidores.

Puso el teléfono a un lado.

Esa noche no estaba tratando de aislar las emociones del trabajo. Esta vez trataba de distraer su mente de los sentimientos que la habían embargado desde el momento en que leyó la carta de Justin.

Y, ahora, esos mismos sentimientos no estaban dispuestos a soltarla.

Capítulo 22

Kim soltó un gruñido bajo y prolongado cuando los dardos de agua picotearon su cuerpo antes de bajar rodando por la piel y perderse en el desagüe.

Aunque era algo simbólico, de verdad sentía como si se purificara de Travis.

Después de dejar a la doctora A, Travis había consultado intencionadamente su reloj. Había pasado media hora desde el fin oficial del turno. En lo personal, ella habría querido poner un poco más de energía y visitar a la familia Preece o revisar los informes de personas desaparecidas, pero la expresión seria de Travis le dijo que nada de eso era una opción. De modo que lo había entregado sano y salvo a su esposa, quien se retorcía tras los visillos. Probablemente tenía miedo de que se le quemaran la carne y el par de verduras.

Salió de la ducha y se metió en una toalla de playa. Una fricción en la cabeza con un paño más pequeño, seguido de una rápida sacudida, y ya tenía el pelo corto y negro húmedo y erizado.

Se puso unos vaqueros holgados y una camiseta negra lisa. Sonrió al ver a Barney sentado pacientemente al pie de la escalera. Kim no tenía la menor idea de por qué el perro jamás se aventuraba a subir. Aunque no había puertas ni barreras, nunca cruzaba ese umbral invisible.

Se frotó la cabeza y siguió de largo hasta la cocina. Miró atrás, pero el perro no había movido un solo músculo.

No la estaba esperando, en absoluto; estaba atento a la puerta principal.

Kim rio a carcajadas. Incluso su perro estaba desarrollando un sexto sentido de detección de visitantes.

Fue a la cafetera y sacó dos tazas.

Líquido negro solo en la suya, leche y endulzante en la otra.

Alguien llamó a la puerta principal mientras ella servía la segunda taza.

—Entra bajo tu propio riesgo —gritó.

Su colega empujó la puerta para abrirla y se topó directamente con el peludo comité de bienvenida.

Llevaba la identificación en la mano.

—Me llamo Bryant. Quizás no me reconozcas, pero...

—Madre santa, si apenas te vi esta mañana —rio ella. Empujó el café de su colega a través de la mesa del desayuno.

—¿Cómo lo haces? —preguntó él mientras le daba a Barney una tira de charqui—. No llamé, no mandé ningún mensaje de texto, no envié ninguna paloma mensajera, así que, ¿cómo...?

—Bryant, vienes a visitarme sin anunciarte por uno de dos motivos: uno es, normalmente, asegurarte de que esté bien, dado que eres un entrometido. —Enarcó una ceja—. Hoy me he visto obligada a trabajar mano a mano con un hombre que detesto en un caso del que no sabes nada. Que aparecieras esta noche era una apuesta más o menos segura. Hasta el maldito perro sabía que vendrías.

—Buen punto —concedió—. Así que ¿cómo te encuentras? —preguntó sin perder más tiempo.

—Ha sido como ver un partido de cricket en cámara lenta. El tipo es metódico hasta rayar en lo farragoso. No hay en él la menor fogosidad, excepto cuando discute conmigo. Hace anotaciones de todo, y, hasta el momento, su acto impulsivo más notable ha sido poner un chupito de caramelo en su late con leche desnatada.

Bryant estuvo a punto de escupir la bebida.

Ella suspiró.

—Bueno, vale, no era un late con leche desnatada, pero ya te haces una idea. Entre su equipo, es simpático, divertido, tal como era conmigo, según lo recuerdo, y, bueno...

—¿No os llevasteis bien en esos tiempos? —Bryant preguntó rápidamente.

—Hace mucho —contestó ella.

Él se la quedó mirando.

—¿Hace cuánto?, ¿cuatro, cinco años? Se rumoreaba, en aquel entonces, que...

Kim se cruzó de brazos. Sí, ella también había escuchado esos rumores y nunca había respondido a uno solo. Abrió la boca con la intención de explicarle a Bryant el tipo de policía que Tom había sido, pero no pudo. El ejemplo mismo que él estaba a punto de usar era una de esas cosas de las que ella se había prometido no hablar nunca. Y no lo haría.

—No siempre fue así —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Algunas personas trabajan de manera diferente, más... organizadas que...

—¿Me estás diciendo que no soy organizada? —preguntó.

—A tu manera, ¿eh? Dejémoslo ahí.

Ella entrecerró los ojos.

—Esta es una de esas cosas que solo te atreverías a decirle a Kim, ¿o no?

—Vaya, sí. Ahora háblame del caso.

—La doctora A tiene sospechas de que son tres víctimas diferentes y que primero fueron enterradas en otro lugar. Tenemos una fibra y una herida de bala.

—¿Armas? —preguntó Bryant.

Ella asintió. Cualquier crimen relacionado con armas de fuego seguía siendo una excepción en sus áreas particulares.

—Hay una posible descripción de nuestra primera víctima. Todavía no tenemos ni idea de la antigüedad de los huesos ni de cuánto tiempo permanecieron enterrados. La doctora A ha estado en contacto con su colega, Marina, quien sigue a cargo de las excavaciones, ahora que la médica ha sido transferida a la morgue para reunir todas las piezas.

—Vaya, Keats estará complacido —observó Bryant.

—No menos que la doctora A. Ella se puso en contacto con el ITH, pero ellos no estarían dispuestos a...

—Aguarda —interrumpió Bryant—, ¿qué es el ITH?

—El instituto de los Tejidos Humanos. Son quienes otorgan los permisos a las morgues, incluso a las temporales. Pero cerca de la tumba no hay edificios con agua corriente, que es uno de los requisitos básicos, así que todos los restos han tenido que ser trasladados. Créeme, ella preferiría quedarse en el sitio.

Kim sabía que la doctora A era muy parecida a ella y que habría preferido que todos los aspectos de la operación forense se practicaran en el mismo lugar, donde pudiera controlarlos mejor.

—¿Y hay algo interesante con respecto al sitio?

—De hecho, sí. La granja la tiene en arrendamiento la familia Cowley: padre, hijo e hija. Todavía no sé nada de la madre. La hija es una fiera que nos ha denegado el permiso de registrar la propiedad, en tanto que, hoy mismo, su hermano ha estado implicado en un tiroteo.

Los ojos de Bryant se abrieron de par en par.

—Eso, exactamente —exclamó ella, apuntando al rostro de su colega—, eso es lo que no estoy obteniendo de Travis.

—Y, con todo esto, ¿ya estás en casa y ya te duchaste y aún no son ni las siete?

—Precisamente —dijo ella.

Armado con toda esa información, su equipo estaría investigando, indagando, pinchando y sondeando hasta agotar a todos los miembros

o todas las opciones disponibles.

—Ah, y tengo la sensación de que no hay mucho amor entre la familia Cowley y la Preece, que es la propietaria de los terrenos.

—Maldita sea, Kim. Hasta me he emocionado. ¿Estás segura de que no puedes arrebatarle este caso a Mercia Occidental?

Kim ya lo había pensado cientos de veces. Si tan solo le hubieran dado una libra por cada vez que se sintió tentada a llamar a Stacey o cada vez que deseó que Bryant estuviera con ella en el coche...

Lo único que la detenía era el respeto a su jefe.

—Le he dado mi palabra a Woody e intentaré hacerla valer —dijo.

Él asintió comprensivo.

—Sin embargo, debe de ser muy duro para ti no tener todo el control —dijo él, un tanto divertido.

—No tienes ni idea. De cualquier modo, ya basta de hablar de mí. ¿Cómo están los chicos? ¿Os estáis llevando bien Dawson y tú?

—Sí, vaya que sí. Vendrá a mi casa a pasar el fin de semana —dijo con donaire.

—¿Y Stacey?

—¿Cómo *crees* que está?

Sí, lo suponía. Stacey era una detective que trabajaba mucho mejor bajo presión. Cuando Kim la exprimía, en el cerebro de la mujer se producía una fricción mágica que se transfería a los dedos.

—¿No podrías implicarla un poco más? —preguntó ella.

Bryant tomó un sorbo de café.

—Lo intento, pero tendría que darle un punto de partida, y no hemos llegado a eso.

—Escuché que a este sujeto, al tal Henryk, le han dado una buena paliza —dijo ella.

Bryant asintió.

—Han amenazado a su familia: a la esposa y a sus tres pequeños. Los mensajes de texto son más que viles y es evidente que provienen de un loco absoluto. Ha habido cartas amenazadoras, vandalismo e insultos grabados en la puerta.

—¿La familia está segura? —preguntó ella.

Él se sonrojó un poco.

—Sí, están seguros —dijo, y se levantó un poco del taburete—. De todos modos, es mejor que...

—¿Qué has hecho? —preguntó ella—. Conozco esa mirada.

Bryant negó con la cabeza y empezó a retroceder.

Kim ató los cabos. Una mujer sola, con tres niños pequeños, que recibe amenazas viles y violentas y cuyo esposo está incapacitado en un hospital.

—Están en tu casa, ¿no es así?

—Sobre la base de una denegación plausible para ti..., voy a optar por no contestar esa pregunta.

No tenía que hacerlo. Ella se sintió tentada a recordarle que había protocolos y reglas sobre la distancia que había que guardar con respecto a los testigos, pero eso habría sido hipócrita y no habría cambiado un ápice. Nada de lo que Kim dijera acerca de la carrera de su compañero superaría la idea de saber que había niños en peligro.

—Solo ten cuidado —lo advirtió.

—Por supuesto —dijo él mientras se dirigía a la puerta.

—¿Podrías encargarte de la reunión informativa de mañana? —preguntó ella.

—No hay problema —dijo él, y salió de la casa. Hizo una pausa y se volvió.— Ah, y Kim, el solo hecho de que no tengas el control no significa que no puedas tenerlo.

Kim sonrió y cerró la puerta.

La sonrisa no le duró mucho.

Dentro de ella crecía un presentimiento. Sabía que era algo relacionado con su equipo.

Capítulo 23

Dawson sintió el impulso repentino de hacer bolitas de papel y lanzárselas a Stacey. La expresión circunspecta de su compañera le dijo que ella no estaría encantada, pero él estaba convencido de que, en un momento dado, el ánimo de Stacey se aligeraría y podrían intercambiar miradas cómplices a espaldas de los adultos, como hacían normalmente.

Sabía que su propia molestia derivaba de que Bryant estuviera dirigiendo la reunión informativa. Tenían el mismo rango, y, aun así, a él nunca se lo habían pedido. Su colega estaba ahí, delante, tratando de llenar el enorme hueco de la jefa, pero sin éxito.

Se daba cuenta de que estaba siendo injusto, pero no podía librarse de la frase «Ten cuidado con lo que deseas».

Hace poco había confesado a su jefa que estaba harto de trabajar solo, y, ahora, tras un día entero de ir pegado a Bryant, se sentía desengañado. Al lado de su colega se sentía constreñido, como si ese hombre juzgara cada uno de sus movimientos. Y eso estaba afectando su desempeño. Deseaba, tan solo, que la jefa regresara y le quitara a Bryant de las manos.

—¿Has tenido suerte con el número de quien le ofreció a Henryk un trabajo ocasional? —preguntó Bryant.

Stacey negó con la cabeza.

—No, pero casi he terminado de rastrear el número desde donde se enviaron los mensajes racistas.

—Estupendo —opinó Bryant.

Pero Dawson sabía que no eran buenas noticias. Si un contacto era difícil de rastrear, pero el otro no, él apostaría a que los mensajes fueron enviados por personas distintas. Y por mucho que quisiera saber quién había enviado esas amenazas enfermizas a Henryk y su familia, sospechaba que no era la misma persona que había perpetrado el ataque en el aparcamiento.

—Habla con los forenses, Stace. Pregúntales si han encontrado alguna cosa.

—¿Valdrá la pena volver con nuestra testigo?, ¿averiguar si ha recordado algo más? —preguntó Dawson.

Bryant negó con la cabeza.

—Creo que es mejor que dediquemos nuestro tiempo a revisar el circuito cerrado de televisión.

Genial. Dawson no podía esperar. Pasarían horas examinando imágenes granuladas en busca de un sujeto de aspecto común y corriente vestido de negro.

Lo tendrían para la hora del almuerzo.

—Es el vecino —dijo Stacey de repente.

Dawson frunció el ceño.

—¿Eh?

—Los mensajes de texto. Los asquerosos y amenazadores provienen del vecino de al lado de los Kowalski, Gary Flint.

Bryant se sentó.

—¿Estás de broma?

Stacey le pagó con una mirada virulenta.

—¿El de al lado, justamente? —preguntó Dawson, que sentía las náuseas ascender desde su estómago. Los textos habían sido gráficos, violentos, repulsivos, ¿y todo este tiempo el tipo había estado en la puerta de al lado?

En principio, Dawson se había sentido desconcertado por la decisión de Bryant de llevarse a la familia a su propia casa. Oficialmente, no lo sabía, y era mejor así; pero había escuchado disimuladamente las llamadas que Bryant había hecho a su esposa. Pensó que su colega sobredimensionaba el asunto, aunque ahora ya no estaba tan seguro de que así fuera.

Bryant cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

—Ese será nuestro primer destino esta mañana —dijo con una autoridad que hizo que a Dawson le rechinaran los dientes—. Y, Stace, ¿podrías echar un vistazo a los otros vecinos? A ver si hay algún indicio de violencia. —Hizo un alto.— En particular, a los números doce, dieciséis y veinte.

Dawson recordó que esos eran los de las casas donde había pegatinas del BNP.

—Sí, más trabajo —murmuró Stace mientras Dawson y Bryant se encaminaban hacia la puerta.

Dawson esperó a estar fuera del edificio antes de hablar.

—Oye, Bryant, ¿tienes alguna idea de qué le pasa a Stace?

Bryant negó con la cabeza.

—A mí me parece que está bien.

Dawson se subió al asiento del copiloto con una sonrisa embozada.

Por lo visto, este aspirante a jefe no se daba cuenta de todo.

Capítulo 24

Kim se preguntaba ociosamente cuántos cabezazos podría darle a la mesa antes de empezar a sangrar. Con toda intención, se había situado en el fondo de la sala para que su rostro marcado por la frustración pasara inadvertido, si bien los tortazos de su cráneo contra la madera provocarían, definitivamente, una mirada o dos.

Hasta el momento, este día había sido una réplica del anterior. Había recogido a Travis en su casa y observado el incómodo abrazo entre él y su esposa. Después habían hecho el trayecto silencioso hasta la reunión informativa de Kidderminster.

Ser un fantasma en las reuniones de un caso que codirigía empezaba a machacarle los nervios. Podía sentir las preguntas burbujeando en el fondo de su garganta, a pesar de la tácita advertencia de Travis de que este era su propio patio de recreo.

—Entonces, ¿ya están listas las órdenes judiciales en el asunto de la familia Cowley? —preguntó Travis desde el frente.

El tipo de la pañoleta asintió.

—Johnson, Gibbs, id a supervisar el registro. Manteneos atentos a la familia y avisadme de cualquier cosa que ocurra.

La última frase era completamente innecesaria, observó Kim.

—Lynda, ponte en contacto con el hospital y avísame cuando Billy Cowley haya despertado. Necesitamos averiguar qué ha sucedido ahí.

Menos mal que el tipo había entrado en razón con respecto a investigar el supuesto balazo accidental.

—Penn, empieza a hacer búsquedas a partir de la descripción que nos ha dado la doctora A, a ver si puedes encontrar alguna coincidencia en los informes de personas desaparecidas.

—¿Hay algún barrunto acerca del marco temporal del que estamos hablando? —preguntó Penn, esperanzado.

Travis fue al escritorio de Penn y recuperó la planta que le había dejado el día anterior. La colocó sobre la mesa del frente.

—Y esto es por estar a la espera de que todo se te ponga en bandeja, por estos deseos tuyos de tener una vida fácil —dijo Travis

con una sonrisa.

Vaya, Kim estaba haciendo su mejor esfuerzo por guardar silencio.

—¿Qué sabemos de los Cowley? —preguntó, cogiéndose a sí misma por sorpresa.

Seis cabezas se volvieron hacia ella. De pronto, se sintió como la niña traviesa en el fondo del salón de clase. Esa analogía, bien se daba cuenta, era demasiado cercana para ser cómoda.

Travis enrojeció de cólera. Por un momento, Kim puso en la balanza la furia de él ante su propio aburrimiento y frustración, lo cual se manifestaría como rabia durante el resto de la jornada. No le hizo caso y siguió adelante. Más tarde, él podría agradecérselo.

—La familia, ¿qué sabemos de ella? ¿Dónde está la madre? ¿A qué se debe la obstrucción de la hija? ¿Por cuánto tiempo han tenido esas tierras en arrendamiento? ¿Quién...?

—Veintisiete años —anunció Lynda como respuesta a la cuarta pregunta, antes de mirar a su jefe.

—Todo está en el documento informativo —dijo Travis.

—Haz como si no supiera leer —dijo Kim, pasando por alto los pequeños dardos envenenados que se dirigían a ella.

Lynda continuó:

—Todavía no estoy segura acerca de la madre, pero la hija es abogada y el hijo es una especie de fracasado. Ha tenido una docena de empleos, no ha durado en ninguno de ellos y ha pasado los últimos tres años sin currar. Sigue viviendo con su padre. Fiona Cowley, no.

Todos miraban a Lynda.

Kim asintió para invitarla a seguir hablando.

—Durante los primeros quince años del arrendamiento, la granja de los Cowley fue un negocio próspero y exitoso. Suministraba, principalmente, carne de vacuno a los supermercados de la localidad. Desde que el brote de fiebre aftosa diezmó el ganado, no han podido recuperarse. Han intentado diversas cosas con tal de sacarles algo a las tierras. Salud Ambiental les cerró la tienda que tenían en uno de los graneros y, después, hace tres años, se les inundó uno de los campos más bajos. En ese lugar, los campistas les reportaban un pequeño ingreso.

Kim observó interés en los rostros de los colegas de Lynda.

Ahora se veía la posibilidad de que los Cowley fueran una familia en situación desesperada.

—Gracias, Lynda —dijo Kim.

Y, después de haber tenido éxito en conseguir que uno de ellos le hablara, había pensado en guardar silencio; pero, entonces, cambió de opinión. Travis estaría furioso, de todos modos.

—¿Qué podéis decirnos de los terratenientes, la familia Preece? —

preguntó a ninguno en particular.

Pañoleta se volvió hacia ella.

—Robson Preece es el cuarto heredero de los Preece en ampliar las propiedades que la familia ha poseído durante los últimos doscientos años, por lo menos. Él ahora anda por los setenta y cinco, más o menos. La fortuna de la familia prácticamente se ha cuadruplicado bajo su control.

—¿Qué tipo de tierras? —preguntó Kim.

—Cualquier cosa. Habrá unos cuantos kilómetros cuadrados de Staffordshire, Worcestershire y las Tierras Medias que la familia no haya poseído en algún momento durante los últimos dos siglos. La cartera incluye parcelas como para un supermercado de tamaño decente hasta vastas tierras de cultivo.

—¿Y qué hacen con ellas? —preguntó Kim.

Pañoleta movió la cabeza de un lado al otro.

—Nada. Las compran, las conservan y las venden. La familia ha conseguido grandes beneficios con el auge de la construcción de viviendas de los últimos veinte años.

—Vale. Gracias, Penn —dijo Travis, cortante.

Kim consideró pedirle que continuara, pero eso habría sido muy poco profesional. Al equipo no le ayudaría nada ver una división flagrante en la línea de mando.

Pero, por fin, la reunión informativa se había puesto interesante.

—Lynda, ¿ha habido novedades con respecto al intento de secuestro de ayer?

—He hablado con la mujer, la señora Umgabe, y déjame decirte que se equivocaron de persona —expuso con una sonrisa de oreja a oreja—. Me ha contado que una furgoneta se detuvo junto a ella, que dos hombres saltaron desde el interior y que uno de ellos la agarró del brazo. Para citarla con precisión, ha dicho: «le he dado una paliza al cabrón».

Kim sonrió junto con todos los demás. Excepto Travis.

—He hecho circular la descripción de dos hombres blancos de estatura promedio y me he puesto a examinar las cámaras de seguridad locales.

—Comparte el encargo con Lewis —dijo, señalando con el rostro al miembro más joven y callado del equipo—. Y mantente al tanto del hospital.

Lynda atravesó la sala en su silla rodante y Travis se dirigió a su despacho.

Solo por un momento, llegó a sentir que estaba trabajando. Le había durado poco. Empezaba a preguntarse si el desprecio que Travis sentía por ella superaba la necesidad de sacar adelante esta

investigación.

Después de que él se encerrara en su despacho, Kim empezó a preguntarse si el tipo pagaría cualquier precio con tal de aferrarse a su animadversión.

Capítulo 25

Cuando se marcharon de ahí, Stacey soltó un suspiro de alivio. Ayer le había gustado interactuar con ellos. Hoy no.

Tenía la clara sensación de que Bryant le estaba dando trabajo solo para mantenerla ocupada, pero, a diferencia de Dawson, a ella no le molestaba que las órdenes provinieran del sargento más experimentado. Para ella, ese era el orden natural de las cosas. Aunque sus dos colegas tenían el mismo rango, en Bryant había cierta veteranía. No estaba segura de si eso se debía a que la jefa prefería pasar más tiempo con él o a su edad y experiencia; pero el hombre le inspiraba respeto.

Con todo, tenía que admitir que observar la petulancia mal disimulada en el rostro de Dawson le había iluminado la mañana.

Vaya, pensó, y abrió la página web del censo electoral. Se pondría a analizar las direcciones que Bryant le había dado. Investigaría los antecedentes. El mensaje de correo electrónico a los forenses ya había salido de su bandeja antes de que los otros dos abandonaran el edificio.

Sí, podría terminar los deberes que le habían encomendado, pensó, con una sensación de delicioso misterio. Porque hoy tenía un objetivo.

Bajó la cabeza y se concentró.

Una vez cumplidos los encargos, podría empezar con su proyecto personal y secreto.

Capítulo 26

Kim salió del aparcamiento para incorporarse al tráfico. Toda la animación en el rostro de su pasajero se había convertido en furia al rojo vivo.

—Suéltalo, Tom —le propuso, calmadamente. Él no le hizo caso—. Te hará sentir mucho mejor —insistió.

Llegaron por fin a la isleta.

—Cállate, Stone —gruñó.

—Tom, ¿de verdad estás dispuesto a dejar...?

—No, Stone, y, en serio, cállate —dijo, y bajó la ventanilla.

Ella pudo oír las sirenas a la distancia.

Travis encendió su radio y escuchó atentamente.

Se volvió a ella.

—Atropello y fuga. Aquí delante, justamente.

Ella bajó la ventanilla y escuchó. Las sirenas estaban detrás.

—No van a pasar nunca —observó.

—De acuerdo —dijo él. Ella puso la luz de giro izquierda y tocó el claxon dos veces antes de sacar el Golf a la acera y meterse en la explanada de un negocio de venta de coches. Antes de que ella pudiera apagar el motor, Travis ya estaba fuera.

Kim salió por el lado del conductor y arrojó las llaves al sorprendido vendedor de coches.

—Muévalo si es necesario —gritó, y echó a correr detrás de Travis.

Pasó rápidamente entre la multitud de peatones que se detenían y se preguntaban qué había ocurrido.

Entre el tráfico parado, cruzó la autovía y se dirigió a la siguiente salida de la isleta. La calle era más estrecha, con tráfico de doble sentido.

Aceleró hacia el grupo de cabezas que se agolpaban detrás de una furgoneta de reparto de supermercado. Cuando ya estaba cerca, se puso a buscar la cabeza de Travis por encima del resto.

—A un lado —gritó mientras avanzaba hacia el centro de la multitud.

Podía oír las sirenas, pero estas no parecían acercarse.

Evaluó la escena rápidamente.

Travis estaba a cuatro patas, practicando la reanimación cardiopulmonar a un hombre negro que tenía arañazos en las mejillas.

Pero no era ahí donde se había posado la mirada de Kim. Se detuvo en seco ante lo que tenía delante. Por un segundo, ningún sonido penetró sus oídos, ningún movimiento captó su atención.

A la izquierda de Travis, una mujer miraba hacia arriba, al cielo infinito. Su cuerpo tronchado yacía en ángulos imposibles. Recordaba a Kim una figura de tiza garrapateada en el suelo. La parte superior de su cráneo se había abierto por el impacto y, desde la herida, la masa encefálica se desparramaba a lo largo del borde del asfalto hasta una alcantarilla. La brisa levantaba y agitaba unos mechones de pelo rubio.

Travis se había visto obligado a tomar una decisión inmediata y había elegido tratar de salvar a la persona que, por lo menos, tenía alguna oportunidad.

Ella habría tomado la misma decisión. No había nada que hacer por la mujer.

Kim tragó hondo y todo a su alrededor volvió a ponerse en acción.

Se volvió a un hombre que grababa la escena con su teléfono. Alzó la mano y la dejó caer sobre el móvil. El aparato fue a dar al suelo y se hizo añicos.

—Ahora, váyase a la mierda, antes de que lo detengan —gruñó. Esa grabación no llegaría a Facebook.

El hombre recogió los restos de su teléfono y desapareció.

—Quien no esté involucrado, quien no pueda ayudar, váyase de aquí —gritó a la multitud—. Ahora mismo.

Dos hombres con chaquetas de obreros de la construcción dieron un paso adelante.

—¿Podemos ayudar? —preguntaron.

Aunque se los veía pálidos y conmocionados, Kim podía aprovechar cualquier ayuda.

Asintió.

—¿Tienen algo con qué cubrir...?

El más alto asintió y salió corriendo por la acera.

—¿Alcanzó a ver algo? —preguntó al otro techador.

Este negó con la cabeza.

—Ahí hay una anciana que pasaba por aquí. Creo que ella sí ha visto algo —dijo—. Y un par de tipos de ese grupo han dicho una cosa sobre una furgoneta de reparto.

Kim echó un vistazo a la anciana. Junto a una pared, estaba siendo consolada por una mujer más joven.

—¿Puede hacer que todo el mundo retroceda? —le preguntó—. Trate de identificar a los testigos y manténgalos aparte.

Él asintió. El colega del techador regresó con una sábana. Kim se la quitó y, con todo cuidado, cubrió a la muerta.

Se acercó a Travis. Era evidente que estaba agotado.

—Tom, ¿quieres que te releve? —le preguntó.

Él negó con la cabeza sin volverse a mirarla, concentrado en la cuenta de compresiones entre una respiración y otra.

Ella habría hecho lo mismo. Sin importar la fatiga, durante la RCP, uno encuentra cierto ritmo que bloquea el dolor en los brazos y hombros. El movimiento se vuelve automático, pero terminas recordándolo más tarde.

—Las sirenas están más cerca —dijo ella.

Aunque él no respondió, Kim supo que la había oído.

Dio unos pasos por la acera hasta donde estaba la anciana.

—¿Ha visto lo que ha ocurrido? —le preguntó con suavidad. Maldita sea, si Bryant estuviera con ella, él habría pensado en preguntarle primero si se sentía bien.

La mujer levantó la cabeza y asintió. Una nueva tanda de lágrimas escapó de sus ojos. Kim se volvió a la joven que, gentilmente, la estaba auxiliando.

—¿Usted…?

La joven negó con la cabeza.

—Yo estaba al final de la calle —dijo, y señaló la esquina, a unos cien metros de distancia.

—¿Usted conoce a esta mujer? —le preguntó Kim.

Un coche patrulla se detuvo en el fondo de la calle.

Ella asintió.

—Es vecina mía. Es la señora Harper, Enid Harper.

Kim se acercó un poco más y tocó el brazo de la mujer mayor.

—Enid, ¿puede decirme qué ha visto? —le preguntó con suavidad.

Por el rabillo del ojo, Kim alcanzó a ver a los paramédicos que corrían hacia ella desde el fondo de la calle. Travis sería relevado de un momento a otro.

—Todo sucedió muy rápido —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Yo estaba caminando justo por ahí, nada más —añadió. Señalaba el lugar con una mano temblorosa.

Kim asintió y se apartó para dejar pasar a los paramédicos, que llegaban a toda velocidad. Los uniformados de negro ya estaban apostados y empezaban a ladrar órdenes.

—¿Pudo ver qué clase de vehículo era? —preguntó esperanzada.

Ella asintió y apuntó hacia la calle con un dedo.

Kim siguió el dedo.

—¿Una furgoneta de reparto? —preguntó, confundida.

—Esa furgoneta de reparto —dijo la mujer, mirándola fijamente.

A Kim la habían hecho creer que se trataba de un atropello con fuga. Esto tenía que aclararlo antes de seguir indagando.

—¿Está segura de que el conductor de ese vehículo golpeó a estas dos personas?

La anciana asintió mientras se enjugaba las lágrimas.

Kim le dio las gracias y se dirigió a la furgoneta que estaba aparcada cincuenta metros más adelante.

Una persona muerta y otra a punto de morir.

Definitivamente, tenía que hablar con el conductor.

Capítulo 27

Dawson no sabía qué esperar mientras se dirigían a la residencia de Gary Flint, pero, definitivamente, el hombre que salió a abrirles la puerta no era lo que suponía.

—¿Usted es el señor Flint? ¿El señor Gary Flint? —preguntó para asegurarse.

El hombre tenía poco más de cuarenta años. Vestía unos elegantes pantalones negros y una camisa blanca lisa. Una leve marca alrededor del cuello indicaba que no hacía mucho que se había soltado el botón del collarín. A pesar de la vellosidad mañanera en la barbilla, Dawson pudo reconocer una piel bien cuidada por su dueño. El pelo estaba cuidadosamente cortado. Mientras miraba a uno y otro detective, lo hacía con un rostro abierto y amigable.

Sin poderlo evitar, Dawson pensó que Stacey estaba equivocada. Pero el hombre había asentido, y eso confirmaba que su compañera tenía razón.

—¿Podemos entrar? —preguntó Bryant, mostrándole la placa.

Él bostezó y retrocedió.

—Claro —dijo, amablemente—. No hace mucho que llegué del trabajo, pero, por favor, pasen.

Dawson entró en una sala que tenía exactamente la misma distribución que la de la casa de al lado. La diferencia era que la habitación del frente estaba llena de aparatos de gimnasia, en vez de niños.

Se fijó en la flamante cinta de correr Life Fitness Club Series que daba a una ventana sin cortinas. Su propio gimnasio había adquirido recientemente unas cuantas de estas máquinas por un poco menos de cinco mil libras, cada una.

—Adelante, adelante —dijo Flint.

Lo siguieron a una pequeña cocina comedor. El patio daba a un pequeño jardín de diez metros que se empequeñecía con una valla de más de dos metros de altura detrás de una línea de coníferas.

Estaba claro que este hombre valoraba su intimidad en la parte

trasera, pero al frente tenía ventanas sin cubrir. «Ver, pero no ser visto», pensó Dawson.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

De cerca, Dawson se daba cuenta de que la expresión abierta parecía ahora forzada, indecisa, tensa.

—Hemos venido por lo de su vecino, Henryk —dijo, y avanzó un paso. En esta, él llevaría la voz cantante—. ¿Sabe que la otra noche le dieron una paliza? ¿Sabe que, de hecho, estuvieron a punto de matarlo?

Flint cruzó los brazos y se recostó contra la cocina. La chispa de encendido chasqueó varias veces.

—Oí algo al respecto —dijo, y se hizo a un lado.

—Sí, está muy mal. Intento de asesinato, creemos.

—Qué pena —dijo Flint sin la menor emoción.

—Henryk no le cae muy bien, ¿verdad? —preguntó Dawson.

—No me cae bien ninguno de ellos, para ser franco —dijo él.

—¿Se refiere a toda la familia? —preguntó Dawson, otra vez. —El tipo se encogió de hombros.— ¿O se refiere a los polacos, en general? —añadió.

Volvió a encogerse de hombros.

—Me refiero a los polacos, los paquistaníes, los judíos, n...

—Mejor déjelo ahí —le advirtió Bryant, e hizo una seña a Dawson para que continuara.

Rápidamente, la sorpresa se convirtió en ira, y Dawson tuvo que forzarla a bajar. Mucho.

—¿Es usted abiertamente racista? —aclaró.

Gary Flint sonrió. Dawson detestó esa sonrisa placentera, simpática. Tanta fealdad interior debería destellar como un faro y no disfrazarse de normalidad. Tendría que haber cuernos, verrugas, deformidades y escamas que reflejaran la putrefacción que la persona llevaba por dentro.

—¿Así es como quieren llamarlo? Prefiero verme a mí mismo como un nacionalista.

—¿Un honrado miembro con credencial de la Liga de Defensa Inglesa? —preguntó Dawson.

—Absolutamente. Que la Gran Bretaña permanezca blanca, oficial. Hemos sido infectados por tantas razas que ya ni siquiera sabemos quiénes somos.

—¿Y hasta dónde es capaz de llevar sus puntos de vista, señor Flint? —preguntó Dawson entre unos dientes que empezaban a doler.

El hombre se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—¿Dónde estaba usted el domingo por la noche? —le disparó. No sabía cuántos minutos más podía permanecer en compañía de este

sujeto.

—En el trabajo —respondió enérgico. La diversión danzaba en sus ojos—. Soy supervisor del turno de noche en un supermercado.

—¿Y esto le ha parecido gracioso? —preguntó Dawson.

Podía notar las miradas de advertencia de su compañero, a la izquierda. Como toda respuesta a Bryant, apretó los hombros.

Flint inclinó la cabeza.

—Para ser franco, eso no me provoca ningún sentimiento —dijo—. Lo que me divierte es lo notable que ha sido su cambio desde que le hablé de mi posición política.

—¿Se lo dicen con frecuencia? —dijo Dawson, que trataba de mantener la ira bajo control. Vaya, qué ganas tenía de desquitarse, de decirle a este hombre lo que de verdad pensaba.

Bryant dio un paso adelante.

—Esas opiniones son suyas, señor Flint, y está usted en su derecho, por más aborrecibles que resulten para una persona normal y sana. Sin embargo, no tiene el derecho de enviar mensajes amenazadores y abusivos.

Dawson sintió que reaccionaba igual de mal al tono mesurado y sensato de su compañero. No había nada razonable en ese asqueroso pedazo de mierda.

—Amenazas de violar a su esposa, de degollar a sus hijos —dijo Dawson enfurecido y dando otro paso al frente.

Flint no parecía arrepentido.

—En mi libro, el fin justifica los medios. Si hacen sus maletas y...

—Son unos jodidos seres humanos —interrumpió Dawson, urgido de borrar la sonrisa de satisfacción de la cara de ese hijo de puta.

—No son mi tipo de seres humanos, sargento —dijo con arrogancia.

Dawson se lanzó contra el hombre.

—¿Qué coño le da...?

Bryant se interpuso entre los dos y empezó a hablar:

—Gary Flint, queda detenido bajo sospecha de...

Dawson se dio la vuelta, lleno de frustración, mientras Bryant, con calma, recitaba al hombre sus derechos y le ponía unas esposas. Respiró hondo unas cuantas veces e hizo un esfuerzo por recomponerse. Era, con diferencia, la persona más alterada en ese lugar.

—¿Ni siquiera le importa saber que está metido en un puto lío? —preguntó.

Flint sonrió satisfecho.

—Oficial, usted quiere que me arrepienta de lo que he hecho. Pues no me arrepiento. Asumiré las consecuencias de mis actos, pero no

cambiaré ni un ápice lo que siento, sea aquí o en la cárcel.

—Bueno, al menos, sacaremos un poco de escoria de las calles —le espetó Dawson.

Flint lo sorprendió con una carcajada.

—Vaya, sargento, puedo asegurarle que tiene problemas mucho más graves que yo.

Dawson no pudo replicar, puesto que su compañero giró a Flint y lo condujo hacia la puerta.

Capítulo 28

Kim iba echando un buen vistazo a la furgoneta mientras cruzaba la calle.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando estuvo más cerca y pudo notar las dimensiones del daño. Maldita sea, no por nada la mujer no había tenido la menor oportunidad. Toda la parte de enfrente, por el lado del conductor, había quedado abollada y machacada. El metal aplastado le recordó una camisa blanca sin planchar. Había trozos de cristal anaranjado y transparente por todo el suelo. El parachoques delantero colgaba tristemente.

Hizo un alto antes de continuar. Miró la calle de arriba abajo. Era una zona de cincuenta y cinco kilómetros por hora que llevaba a una isleta de tráfico. Algo no tenía sentido.

En su estómago empezó a crecer una sospecha.

Un hombre —ella supuso que era el conductor— intentó levantarse de la acera, donde estaba sentado. Ella le dijo que no se moviera de su lugar. A juzgar por los dos charcos de vómito que tenía a la izquierda, el hombre no podría mantenerse de pie.

—Soy la inspectora detective Stone —le dijo, y le mostró su placa.

—Yo no hice nada —dijo él de inmediato.

Kim lo evaluó lentamente, dejó que esa declaración se quedara colgando entre los dos. Calculó que tendría cincuenta y tantos años, por la barba canosa que lucía en la barbilla. Se había subido las gafas a la parte superior de la cabeza.

Kim se agachó hasta ponerse al nivel del hombre.

—¿Se encuentra bien, señor...?

—Brady —contestó él—. Allan Brady.

Mientras él hablaba, ella abrió bien las fosas nasales, por si detectaba algún olor evidente a alcohol. Pronto le harían pruebas, pero la impresión inicial de Kim es que no venía conduciendo borracho.

Ella se puso de pie cuando empezó a llegarle el olor a vómito.

—Señor Brady, ¿puede decirme qué ocurrió, exactamente?

Él se frotó la cabeza y se percató de que tenía ahí las gafas. Las colocó en su sitio.

—¿Có... cómo está la mujer? —tartamudeó, suplicante.

—No puedo responderle en este momento, señor Brady. Si pudiera decirme...

—Está m... muerta, ¿o no? —gritó, buscando su rostro.

Ella no le reveló nada.

—Señor Brady, no puedo...

—Está muerta, ya sé. Sé que está muerta, y ha sido mi culpa. Tenía que haber visto... Ten... Debí haberme detenido... Debí...

Sus palabras se apagaron cuando se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar.

Aunque ella no le había respondido afirmativa ni negativamente, él había tenido bastante con que Kim no le hubiera asegurado que estaba viva.

—Señor Brady, en este momento, deje de pensar en eso. ¿Puede decirme cómo sucedió? —volvió a preguntar.

—No puedo pensar. Todo fue muy rápido. Apareció de la nada, simplemente. Voy a perder mi trabajo, ¿no es así? —preguntó con mucha tristeza.

Kim estaba sorprendida de cuán rápido actuaba la autopreservación. En este momento, no tenía ni idea de a quién culpar por esa muerte. Se preguntaba, empero, si el hombre pensaría así de rápido en su salario después de mirar las heridas de la mujer.

—Señor Brady, ¿le importaría...?

—¿Necesito un abogado? —preguntó él de repente—. ¿Me acusarán de homicidio?

—Señor Brady, necesito que se tranquilice y deje de tratar de adelantarse a los acontecimientos. Simplemente le estoy preguntando qué ocurrió.

De pronto, la cara del hombre se cerró.

—Me parece que voy a guardar silencio hasta que...

—¿Iba demasiado rápido, señor Brady? —preguntó, con la esperanza de recibir una respuesta antes de que él la dejara fuera por completo.

—¿Disculpe? —preguntó.

Con gusto, ella le aclaró la pregunta:

—Lo lamento, señor Brady, pero un impacto así a cincuenta y cinco kilómetros por hora no me parece que tenga ningún sentido —dijo con franqueza.

Él la miró primero a ella, y después, a la señal de tráfico, el círculo rojo que los miraba fijamente.

—No puede creer... Yo no... la velocidad que... —balbuceaba,

tratando de hacerse entender.

Ella se encogió de hombros.

—La gravedad de los daños a su vehículo a cincuenta y cinco kilómetros por hora y a una víctima que venía caminando… No me salen las cuentas.

Travis apareció junto a ella mientras el conductor negaba con la cabeza.

—No, inspectora, usted se equivoca. Ella no se interpuso en el camino de mi furgoneta. A esta señora la empujaron.

Capítulo 29

17 de octubre de 1989

Jacob James no tenía ni idea de qué hora era.

La oscuridad que lo amortajaba era asfixiante. Una y otra vez se descubría a sí mismo luchando contra oleadas de pánico.

No sabía cuánto tiempo llevaba en esa habitación. Al principio había tratado de llevar una idea vaga, pero los pensamientos punzantes interrumpieron su cuenta.

Entonces había tratado de concentrarse en Adaje. ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

La imaginaba en un día normal, durante el último año en la universidad, aún compartiendo con él la casa familiar. Los dos solos desde hacía más de diez años. Ella bajaría las escaleras, cogería una tostada con mantequilla, lo besaría en la mejilla y saldría corriendo. Entonces se detendría en la puerta principal para gritar «Te quiero, papá».

El recuerdo de esas tres dulces palabras, gritadas a él cada mañana, le desgarraba el corazón. Esas palabras solían rescatarlo de los días más oscuros.

Ella volvería por las tardes. Algunas noches, él cocinaría; otras veces, ella, y, en ocasiones, lo harían juntos, tratando de recrear el pollo *jerk* y las judías verdes, seguidos de la tarta *bulla* con jengibre y especias. Nunca les quedaba del todo bien, pero el esfuerzo mantenía vivo para ambos el recuerdo de su esposa.

¿Qué estaría haciendo Adaje? ¿Qué estaría pensando? ¿Tendría miedo? ¿Estaría en peligro? Sí, ahora era una joven, pero, para él, siempre sería su pequeña.

Si tan solo pudiera responder a esas preguntas. Si tuviera la manera de saber, con certeza, que estaba sana y salva. Las otras preguntas siempre estarían por debajo de la seguridad de su hija.

De repente, Jacob oyó una llave de metal en la puerta. Una

potente luz iluminó su rostro. Por instinto, se cubrió los ojos con las manos atadas.

Unos dedos lo sujetaron de los brazos. Lo aturdieron las voces, el olor a alcohol y la sensación de una piel caliente agarrando su piel fría.

—Levántate —dijo una voz.

—Sí, echemos un vistazo —dijo una segunda.

Sintió que lo levantaban. Le pusieron una tela delante de los ojos y se la ataron por la nuca.

—Déjenme ir —gritó. Las palabras salieron de su boca seca en un graznido.

Agitó los brazos como un derviche, pero lo tenían sujeto con firmeza.

—Pórtate bien, chico de barro —dijo una tercera voz.

Jacob no le hizo caso y siguió sacudiéndose en un intento de liberarse. Sus pies descalzos lanzaron patadas hacia delante hasta dar con algo duro.

—Quita tus putas manos de...

—Epa, para —dijo una segunda voz, y le dio una patada en la corva.

Justo detrás de la rodilla lastimada. Gritó de dolor. Se le dobló la pierna izquierda.

—¿Qué quieren? —preguntó, tratando de retorcerse y soltarse de las manos que lo tenían sujeto.

—Cálmate, amigo. Será mejor para ti que dejes de forcejear.

—¿Mi ropa? —preguntó—, ¿dónde está mi ropa?

—No la vas a necesitar, por ahora —dijo la segunda voz.

Una tercera sonó detrás de ellos.

—Aquí está la botella.

—Es hora de beber un poco. Se te oye seco. Abre la boca.

Jacob hizo lo que le dijeron. El plástico se asentó en su labio inferior y la boca se le llenó de agua fría. Tragó con avidez mientras el líquido saciaba la aridez de su garganta.

Entonces se dobló hacia delante. La botella fue a dar al suelo.

—¿Qué mierda...?

La distracción le permitió liberar el brazo derecho. De inmediato, buscó la mano que lo agarraba por el codo izquierdo. Era, tal vez, su única oportunidad de escapar.

Apretó con fuerza los carnosos dedos y consiguió liberarse de ellos, pero, entonces, muchas manos cayeron sobre su cuerpo.

—No tan rápido, amigo —dijo la voz número uno.

De pronto, sintió un fuerte manotazo en las nalgas desnudas.

—Mira nada más este jodido culo —dijo la segunda voz.

Jacob oyó risas. Las voces parecían rodearlo.

—Será mejor que el jefe no te oiga decir algo así —dijo otro—, que no hemos venido a divertirnos.

—Sí, pero...

«No soy entretenimiento de nadie», pensaba Jacob mientras se agitaba para liberarse. El pánico descendía por su pecho, robándole el aliento. No tenía ni idea de qué planeaban hacer con él. Tenía que intentar escapar.

—Cálmate, ¿eh? No somos así —dijo uno antes de soltar una risotada.

—Da algo de pelea, ¿eh?

—Sí, es bueno. Debería dar una buena noche en cuanto lo... Chitón, que viene el jefe —dijo la tercera voz.

Supo, por esas palabras, que el ataque había sido al azar. Lo habían secuestrado por casualidad; lo habían elegido para algo. Y, por más aterrorizado que estaba, también sentía alivio. Mientras estas personas no supieran quién era él, Adaje estaría a salvo.

De pronto, una sensación de debilidad lo invadió y sus miembros empezaron a disolverse.

Sintió que las piernas cedían bajo su propio peso y que un entumecimiento se apoderaba de su cuerpo como miles de insectos reptantes.

El agua. Se dio cuenta muy tarde. Le habían puesto alguna droga en el agua.

Las manos que lo habían tenido sujeto lo empujaron contra la pared. Jacob empezó a deslizarse contra ella.

Mientras caía lentamente, una rejilla de ventilación le rozó la espalda. Apenas lo sintió. Los ojos ya se le estaban cerrando.

Jacob sintió que la barbilla se le hundía en el pecho y, en ese mismo momento, escuchó una nueva voz.

—Sí, sí. Es él.

Capítulo 30

Stacey podía percibir la tensión cuando sus dos compañeros de trabajo entraron por la puerta. Miró del uno al otro, tratando de descubrir a cuál de los dos iba unida esa tirantez.

Dawson parecía tener mucho más color en las mejillas. La mandíbula de Bryant lucía dura y rígida.

—¿Está todo bien? —preguntó automáticamente.

—De perlas —refunfuñó Dawson—. Gary Flint, el vecino infernal, está abajo, ansioso por contarnos cuánto odio le tiene a quienquiera que no sea británico de nacimiento ni blanco como el algodón.

—Ya déjalo, Kev —le aconsejó Bryant.

Dawson aporreó las teclas de su ordenador y pareció sorprendido cuando no consiguió iniciar sesión.

—Sí, vaya, no has sido el héroe del puto momento —murmuró Dawson.

—Habla, Kev —replicó Bryant—. Si tienes algo que decir...

Stacey se reclinó en la silla y frunció el ceño. La mayoría de los casos provocaban un toque de antagonismo entre estos dos, pero, en ese instante, el aire estaba cargado de resentimientos.

Dawson se inclinó hacia delante en su silla, en respuesta al desafío de Bryant.

—No le dijiste una mierda, ni siquiera una maldita palabra. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo ante un vil y venenoso...?

—Kev, ¿de verdad crees que podríamos hacerlo cambiar de opinión? —contestó con paciencia.

—Vale, pero...

—Escucha, desprecio a todo el que piensa que beber y conducir está bien. Detesto a cualquiera que se sienta sexualmente atraído hacia los niños. Odio a todo hombre que alguna vez haya creído que violar a una mujer está bien. La lista sigue y sigue, y los detesto a todos, pero no puedo poner a cada uno contra una puta pared, ¿o sí?

Los ojos de Stacey se abrieron de par en par ante el lenguaje de su colega. Durante la explicación, la voz de Bryant hacía ido subiendo de

tono. Había algo desconcertante en verlo perder su frialdad. Por lo común, su actitud imperturbable los mantenía a todos unidos.

«¿Qué demonios está pasando entre estos dos?», se preguntaba Stacey. ¿Y dónde estaba la jefa para solucionarlo? Normalmente, la jefa, con una sola palabra, era capaz de desactivar estas tensiones.

—¿Quién hará el interrogatorio? —preguntó Stacey, tratando de volver a centrar la atención en el caso y, en consecuencia, desligarla de estos dos.

—Yo —dijo Dawson.

—Yo —dijo Bryant al mismo tiempo.

Sí, eso era suficiente para ella. Desde su personal punto de vista, cualquiera de los dos podría ser un desastre. Este Gary Flint se las había arreglado para fastidiarlos.

—¿Y si yo lo hiciera?

—Ni de coña —respondió Dawson.

Stacey sentía una irritación burbujeante.

—Pues, mira, está claro que no podéis —observó, y cerró la mano en torno al bolígrafo—. El tío ya se las ha arreglado para poneros nerviosos.

—Lo siento, Stace, pero no te acercarás a él —repitió Dawson.

A Stacey se le erizó el vello ante la rotundidad de tal afirmación. Él no tenía el maldito derecho a decirle lo que debía hacer. Sí, él era sargento, y ella, asistente, y, desde un punto de vista oficial, él la superaba en rango, pero nunca habían jugado de ese modo.

—Kev, soy una maldita agente de la policía que...

—Y él es un inmundo pedazo de mierda a quien deberían hacer una lobotomía antes de hervirlo como a una langosta —respondió Dawson.

—¿Bryant? —apeló ella.

Él negó con la cabeza.

—En esto estoy a favor de Dawson.

«Maravilloso», pensó ella. Por fin se decidían a estar de acuerdo y era contra ella.

Dejó caer el bolígrafo.

—¿Y esto es porque el tipo es un cerdo racista? —preguntó. —Ellos se miraron entre sí y no dijeron nada.— ¿Estáis tratando de protegerme de un intolerante que odia a los negros?

—Stace, no es solo un intolerante. Es un enfermo...

—¿Y dónde estabas tú, Kev, cuando yo tenía cinco años? —explotó—. Porque no hay nada más cruel que un grupo de niños haciéndote gestos de mono todos los días.

Los recuerdos todavía la quemaban, casi veinte años después.

—Stace, simplemente no queremos que...

—Escúchame, Kev —dijo, mientras Bryant contestaba su teléfono —. Las personas como Gary Flint ni siquiera me importan. Por más que sus puntos de vista me parezcan inmundos y repulsivos, valoro su franqueza. Este tipo no puede hacerme ningún daño, porque su opinión no significa nada para mí. —Cogió el bolígrafo y apuñaló el escritorio con él.— ¿Sabes qué es lo que de verdad me cabrea? —No esperó la respuesta.— Toda esa gente que alega que no es racista y acredita sus alegaciones diciendo «mi mejor amigo es negro» o «el gato del vecino del socio de la hermana de mi novio es negro». Abomino la forma en que la gente rebusca entre su círculo social hasta encontrar un negro que les sirva de muestra para fijar sus declaraciones. *Eso* sí que me fastidia: no los bocazas hijos de puta que gritan a los cuatro vientos que son racistas, sino los sigilosos que afirman constantemente que no lo son.

Kev la miró atónito.

—¿Preferirías que Gary Flint...?

—Prefiero a la gente que es congruente con sus puntos de vista y defiende sus convicciones, por torcidas que estén. La gente que rehúsa pedir comida china a domicilio o se niega a comprar leche en la esquina porque la tienda pertenece a una familia paquistaní. Son imbéciles, pero los puedes detectar a kilómetros de distancia.

—Vaya, Stace, no todo el mundo es...

—Kev, ¿cómo reaccionaron tus padres cuando la primera familia de negros o asiáticos se mudó a tu calle? —preguntó enfática.

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No les molestó en absoluto —dijo él.

—¿En absoluto? —presionó ella.

—Bueno, fueron cautelosos, y es comprensible.

Stacey sintió una sonrisa triste dibujarse en su propio rostro.

—¿Por qué cautelosos y por qué te parece comprensible? —preguntó en voz baja.

Pudo ver cómo a Dawson se le subían los colores mientras se daba cuenta de cuán fácil y naturalmente había aceptado las suspicacias de su familia ante la presencia «extranjera». Y él había estado de acuerdo.

Stacey se lo quedó mirando antes de desviar los ojos.

—Nadie interrogará a Flint —dijo Bryant. Las palabras retumbaron entre los otros dos—. Su coartada es impenetrable. Esa noche estuvo trabajando; y, dado que ya no tiene nada que ver con el asunto de Henryk, Woody lo ha puesto a cargo de otro equipo. Ellos lo interrogarán acerca de las amenazas a la familia. Woody quiere que nos concentremos por completo en el caso del ataque.

Stacey asintió y cogió su bolso.

Tenía que alejarse de las oficinas. Y sabía a dónde debía ir.

Algo había cambiado entre ella y su colega.
Algo que le costaba mucho trabajo definir.
Al pasar junto a su escritorio, hizo un alto.
—Kev, le temo a la gente como tú, mucho más que a Gary Flint.

Capítulo 31

Kim y Travis se quedaron callados en cuanto estuvieron de vuelta en el coche.

El atropellado estaba siendo trasladado en una ambulancia, donde los paramédicos seguían tratando de mantenerlo vivo. La mujer ya iba de camino a la morgue. Al conductor de la furgoneta lo estaban revisando en la segunda ambulancia.

Con la calle debidamente acordonada, los policías habían reanudado la circulación de los vehículos, mientras otros uniformados acorralaban a todos los testigos potenciales. Kim y Travis habían sido relevados por investigadores de escenas criminales, en tanto que el equipo de especialistas en accidentes de trafico estaba a solo unos tres kilómetros de distancia. Los detectives no se habían apartado del lugar hasta asegurarse de que todo estuviera en orden.

—¿Quieres regresar a la comisaría? —preguntó ella, y arrancó el motor.

Acababan de ocuparse de un accidente traumático. Travis, más aun que ella.

Él negó con la cabeza y puso su atención en una mancha de sangre que tenía en el pulgar.

—¿Tú quieres volver por algún motivo? —preguntó él.

—*Na,* estoy bien —dijo Kim. La sorprendía que él se lo hubiera preguntado. Desde que empezaron a ocuparse de este caso, nunca había estado tan cerca de comportarse como un ser humano. Por una parte, ella quería aprovechar la oportunidad para abordar algunos asuntos del pasado; pero no era un buen momento. Inspector detective o no, la adrenalina seguía circulando por el cuerpo de su compañero, tratando de moderarse hasta volver a la normalidad. Lo que él necesitaba era que lo dejaran en paz. Y, por una vez, ella estaba encantada de darle gusto.

* * *

No fue hasta que giró en la entrada de Donnay Hall, a las afueras de Bromsgrove, que dejó escapar un silbido.

Muchas veces había pasado frente a esta residencia que, según suponía, era un inmueble del patrimonio nacional y no una casa familiar. La grava impoluta separaba dos exuberantes prados verdes que parecían conducir directamente a la puerta, en el centro mismo de la mansión isabelina.

Mientras se acercaban a ella, los árboles que enmarcaban el camino de entrada dieron paso a la vista abierta de dos fuentes enormes. Frente a la entrada principal, un par de delfines simétricos se arrojaban agua el uno al otro.

Si Bryant hubiera estado a su lado en el coche, estarían jugando a adivinar el valor de la propiedad. Su postura inicial habría estado un poco por debajo de los ocho millones de libras.

Caramba, cómo echaba de menos a Bryant.

Brevemente, contempló la posibilidad de confesar todos los crímenes, con tal de que esta investigación terminara cuanto antes, y, con ella, su tortura. Si se portaba bien, quizás volvería a ser libre antes de morir.

Detuvo el coche entre un Range Rover nuevecito y una motocicleta; aunque, de un solo vistazo, Kim supo que no se trataba de una motocicleta común y corriente.

De un lado de la casa salió un hombre escoltado por dos labradores negros. El hombre levantó la mano para protegerse los ojos del sol de noviembre y empezó a caminar hacia ellos.

Avanzaba con tal seguridad en el andar que Kim la detectó de inmediato. La vestimenta informal compuesta de vaqueros, jersey y chaleco decía «jardinero».

La determinación decía «propietario».

El hombre extendió la mano y sonrió.

—Soy Bart Preece —dijo, simplemente.

Kim le devolvió el apretón de manos e hizo las presentaciones. El contacto del hombre era frío y firme, nada desagradable. Ella le agradeció que omitiera cualquier calificativo o explicación, que solo dijera su nombre. Ya había conocido al hermano mayor en el sitio del enterramiento, y las similitudes entre los dos eran asombrosas.

—Gracias por las flores que llevó a la tumba —dijo Kim.

Era tan guapo como el hermano, pero este hombre mostraba un rostro abierto y relajado. El pelo negro le caía apenas por encima de los ojos.

Se encogió de hombros en un gesto que decía «es lo menos que podía hacer».

—Bonita motocicleta —dijo ella, señalando hacia atrás con la cabeza.

—No está mal —dijo él, despreocupado.

—Es una Ecosse —aclaró ella, por si él no se hubiera dado cuenta —. Titanio, motor de dos mil cuatrocientos centímetros cúbicos maquinado en un solo bloque, con doscientos veinticinco caballos de fuerza medidos en la rueda trasera.

Él rio a carcajadas. El sonido era agradable.

—Lo lamento, inspectora —dijo—. Por favor, disculpe mis modales, no quise ser tan burdo, es solo que no me lo esperaba.

Ella sonrió ante semejante disculpa. La gente no suponía que Kim supiera tanto de motocicletas; especialmente los hombres. Ella también sabía que era la moto más cara jamás fabricada y que su precio rondaba las trescientas mil libras esterlinas. Solo se habían producido trece. No mucha gente podía permitirse pagar más de un cuarto de millón de libras por una motocicleta.

—¿Le gustaría mirarla de cerca? —preguntó él, al tiempo en que Travis, junto a ella, olfateaba de disgusto.

«Vaya, ¿podría?». Estaría encantada de inspeccionar el material que se había usado para lograr que pesara tan poco. Sería, de manera predominante, fibra de carbono. Moría de ganas de acariciar el asiento de cuero Berluti hecho a mano.

Pero negó con la cabeza.

—Ahora no —respondió. Estaba ahí por su trabajo.

—Supongo que han venido por los descubrimientos en las tierras de los Cowley —dijo él, y se puso serio.

—Bueno, las tierras son de ustedes, de su familia —dijo ella.

Él sonrió.

—En realidad, ya no las vemos como nuestras. Ellos llevan allí mucho tiempo.

Los perros se arremolinaron entre sus piernas, moviendo la cola, pero sin dar un paso adelante.

—Quisiéramos tener un poco más de información acerca de la familia: fechas, ese tipo de cosas —explicó Kim.

—Por supuesto —dijo él, y se encaminó hacia la puerta—. Es a mi hermano a quien buscan.

Kim caminó a un lado de Bart, mientras Travis se quedaba rezagado.

Bart se inclinó hacia ella, como conspirando.

—Ya que soy el hermano menor, me ahorro las minucias del negocio. Prefiero los grandes exteriores —dijo con una sonrisa.

—Entonces, ¿cuál es su papel?

—Me ocupo de los jardines, inspectora —dijo—. Bueno, para ser

justos, yo y otros siete —admitió—. Y, para ser más justos, ellos hacen la mayor parte del trabajo duro.

A pesar de esa actitud magnánima hacia su personal, ella podía adivinar que el hombre hacía muy bien su trabajo. Toda la superficie a la vista estaba inmaculada.

—¿Cómo de grande es esta propiedad? —preguntó ella en cuanto entraron en la casa.

—Once hectáreas —dijo él mientras atravesaban el vestíbulo. Los perros los seguían fielmente.

Pasó de largo, sin dedicar un segundo vistazo a las vidrieras que ostentaban los blasones familiares ni a las pinturas que se alineaban en las paredes. Seguramente eran los antepasados quienes aparecían retratados a tamaño natural.

Nada afectado fueron las palabras que vinieron a la mente de Kim para describir al hombre que la guiaba. Incluso entre la grandiosidad por la que paseaba con tanta desenvoltura, los pensamientos de Bart parecían haberse quedado en el exterior.

—Tenemos un huerto, un lago ornamental, otro para pescar y, en el extremo sur, un bosque de gamos.

Había mucho orgullo en esas palabras.

Bart se detuvo frente a una aparentemente pesada puerta de madera oscura. Dio unos golpecitos y la empujó.

Los labradores entraron a toda velocidad.

—Por el amor de Dios, Bart, saca a estos chuchos de...

El hombre dejó de hablar cuando vio a los detectives.

—Este es Dale, mi hermano —dijo Bart. Les hizo señas para que entraran, sin hacer caso a la reprimenda.

—Ya nos conocemos —dijo Kim al entrar en la habitación.

Al verlos juntos, Kim notó que Dale Preece era tan moreno como su hermano, pero pesaba unos cuantos kilogramos más. Se acordó de la diferencia de edad. Sabía que eran solo un par de años, pero este parecía mayor, gracias al grave traje de hombre de negocios y al ceño fruncido del mayor de los Preece.

Dale Preece dio una patadita al labrador que tenía más cerca de los pies. Se oyó un leve aullido antes de que Bart llamara a Ant y a Dec para que volvieran con él.

Kim pasó por alto el estremecimiento de irritación y siguió justipreciando al hombre que tenía delante, cuyos ojos azules eran serios e intensos.

Bart asintió en dirección de la detective mientras se llevaba los perros fuera de la habitación, salía con ellos y cerraba la puerta.

Guapos y ricos. Kim apenas podía imaginar la vida que estos chicos habían tenido en el cole.

—Señor Preece, ahora es el momento de hablar con usted acerca de lo que hemos descubierto en sus tierras —dijo.

Él asintió distraídamente, se sentó y señaló las dos sillas, como invitación para que los detectives también se sentaran.

Ya sentada, Kim contempló la vista detrás de Dale Preece. Dos hileras de frutales formaban un arco que se perdía en la distancia. Una mujer de cabellos rubios parecía pasear y detenerse de vez en cuando a cuidar los árboles.

—Por supuesto —dijo lacónico—. He pasado media mañana hablando con los abogados.

—¿Para qué? —preguntó Kim.

—Para que dejen clara nuestra responsabilidad como dueños de la tierra, por supuesto. —Movió enérgicamente algunos papeles.— Les pago lo suficiente para que me den una respuesta directa —dijo.

—Él único «culpable» es quien cometió el crimen —dijo Kim, si bien se preguntaba si esta era una respuesta suficientemente directa.

—Se lo agradezco, inspectora, y, si no tiene inconveniente, lo tomaré en cuenta.

«Como quiera», pensó Kim. Se sentía un tanto molesta por los modales de este hombre.

—Así que, si pudieran hacer sus preguntas lo más rápido posible... —dijo sin mirarlos—. Soy una persona muy ocupada.

—Y nosotros estamos aquí, tomando el fresco, mientras tratamos de descubrir quién enterró varios cadáveres en esas tierras que *son suyas* —contestó ella brevemente.

A su lado, Travis se tapó la boca y tosió.

Ella no prestó atención a esa amonestación encubierta acerca de sus modales, porque, finalmente, tenía toda la atención del señor Preece. El puñado de papeles se había detenido a medio movimiento.

Él los depositó lentamente en el escritorio mientras hablaba.

—Creí que era una persona, ¿un esqueleto?

—Así era, hasta que descubrimos que había dos cuerpos y, seguramente, un tercero.

—Madre santa —dijo él.

—¿Hace cuánto tiempo que posee esas tierras, señor Preece? —preguntó Travis.

Kim lo dejó intervenir, mientras su atención volvía a ser absorbida por los jardines.

El tronco de la mujer quedó a la vista. Parecía empujar algo.

—Esas tierras han sido nuestras durante más de noventa años. Mi bisabuelo se las compró a una viuda de la Primera Guerra Mundial. Pagó el doble del valor del mercado por un terreno que no quería.

—¿Y cuánto tiempo hace que los Cowley la tienen en

arrendamiento? —continuó Travis.

—Charles Cowley y mi abuelo llegaron a un acuerdo en los años sesenta. Jeffrey Cowley acababa de nacer. Charles Cowley convirtió las tierras en una granja exitosa. En su momento de mayor esplendor, el negocio tenía ingresos por más de un millón y medio de libras, con un beneficio neto de más de cuatrocientas mil.

Kim se preguntaba cómo hacía Dale Preece para conocer con tanto detalle la situación financiera de los Cowley.

—Mi abuelo era uno de los inversionistas de la granja —explicó él, después de haber leído la expresión de la detective.

—La industria agrícola murió literalmente en los noventa, debido al brote de la enfermedad de las vacas locas. Jeffrey trabajaba con su padre. Despidieron al personal y quemaron todas las existencias. Lo perdieron todo. Sacaron a la chica y al chico Cowley del cole privado para ponerlos en la educación pública.

A Kim le pareció ofensiva esa descripción de los hijos Cowley.

—¿Se refiere a Fiona y Billy?

—Por supuesto —dijo él, impaciente, sin entender a qué venía esa aclaración.

Travis tosió y ella lo dejó proseguir.

—Continúe — instó el detective a Dale Preece.

Kim podía ver que, ahí fuera , la mujer empujaba una silla de ruedas.

—Jeffrey fue abandonado por su esposa. A los seis meses, su padre murió de neumonía. Desde entonces, Jeffrey ha estado solo con sus niños.

Hacía mucho que habían dejado de ser niños, pensó Kim. Se acordó del hombre tendido en la ambulancia y la entrometida del hospital.

—¿Nunca ha tenido la tentación de vender esas tierras? —preguntó Travis amablemente, para sorpresa de Kim. Eso sonaba peligrosamente cerca a una pregunta de investigación. Más tarde tendría que comprobar si su compañero tenía fiebre.

—Mi abuelo no quería oír hablar del asunto —dijo Dale Preece. Por el tono, Kim supuso que Dale las vendería a la primera oportunidad y pondría en la calle a toda la familia—. Insistía en que entonces había hecho un pacto entre caballeros y que no lo rompería, a pesar de todo.

Kim supuso que el insistente abuelo era el anciano a quien empujaban por el jardín.

—¿Abuelo paterno o materno? —preguntó ella.

—Materno —dijo él.

Allá fuera, la mujer alisaba la manta sobre las rodillas del viejo.

Vio que Bart se les acercaba por la izquierda, seguido de sus fieles labradores. El hombre agachó la cabeza ligeramente, dirigiéndose al anciano. El abuelo no respondió ni levantó la cabeza. Kim supuso que su condición debía de ser extremadamente frágil. Bart miró entonces a su madre. Antes de que él se alejara, ella se le acercó y le puso una mano en el brazo.

—¿Todos ustedes viven aquí? —preguntó Kim.

Él asintió.

—Mi hermano, mi madre y mi abuelo. Cada uno tiene su propia ala. En algunas ocasiones, nos reunimos a cenar.

Ella apartó la mirada de la ventana para posarla en el hombre que tenía delante, a ver si en esas palabras había algún rastro de humor. No encontró ninguno.

Estaba declarando una simple verdad.

Dale Preece parecía bromear aún menos que ella.

Travis se inclinó hacia delante.

—¿Sabe usted si los Cowley han hecho alguna obra en los terrenos?, ¿algún edificio o excavación?

Él negó con la cabeza.

—Para eso, necesitarían nuestro permiso, y nunca nos lo han pedido.

—Pero no podría saberlo con certeza, ¿o sí? —intervino Kim.

—Cada año les hacemos una inspección —dijo.

—¿Cada año? —preguntó ella.

—Casi todos los años —replicó—. Tenemos una enorme cartera de propiedades.

—Así que ¿la última inspección se hizo en...?

Hizo clic en el ratón un par de veces, con lo que dio vida a una enorme pantalla plana de Apple.

Frunció el ceño y clicó una vez más.

—Fue en el 2011 —dijo dubitativo, y volvió a cotejar.

Kim no se sorprendió. Dentro del enorme imperio de tierras y propiedades, los Cowley y su granja no molestaban a nadie.

—¿Así que nadie ha ido a hacer comprobaciones durante más de cinco años?

—Por lo visto. —Frunció el ceño. Seguía clicando, como si eso pudiera hacer que apareciera información más reciente.

«Cinco años es un montón de tiempo», pensó Kim. La mujer y la silla de ruedas desaparecieron de su vista.

—¿Y ahora es usted quien dirige los negocios de la familia? —preguntó.

Dale Preece asintió. Su expresión decía «¿y quién más?».

Kim recordó que un accidente náutico se había cobrado la vida de

uno de los progenitores de este hombre y, de repente y de manera inexplicable, sintió que le habría venido bien tener un padre.

—Vale, muchas gracias —dijo, y se puso de pie.

Sinceramente, estaba ansiosa por salir de ahí. El despacho no tenía las dimensiones del resto del edificio. El pequeño espacio estaba tapizado de pesados paneles de madera que iban del suelo al techo. Dominaba la pared más angosta un hogar de hierro forjado. La ventana estaba orientada hacia el norte, lejos de la fría luz solar.

—Siento no poder ayudarlos más —dijo él, y extendió la mano. Esta vez, Travis se la estrechó—. Eso sí, espero que desentrañen qué le sucedió a esa pobre gente.

—Gracias por su interés —dijo Travis. Kim se dirigió a la puerta.

Hizo un alto cuando recordó algo que el hombre había dicho.

—Perdone, pero tengo una última pregunta, señor Preece —dijo, y se volvió hacia él—. Cuando nos habló de la negativa de su abuelo a vender las tierras de Cowley, usted usó la frase «a pesar de todo». ¿A pesar de qué? —preguntó.

Dale Preece frunció el ceño gravemente.

—A pesar de que llevan casi treinta años sin pagar el alquiler.

Capítulo 32

—Pon buena cara, no te vaya a dar un aire —dijo Bryant cuando escogió otra cámara. Era algo que su abuela le decía cuando lo veía enfurruñado.

Llevaban más de una hora en la sala de visualización del circuito cerrado, detrás de la comisaría de Sedgley. Dawson no había dicho ni pío.

Desde este lugar, tenían acceso a 187 cámaras instaladas por todo el municipio. Menos de la mitad estaban en espacios públicos, es decir, calles principales y aparcamientos. La cuarta parte cubrían urbanizaciones locales, mientras que el resto eran vigiladas para otras organizaciones, tales como Centro.

—¿Sigues molesto por lo de Stacey? —preguntó.

—Déjalo, Bryant —dijo Dawson. Seleccionó otro grupo de cámaras y tecleó la fecha y la hora en que estaban interesados.

—¿Por qué te tiene tan preocupado?

—Porque no soy un puto racista —replicó.

—Madre mía, Kev, ya lo sabe. Simplemente estaba punteando su opinión.

—Sí, vale, pero esa opinión me tiene cabreado —dijo.

Bryant se sabía bien su cuento. Las palabras de Stacey lo habían obligado a reflexionar sobre sí mismo, y eso no le había gustado un pelo. A Dawson no le importaba la introspección, siempre y cuando fuera bajo sus propios términos.

—Qué puta pérdida de tiempo —dijo furioso, y empujó el ratón hasta la mitad del escritorio—. Este tipo es invisible.

Bryant recuperó el ratón e hizo a Dawson a un lado. Tras unos cuantos golpes de tecla, estaba viendo otra vez la entrada del aparcamiento en el instante en que el tipo salía del lugar. Siguió hacia atrás otros quince minutos, hasta el momento en que el atacante merodeaba alrededor del edificio y se metía en el aparcamiento.

—Vale, ¿hay algo que nos indique de dónde venía? Podría ser útil...

Dawson negó con la cabeza.

—Solo lo vemos contra la pared. Pudo haber llegado de cualquier lugar.

Bryant dejó correr la grabación.

—Venga, pongámosle lógica a esto...

—Espera, ¿qué es eso? —preguntó Dawson, y le arrebató a el ratón.

Bryant frunció el ceño. No había visto nada.

—Mira —dijo Dawson, y regresó al punto que Bryant había elegido, pero corrió la grabación en cámara lenta.

—¿Lo has visto? —preguntó.

Bryant negó con la cabeza.

—Mira otra vez. Un segundo antes de que Marie entre en el aparcamiento.

Bryant se inclinó hacia delante y, por primera vez, no enfocó su atención en la testigo.

—Un destello —dijo.

Dawson asintió y rebobinó otra vez.

—¿Una linterna? —preguntó Bryant.

Dawson negó con la cabeza.

—Demasiado rápido. ¿No dijo Henryk algo acerca de que su atacante quería que tuviera los ojos cerrados? ¿Esto podría estar relacionado con eso?

—Ni idea —dijo Bryant, estupefacto. Era algo interesante, pero, aun así, no les daba ninguna pista para identificar al perpetrador.

—Necesitamos una mejor toma de él —dijo Bryant—. La cámara que está al final de la calle no lo captó en ese instante y no hay imágenes de él en la parada del autobús. ¿Qué nos queda, entonces?

—La iglesia —dijo Dawson—. Tiene que haber atravesado el cementerio.

Bryant estuvo de acuerdo. No era una ruta popular en la oscuridad, pero sí que era atractiva si estabas huyendo.

—Así que ¿qué hay del otro lado de la iglesia? —preguntó Bryant, obligando a su compañero a interactuar.

—Las cámaras de tráfico a ambos lados de la calle —dijo Dawson emocionado.

Pasaron a otro menú y encontraron el área que les interesaba.

Dawson tecleó la hora y esperaron.

Ambos miraban la pantalla muy atentos. Nada.

—Prueba con la otra —dijo Bryant.

Dawson pasó a la otra cámara y se quedó boquiabierto. Ahí estaba.

Habían captado la figura de un hombre que avanzaba hacia la

cámara a toda velocidad. Lo observaron mientras se acercaba, pero tenía la cabeza agachada todo el tiempo.

Dawson entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Está consultando el teléfono.

—¿Para qué? —preguntó—. Acaba de golpear un hombre hasta casi matarlo.

—Bueno, no está cazando putos *pokemones* —replicó Dawson.

Bryant se reclinó en la silla.

—Este tipo acaba de apalear a un hombre hasta dejarlo a milímetros de la muerte y, literalmente, dos minutos más tarde está consultando el Facebook. ¿Qué coño...?

Dejó de hablar, porque en ese momento sonó su teléfono. No reconoció el número.

—Bryant —contestó.

—Soy Keats —dijo la voz—. Tu jefa parece estar liada con algo; por eso recurro a ti. Tenemos un cadáver, y puedo decirte que no es nada bonito.

Capítulo 33

Stacey se acomodó la cartera en el cuerpo en cuanto el autobús empezó a alejarse.

Las dudas la estaban acometiendo y, en ese instante, no sabía si escucharlas o ahuyentarlas. Rara vez hacía trabajo de campo, y nunca sin las órdenes directas de su jefa o de alguien de mayor rango.

Por algún motivo, sentía que estaba mal y bien al mismo tiempo. Mal, porque nadie sabía dónde estaba ni qué hacía; bien, porque obedecía a un impulso de sus entrañas.

El crimen no era incuestionable. Definitivamente, Justin Reynolds se había suicidado, pero algo en su carta no la dejaba en paz. Ella sabía que quizás se estaba metiendo en un lío; no tenía ni idea de cómo reaccionaría Kim, y había luchado contra ese pensamiento durante todo el trayecto en el autobús.

Pero ¿no era esto para lo que la habían entrenado?, se preguntaba mientras giraba hacia Aston Drive.

Solo cuando vio la casa adosada, pequeña y bien arreglada, se preguntó por la verdadera logística de sus actos.

Tras esa puerta había una familia en duelo: una madre que había perdido a su hijo en una de las formas más horrendas que se pueden imaginar. ¿Y si estaba a punto de entrar en una casa llena de simpatizantes, familiares y personas que vienen a ofrecer consuelo, todos tratando de traer un alivio momentáneo para el dolor?

Mientras se acercaba a la casa, Stacey aminoró la marcha. Fuera solo había un pequeño Citroën aparcado. Había otros dos coches en el bordillo, aquí y allá, pero ninguno cerca de la casa.

¿Qué esperaba lograr, exactamente?, se preguntaba en tono crítico. No tenía nada que ofrecer a esta familia, nada con que atenuar su dolor. Y, aun así, se sentía impulsada a seguir adelante.

Por un breve momento, se preguntó si, antes de actuar por instinto, su jefa se cuestionaba a sí misma con tanto rigor. Sospechaba que no.

Valiente, golpeó la puerta, sin hacer caso a la parte de su ser que

esperaba que nadie le abriera.

Muy pronto vio que una silueta se acercaba a la puerta acristalada.

La puerta se abrió y dejó al descubierto a una mujer de poco más de cuarenta años. Era delgada y de mejillas descoloridas. Stacey no había conocido bien a la madre el día de la muerte de Justin; la mujer había estado rodeada de paramédicos que vigilaban su estado de salud y de vecinos que le ofrecían palabras de consuelo. Hoy vestía unos pantalones de chándal donde cabían dos personas y una sudadera gris con capucha. Stacey tardó un segundo en darse cuenta de que la mujer estaba usando la ropa de su hijo muerto.

—Señora Reynolds, soy Stacey..., quiero decir, soy la asistente de detective Stacey Wood.

Rebuscó en su cartera y la identificación fue a dar al suelo. Se agachó para recuperarla y la sostuvo ante la mirada examinadora de la mujer.

La señora Ryenolds miró más allá de la placa y frunció el ceño.

—Usted estuvo aquí el otro día, cuando... —La voz se fue perdiendo.

—Sí, así es. Lamento mucho su pérdida —dijo Stace. Se esforzaba por sobreponerse al momento incómodo.

Esto era una metedura de pata. No tenía que haber venido, no estaba acostumbrada; no era de las que hacían preguntas a la cara de una persona en duelo. Era la que preparaba el té. El mejor lugar para su curiosidad era su cabeza.

Tal vez esta sería una buena lección acerca de la delgada línea que separa la curiosidad del instinto.

Pero el daño ya estaba hecho. Había golpeado la puerta. Había interrumpido a la mujer en su sufrimiento. Si en este momento se diera la vuelta para marcharse, la señora Reynolds, sin la menor duda, llamaría a la comisaría de Halesowen.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

La madre se hizo a un lado y Stacey entró en el estrecho vestíbulo.

Cerraron la puerta. Stacey la siguió al salón.

—¿Esto es algo así como una visita oficial? —preguntó la señora Reynolds que, confundida, arrugaba la nariz.

—No, señora... no lo es. Solo he venido a... —Las palabras se fueron perdiendo mientras Stacey se esforzaba por encontrar la manera correcta de expresarse.

—Lo siento, agente, pero me gustaría que se explicara.

Su tono de frustración era comprensible. Stacey seguía tratando de encontrar el sentido.

—Leí su carta —dijo, como si eso lo explicara todo.

—¿Y? —dijo la madre. Hicieron un alto en el salón.

Stacey se encontró con tarjetas de pésame por todas partes. Su intrusión en el duelo de esta mujer la abofeteaba.

—Lo siento, no debí haber venido —expuso, y deseaba no haberlo hecho nunca.

—¿Y por qué ha venido, entonces? —preguntó la mujer mientras se sentaba en un sillón y empezaba a acariciar la tela de su chándal.

Stacey se sentó en el borde del sofá. Ya podía vislumbrar la carta de queja con que le afearían la conducta. Pero ya no había marcha atrás. Su única esperanza era la franqueza desnuda.

—Señora Reynolds, cuando leí la carta de su hijo, sentí algo. —Se golpeó el pecho.— Algo que empezaba aquí y terminaba aquí —añadió, tocándose el vientre—. En realidad, no puedo explicarlo —dijo.

Sentía que todo esto era inadecuado, se viera desde donde se viera.

—Pero no hay ninguna duda, ¿o sí? —preguntó la madre—. Quiero decir...

Satacey negó con la cabeza.

—No, señora Reynolds, no hay ninguna duda de que Justin se suicidó, pero tengo curiosidad de saber por qué.

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de la mujer.

—Apenas puedo vivir con el hecho de que nunca lo sabré.

Stacey sintió deseos de acercarse y consolarla, pero mantuvo las manos en su regazo.

—Hay una frase —dijo—. ¿Tiene alguna idea de por qué estaba arrepentido?

La señora Reynolds negó con la cabeza mientras se limpiaba la mejilla furiosamente.

—Esa pregunta no me ha dejado dormir desde que..., desde que él...

—¿Ha hablado con sus amigos? —preguntó Stacey. Evitaba, así, que la mujer dijera las palabras que su boca luchaba por liberar.

—Hoy apenas sé quiénes son sus amigos. No creo que él hubiera permanecido en contacto con los viejos amigos del cole. Se alejaron después de que...

—¿Después de qué, señora Reynolds? —preguntó Stacey.

—Del accidente —contestó.

—Continúe —la apremió Stacey.

La mujer tragó saliva.

—Hace dos años, el padre y la hermana de Justin murieron en un accidente de coche.

—Ay, lo siento mucho —dijo Stacey. Se preguntaba cuánta pena era capaz de soportar esta mujer. Cuando el cuerpo se somete a golpes

físicos, la carne termina dándose por vencida. Los órganos más importantes empiezan a cerrarse; pero el corazón es diferente. ¿Cuántas pérdidas y dolor puede soportar el cuerpo antes de la capitulación final?

—Después de eso, se cerró por completo. Perdió el trabajo, se metió en algunas peleas, se negaba a salir de su habitación. Finalmente, sus amigos dejaron de llamarlo y enviarle mensajes de texto, y él parecía estar conforme. Sin embargo, en los últimos días, daba la impresión de estar mejor. Ya salía de vez en cuando; estaba buscando otro trabajo. —La mujer negó con la cabeza.

—Pero eso aún no explica que declarara lamentar lo que había hecho —dijo Stacey con suavidad.

Un destello de comprensión iluminó los ojos de la señora Reynolds, como si la pregunta hubiera encontrado su respuesta.

—De hecho, agente, creo que sí lo explica. Él estaba ahí, ¿sabe? Justin estaba en el coche. Su padre y su hermana murieron instantáneamente en la parte de enfrente. Justin salió prácticamente ileso.

—Pero, de todos modos, él no fue el responsable del accidente ni de ninguna de las dos muertes —dijo Stacey—. No fue algo que él hubiera hecho.

—Pero sí lo fue —dijo la madre, asintiendo vigorosa—, porque él le cedió el asiento delantero a su hermana.

Capítulo 34

Después de dar tres vueltas al aparcamiento del Russells Hall, Kim estacionó el coche en un lugar reservado para mujeres embarazadas.

—No deberías hacer esto —dijo Travis, desaprobándola.

Ella sacó las llaves del contacto y se las tendió.

—Aquí está esto. Siéntete libre de dar vueltas toda la noche mientras entro por mi cuenta.

Travis no hizo caso al brazo extendido y se bajó del coche. Sí, con la hora de las visitas nocturnas acercándose, ella no creía que él aceptara.

—Así que ¿quieres dirigir esto o te parece bien que yo haga todo el trabajo? —Esas palabras, ya en el aire, no parecieron tan conciliadoras como habían sonado en su cabeza.

—Como siempre, nuestra percepción de los acontecimientos es completamente distinta —dijo él con amargura.

Con ese simple comentario, ella no había querido avivar la animadversión que seguía instalada entre ellos como un tufo acre. Cinco años de hostilidad no se borrarían con el accidente traumático de unas horas antes.

—¿Sigues culpando a todos los demás, Tom? —le espetó.

Él no le hizo caso. Caminaron en silencio hacia el pabellón.

Pero zumbaban. Y Travis estuvo a punto de chocar con el carrito de los alimentos que alguien había estacionado en el fondo del pasillo.

Kim mantuvo las sonrisas a raya mientras Travis solicitaba instrucciones a la jefa de sala.

Lo siguió a través de un surtido de aromas que señalaba la hora de distribución de las cenas. Oh, sí, sin duda, la comida de hospital animaba a los pacientes: vegetales aptos para jugar al hockey, puré de patatas que vivía con la esperanza de recibir una pizca de sal y una pieza de carne difícil de identificar. O, si tenías suerte, un sándwich de panel de MDF marrón. No era de extrañar que la gente estuviera desesperada por escapar de ahí.

Kim se sorprendió más de ver a Fiona sentada a un lado de la cama que Fiona de ver ahí a Kim. La expresión fija ya estaba en el rostro de la mujer.

—Señorita Cowley, señor Cowley —dijo Travis, asintiendo hacia los dos.

Fiona Cowley respondió con una leve inclinación de la cabeza; Billy Cowley, no.

Kim podía ver por qué. El vendaje en el lado izquierdo de la cabeza estaba tan acolchado como el pañal de un recién nacido.

Travis se situó a la izquierda de Billy. Tanto el paciente como su hermana miraban con suspicacia al compañero de Kim. Ella se quedó al pie de la cama.

—Me da gusto verlo mejor, señor Cowley. ¿Puedo llamarlo Billy? —preguntó él con amabilidad.

Billy dudó. Luego asintió.

—A lo mejor es una pregunta estúpida, pero la haré de todos modos: ¿cómo se siente?

Billy abrió la boca, pero la respuesta provino de la hermana.

—No puede hablar, debido a la herida —dijo ella, y cogió la mano de su hermano entre las suyas—. Y, sí, es una pregunta estúpida.

Travis dedicó a Fiona una sonrisa encantadora. Aceptaba la reprimenda.

Kim seguía estática, mirando con interés. Este era un lado de Travis que no había visto en mucho tiempo.

El detective seguía de palique mientras Kim observaba a los hermanos. Billy Cowley parecía tener menos años que sus veintiséis. El pelo le caía sobre unos cálidos ojos azules que se entretenían en rebotar entre su hermana y Travis.

Fiona, por su parte, parecía tener más de veintiocho. Su piel tenía una palidez gris que le llegaba hasta las sienes cubiertas de pelo marrón oscuro. Pero había más que solo severidad tanto en su apariencia como en sus modales. La relación entre los hermanos era más parecida a la de una madre con su hijo.

—Y bien, ¿podrías hablarnos un poco acerca del balazo? —preguntó Travis.

A Kim le agradó la forma en que él prosiguió con el interrogatorio, a pesar de que la hermana estaba determinada a dominar.

—Fue un accidente —dijo Fiona, y apretó la mano de su hermano.

—Ah, ya veo —dijo Travis, amable—. ¿Y eso se lo dijo él? —preguntó, invocando sutilmente el hecho de que el joven no podía hablar.

Kim detectó el pánico en los ojos de Billy.

Fiona se recuperó enseguida.

—Mi padre me dijo lo que ocurrió. Él lo vio todo.

—¿De veras? —preguntó Travis, sorprendido—. Nosotros llegamos antes que la ambulancia, y su padre nos dijo que lo había alertado el sonido de un disparo, aunque no había visto nada.

Un poco de color enrojeció las mejillas de la mujer.

—Acababa de ocurrir. Estaba conmocionado. Ahora se acuerda de todo —dijo ella.

«Seguro que sí», pensó Kim.

—No hay problema —dijo Travis, satisfecho.

Eso no era lo que Kim habría dicho. Estaba segura de que «mentirosa descarada» habría cabido en algún lugar.

—Tendremos que confirmar eso con su padre, entrar en algunos detalles y tomar las declaraciones necesarias. Obviamente, los de balística relacionarán el proyectil con el arma, y entonces podremos dejarlo ahí. Y estoy seguro de que los residuos en las manos de su hermano confirmarán que él estaba sosteniendo el arma.

Vale. La forma de Travis de llamarla mentirosa descarada, con el subyacente «te vamos a pillar», exhibía más tacto que el estilo de Kim. Aun así, su compañero no perdía la sonrisa agradable.

Kim notó que Fiona se pasaba la lengua por los labios.

—Es una prueba muy sencilla —prosiguió Travis—. Los restos que hayan quedado en las manos se compondrían de espoleta quemada y espoleta no quemada, combinada con los residuos de la superficie de la bala, el casquillo y los lubricantes...

—Pero no pueden hacer esa prueba en este momento, ¿o sí? —preguntó Fiona.

Travis asintió con amabilidad.

—Claro que sí, estoy seguro. Lo único que necesitamos es una toallita con alcohol. Yo podría meterla en una de estas. —Abrió su cartera. En el lado izquierdo tenía compartimentos con tarjetas de visita, bolígrafos y pequeñas bolsas de pruebas.— Así, ya no tendríamos que darle ninguna molestia.

—Él no puede darles el permiso —dijo ella, frunciendo el ceño.

Maldita sea, pensó Kim. Fiona no había tardado mucho en recuperarse.

Travis asintió.

—Pero eso no será ningún problema, ¿o sí? Estoy seguro de que usted lo permitirá, puesto que querrá corroborar la historia tan pronto como le sea posible.

Ella negó con la cabeza de forma vehemente.

—Él no puede darles permiso y es incapaz de hablar, y yo no estoy dispuesta a hacerlo a su nombre.

Kim notó otro apretón de manos. Billy Cowley parecía aterrado.

Travis asintió.

—No hay problema. Le pediremos a uno de los técnicos que venga a tomar la muestra en cuanto su padre nos dé el permiso. —Pasó una mano por encima de la cama.— Muchas gracias por su ayuda. Estoy seguro de que hablaremos muy pronto.

Kim asintió hacia los dos y siguió a Travis a la salida del pabellón.

—¿Tenemos la bala? —preguntó.

Él asintió.

—Gibbs la consiguió anoche, en cuanto se la sacaron a Billy del cuello.

—Dios santo, más despacio —dijo ella cuando llegaron al pasillo principal.

—Que no puedas seguirme el paso no es mi problema, Stone —lanzó él hacia atrás.

Dos pasos más y ella estaría a la misma altura.

—¿Qué prisa tienes? —dijo en cuanto llegaron a las multitudes del exterior.

—Piénsalo —dijo él mientras se deslizaba tras un grupo de fumadores que ocultaban la señal de no fumar.

Kim miró la cabeza del detective. Sobresalía por encima de la columna de humo.

—En caso de que, supuestamente, nos estemos escondiendo, te sugiero que te agaches un poco.

Él se acercó un poco más a la pared.

Kim miró entre los fumadores. Si Fiona les había mentido, en este momento estaría tratando de cubrir sus huellas a toda velocidad. Tendría que llegar a casa y explicarle a su padre lo que él había visto. Y, si Travis había declarado lo que estaba a punto de hacer, lo había hecho con la intención de obligarla a salir. La mujer tendría que llegar hasta su padre antes que ellos.

—Y ahí va —dijo Kim cuando vio a Fiona cruzar el paso de coches hasta interponerse a un taxi.

Tan rápido como pudo, Travis echó a andar hacia el coche aparcado en la plaza de maternidad.

—Oye, Travis, son casi las seis. ¿No nos estamos pasando de tu toque de queda? —le preguntó—. Me refiero a que me fastidiaría que te convirtieras en calabaza.

Él le dedicó una mirada glacial.

—No voy a ninguna parte, Stone. Solo necesito hacer una llamada.

Kim arrancó el coche mientras él sacaba el móvil y tomaba distancia de ella.

Sintió que una sonrisa trataba de abrirse paso en su rostro.

Ahora sí le resultaba familiar.

Capítulo 35

Bryant estacionó el coche detrás de la furgoneta de Keats en la boca del túnel Buck, lo que se conocía localmente como la finca Codsall.

Recordó los partidos de fútbol que jugaba de niño en el Bearmore Bank, los campos de juego junto a la fábrica de bridas y accesorios Burton Delingpole. Aún podía oír la sirena vespertina. Sonaba justo antes de que unos hombres de rostro ennegrecido salieran a borbotones del edificio para ir a casa a comer algo caliente.

No era tan ingenuo como para ver el pasado a través de unas gafas tintadas de rosa. No creía que las familias hubieran tenido menos dificultades en los setenta que en los ochenta; solo que eran dificultades de distinta índole. Muchas de las fábricas y fundiciones de aquella época eran responsables de los miles de problemas de salud que aún hoy podían detectarse. La esperanza de vida había crecido en más de diez años gracias a las mejoras en las prácticas laborales. Sin embargo, cuando recordaba la camaradería que le había tocado presenciar, cada noche, en esos éxodos masivos de trabajadores, la pérdida lo entristecía.

La fábrica había cerrado a mediados de los ochenta para ser reemplazada por casas, cuyos ocupantes ya estaban formados en pequeños grupos a ambos lados del camino. No podían ver nada, pero eso no les estropeaba el entretenimiento de la especulación.

Negó con la cabeza cuando uno de los agentes les entregó zapatos de plástico. El policía les señaló con la cabeza la pendiente que llevaba a la vía del tren, a medio camino entre las estaciones de Cradley Heath y Old Hill.

Mientras avanzaba por una hierba que le llegaba a las rodillas, tragó saliva varias veces. Aunque Keats ya los había alertado de que la escena era espantosa, no podía haberse preparado para lo que estaba a punto de ver.

Oyó a Dawson maldecir detrás. Acababa de resbalarse en la vegetación escarchada. Bryant tuvo la idea de volverse y ofrecerle la mano, pero lo pensó mejor. El ego del chico no se lo agradecería.

En la parte alta de la pendiente, unos reflectores provisionales iluminaban el mar de chalecos reflectantes de los trabajadores ferroviarios, policías y técnicos en escenas criminales. Había poco movimiento. Bryant podía sentir la conmoción y el horror en el aire.

Su compañero apareció a un lado y empezó a quitarse el polvo de las rodillas.

—Madre mía —dijo Dawson a media operación.

Bryant siguió su mirada y estuvo a punto de atragantarse.

El cuerpo de un joven estaba tendido sobre los raíles; su cabeza, a dos metros de la vía.

En cuanto los vio, Keats se volvió con una sonrisa.

—Por fin, una pareja con la que puedo vivir —dijo—. ¿Les gustaría que fuera permanente, chicos? —preguntó.

—No —contestaron al unísono.

Decepcionado, Keats se encogió de hombros.

—Acercaos, por el amor de Dios —los reprendió.

Bryant se dio cuenta de que ambos se habían detenido a tres metros de distancia de la víctima decapitada.

—¿Suicidio? —preguntó Dawson. La pregunta no era tan estúpida como había sonado. Ya habían acudido a escenas de muerte por el tren. La mayoría de las veces, las personas, por su propia iniciativa, se lanzaban desde un puente al tren que se aproximaba, sin darle al maquinista tiempo de frenar.

Otros lo hacían cuando el tren venía entrando en una estación. En vez de saltar, simplemente se doblaban y caían al paso del convoy.

En lo personal, él los consideraba unos cabrones egoístas. Había conocido maquinistas son estrés postraumático, depresión y otras enfermedades devastadoras debido a que alguien había decidido acabar con su propia vida.

Para responder a la pregunta de Dawson, Keats se agachó y señaló los restos de cuerda que habían caído dentro de las vías, junto con la mayoría de los dedos de la víctima. La pulcritud de las partes seccionadas le recordó la imagen de un cortador de carne, como los de las charcuterías.

—Ni el alma más decidida puede atarse las dos manos —respondió Keats.

—¿Y con ayuda? —preguntó Bryant. Había oído hablar de suicidios asistidos más extraños que este.

—Vaya, sí que lo ayudaron, pero no creo que haya sido por su propia elección. Mirad la huella entre los omóplatos.

—¿Para sujetarlo mientras pasaba el tren? —preguntó Dawson, haciendo eco de sus propios pensamientos.

Keats negó con la cabeza.

—No, porque el asesino habría estado demasiado cerca del tren.

Bryant se obligó a mirar detenidamente el muñón sobre los hombros. Un charco de sangre cubría la grava entre las vías, donde la cabeza se había separado. Se acordó de aquel juego barato de magia, el de la guillotina y la cesta; excepto que aquí no había truco, y la cabeza que tenía a la izquierda no estaba hecha de látex.

Keats señaló entonces un trozo de cuerda verde de jardinería enredado en la carne blanda y pastosa.

—¿La usaron para sujetarle el cuello? —preguntó Bryant.

Keats asintió.

—Sospecho que fue para asegurarse de que mirara en la dirección correcta.

Asintió hacia el este.

La vía continuaba unos veinte metros más allá del cadáver antes de desaparecer en una curva. El maquinista no había tenido ninguna expectativa de detener el tren.

—No tuvo la menor oportunidad —exhaló Dawson—. A solo noventa kilómetros por hora, habría necesitado más de doscientos metros para detenerse.

Bryant se estremeció. La víctima debió de haber oído el convoy a la distancia, que venía lanzado hacia él. Supo que lo tendría a la vista y rezó porque el maquinista advirtiera su presencia antes de que fuera demasiado tarde. Y entonces se le apareció. Venía atronador a su encuentro. Todo el tiempo supo lo que estaba por venir.

Se estremeció otra vez y miró de reojo a su compañero, que de pronto se había quedado sin habla.

Siguió la mirada pensativa de Dawson sobre los vaqueros holgados y las zapatillas deportivas de color naranja brillante.

Un trozo de tela colorida asomaba bajo la chaqueta North Face azul acolchada.

—Kev, ¿te sientes bien?

Dawson no le hizo caso.

—Keats, ¿alguien ha movido la cabeza?

—No, eso es lo que sigue —dijo el forense.

—¿Podemos hacerlo ahora mismo? —preguntó Dawson, y se acercó al médico.

—Vaya, este nuevo compañero tuyo lo plantea como una pregunta —dijo, dando un codazo a Bryant al pasar—. Es un tío decente.

Bryant pasó por alto la pulla dedicada a su jefa y siguió los pasos de su compañero.

Al igual que Dawson, se quedó mirando la cabeza cercenada. El pelo marrón claro terminaba de forma poco natural, como un flequillo despuntado y vuelto del revés.

Keats hizo una seña a uno de sus ayudantes y este, lentamente, giró la cabeza hasta ponerla boca arriba. Los ojos estaban cerrados; la boca, un poco abierta. La expresión pacífica no reflejaba el cruel horror de los últimos segundos de su vida. La piel cenicienta estaba cubierta de marcas de tiza blanca y había rozaduras donde la cabeza había rebotado contra la grava.

Bryant se sorprendió de que no hubiera sangre en la piel pálida, pero su colega parecía estar asombrado por algo diferente.

—Maldita sea —dijo Dawson con voz ronca—. Conozco a este chico, joder.

Capítulo 36

Stacey entró en el café y dejó que el alivio la inundara. Esto era familiaridad. Esto era normalidad. Esto no estaba fuera de su mundo acomodadizo, como aquello de ir a las casas de otras personas e invadirlas en su duelo.

La señora Reynolds parecía satisfecha de haber descubierto la fuente del dolor de su hijo. Stacey no estaba tan segura. Habían pasado dos años desde la muerte de su padre y su hermana. Y, aunque aquella era una pérdida de la que un adolescente jamás podría recuperarse del todo, dos años le habrían traído cierto nivel de curación.

Con todo, la señora Reynolds le había permitido llevarse el ordenador de Justin. Eso hizo a Stacey colegir que a la madre aún le quedaban algunas dudas.

Avanzó un paso en la cola cuando una mujer se marchó después de que le dijeran que habían dejado de servir comida caliente.

Priscilla había puesto en la parrilla un pastel de té desde que la vio en la cola. Stacey no tenía apetito, pero agradecía el gesto de familiaridad.

Cuando llegó hasta el frente, el pastel de té humeante y su bebida ya la estaban esperando.

—¿Estás bien? —preguntó Priscilla.

—Día difícil —dijo ella, y se volvió. Tenía la esperanza de que algún asiento se hubiera desocupado, pero los rezagados del día de mercado seguían acoplados a sus bebidas tibias, antes de ahuecar el ala en sus furgonetas cargadas de productos.

—Acompáñame —le dijo Priscilla desde un lado.

Stacey siguió a la mujer más allá de los baños hasta una mesa sola situada junto a la puerta de empleados. En ese momento, estaba cubierta de carpetas y papeles.

Priscilla reunió todo en una pila.

—Es nuestra mesa de descanso. Cómete tu pastel de té en paz.

Stacey sonrió con gratitud mientras se plegaba en el reducido

espacio.

Untó mantequilla en el pastel antes de empujar el plato a un lado. El montículo dorado se licuó y desapareció.

Colocó el portátil de Justin sobre la mesa y abrió la tapa. Desgraciadamente, la madre no tenía ni idea de cuál era la contraseña de su hijo, pero Stacey le había sacado suficiente información como para empezar con lo más obvio.

A pesar de todas las advertencias acerca de la fortaleza de las contraseñas, la gente seguía optando por cosas simples de recordar, y para eso usaban algo de información personal. Lo más común era recurrir a un derivado del nombre combinado con algunos dígitos.

Lo intentó con el nombre de Justin y su fecha de nacimiento, pero no consiguió nada.

Probó unas cuantas variaciones del nombre y la fecha, usando mayúsculas en los puntos clave.

Sus manos volaban por las teclas. Mientras más contraseñas se necesitaban, más sencilla era la construcción. Poca gente podría recordar numerosas palabras clave en una suma de plataformas sociales. Era pasmoso que tanta gente siguiera usando como contraseña la palabra *password*.

Mientras pasaba la mano distraídamente por un lado del portátil para coger su bebida, otra mano la agarró por el hombro.

La bebida estuvo a punto de ir a dar al suelo.

—Joder, Kev, ¿qué...?

—Epa, calma, tigre. Simplemente pasaba por aquí y te vi.

—Kev, eres un mentiroso —dijo ella. Su corazón empezaba a recuperar el ritmo normal—. Aquí atrás, no hay quien pueda verme.

Él miró alrededor.

—Pues no es broma.

—Así que ¿qué quieres? —preguntó mientras bajaba la tapa del portátil.

Él no hizo caso a la pregunta.

—¿Y qué tal ha estado tu día, Kev? —se preguntó él a nombre de ella—. Bueno, Stace, gracias por preguntar. Nos pidieron que fuéramos a ver el cadáver de un chico en las vías del tren. Muy desgarrador, a decir verdad —se respondió a sí mismo.

Stacey se reclinó en la silla y observó el espectáculo.

Él prosiguió:

—Un chico a quien yo conocía, ya que lo preguntas. —Hizo una pausa y miró el plato.— ¿Vas a comerte eso?

Ella empujó el plato hacia él. Dawson cogió el pastel y le dio un mordisco. Masticó un par de veces y se lo tragó. Kevin Dawson comía igual que hacía todo lo demás: rápido, ansioso por pasar a lo

siguiente.

—Lo que, por lo visto, te preocupó de una manera monstruosa —dijo ella, mordaz—. Así que, además de mi pastel de té, ¿qué quieres?

—Saliste de prisa. Temprano. ¿Adónde fuiste? —preguntó él, clavando la mirada en el portátil.

—No es de tu incumbencia. Ahora, lárgate, que tengo duendes que matar —dijo ella. Seguía la mirada de Dawson.

Él se encogió de hombros.

—Solo quería saber cómo estabas. Ya sabes, es lo que hacemos los amigos.

Ella no hizo ningún intento por disimular la incredulidad.

—No me trates como a una burra, Kev. Seremos muchas cosas, pero no amigos.

—Stace, yo solo...

—Por tercera vez, ¿qué quieres?

Él dejó el pastel y la miró fijamente.

—Stace, soy un gilipollas. Tú y yo sabemos que lo soy de verdad, pero lo que pasó antes... —Las palabras se iban perdiendo mientras movía la cabeza de un lado al otro y miraba de nuevo el pastel.

Stacey tardó un momento en darse cuenta. No podía creer que él siguiera pensando en el asunto. Dawson tenía razón al admitir que era un gilipollas, pero no era uno de los desagradables. Solía dar la impresión de que nada podía penetrar su engreído exterior; aunque, a veces, solo a veces, algo lo traspasaba.

—Vale, Kev, no me hagas caso. Lo que dije no significa nada.

—Entonces, ¿por qué decirlo? —preguntó—. Tú sabes que en todo mi cuerpo no tengo un solo hueso de racista.

Ella se encogió de hombros.

—A veces, tu arrogancia necesita una pequeña sacudida, Kev. Crees que tienes todas las respuestas todo el tiempo. Eso me sulfura, porque no dejas ningún espacio para las mejoras.

—¿Eh? —preguntó. Volvió a coger de nuevo el pastel de té.

—Todo cambia con el tiempo. Las cosas crecen, se adaptan, aprenden y se vuelven más. Tú no. Eres la misma persona que conocí hace dos años.

Él le dedicó una sonrisa mordaz.

—Pero ¿no me quieres tal como soy?

—No, Kev, no —dijo ella—, porque creo que podrías ser mejor.

Stacey vio desaparecer por completo la parte superior del postre. Dawson se frotó las manos sobre el plato para sacudirse las migajas.

Ella se tocó la mejilla para mostrarle dónde había más migajas, y él se pasó la mano por la cara y todas desaparecieron. Una sonrisa burbujeó en el interior de Stacey. A veces, su compañero no era más

que un niñato.

—¿Cómo era eso, Stace? —preguntó él de pronto—. ¿Cómo fue para ti el cole?

Ella estuvo a punto de mandarlo a la porra con algún comentario impertinente, pero notó en sus ojos que el humor había cedido el lugar a la curiosidad.

—Difícil, Kev —dijo con sinceridad—. Estaba rodeada de dos tipos de personas: unos que eran horribles conmigo debido a mi color y otros que eran especialmente amables por el mismo motivo. Los amables trataban de demostrarse a sí mismos y a mí que mi color no era un problema. A veces esperaban gratitud porque «no les importaba» —dijo, y suspiró—. Cualquier persona un poco diferente es presa fácil para los matones.

No eran recuerdos que ella quisiera revivir. De repente se acordó de algo.

—¿Tú no eras el chico gordo? —le preguntó.

Él asintió.

—Vaya que sí.

—Así, que, hasta cierto punto, sabes a qué me refiero —dijo—. ¿Qué hiciste, entonces?

—Perdí peso —dijo en voz baja. Mientras tanto, una pizca de comprensión apareció en su cara.

Ella respondió arqueando una ceja. No había pérdida de peso que pudiera cambiar el color de su piel.

—Ya entiendo —dijo él, sonriendo, aunque no antes de que ella notara la oleada de tristeza que había tintado sus rasgos.

Pero, por agradable que fuera esta visita improvisada, ella seguía ansiosa por volver al portátil de Reynolds. Echó un rápido vistazo a su reloj.

—Maldita sea, Stace, ¿la jefa te ha estado dando lecciones de sutileza?

—No, no quise decir…

Era exactamente lo que había querido decir, y él lo sabía.

—Así que ¿estamos en paz, de verdad? —preguntó sinceramente.

—Sí, Kev, estamos bien —contestó ella.

—Vale, hasta mañana —dijo él, y le dio un golpecito en el hombro derecho.

Ella no respondió, puesto que su compañero ya estaba fuera de su alcance.

Para Dawson, el racismo era una simple dicotomía: blanco o negro, racista o no, fanático o no. Explicarle los matices de gris que había entre un extremo y el otro le llevaría mucho tiempo; y, en ese momento, ella no lo tenía.

Abrió la tapa del portátil y la pantalla de inicio de sesión volvió a la vida con un destello.

De pronto, se le ocurrió que mucha gente usa el nombre de un ser amado en vez del propio.

Intentó variaciones de la fecha del nacimiento de Justin y el nombre de su madre.

Nada.

Lo intentó con la fecha de Justin y el nombre de su padre.

Nada.

Ahora, con la fecha de Justin y el nombre de su hermana.

Tampoco.

De pronto, miró alrededor y descubrió que el café se había vaciado. Priscilla estaba ocupada con una fregona y un cubo.

Finalmente, probó con el nombre de la hermana y la fecha de su muerte.

Se apoyó en el respaldo de la silla mientras la pantalla volvía a la vida.

Bingo. Estaba dentro.

Capítulo 37

Todas las luces brillaban desde la granja, guiando su camino hacia el resto de los vehículos aparcados y, una vez más, iluminando la miseria e inmundicia del lugar. Había piezas de maquinaria oxidadas apoyadas en las paredes de los anexos. A solo tres metros, a un lado de la casa, había un montón de paja cubierto de excremento. Desparramados aquí y allá, por todos lados, había sacos de pienso a medio abrir.

Un cordón policíaco se extendía desde un tubo de desagüe, a un lado de la granja, hasta un árbol, en el fondo del camino de grava. A tres metros del cordón estaba la mancha de sangre donde Billy Cowley había caído tras recibir el disparo.

Kim se estremeció al ver una rata muy bien alimentada correr desvergonzadamente, a través del barro, en dirección del viejo granero.

—Travis, aunque esto sea un agujero de mierda, me gustaría saber por qué no han pagado el alquiler durante tantos años —dijo Kim, disgustada.

—Sí, vaya, ni siquiera una cantidad simbólica —convino él mientras se dirigían a la cabaña.

Como era de esperar, Fiona los esperaba en la puerta principal.

Los había retenido un taxi mal aparcado que recogía a un anciano muy frágil. Para la hora en que por fin pudieron salir del hospital, ya hacía mucho que Fiona se había ido, y, sin la menor duda, había llegado a tiempo para contarle a su padre la historia que quería que el hombre repitiera.

Su Jaguar rojo estaba aparcado en el mismo límite de la propiedad, como si no quisiera que se contaminara.

Para Kim, era comprensible. Contó otros seis vehículos: cuatro que tenían entre siete y quince años y dos furgonetas de técnicos.

Kim reconoció los mocasines de un técnico con mascarilla llamado Ben, quien había trabajado con ella en muchos casos.

—Oye —le dijo, y se puso a su lado mientras él sacaba nuevas

bolsas de pruebas de la parte exterior de la furgoneta—. ¿Alguno ha tratado de obstaculizar vuestro trabajo?

Él se quitó la mascarilla y sonrió.

—Han estado atentos, nada más —dijo, asintiendo hacia la puerta.

Sí, ella podía creerlo.

—Mientras puedas, presta especial atención a las fibras, Ben —dijo ella. Acababa de recordar el último descubrimiento de la doctora A.

—No hay problema —respondió él mientras ella ya se dirigía a la casa.

—Eso fue rápido —dijo Kim al pasar junto a la mujer que, con el ceño fruncido, estaba dentro de la casa.

—No pueden simplemente...

—Sí, sí podemos —replicó Kim. Esta mujer ya había puesto bastantes impedimentos a la investigación. La orden judicial le había sido entregada mientras estaban en el hospital, y Fiona Cowley sabía quiénes eran. No se necesitaban más explicaciones, y Kim no tenía ninguna duda de que esta mujer sabía más de lo que dejaba ver.

La puerta abierta llevaba directamente a una diminuta y oscura cocina cuya ventana se abría al norte. Los armarios eran lisos y cuadrados y estaban mal pintados. Dos de las puertas conservaban los antiguos frentes de madera, como si alguien, a media tarea, se hubiera dado cuenta de que sus esfuerzos por ponerlas al día o modernizarlas eran una absoluta pérdida de tiempo.

Una cocina Aga ocupaba la mayor parte de la pared opuesta a la ventana. Kim no tenía ni idea de si seguía funcionando, puesto que la parte superior era un área donde se almacenaban una tetera eléctrica y latas de té. A un lado había un hornillo de campamento manchado de alubias. Dominaba el rincón un cubo de plástico negro que, por todo el suelo, se desbordaba de envolturas de hamburguesas y cajas de pizza. El olor a residuos rancios era una ligera mejora ante el insoportable hedor a humedad que invadía la casa entera.

Se volvió a Fiona, que era una sombra al lado de los detectives.

—Si no tiene inconveniente, dele su dirección a Travis —dijo Kim —. Podríamos necesitarla más tarde.

La mujer pareció sorprenderse, pero empezó a dictársela al detective. Este abrió su cartera de cuero.

Por supuesto, no era aquí donde Fiona vivía. De haber vivido en esta casa, el lugar no se vería así. La mujer era limpia e inteligente; no podría tolerarlo. Demonios, ni siquiera consentía que su brillante Jaguar rojo se acercara demasiado, para que no pillara algo.

Kim fue al salón. En algún tiempo, tuvo que haber sido el alma del lugar. Contenía artículos originales que hoy, a un alto coste, se emulaban en las casas modernas. La chimenea de ladrillo y las vigas

de roble se perdían entre muebles que no hacían juego y unos cargantes estampados que chocaban entre sí. Una bombilla desnuda y solitaria arrojaba una luz amarillenta desde el centro de la estancia.

Durante los últimos siete u ocho decenios, el agradable espacio se había llenado de muebles pesados y oscuros. De las paredes escurrían pinturas de animales de granja, así como herraduras de bronce montadas con cintas de cuero.

El sofá de tres plazas era morado y tenía parches de desgaste en los dos cojines laterales. El respaldo se levantaba hacia el centro en forma de abanico. La familia de acogida número dos de Kim había tenido uno de esos a fines de los ochenta.

El señor Cowley apareció junto a tres técnicos que trabajaban a la luz de linternas. Había entrado al salón por el otro extremo, proveniente de un lugar que parecía un lavadero.

—Señor Cowley, me da gusto volver a verlo —dijo Kim, y avanzó unos pasos. Podía sentir a Fiona detrás, pero siguió hablando directamente al hombre—. Gracias por darnos su permiso para tomar muestras de las manos de Billy. Estoy segura de que eso nos permitirá poner fin muy pronto a este asunto del disparo.

A sus espaldas, Kim oyó la fuerte inspiración de la hija. El hombre no le había dicho nada sobre esa autorización.

No bien Fiona había pasado corriendo por el aparcamiento del hospital, Kim había llamado directamente al señor Cowley. Tenía que localizarlo antes que la hija y conseguir ese permiso.

—El técnico forense debe de estar con él en este momento.

El padre asintió hacia ella. No miró a su hija, pero entrecerró los ojos. Kim pudo ver que movía la mano dentro del bolsillo del pantalón.

—Su hija mencionó que usted había recordado algunos detalles del accidente de su hijo —prosiguió—; y, no menos importante, que usted lo presenció —añadió. Una vez más, el hombre hizo un gesto de asentimiento. Sus dedos siguieron jugueteando dentro del bolsillo—. Así que ¿puede decirnos exactamente qué es lo que vio, señor Cowley? —le preguntó.

—Sí. Yo estaba sacando la basura y vi a Billy, que estaba jugando con el arma junto a la barra. Lo llamé...

—Más despacio —dijo Kim, que acababa de advertir tres hechos: el primero era que la basura estaba todavía en la cocina y no la habían sacado en varios días; probablemente, en semanas; el segundo, que podía oler alcohol en su aliento, y, finalmente, que el tipo quería soltar la historia lo antes posible.

«Antes de que se le olvide lo que, supuestamente, tiene que decir», pensó Kim.

Travis se sentó en el sofá manchado y ella, en silencio, aplaudió la valentía de su compañero; precisamente hasta el momento en que se dio cuenta de lo que él estaba haciendo. Un recuerdo trató de arrancarle una sonrisa, pero la mantuvo a raya. Travis no lo había olvidado todo.

—¿Así que usted estaba sacando la basura? —preguntó.

—Sí, siempre la dejamos ahí fuera, junto a la puerta principal.

Eso explicaba lo del saludable roedor que ella había visto ahí fuera.

—¿Y qué hizo que se fijara en Billy? —preguntó.

No estaba segura de que la presencia del hijo junto al establo fuera algo poco ordinario.

—No lo sé. Creo que me llamó la atención que tuviera el arma en las manos.

—Se trata de un rifle, ¿o no? —quiso saber Kim.

Parte del equipo normal de una granja.

—Sí. Él le estaba dando la vuelta. Recuerdo haber pensado...

—¿Así que usted se detuvo a observarlo porque estaba sosteniendo un arma o porque le estaba dando la vuelta? —preguntó Kim, frenándolo.

El padre veía pasar el libreto por su cabeza y estaba ansioso por seguirlo. Kim no disfrutaba de la dureza del interrogatorio, pero necesitaba distraerlo de su guion aprendido.

—Creo que solo estaba sosteniendo el rifle, pero yo pensé que algo estaba por...

—¿Usted pensó eso solo porque vio a su hijo sosteniendo el arma? —lo interrogó. El señor Cowley tenía demasiada avidez por llegar a la parte del accidente—. ¿No se puede confiar en él cuando tiene un arma en las manos?

El hombre se pasó la mano por la calva.

—No, no, no es eso —dijo, a la defensiva—. Solo que me pareció extraño —añadió nervioso.

A Kim no le quedaba otra que sacar réditos de la confusión. Se puso de costado hasta tener a Travis en su visión periférica.

—¿Podríamos salir y echar un vistazo de cerca al lugar donde ocurrió todo? —preguntó. No estaba al acecho de la reacción del señor Cowley, sino del leve movimiento de cabeza de Travis.

Fiona los condujo fuera del salón, a través de la cocina y de vuelta al exterior.

—¿Así que usted estaba aquí? —preguntó Kim. Se acababa de detener justo delante de la puerta abierta.

—Sí, como le he dicho. Estaba sacando...

—... la basura. Sí, lo sé —terminó la frase por él, mientras buscaba

enfáticamente la bolsa de desperdicios que faltaba.

—¿Y Billy estaba allí, en el granero? —preguntó.

—Sí —dijo él, y su bolsillo empezó a moverse de nuevo.

—¿Y estaba sosteniendo un rifle? —dijo ella.

—Sí.

—¿Y cuánto mide un rifle?

—Unos sesenta centímetros —respondió el hombre—. Tal vez un poco más.

Kim miró alrededor. Sus ojos se posaron en un palo delgado.

—¿Puedo?

El señor Cowley asintió y echó una rápida mirada a su hija, que lo observaba pensativa, con los brazos cruzados.

Kim apoyó el palo en la pared y lo partió de una patada.

Cogió la parte más larga.

—¿Así de largo?

—Sí —dijo él.

—¿Podría quedarse donde está, señor Cowley? —preguntó ella.

Él asintió.

Kim caminó hacia el área donde había estado Billy.

Ahora, Travis estaba justo detrás de ella.

La detective habló en voz baja para que solo su compañero pudiera oírla.

—De modo que Billy gira el arma y se las arregla para pegarse un tiro en la parte trasera del cuello. Veamos cómo sale esto, ¿vale? —Empezó a girar el palo, como si fuera un bastón.— ¿Así que el gatillo estaría por aquí? —preguntó a Travis.

Él asintió. Kim buscó algo con que poner una marca en el palo.

—¿Pintalabios? —preguntó él.

—¿Me conoces? —respondió ella sin mirarlo.

Se agachó a recoger un pedazo de pizarra del suelo, rezando porque la rata gorda estuviera muy lejos. Marcó el palo y puso el dedo en la ranura.

—¿Están observando? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Travis.

Bien. Quería que se dieran cuenta de cómo de ridícula era su alegación, y si eso significaba actuarles una pequeña escena, que así fuera.

Extendió los brazos y puso el dedo en la marca del gatillo. El arma osciló antes de fijarse bajo su barbilla; la posición del suicidio. Ajustó el ángulo y la punta se desplazó un poco más allá de su cuello.

Cambió de posición y se pasó el palo por encima del hombro.

—Eso es lo más cercano —dijo Travis.

—Sí, pero mi dedo no se queda en el gatillo. —Le pasó el rifle a su

compañero.— Tus brazos son más largos.

Él lo cogió y repitió los movimientos mientras ella lo observaba.

—Podría ser, pero lo más probable es que se hubiera producido un roce o una herida superficial, y no que la bala se hubiera alojado en el cuerpo.

Y ambos sabían que eso era lo que había ocurrido.

Ahora dependían del informe de los peritos en balística para confirmar que la bala no había salido de ese rifle. Hasta entonces, no podrían salir corriendo a gritarles «mentirosos, mentirosos».

Kim suspiró y dio un paso en dirección a Fiona y su aparentemente ansioso padre.

El teléfono la alertó de la llegada de un mensaje. Sacó el móvil y leyó la breve frase. Se volvió a Travis con una sonrisa y se encaminó hacia los miembros de la familia.

—¿Algo de lo que acabamos de hacer le ha resultado familiar, señor Cowley?

—Sí —dijo con impaciencia—. Por encima del hombro. Creo que Billy se estaba poniendo el rifle por encima del hombro.

Fiona dio un paso al frente. Kim estaba sorprendida de que hubiera permanecido callada todo ese tiempo.

—Agente, ¿qué tiene que ver todo esto con el descubrimiento de huesos en las tierras? Aquí no se ha cometido ningún crimen. Mi hermano sufrió un accidente que él mismo ha confirmado.

—Que usted confirmó por él —le recordó Kim. Aún no habían oído hablar a Billy Cowley.

—Pero mi padre...

—Su padre está contándonos todo lo que usted le ha dicho —habló Kim con frialdad.

—¿Cómo se atreve?

—Cómo se atreve usted —replicó Kim—. ¿Cómo se atreve a mentirnos tan descaradamente? ¿Se ha creído que le tomaríamos la palabra, habiendo un arma de fuego de por medio?

—Es la verdad —gruñó.

Kim respiró hondo.

—Así que, a pesar de que, desde un punto de vista físico, esto es casi imposible, y de que acaban de confirmarnos en el hospital que no hay residuos de disparos en las manos ni en el cuello de su hermano, ¿sigue insistiendo en su versión de que el disparo fue accidental?

Fiona la miró de frente.

—Sí, inspectora, esa es nuestra versión de los hechos.

Capítulo 38

Ya en el coche, Kim hizo una pausa antes de salir de la finca de los Cowley.

—Travis, ¿qué diablos está pasando aquí? —preguntó, tratando de entender la determinación de esa gente por ceñirse a una secuencia de hechos que simplemente no había sucedido.

—Pensé que la detendrías —dijo Travis.

—Iba a hacerlo —admitió Kim.

—¿Con qué cargos?

—Petulancia —respondió.

Ella habría jurado que a su compañero estuvo a punto de escapársele una risita, pero que la disimuló tosiendo.

—¿Y has encontrado algo? —preguntó Kim.

Mientras trabajaban juntos, hacía años, Tom tenía la manía de revisar los sofás. Sostenía que cualquier cosa que estuviera debajo sería desconocida aun para los dueños. Nueve de cada diez veces no encontró nada, pero en una de ellas apareció el pendiente extraviado de una víctima de agresión sexual que alegaba haber sido violada y mantenida como rehén. El hombre de cuarenta y siete años había negado tener conocimiento de todo el asunto; hasta que Travis encontró el pendiente encajado en el forro del sofá.

—Algo ha caído en mi mano —dijo, y rebuscó en el bolsillo del pantalón.

Kim detuvo el coche en una parada de autobús.

En la palma de la mano, Travis traía un trozo de papel desgarrado. Le quitó a soplidos los pelos, la pelusa y otros detritos del sofá.

—Sabes que debiste haber metido eso en una bolsa de pruebas. Tenías que habérselo dejado a los técnicos —observó ella.

—Se me ha pegado — comentó él con desgana.

El color turbio les reveló que ese papel había estado ahí por algún tiempo. Era del tamaño de un sobre mediano como el de los extractos bancarios. Una de las caras estaba en blanco. En la otra había letras mayúsculas impresas.

Una mancha marrón coloreaba la esquina superior izquierda. En el centro se había perdido un trozo. Kim lo recorrió con los ojos, de ida y vuelta, una docena de veces mientras, mentalmente, trataba de insertar las palabras faltantes.

C_____ÍA

VI_____RE

TR_____TO

—Esto podría ser cualquier cosa —comentó ella, en pocas palabras.

—Aun así, te lo estás metiendo en el bolsillo —dijo él, con pesar —, cuando ha sido mi hallazgo.

Cierto, pero ella no tenía intenciones de devolvérselo.

Aunque el silencio cayó entre ellos, por un momento, por un breve momento, las cosas habían sido como en los viejos tiempos.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—Quisiera que me llevaras a casa —dijo él, y cerró la cremallera de su cartera.

Ella soltó un largo suspiro.

—Tom, ¿alguna vez vamos a hablar de lo que pasó...?

—No, Stone, no vamos a hablar de eso —dijo él enfáticamente.

—Con un carajo, Tom. ¿Cuánto tiempo eres capaz de guardar rencor? —gritó ante la obstinación de su compañero.

—Ni siquiera dijiste que estabas arrepentida, nunca —replicó él.

—Porque no lo estoy —contestó.

El silencio ensordecía más que los gritos, porque era definitivo. Mientras las acusaciones volaran entre los dos, tendrían alguna posibilidad de encontrar puntos en común.

Pero este mutismo confirmaba que nunca encontrarían esos puntos.

Tras unos minutos, la voz firme de Travis rompió la tensión.

—Te lo diré una vez más antes de bajarme del coche y llamar a un taxi: quiero que me lleves a casa.

Kim sabía que cualquier intento de extender la conversación sería inútil. Condujo hacia Kidderminster sin abrir la boca.

Cuando se detuvieron fuera de la casa, puso voz a lo que su mente había venido construyendo:

—Tom, dado que esta es una investigación conjunta, quisiera

conducir la reunión informativa de mañana.

Ella esperaba una negativa rotunda. Tom Travis era un hombre muy orgulloso, pero sus vacilaciones le dieron a Kim alguna esperanza.

—Lo pensaré —dijo, y se bajó del coche.

Kim se quedó inmóvil mientras veía los visillos moverse, como todas las noches. Vaya, si este hombre vivía bajo toque de queda, esta noche recibiría una reprimenda.

Mientras ponía distancia, trataba de conseguir que su tristeza se quedara en el umbral de esa casa. Una parte de ella deseaba no haber vuelto a ver al hombre, y, sobre todo, al policía, que alguna vez conoció. Los últimos años habían estado tan llenos de amargura y hostilidad que, a veces, le era difícil recordar que alguna vez había sentido respeto y afecto por este hombre... Y que, incluso en algún momento, había llegado a confiarle la vida.

Pero ahora ya sabía que nunca serían capaces de sobreponerse a lo que había ocurrido entonces.

Y eso la molestaba más de lo debido.

Capítulo 39

—Venga, chico, ayúdame con esto —dijo Kim, mirando a Barney.

Ya se había duchado y cambiado de ropa. Ahora estaba sentada a horcajadas en la Kawasaki Ninja, con los pies descalzos descansando en los pedales. Su vista exploraba el tablero que ocupaba toda una pared del garaje.

Barney le devolvió la mirada. Si unos grandes ojos marrones y un rabo oscilante pudieran ayudarla, ella, a estas horas, ya habría resuelto el acertijo.

Kim traía el día entero como pintado con rotulador, y le estaba costando borrarlo. Pero, ahora, cuando tenía algo en qué concentrarse, la negatividad empezaba a desaparecer. Había copiado las letras, el espaciamiento y su disposición en un papel y había pegado este en el tablero para estudiarlo. Con tantas letras faltantes, era casi imposible llenar los huecos. Sentía como si estuviera jugando al ahorcado, aunque en una versión muy tendenciosa.

Y, aun así, la estructura le resultaba familiar. Las letras se habían compuesto centradas en la página.

Maldita sea, si esta fuera su propia investigación, exhibiría este papel de manera prominente en la sala de la brigada para que todo el mundo pudiera analizarlo. Cuatro cabezas serían, definitivamente, mejor que una sola..., dependiendo de quiénes fueran los dueños de esas cabezas.

Kim sabía que no se estaba adaptando a la dinámica de la investigación conjunta tal como Woody había querido. Cada hora que conseguía superar era una victoria como para alzar el puño.

Lo peor era sentirse atrapada junto a este hombre. Travis la detestaba incluso más que a los tíos que ella había puesto tras las rejas. Era ese acercamiento lento y metódico a cada nuevo dato; era como si él estuviera buscando constantemente un quirófano en pleno campo de batalla. A veces, simplemente tenías que echarte sobre el barro y seguir adelante.

Y, por Dios, echaba de menos a su equipo. Ese pensamiento nunca

saldría de sus labios. Ya era suficientemente difícil admitirlo ante sí misma; pero los conocía. Podía plantear un caso y, de inmediato, concebir la mejor manera de dividir el trabajo. Sabía que Stacey no pararía de excavar hasta descubrir lo que estaba buscando; que Dawson seguiría sus instintos y encontraría pistas sólidas, y que Bryant... Bueno, el cerebro de Bryant complementaría el de la propia Kim, en vez de ralentizarlo.

Se preguntaba si la edad la estaría ablandando, puesto que ahora, de vez en cuando, echaba de menos hasta a Woody.

Suspiró y volvió a centrar su atención en el acertijo. Algo estaba intentando revelársele.

Gruñó con el sonido de su teléfono. Cuando leyó el nombre de quien la llamaba, puso los ojos en blanco.

—Frost —contestó mientras balanceaba las piernas sobre la moto.

—Quiero saber qué estáis haciendo —dijo la reportera sin saludar—. ¿Cuánto habéis avanzado? ¿Tenéis sospechosos ya identificados?

—Maldita sea, incluso tú sueles ser más sutil que esto —observó Kim—. Sabes que no haré ningún comentario sobre...

—¿Estás de cachondeo, Stone? —dijo Frost con una voz gruesa, inusual en ella—. Este no es un caso común y corriente y, si lo tratas como tal, te haré la vida...

—Frost, tranquilízate. —Kim dio a sus piernas la orden de detener el balanceo.— ¿De qué demonios estás hablando?

Unos cuantos huesos viejos en la tierra no tenían por qué convertir a la reportera en esta especie de basilisco histérico que estaba al otro lado del teléfono.

Un silencio de estupefacción le llenó los oídos.

—¿No lo sabes? —gritó Tracy, incrédula.

—¿Saber qué? —preguntó Kim, y se bajó de la moto.

—Bubba, mi aprendiz, está muerto...

—Madre mía, Tracy —exclamó Kim. Buscó equilibrio poniendo la mano en el tanque de combustible—. Lo siento muchísimo. ¿Qué diablos ha sucedido?

—Fue hace un rato, ha muerto decapitado en las vías del tren.

Kim se quedó inmóvil, tratando de digerir lo que estaba escuchando. No solo muerto, sino asesinado.

—Tracy, lo siento mucho... Yo...

Kim no quería admitir la inconcebible verdad: que no estaba enterada.

—¿Y bien? ¿Qué haréis al respecto? —preguntó Tracy, ahogando un sollozo—. Tendréis que colgar de las pelotas a quienquiera que haya hecho esto. Bubba era un buen chico que no había tenido una vida fácil. Espero que hagáis todo lo posible por atrapar a ese hijo de

puta.

—Tracy, sabes que la policía hará todo lo posible...

—No me hables como si fuera la oficina de prensa, Stone. Si me dices que vas a detener a la persona, te lo creo, pero haz que esos dos tíos, los tuyos, se saquen el dedo del culo y...

—¿Mis dos qué? —preguntó Kim, frunciendo el ceño.

—Ni siquiera eso sabes, ¿verdad? —preguntó horrorizada—. ¿Qué diablos está pasando entre tú y tu equipo, Stone?

Kim trataba de aflojar la tensión de su mandíbula.

—Frost, mañana te llamo, pero siento mucho...

—Ahórratelo, Stone. Es evidente que esta vez estoy hablando con la persona equivocada.

La línea se cortó en su oído.

Kim se quedó inmóvil durante diez largos segundos mientras su mente trataba de procesar todo lo que acababa de conocer.

Bubba Jones estaba muerto.

Ese día, horas antes, un reportero que ella conocía había sido asesinado con saña, de una manera horrenda.

Y Kim no lo sabía.

Su siguiente pensamiento fue un eco de las acusaciones de Tracy Frost.

¿A qué coño estaba jugando su equipo?

Capítulo 40

Kim citó a una reunión informativa a las siete de la mañana, así que no era de sorprender que su equipo ya estuviera reunido y esperando. Lo que la dejó asombrada fueron las pegatinas con nombres que todos llevaban.

Ella arrugó la que decía «jefa» y la arrojó a la papelera. Otra mañana, eso habría sido gracioso.

Ahora tenía la atención de todos.

—¿Cómo diablos yo no sabía que Bubba Jones ha sido asesinado? —preguntó. Los miró a todos, de uno en uno, a la espera de una explicación.

Su mirada se detuvo finalmente en Bryant.

—Jefa, estás trabajando en otro...

—Tengo un teléfono, correo electrónico, mensajes de texto... Madre mía, pudisteis haberme enviado una maldita paloma mensajera solo para que Frost no me cogiera por sorpresa anoche, a las once y media.

—Ha aparecido en todos los noticiarios —murmuró Dawson.

—¿Y así es como crees que debí haberme enterado, Kev? —dijo Kim furiosa.

Si esta era la forma en que Dawson estaba tratando de proteger a su compañero, era tan desacertada como inoportuna.

Se volvió hacia él.

—Perdóname por haberme tomado un rato para mí misma después de un turno de quince horas. Quizás esta noche deberíamos tener una reunión informativa aquí mismo, a las diez, para ponernos al día como es debido.

Ese alegato no era del todo preciso, puesto que se había quedado estudiando el papel que Travis había encontrado. Sin embargo, le molestó la alusión: que tendría que enterarse de las actividades de su equipo viendo las malditas noticias.

—Tienes razón, jefa —dijo Bryant—. Tenía que habértelo dicho. Era mi responsabilidad y no lo hice.

La disculpa era sincera y genuina, y ella le mostró su aquiescencia haciéndole un gesto con la cabeza.

Este era un territorio nuevo para todos. Los habían obligado a cambiar su modo de actuar, y eso provocaba trastornos en el ritmo natural de una maquinaria bien lubricada. En ese momento, todos estaban tanteando nuevos terrenos.

El hecho de que Stacey hubiera permanecido todo el tiempo en silencio era un indicio de que ella tampoco había estado envuelta en el proceso.

—Así que ¿dónde estamos con todo esto? —preguntó. Cogió el café que la estaba esperando.

Ella no había llegado a conocer en persona a este chico que, poco tiempo antes, fuera el responsable de que Dawson estuviera a punto de perder el trabajo. El aprendiz de reportero había conseguido convencer al sargento de desobedecer una orden directa, lo que había llevado a una montaña de pistas falsas y a horas de mano de obra desperdiciada.

—¿Aclarasteis esto con Woody? —preguntó Kim. Cualquier relación previa con una víctima de homicidio tenía que ser asentada en los registros y explicada.

—Anoche —contestó Dawson.

—¿Y?

Se necesitaba un permiso formal para seguir trabajando en el caso.

—Concedido —respondió.

Por una vez, Dawson parecía seguir las reglas.

—Atado a las vías, con el cuello literalmente sobre el raíl —continuó Dawson, e hizo la señal de decapitarse—. Adiós.

—¿Y la familia?

—Niño de acogida, jefa. No tiene hermanos. Su última familia de acogida no lo había visto en años.

Kim no pudo evitar que una oleada de adhesión la dominara. La entristecía que ninguna familia llorara la muerte de este joven. Como la niña de acogida que ella misma había sido, muy poca gente de su pasado había llegado hasta su presente.

—Finalmente, Keats se llevó el cuerpo a eso de las once —explicó Bryant—. Los técnicos forenses están en el área, pero es un caos sangriento. El lugar donde murió ha sido un atajo y un punto de reunión desde que tengo memoria.

Kim no podía ni imaginar el volumen de escombros que tendrían que peinar en busca de pistas.

—Woody ha ido a la casa Lloyd a buscar más personal. Piensa usarlo para ir de puerta en puerta por la urbanización Codsall. Nos centraremos en los compañeros de trabajo de Bubba —prosiguió

Bryant—. Las pistas no nos van a ayudar a resolver este asunto a corto plazo.

Kim estuvo de acuerdo y le dedicó media sonrisa.

—¿Woody ya habló contigo? —le preguntó.

—Sí, anoche.

—¿Inspector detective interino? —le preguntó.

Él asintió.

—Felicidades, Bryant —exclamó Stacey con una amplia sonrisa.

—¿Es broma? —explotó Dawson. Fulminó a su compañero con la mirada.

—Tranquilo, Kev, es solo un título —dijo Bryant.

—Y está muy bien —opinó Kim, captando así la atención de Dawson—. Las habilidades de Bryant son las más adecuadas para dirigir este caso en particular, pero llegará tu momento.

—Es justo, jefa —dijo Dawson. Asintió en dirección de Bryant.

Era lo obvio y lo correcto, no solo desde el punto de vista de los procedimientos. Woody no podía tener una investigación de homicidio dirigida por un sargento detective. La única persona que no creía que Bryant pudiera ostentar el rango de inspector detective era el propio Bryant.

Kim estaba satisfecha de que todos los temas estuvieran cubiertos; excepto el tenerla informada. Pero era hora de dejar eso atrás.

—Antes que cualquier otra cosa, esta mañana os reuniréis con Frost, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijeron al unísono.

—Así que ¿cómo va la investigación en el caso de Henryk Kowalski? —le preguntó a Dawson. Ese caso era originalmente del joven sargento.

Tenemos al sospechoso en el circuito cerrado de televisión, jugueteando con el teléfono, a unos doscientos metros del lugar del delito. Volvimos a captarlo cuando pasaba por delante del supermercado en Manor Way, pero lo perdimos de vista en Shenstone Island.

—¿Enemigos personales? —preguntó ella.

—Oh, sí, el vecino de al lado es un auténtico encanto que ha enviado mensajes repugnantes a la familia, pero, por desgracia, estaba en otro lugar durante el ataque.

Por el tono, Kim supo que Dawson habría deseado, con toda seriedad, que la historia hubiera sido otra.

—Un tipo aparentemente respetable, hasta que pasas dos minutos con él —añadió Bryant.

—Sus cuentas de redes sociales no están bloqueadas y no hace de su racismo ningún secreto —dijo Stacey—. Está orgulloso de ser

miembro del Frente Nacional y ha participado en más de una manifestación de la Liga de Defensa Inglesa.

—¿Tiene récord criminal?

Stacey asintió.

—En la adolescencia, un cargo por agresión le valió una condena condicional de dos años. Cumplió dieciocho meses de prisión por acosar y amenazar a una familia que se mudó a la calle de al lado.

Kim enarcó una ceja, interrogadora.

—Asiáticos —completó Stacey.

Empezaba a estar de acuerdo con Dawson acerca de este sujeto.

—La cosa es, jefa —añadió Stacey—, que, si Flint hubiera tenido algo que ver con el ataque a Henryk Kowalski, habría venido a declararlo sin rodeos, supongo.

Kim asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Echad un poco la red con este tío, chicos. ¿Un ataque grave y un asesinato brutal sin testigos clave? En algún lugar, alguien sabe algo.

—Flint pareció insinuar que había algo más en el asunto de Henryk —comentó Bryant.

—Vale. Interrogadlo más a fondo y averiguad qué sabe —dijo Kim, con la sensación de que estaba exponiendo obviedades.

—Primero necesitamos ponernos en contacto con Tracy Frost, y Gary Flint saldrá bajo fianza a eso de las nueve y media.

Kim estaba confundida.

—¿Entonces?

—No podemos hacer ambas cosas, jefa —dijo Dawson, y se sonrojó.

Kim frunció el ceño.

—Despierta, Kev. Stacey puede interrogarlo.

—Pero es un racista redomado —dijo Dawson.

—¿Y? —preguntó Kim.

Stacey puso cara triunfal y un «gracias, jefa» surgió de su boca.

—Dudo mucho que tenga algo que decir que Stacey no haya escuchado antes. Y, sobre todo, ella es una agente de la policía; puede encargarse de este interrogatorio. Si algo le molestara, confío en que me lo diría. —Se volvió a la asistente de detective.— ¿Estoy en lo correcto, Stace?

—Sí, jefa —dijo ella con una sonrisa.

Se volvió al joven sargento, que se revisaba atentamente las uñas.

—Kev, te entiendo, pero también hay por ahí un montón de misóginos y cerdos chovinistas. ¿Debo poner a todos esos en tu camino?

—De acuerdo —dijo él, y Stacey supuso que lo decía en serio.

—¿Cómo va la investigación conjunta, jefa? —preguntó Stacey.

—Demasiado lenta, para mi gusto —contestó.

—¿Y Travis? —preguntó Bryant.

—Me enseñaron que, si no tienes nada bueno que decir... —contestó, y entonces se acordó de los sucesos de la víspera—. Pero hay momentos en que vuelve a ser el poli que yo recuerdo.

Bryant le regaló media sonrisa.

—Vale, chicos —dijo. Dio un último trago a su café antes de coger el abrigo—. Portaos bien mientras estoy fuera.

Todos asintieron con un murmullo y ella se dirigió a la puerta.

Había decidido no compartir con ellos que, la noche anterior, su dedo se paseó por el número telefónico de Woody. Las palabras ya estaban formadas en su boca: le pediría que le diera permiso de regresar con su propio equipo para ocuparse de investigar el asesinato de Bubba Jones.

Ella habría podido plantearlo como un caso viable y Woody lo habría autorizado.

Pero a costa de su equipo. Al solicitar su regreso, estaría declarando, efectivamente, que desconfiaba de las personas con las que trabajaba todos los días. Era como decirle a su jefe que no podían arreglárselas sin ella.

Tras la reunión de esta mañana, estaba contenta de no haber presionado ese botón.

Capítulo 41

Dawson vio a Stacey levantarse y recoger el expediente de Gary Flint y un cuaderno.

—Hasta luego, chicos —dijo al pasar por los escritorios.

—Uf —dijo Dawson en cuanto ella salió de la sala. Se volvió a Bryant con una sonrisa cáustica—. No sé tú, pero el culo me sigue doliendo.

Bryant asintió.

—Vaya que sí, pero nos lo tenemos bien merecido —comentó, filosófico.

—¿Por tratar de protegerla? —preguntó.

—A nosotros no nos toca protegerla, Kev. Es una agente de la policía muy competente, no nuestra hermanita.

Dawson abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Bryant tenía razón y, sin embargo, no podía dejar de pensar en los sentimientos que le provocaba imaginarla en la misma habitación que ese pedazo de mierda.

—¿Así que ahora tengo que decirte «jefe» o qué? —preguntó.

—Sí, y quiero que uses mi título completo, que es inspector de detective interino por el menor tiempo posible o hasta que vuelva la verdadera jefa, si no tienes inconveniente.

A pesar del enfado, Dawson se rio. La autoridad añadida no le sentaba bien a Bryant. No era un rango al que su compañero hubiera aspirado, no lo había buscado. Era hora de darle un respiro, aunque una esporádica punzada no lo lastimaría. Solo por deporte.

Bryant suspiró y sacó su móvil.

—Supongo que lo mejor será empezar a localizar a nuestra reportera local de sucesos favorita...

Dawson lo interrumpió.

—A medianoche estaba al teléfono con la jefa. ¿De verdad crees que tendremos que salir corriendo a buscarla? —dijo. En ese momento, su teléfono empezó a sonar.

Miró la pantalla y sonrió al ver destellar el nombre «Frosty».

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma —dijo, y presionó el botón—. Frost, justo estábamos hablando de ti —dijo con amabilidad.

—Tomándoos vuestro puto tiempo, ¿o no? —ladró en respuesta. —Él abrió la boca para responder.— Quiero decir que tú y Bryant estuvisteis en la escena del crimen de mi colega, ahí, en las vías del tren, hace casi diez horas, ¿no es así?

—Cálmate, Frost, solo estamos...

—Si a esta velocidad trabajáis cuando no está vuestra jefa, no me extraña que Bubba...

—¿Bubba qué, Frost? —le lanzó Dawson.

—Nada, no importa — soltó ella—. Estaré en el Costa, en la parte más alta de Merry Hill, durante los próximos veinte minutos. Os sugiero que lleguéis aquí antes de que me termine el café y el *panini* o lo vais a lamentar.

La línea se cortó y Dawson soltó un fuerte gruñido. No soportaba a esta mujer en sus mejores momentos, pero, para él, esto había sonado definitivamente como una amenaza.

Capítulo 42

Stacey soltó un suspiro de alivio en cuanto estuvo lejos de Dawson y Bryant. Por un lado, estaba encantada de que la jefa los hubiera puesto en su lugar y la hubiera tratado como la agente de policía que era, en vez de la chica negra intimidada por quien la tomaba Dawson. El cambio era reconfortante. Este no sería su primer interrogatorio, pero sí la primera vez que tomaba la iniciativa. Aun así, la confianza y el apoyo de su jefa corroían la culpa de Stacey, puesto que no había sido sincera con respecto a que estaba investigando más a fondo el suicidio de Reynolds. Especialmente, tras la forma en que Kim había reaccionado por no haber sido informada del asunto de Bubba Jones.

Siendo realistas, no le había mentido, pero, en su piel, la omisión se sentía igual de mugrienta.

—¿Todo listo? —preguntó al sargento Denny Rudd. En ese momento, el policía estaba haciendo trabajo sedentario después de haberse lastimado un tobillo. Se había ofrecido como voluntario para el interrogatorio.

Era un hombre alto, delgado y carente de humor. Su expresión no cambiaba nunca.

—Sí —contestó, y señaló con la barbilla la puerta de la sala de interrogatorios número uno.

Stacey bajó la palanca del picaporte y entró en la habitación.

Madre santa. Lo primero que pensó es que este tipo no parecía un racista, en absoluto. Y sabía, mejor que nadie, que los racistas no llevan placas ni uniformes.

Pero había un elemento de seguridad en suponer que el odio y la intolerancia provenían de fuentes predecibles. Los cabezas rapadas, con sus tatuajes de esvásticas y sus burdas letras en los nudillos, eran una cosa, pero las personas razonables, educadas y con valores tan torcidos eran otra cosa, completamente.

De pronto se acordó de las películas *Borat* y *Cuatro Leones*. Era aceptable disfrutar del humor en películas así, dado que las opiniones se presentaban siempre desde el punto de vista de una persona

ignorante, estúpida y maleducada.

Puso la carpeta sobre el escritorio y captó la sonrisa sardónica del tipo. Sonreía como si a Stacey la hubieran enviado solo a fastidiarlo.

—Soy la asistente de detective Stacey Wood y he venido a hacerle algunas preguntas.

—¿De qué? Me han acusado, me han puesto en libertad bajo fianza y ahora debería poder marcharme.

—En este momento se están ultimando los detalles de su libertad bajo fianza. Mis preguntas no estarán relacionadas específicamente con los mensajes que ha enviado a la familia Kowalski. Tienen que ver con algo que usted comentó a mis colegas cuando lo detuvieron.

Se recostó en la silla y pasó perezosamente el brazo derecho por el respaldo que tenía al lado.

—Ah, sí, ¿y de qué se trata?

Había tal tono juguetón en sus ojos que a Stacey se le avivaron las náuseas.

Cómo le habría gustado que se quedara bajo custodia, pero el hijo de puta había admitido al juez su culpa con toda calma y racionalidad, y por eso lo habían dejado en libertad bajo fianza hasta el momento del juicio. Stacey suponía que no habría tal juicio. En las prisiones apenas tenían lugar para la gente que había cometido actos de violencia; no era cuestión de ocuparse de los desquiciados que solo proferían amenazas.

—Es una pena que se vea obligado a buscar otro lugar donde vivir —dijo Stacey, tratando de no responder a su arrogancia.

Una de las condiciones de su liberación lo obligaba a permanecer a no menos de ciento cincuenta metros de la familia Kowalski.

Él se encogió de hombros y Stacey se dio cuenta de que eso no le supondría un inconveniente importante. La casa era de alquiler. Pronto encontraría otra.

—Esa calle va cuesta abajo, de todos modos —dijo con mala intención.

—¿Cómo dice? —preguntó ella.

—Demasiadas familias nuevas. Extranjeras —enfatizó.— ¿De dónde es usted? —dijo para provocarla.

—De Dudley —contestó ella.

—No, no me refiero a eso. ¿De dónde es usted, realmente?

—Mire, solo...

—Está bien —dijo Stacey para silenciar las protestas del sargento, que estaba a su lado.

—Como le he dicho, soy de Dudley —repitió enfática. Durante los primeros treinta segundos, se había preguntado si de verdad era una buena idea estar en esa habitación, pero, cuanto más lo miraba, más

se empequeñecía este hombre ante sus ojos.

No estaba ahí en el papel de una negra acobardada.

De pronto, recordó su primer día en el jardín de infantes. Había sido una de las primeras de la clase en sentarse. Otros niños que estaban llenando el salón se iban sentando en las mesas más alejadas. A medida que entraban más niños, podía ver que los dirigían hacia la mesa donde ella estaba sola. Había sentido que las mejillas se le quemaban mientras se desvanecía su entusiasmo por la escuela.

Mientras los niños se esforzaban por caber dos en una silla, antes de que la maestra les diera instrucciones sobre dónde debían sentarse, Stacey se descubrió a sí misma sonriendo en tono de disculpa, puesto que se habían visto obligados a cambiarse de lugar.

No fue la única vez que se sorprendió a sí misma disculpándose por ser negra.

Pero no volvería a suceder.

Era agente de la policía y era detective. Y era muy buena en lo que hacía.

—Señor Flint, por mucho que sus puntos de vista parezcan ser trascendentales para usted, a mí no me importan en lo más mínimo, además de que no tienen la menor relevancia en esta discusión. —Se sorprendió de la fortaleza de su propia voz.— Lo que de verdad me interesa es el comentario que hizo a mis compañeros con respecto a algo más grande. ¿Qué quiso decir?

Otro encogimiento de hombros.

—Nada en particular —dijo.

—Lo dudo mucho, señor Flint. No parece ser muy aficionado a decir cosas sin sentido.

—Solo digamos que algunas personas no se detienen en los mensajes de texto para hacer valer sus puntos de vista.

—¿Me está hablando de más violencia?

El tipo se inclinó sobre la mesa.

—No estoy hablando de nada, excepto del hecho de que hay por ahí un montón de odio a la espera de ser explotado.

Stacey sintió que su interior reculaba ante la proximidad del sujeto, pero no movió un solo músculo.

—Y eso es todo lo que puedo decirle, agente —apoyó la espalda en el respaldo de la silla—, excepto que usted probablemente debería tener mucho cuidado.

—¿Me está amenazando, señor Flint? —preguntó Stacey, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—No, de ninguna manera. Solo le estoy dando un consejo.

Stacey anotó las palabras exactas en su cuaderno.

No le habían sonado como un consejo.

Capítulo 43

Kim ocupó su lugar al frente de la sala. No le importó que Travis opusiera una objeción silenciosa sentándose en su despacho. Por el rabillo del ojo, ella alcanzaba a ver que su compañero contemplaba la pantalla del ordenador, pero con la mano quieta sobre el ratón.

Estaba escuchando.

—Vale —dijo ella, reclamando la atención de todos—. Nos hemos enterado ayer de que los Preece no han inspeccionado las tierras de los Cowley durante varios años. Es evidente. El lugar es un vertedero de mierda, y la posibilidad de que los técnicos encuentren algo que vincule a la familia con los cuerpos es, en el mejor de los casos, esperanzadora.

»Sin embargo, encontramos esto», dijo mientras les entregaba copias del papel roto.

Cinco pares de ojos miraron las copias bajo un entrecejo fruncido, de la misma manera en que ella y Travis lo habían hecho el día anterior.

—No sé si podríamos sacar algo de esto, pero, si alguien quisiera intentarlo...

—Yo —dijo Penn, al fondo. Kim notó que su pañoleta tenía hoy un estampado de lunares negros con blanco—. Me gustaría intentarlo.

—Adelante, entonces —dijo ella—. Ayer, en el hospital, hemos ido a visitar al señor Cowley hijo, pero su hermana nos puesto obstrucciones cuantas veces ha podido. Ahora, ella está tratando de estar en todos lados al mismo tiempo, de modo que no podrá permanecer indefinidamente al lado de su hermano. Me pregunto si deberíamos...

—¿Y si yo fuera a visitarlo? —preguntó Lynda.

Lynda era una joven atractiva, la mejor oportunidad que tenían de sonsacarle algo a Billy Cowley.

—¿No estás trabajando en la revisión de vídeos del intento de secuestro y en el accidente de tráfico de ayer? —preguntó Kim.

—Puedo ocuparme de eso mientras ella no esté —dijo Lewis,

levantando la mano.

—Vale. Gracias, Lewis. Buena idea, Lynda. La hermana sigue insistiendo en que todo fue un accidente y que el joven no puede hablar.

Enarcó las cejas para expresar lo que pensaba de ambas cosas.

—Mientras yo esté ahí, también iré a ver al señor Dhinsa —sugirió Lynda—. Anoche, a las once, seguía inconsciente. Ah, y la prueba de alcoholemia del conductor del supermercado resultó negativa. Se siguen recogiendo declaraciones de testigos —añadió—. Y la autopsia de la mujer tendrá lugar hoy, más tarde.

—Lynda, ¿podrías...?

—Me pondré a ello después del hospital —dijo alegremente.

Kim le sonrió. Cielos, esta sí que era una chica entusiasta.

Johnson se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido.

—Si Lynda va a estar en el hospital, ¿no deberíamos estar presentes en la casa de los Cowley mientras los técnicos siguen buscando?, ¿y aumentar la presión para ver si ceden en algo?

—¿Te estás ofreciendo como voluntario? —preguntó Kim.

Él movió la calva cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento.

Kim sintió emociones en el estómago.

—Vale. Las excursiones ya están resueltas. Esta familia Cowley está ocultando algo, y necesitamos saber de qué se trata. Durante muchos años, no han pagado el alquiler a los Preece, y creo que deberíamos indagar todo lo posible con la familia. ¿Tienen otras tierras? ¿Por qué los Preece han sido tan complacientes con los Cowley?

»Y alguien debería perseguir a los de balística para ver qué nos dicen de esa bala».

Gibbs levantó la mano para indicar que asumía la responsabilidad de esa tarea.

—Y me pondré a trabajar con Penn en buscar coincidencias de nuestro hombre en las listas de personas desaparecidas.

Kim asintió satisfecha. Era un intercambio de dos vías; unos se alimentaban de la energía de los otros. Se sentía bien, llena de energía, esperanzada.

Y entonces alcanzó a vislumbra a Travis junto a la entrada.

Solo esperaba ser capaz de mantener esas sensaciones.

Capítulo 44

—¿Qué coño hace sentada al aire libre? —preguntó Bryant mientras su colega se detenía en el aparcamiento.

—Estará descansando de las llamas abrasadoras —bromeó Dawson.

La pregunta quedó respondida cuando Tracy Frost encendió un cigarrillo.

—No sabía que fumabas —le dijo Bryant, que acababa de bajarse del coche.

—Los encuentros cercanos con la muerte y los colegas fallecidos pueden curarte una abstención de diez años —dijo ella.

Solo había dos sillas plateadas y brillantes alrededor de la mesa, y el bolso de diseño de Tracy estaba ocupando la segunda.

En cuanto le quedó claro que el bolso no se movería de su lugar, Bryant trajo dos sillas de la mesa de al lado.

—Ahorradme los detalles, pero ¿sufrió? —preguntó ella, alanceando a Bryant con los ojos.

El juraría que alcanzó a notar ciertos asomos de lágrimas. Habrían escapado de aquellos párpados ligeramente hinchados.

—No hay detalles —dijo él, amable. El verdadero horror de lo que habían encontrado se ocultaría a la prensa. Frost no necesitaba meterse esa imagen en la cabeza. Nadie la necesitaba.

—¿Hay pistas? —preguntó lacónica.

Al sentarse, Dawson hizo sonar la silla de metal contra la plancha del suelo.

—Estamos en ello, Frost —contestó él.

—Bien, pues hacedlo rápido, ¿queréis? —rugió ella—. Era un buen chico.

Bryant se sorprendió de notar las emociones que ella quiso esconder tras una tos.

—¿Lo conocías bien? —le preguntó.

—Estuve trabajando con él unos cuantos meses. Era muy entusiasta y nada malo como lector de gente —dijo ella, echando un

vistazo a Dawson.

—Para sus propios fines —respondió Bryant. Estaba un poco a la defensiva por la forma en que el chico había manipulado a su compañero, recurriendo a la vanidad para hacerlo desobedecer a su jefa—. ¿Le conociste algún enemigo?

Tracy negó con la cabeza, exhaló una bocanada de humo y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Es sorprendente, pero, a pesar de nuestro encanto e ingenio, nosotros, los reporteros, no somos las personas más populares del mundo. Pero no puedo pensar en nadie que hubiera querido decapitarlo.

Así que ese detalle de la muerte de Bubba sí que lo sabía. Bryant decidió no averiguar cómo se había enterado.

—¿Ya habéis hablado con su novio? —preguntó malhumorada.

—¿Novio? —preguntó Dawson, y miró hacia Bryant, quien se encogió de hombros, puesto que ni siquiera había conocido al joven reportero.

Frost parecía no creerlo.

—¿De veras, Dawson? ¿Las camisas no lo delataban?

—Con toda franqueza, Frost, nunca he juzgado la sexualidad de un hombre por el color de sus camisas.

Ella negó con la cabeza, cogió el bolso que tenía al lado y sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Garabateó algo durante unos segundos y arrancó la hoja.

—Se llama Nigel. Aquí podéis encontrarlo —dijo.

—¿Nexus? —preguntó Dawson, enarcando una ceja.

—Es un club nuevo. Abrirá la semana que viene en el anillo de circunvalación de Stourbridge. Es el gerente.

—¿Relación seria?

—Llevaban un mes, así que estaban prácticamente casados —dijo ella.

Bryant acaparó la atención de Tracy Frost.

—¿Estaba trabajando en algo que probablemente lo ponía en peligro?

Frost se sonrojó y negó con la cabeza.

—¿Quieres darnos más detalles? —le preguntó Bryant.

—No —respondió ella, y cogió el bolso.

—Venga, Frost —dijo Dawson, y se inclinó hacia delante—. Me has insinuado algo por teléfono. Sonaba como si él estuviera trabajando en alguna cosa. ¿Qué estaba investigando?

—A vosotros —contestó.

Bryant se volvió hacia su compañero.

—¿A nosotros? —preguntó.

—No os esponjéis, chicos. No a vosotros dos en particular, sino, las actitudes volubles de la policía en general. Estaba explorando la noción de que muchos incidentes de poca monta no reciben la atención que merecen.

—No te entiendo —dijo Bryant.

—Venga, seamos francos. Para vosotros, hay casos sexis y casos feos. Cualquier cosa que lleve las palabras *homicidio, ataque* o *violencia* se pone en lo alto de vuestras bandejas de entrada. Los incidentes menores van a dar, constantemente, a la parte baja de la lista. —Bryant empezó a negar con la cabeza, pero Tracy levantó la mano.— Nunca vamos a ponernos de acuerdo, pero ese no era el ángulo que Bubba estaba buscando. Él tenía la sensación de que algunos incidentes ni siquiera llegan a vuestros escritorios, que son bloqueados en la puerta, especialmente los que no están orientados a metas.

—Epa, Frost, venga —dijo Bryant—, tú y yo sabemos que las metas nacionales se suprimieron hace cinco años o más.

—Ja —dijo en tono de burla—. Comprueba el último reporte que dice que los robos con allanamiento, los delitos relacionados con vehículos y los atracos siguen orientados a metas. El solo hecho de que las metas hubieran sido suprimidas en la cúpula no significa que las fuerzas individuales no estén todavía trabajando con ellas. —Bryant empezó a negar con la cabeza.

»Hace poco cubrí un caso de robo en tiendas. Un sujeto de veintiocho años fue detenido con dos porciones de carnero en el Asda. Lo pillaron con las cámaras de vigilancia y lo pusieron a disposición judicial. Al registrarlo, le encontraron una bolsa llena de cosas robadas de otras siete tiendas. ¿De cuántos delitos crees que fue acusado? —Bryant podía adivinar la respuesta.

»Uno, Bryant: solo la carne robada, para que no se incrementara el número de infracciones. Su crimen cuenta como uno solo en las estadísticas, a pesar de que el tipo había robado en ocho tiendas distintas. —Hizo una pausa.— De manera que sí, creo que el chico andaba en algo».

—¿Y tú lo alentaste? —preguntó Dawson—. Y yo que pensaba que se te habían desarrollado algunos escrúpulos, después de que estuviste tan cerca la muerte; que, por cierto, pudo haber sido una experiencia *de muerte verdadera,* de no haber sido por nosotros.

Bryant se estremeció al recordar cómo de cerca había estado Tracy Frost de perder la vida ante un sujeto muy retorcido que estaba empeñado en vengar afrentas de la infancia. Si Kim no se hubiera obstinado a ultranza en que la reportera había sido secuestrada, a pesar de las dudas de todos los demás, Tracy Frost no estaría ahí sentada.

—No te atrevas a soltarme eso, Dawson. Tu jefa me salvó la vida, y eso la hace merecedora a cierto margen de laxitud y a un montón de respeto. Si crees que eso abarca a todo el cuerpo de policía de las Tierras Medias Occidentales, estás muy equivocado.

Bryant se interpuso.

—Así que ¿esta historia que el chico estaba cubriendo...?

Ella apartó su atención de Dawson y asintió en dirección a Bryant.

—Para serte sincera, parecía que tenía cierto rumbo. La idea se le había ocurrido después de hablar con Aisha Gupta, y creo que...

—¿Quién diablos es Aisha Gupta? —preguntó un Dawson enfadado.

Tracy movió la cabeza de un lado al otro.

—Por Dios, chicos, prácticamente estáis probando que Bubba tenía razón.

Esperaron a que la reportera continuara.

Puso los ojos en blanco y encendió otro cigarrillo.

—Aisha Gupta es una chica de diecisiete años que vive en Hollytree. La semana pasada fue acosada por un tipo raro y fue a denunciarlo a la policía. No recibió una gran respuesta.

—¿La lastimaron? —preguntó Dawson.

Tracy negó con la cabeza y soltó una bocanada de humo.

—¿La tocaron de forma inapropiada?

—No lo creo —dijo Tracy.

Bryant se sentía confundido.

—¿Qué hizo el tipo raro, entonces?

—La obligó a tirarse al suelo, sacó su teléfono y le dijo que cerrara los ojos.

Capítulo 45

Travis había estado escribiendo durante todo el trayecto al hospital. Cerró el cuaderno cuando ella apagó el contacto. Kim esperó a que él diera el primer paso. Era obvio que se había borrado cualquier progreso conseguido el día anterior.

El detective seguía mirando al frente.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que podrías estar equivocada? —preguntó él, de repente.

Ella lo pensó por un momento.

—Rara vez —dijo.

De haber logrado algún avance o, incluso, mantenido aquella breve armonía de ayer, se habría sentido tentada a ser sincera. Pero ahora seguiría actuando el papel que le habían asignado.

—Hay veces en que simplemente estás equivocada, y lo sabes.

—¿Te refieres a la sesión informativa? —preguntó ella, defensivamente.

—No, la sesión ha estado bien, creo —dijo. La dejó sin palabras. Se desabrochó el cinturón de seguridad y la miró—. Solo digo que, a veces, te equivocas, y la gente lo pasa mal.

—Travis, ¿de qué diablos estás...? —dejó de hablar cuando la puerta del otro lado se cerró en su cara.

Se bajó del coche como un rayo y lo encaró por encima del techo.

—Travis, ¿qué se supone que significa esto? —espetó. O quería hablar o no quería hablar, pero esto de hostigarla con comentarios y cuestionamientos opacos le estaba resultando francamente molesto.

—Puedes tomarlo en cuenta o no. No diré ni una palabra más.

En ese momento, era un maldito alivio que el tipo no estuviera dispuesto a soltar otra cosa que frases crípticas.

Recorrieron en silencio los pasillos del hospital. Kim entró en la morgue y saludó a la doctora A.

—Qué gusto verte, inspectora, y al sargento, también —saludó la médica en tono agradable, mientras la expresión de Travis se amargaba. Kim sabía que no debía divertirse con eso, pero sí que le

hacía gracia.

Mientras la observaba ponerse unos guantes azules, Kim se dio cuenta de que la doctora A acababa de aplicarse esmalte de uñas: rojo en un dedo, dorado en el otro y así.

No pudo sino preguntarse por los rituales con que aliviaba la tensión una mujer que manipulaba huesos humanos de día y se pintaba las uñas por la noche.

—Inspectora, creo que me vas a adorar cuando te muestre esto —dijo, y le entregó un papel. Era una fotografía con medidas anotadas en la parte de abajo.

En el centro de la hoja, el objeto de la fotografía era una bala.

—¿De la fosa? —preguntó Kim.

La doctora A asintió.

—¿Está ahí? —volvió a preguntar la detective.

—No, se la han llevado los de *balistex* —dijo.

—¿Qué, la crema para el herpes labial? —preguntó Travis, haciéndose el gracioso.

—Sí, porque eso tendría mucho sentido —dijo, cortante, la doctora A.

Él cerró la boca.

—Marina creía que era una bala, pero no quise decirte antes de tener la oportunidad de limpiarla como es debido.

Kim no podía contener la emoción. Los de balísticas serían capaces de ofrecer detalles sobre la composición del proyectil. Algunos estaban hechos de materiales suaves, como el plomo, diseñados para expandirse en el momento del impacto. Las balas hechas principalmente de acero penetraban más a fondo en los blancos de mayor espesor.

Cualquier dato los ayudaría a determinar la antigüedad. En las balas más modernas se usaban materiales como aluminio, bismuto, bronce, cobre, plástico, caucho, acero, estaño e, incluso, tungsteno.

—Y tengo más información sobre la primera víctima —dijo, y fue a la camilla uno. Kim pudo ver que los otros dos esqueletos comenzaban a llenarse, mientras una nueva caja de huesos esperaba a un lado.

—Creo que este caballero era un negroide.

Kim sabía que las otras dos clases antropológicas eran caucasoide y mongoloide. Este último término servía para describir una amplia división de la humanidad originaria de Asia, pero se había convertido en un nauseabundo insulto a lo largo de los años.

—¿Alcanzas a distinguir esto? —dijo mientras señalaba algo con un lápiz—. El cráneo es alto y cuadrado. La cara es recta, y las cuencas de los ojos, triangulares.

Kim podía ver la definitiva disparidad de los cráneos entre las víctimas en las camillas uno y dos.

—Los negroides también tienen brazos y piernas proporcionalmente más largos, y sus fémures son más rectos.

Kim daba por buenos los conocimientos de la mujer.

—Estas características disminuyen en las personas de raza mixta, pero son muy notables aquí.

La detective miró a Travis, quien, por una vez, no anotaba los detalles. Estaba muy agradecida por la información. Los ayudaría a acotar la búsqueda de personas desaparecidas.

Se dirigió al fondo, donde estaban las camillas con las otras dos víctimas.

—¿Nada indica que haya más? —preguntó esperanzada.

La doctora A negó con un movimiento de cabeza.

—Creo que tres es nuestra cuenta definitiva.

Kim se detuvo en uno de los extremos de la camilla tres.

Agachó la cabeza y miró de cerca el peroné. El hueso delgado de la pierna estaba a un lado de la tibia, pero había una marcada diferencia de textura entre las dos piezas.

La tibia parecía lisa y uniforme, en tanto que el peroné presentaba docenas de muescas y ranuras a todo lo largo.

Kim señaló el hueso.

—¿Qué son estas muescas?

La doctora A puso los ojos en blanco con dramatismo.

—La inspección a fondo es una de las diecisiete tareas que tenemos pendientes, inspectora.

Kim pasó por alto la pulla y sonrió.

—Cualquier cosa que pudieras decirnos sería de gran ayuda.

La doctora A se llevó las manos a las caderas.

—Y, una vez que lo haya hecho, iré a resolver este crimen por ti —dijo.

—Eres bienvenida, y yo me quedaré a terminar de armar tu rompecabezas.

La boca de la mujer empezó a contraerse.

—Inspectora, será mejor que te vayas antes de que...

—Ya voy, ya voy —dijo Kim, y se dirigió hacia la puerta.

Travis ya estaba al teléfono, dando a su equipo la información actualizada.

—¿Cómo coño consiguió el trabajo esta mujer? —preguntó Travis en cuanto colgó.

—Es inteligente, dedicada, experta y extraordinariamente buena en lo que hace. Por eso —replicó Kim.

—Con muy malos modales.

—A sus clientes no les importa demasiado —opinó ella con sorna—. Pero, ya que mencionas sus modales, Tom, te pondré en perspectiva. Una vez le tocó ser la técnica encargada del cuerpo de un niño de nueve años que apareció en un edificio protegido de Romsley. El cadáver había sido descubierto en Nochevieja, a última hora, y no podíamos sacarlo de ahí hasta la mañana siguiente, al amanecer. —Hizo una pausa mientras recordaba esa noche, hacía cuatro años.

»Me fui alrededor de las once y ella no se había movido del lugar. Regresé a las siete de la mañana, y, *sip,* ahí seguía. Justo a un lado de su bolsa de dormir y de un frasco de sopa de pollo».

Su compañero no pareció impresionado; solo agitó la cabeza. Kim había supuesto que, para un hombre dominado por el reloj, como el propio Travis, sería difícil entender que la doctora A no hubiera sido capaz de dejar solo a aquel niño, muerto o no.

Ella suspiró pesadamente.

—Creo que deberíamos volver directamente a la comisaría —dijo—. Tratar de identificar a un hombre negro, desaparecido en cualquier momento de los últimos treinta años, es una tarea demasiado grande para Penn y Gibbs.

Travis asintió y echó un vistazo a la recepción principal mientras pasaban por ahí de camino al coche.

Ella entendió el motivo y dejó de caminar.

—¿Quieres ir a ver cómo está?

No te olvidas, así como así, de la vida de un hombre a quien ayudaste a salvar. El hecho de que el accidente de tráfico hubiera pasado a otro equipo de investigadores no impediría a Travis seguir viendo en su mente el rostro de ese hombre durante un largo tiempo.

Negó con la cabeza.

—Cuidados intensivos —respondió—. Respiración asistida.

Kim asintió y siguieron caminando.

—¿Sabes?, no debería sorprenderme que ya hayas... —Dejó de hablar cuando el teléfono de Travis empezó a sonar.

El detective escuchó atento la voz que le hablaba al otro lado.

Se detuvo junto a una papelera y, como un experto, con una mano apoyó la cartera en la parte superior y empezó a escribir. Kim trataba de ver, pero el puño de su compañero se lo impedía.

—Buen trabajo, Penn —dijo Travis, y colgó.

—No es necesario que regresemos a la comisaría —dijo, con un destello de orgullo—. Nuestra primera víctima ya ha sido identificada.

Sin poder evitarlo, Kim se quedó pasmada. Por fin, la víctima uno estaba a punto de tener un nombre.

Capítulo 46

18 de octubre de 1989

Jacob James despertó al oír que alguien sorbía la nariz al otro lado de la habitación.

Entre la niebla de aturdimiento en que su mente estaba sumergida, tardó unos segundos en pensar y darse cuenta de que nada de esto era una pesadilla. Seguía desnudo, atado y pasando frío en una habitación completamente a oscuras.

Oyó que alguien sorbía a su derecha.

Había otra persona en la habitación.

—Hola —dijo tímidamente.

Un agudo grito de sorpresa llegó de esa dirección. Se dio cuenta de que era una voz femenina. No tenía ni idea de si se trataba de una niña o alguien mayor.

—Por favor, no se asuste —dijo con toda la delicadeza que pudo. Quería asegurarle de inmediato que él no le significaría ningún peligro.

—N... no —dijo ella, con timidez.

—¿Cómo te llamas, cariño? —preguntó.

—De... Devorah, Devorah A... Abraimovich —contestó ella.

Jacob se preguntaba si era el miedo lo que hacía que la voz pareciera joven.

Esperaba que así fuera.

—¿Cuántos años tienes, Devorah? —preguntó.

—Die... diecisiete —tartamudeó.

—¿También a ti te secuestraron?

—S... sí, eso creo. Recuerdo haber salido de la shu...

—¿De la universidad?

—No, no, de la sinagoga. Era de día y estaba estudiando fuera de la universidad y... Ay... Dígame qué está pasando, por favor —dijo, con el pánico robándole la voz.

—Me llamo Jacob —dijo él—. A mí también me secuestraron. No estoy seguro de cuánto tiempo he estado aquí. ¿Te han dado algo de beber?

—No, me sacaron de la furgoneta y me metieron aquí. No vi…

Así que aún no la habían drogado.

—¿Estuviste consciente durante el trayecto? —preguntó. A él lo habían noqueado. Era obvio que no se sentían amenazados por esta joven.

—S… sí —respondió.

Jacob se preguntaba si podría sacarle información que lo ayudara a entender cuánto tiempo llevaba en ese lugar.

—Devorah, ¿sabrías decirme a qué hora te secuestraron?

—Salí de la sinagoga como a las dos. Por favor, dime, ¿qué van a hacer con nosotros?

Jacob cerró los ojos y agitó la cabeza. Ojalá lo supiera.

Lo que ahora sabía es que a él lo habían agarrado alrededor de las seis de la tarde, por lo que llevaba casi veinticuatro horas desaparecido. A esta hora, Adaje ya lo estaría echando de menos. Ya habría dado la alarma, pero ¿qué detalles podría ofrecer? Ni siquiera sabía que él había ido a comer pescado y patatas fritas.

La desesperanza se apoderó de su corazón.

—¿Los oíste decir algo cuando ibas en la furgoneta? —le dijo con delicadeza.

—No… A ver, espera… No, oí la palabra «aperitivo», pero simplemente estaban hablando de comida —dijo, y comenzó a llorar—. Solo quisiera saber qué hice —sollozó—. ¿Qué quieren de nosotros?

A Jacob le dolía moverse, pero, además, su propia desnudez le impedía tratar de ofrecerle consuelo. Había algo de obsceno en mover su cuerpo desnudo más cerca de esta pobre y aterrada chica.

Por la voz, supuso que estarían separados solo unos cinco metros.

Empezó a acercarse a ella.

—Extiende la mano —le dijo.

Se puso a su izquierda y estiró hacia ella las muñecas atadas. Sus manos encontraron las de ella en la oscuridad.

Una punzada de emoción recorrió su cuerpo cuando sintió esa pequeña y suave mano metida en la suya.

Adaje, su hermosa Adaje.

Una lágrima se abrió paso desde el ojo y descendió por su mejilla mientras se preguntaba si volvería ver a su hija.

—No pasa nada, Devorah. Todo saldrá bien —le dijo, tranquilizador.

Acarició con el pulgar la piel de la mano de la chica, tal como lo

había hecho tantas veces con la de su propia hija. El llanto empezó a aplacarse.

Con qué rapidez se había formado un vínculo entre él y esta joven a quien probablemente no habría visto nunca, de no haber sido por los hijos de la gran puta que los habían desviado de sus propias vidas.

Estuvieron sentados en amigable silencio hasta que la llave sonó en la cerradura.

—¿Jacob?... —susurró ella. Esa palabra chorreaba pánico.

Él le apretó la mano cuando dos linternas irrumpieron en el pequeño espacio.

—Agárrala —dijo una voz.

—No —gritó Jacob, y se puso de pie torpemente. Su cuerpo seguía luchando contra los efectos de la droga que le habían dado. Las manos atadas restringían sus movimientos.

Se lanzó hacia delante, hacia la luz de las linternas, sin estar seguro de qué esperaba lograr, pero tenía que detenerlos y evitar que se la llevaran.

Ni siquiera podía imaginarse lo que le iban a hacer a esa pobre chica.

—Joder, este tío es un lastre —dijo una de las voces.

Jacob sintió que lo mandaban al suelo de un empujón.

—No estés tan ansioso por salir, amigo. Pronto llegará tu hora.

La puerta se cerró detrás de las voces, pero no antes de que Jacob oyera los gritos aterrados y las súplicas de Devorah, que se iban perdiendo en la distancia. Sus puños encadenados se encontraron con la pared por la pura frustración de no poder protegerla.

—Malditos sean, cabrones hijos de puta —gritó en la oscuridad.

Capítulo 47

Stacey tuvo el impulso repentino de cerrar la puerta del despacho. El ordenador de Justin estaba abierto y colocado a su derecha. Alguien tendría que acercarse mucho para ver lo que estaba haciendo, y, aun así, sentía que estaba haciendo algo malo.

Se preguntaba, por enésima vez, por qué no le había mencionado a su jefa que quería indagar un poco en el asunto de Justin Reynolds. Pero sabía los motivos: si su jefa le dijera que no, no le quedaría más remedio que dejarlo ir. Así, como lo estaba haciendo, no era de espaldas de su jefa. En realidad, no, se dijo a sí misma.

Desde la pantalla principal, podía ver que Justin tenía un icono para cada aplicación, incluyendo Snapchat y Pinterest. Pero la que realmente le interesaba era Facebook. Seguía siendo la plataforma compartida más popular, y la gente la usaba como si fuera un salón o un dormitorio. Los suscriptores se sentían cómodos publicando su vida entera en lo que, según creían, era un espacio personal.

El icono con forma de mundo le reveló que Justin tenía casi doscientas notificaciones. Hizo clic ahí y empezó a revisarlas. La mayoría estaban fechadas desde el lunes, el día de su muerte.

Las primeras eran expresiones de incredulidad; súplicas para que Justin se pusiera en contacto. Las más nuevas eran condolencias y esquelas. Ninguna de esas publicaciones había ido a dar a su línea de tiempo, debido a la configuración de privacidad. Stacey tenía aplicado el mismo filtro en sus propias páginas. Nunca le había gustado que la gente pudiera etiquetarla en una publicación que automáticamente iría a dar a su cronología; sobre todo, si se trataba de una fotografía poco favorecedora o de aquella donde aparecía tambaleándose de borracha en el cumpleaños número veintiuno de su primo.

Era obvio que Justin había pensado igual.

Hizo clic en el icono de los mensajes. Vio que el primero era de una persona llamada Floda. No había apellido; solo Floda. Frunció el ceño. ¿Qué clase de nombre era ese?

Brevemente consideró seguir con el intercambio de mensajes, pero

supuso que Floda se horripilaría si, de repente, le llegara un mensaje de un amigo muerto. Pero la última persona con quien Justin había estado en contacto era, definitivamente, alguien con quien Stacey querría hablar.

Abrió su teléfono y, desde su propia cuenta de Facebook, le envió una solicitud de amistad. En cuanto recibiera una respuesta, le explicaría exactamente quién era y averiguaría si Floda tenía algo que decirle acerca de Justin, y, en especial, de cómo se sentía en esos días finales.

Estaba a punto de hacer clic en el mensaje cuando el siguiente le llamó la atención; y, luego, el de abajo.

Siguió desplazándose. El ceño se le iba marcando cada vez más.

Todo un lote de mensajes furiosos gritaba «eliminado de mis amigos», seguido de emojis enfadados. Algunos solo decían «gilipollas». Mientras Stacey seguía desplazándose, llegó a contar unos setenta mensajes en los que se insultaba a Justin con una sola palabra. Esto había durado semanas, hasta el día de su muerte. Ninguno de los mensajes había sido respondido; ni siquiera había sido abierto. Excepto uno. El de una chica llamada Kirsty Littlejohn.

Stacey lo abrió. A diferencia de los otros, este pedía una explicación y suplicaba respuesta. Supuso que podría tratarse de una exnovia.

Volvió a desplazarse hasta el primer mensaje, el único al que Justin había respondido. Lo abrió y lo leyó desde el principio.

> —¿Vendrás el 19? —preguntaba Floda.
>
> —Sí, estoy impaciente —contestó Justin.
>
> —¿Sabes que necesitas una foto para entrar? —preguntó Floda.
>
> —Sí, sí, no habrá ningún problema —respondió Justin.
>
> —¿Nos veremos? —había añadido Justin en un mensaje aparte.

La pregunta se había quedado sin respuesta.

Stacey sabía que esta persona, Floda, era con quien ella tenía que hablar. Por lo que podía advertir, había sido la última con quien Justin había tenido algún tipo de conversación.

No tenía más remedio que esperar. Podría enviar a Floda un

mensaje desde su propia cuenta, pero automáticamente iría a coger polvo en la otra carpeta de Justin.

Hizo clic en la cronología de Justin. Tal vez podría informarse un poco más a partir de las publicaciones del chico. Podría, quizás, descubrir qué había provocado que tanta gente le enviara mensajes insultantes.

Empezó a desplazarse y la sangre se le congeló con lo que veía.

Por un momento, no pudo apartar la cabeza de la pantalla.

Solo cuando su teléfono soltó un pitido bajó los ojos.

Había recibido una notificación.

Floda acababa de rechazar su solicitud de amistad.

Capítulo 48

Kim encontró el local que buscaba. La pequeña boutique estaba ubicada en Soho Road, aprisionada entre un negocio de frutas y productos vegetarianos y una pequeña cafetería.

—Madre mía —dijo Travis cuando llegaron a la tienda, que estaba inundada de ropa y accesorios de colores brillantes.

A Kim siempre le había gustado el ambiente de Handsworth, un lugar situado al noroeste del centro de Birmingham. Se había convertido en el núcleo de la comunidad afrocaribeña de la ciudad a partir de la demanda de trabajadores, tanto calificados como no calificados, surgida en la posguerra. Pero el área había sufrido tensiones raciales desde los años setenta, y una serie de disturbios habían terminado por dañar su reputación. A pesar de todo, los carnavales y los desfiles que atravesaban esas calles eran una celebración de la vida y la alegría.

Kim respiró hondo antes de abrir la puerta.

Sobre sus cabezas, una anticuada campanilla anunció su llegada.

La explosión de colores continuaba dentro de la tienda, pero la ropa estaba acomodada con arte. Las piezas individuales que se exhibían en las paredes tenían suficiente espacio para respirar. En el local se vendía ropa tradicional jamaicana para mujer: vestidos, faldas y camisas hechos, principalmente, de percal. Muchas de las prendas, en verde, amarillo y negro, eran variaciones de la bandera nacional, mientras que otras estaban enriquecidas con destellos rojos brillantes. Kim detestaba las pequeñas tiendas que trataban de llenar cada centímetro disponible del espacio comercial bajo el lema de «solo puede gustarte si lo ves». Esta ropa decía «disfrútame».

Se acercó a la pequeña área de la caja registradora, a la mitad de la tienda.

Una mujer de entre cuarenta y cinco y cincuenta años le sonrió amablemente. Lucía uno de los vestidos de colores que colgaban en el escaparate y, en la cabeza, un pañuelo tradicional.

Su mirada se volvió suspicaz cuando descubrió que Travis seguía a

Kim de cerca.

—¿Adaje James? —preguntó la detective mientras se quitaba la identificación.

La mujer se acomodó detrás de las orejas el alisado cabello color ébano. En el lóbulo de su oreja quedó al descubierto un pendiente bañado en oro.

—Antes lo era. Ahora me llamo Adaje Sumner —dijo, y extendió la mano izquierda.

—¿Es la hija de Jacob James?

Ella asintió lentamente.

—¿Hay alguien más en este local? —preguntó Kim. Necesitaba toda la atención de la mujer.

La señora Sumner negó con la cabeza.

—No, durante una hora más, o algo así —dijo.

—De verdad, necesitamos que nadie nos interrumpa —dijo Kim, y miró hacia la puerta.

—¿Lo han encontrado? —dijo con voz suave.

Kim volvió a mirar hacia la puerta. Esta no era una conversación que quisiera emprender mientras hubiera alguna posibilidad de que un cliente los interrumpiera.

La señora Sumner se apartó de su escritorio. A la vista quedó la pantalla cuádruple del sistema de videovigilancia.

Puso el cartel de «cerrado» y corrió el pestillo inferior.

—Síganme, por favor —dijo, y caminó hacia la trastienda.

Kim la siguió a través de una hilera de vestuarios encortinados hasta una puerta que decía «solo personal». Se encontraron en una habitación de descanso pequeña pero muy ordenada. En el centro había una mesa cuadrada de madera.

Los tres se sentaron.

La señora Sumner entrelazó los dedos.

—¿Lo han encontrado? —repitió. Tenía los ojos fijos en Kim.

—Es posible —dijo la detective—, pero necesitamos que nos responda unas cuantas preguntas.

La mujer apoyó los antebrazos en la mesa, como conectándose a tierra y preparándose para el impacto.

Asintió.

—¿Su padre tenía alguna vieja fractura? —preguntó Kim. La doctora A había señalado dos posibles señales para una identificación —. ¿El hueso de su brazo izquierdo? —continuó.

—Se lo rompió en un partido de fútbol cuando tenía poco más de veinte años —dijo ella—. Yo acababa de nacer.

Cuando hizo la siguiente pregunta, Kim sintió el efecto del entusiasmo mezclado con el temor:

—¿Alguna herida en la rodilla?

Pero ya sabía la respuesta.

—Un accidente de trabajo a finales de los años ochenta —confirmó.

—¿Y exactamente cuándo desapareció su padre, señora Sumner?

—El 17 de octubre de 1989.

—¿Fue usted quien denunció su desaparición?

Ella asintió.

—Solo éramos él y yo, inspectora —dijo en voz baja—. Mi padre llegó de Jamaica en los cincuenta. La situación laboral era terrible y él no estaba cualificado. Consiguió trabajo en una imprenta y se esforzó mucho. Ahí conoció a mi madre. Se casaron. Yo nací en 1967.

La piel tersa de la mujer ocultaba sus más de cuarenta años.

—Mi madre murió de leucemia en 1977. El día de su muerte, había una fiesta en la calle —dijo la señora Sumner.

—¿Una fiesta en la calle? —preguntó Travis.

—El Jubileo de la Reina —contestó—. Papá y yo nos quedamos solos. Él siguió trabajando en la imprenta; no faltó por enfermedad ni un solo día —dijo orgullosa—. Hasta que cerraron, en 1985. Después de eso, empezó a conseguir trabajos ocasionales. Ya no podía encontrar nada estable.

—¿Qué ocurrió el día de su desaparición? —preguntó Kim—. ¿Había algún asunto?, ¿alguna persona con quien tuviera problemas?

—¿A qué se refiere? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Solo estamos tratando de entender los sucesos cercanos a su desaparición antes de...

—Lo han encontrado, ¿o no? —quiso saber—. Esas dos preguntas lo confirman. Si no, ustedes ya no estarían aquí.

Como tantos parientes de personas desaparecidas, la señora Sumner podría haberse aferrado a la creencia de que su padre seguiría vagando por algún lado. Había una línea muy delgada entre la esperanza y la desilusión.

—Eso creemos, señora Sumner —dijo Kim con toda franqueza.

Esta mujer había esperado demasiado, y la detective ya estaba convencida de que hablaban del mismo hombre.

—Las lágrimas empezaron a formarse en los ojos de la señora Sumner, pero ella las apartó parpadeando.

—Sinceramente, no tenía verdaderas esperanzas —admitió—. Tantos años... Con cada uno que pasaba, trataba de mantener las ilusiones, pero sabía que no habría permanecido tan lejos tanto tiempo. Éramos muy cercanos.

Kim asintió en señal de que la entendía.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó, insegura.

Era notorio que esta mujer quería saber los detalles, aunque tampoco quería oírlos.

—¿Hizo qué? —preguntó Travis.

—El suicidio —respondió, como si fuera algo obvio.

—¿Qué la hace pensar que su padre se suicidó? —preguntó Kim.

—Porque se fue por su propia voluntad. Estaba deprimido, no encontraba trabajo. Estaba pasándolo muy mal y, aun así, diariamente buscaba qué hacer. Todos los días me he preguntado si debí hacer algo más. ¿Cómo pude evitarlo? ¿Cómo le fallé?

A Kim la pilló desprevenida. Esta mujer había pasado más de dos decenios digiriendo el hecho de que su padre la había abandonado y se había suicidado. Y, ahora, la detective tenía por delante la tarea de abrirle la herida y rociársela con sal.

—Señora Sumner, yo...

—Adaje —dijo ella—. Tutéame, por favor.

—Vale, Adaje —dijo Kim con amabilidad—. Tu padre no se suicidó. No te abandonó hace todos estos años y no hubo nada que tú pudieras hacer.

Adaje empezó a mover la cabeza de un lado al otro, lentamente, tratando de borrar todas las preguntas, remordimientos y culpas de los últimos veintisiete años.

—No te entiendo —dijo, y se humedeció los labios—. ¿Fue algún accidente?

Kim negó con la cabeza.

—No fue ningún accidente, Adaje. Lamento informarte que tu padre fue asesinado.

La mujer se fue de lado y Travis apenas pudo evitar que cayera al suelo.

Capítulo 49

—Comprendo que esto haya significado toda una conmoción para ti —dijo Kim después de que Adaje tomara un par de tragos de agua.

La rápida reacción de Travis había impedido que la mujer sufriera una fea caída. El detective la había sostenido con firmeza hasta que volvió en sí.

—Sé que todo el mundo dice cosas como esta, pero mi padre jamás le hubiera hecho daño a una mariposa. Era un hombre tranquilo, discreto y muy amable. Hablaba en voz baja, no se estresaba ni se enfadaba y, créeme, yo lo puse a prueba al principio de mi adolescencia. Siempre rehuía las discusiones. Detestaba los conflictos, fueran como fueran.

—¿Hay algo que puedas recordar, lo que sea, de los días inmediatamente anteriores a que tu padre desapareciera? —volvió a preguntar Kim.

Adaje negó con la cabeza.

—El día antes de su desaparición salió a buscar trabajo. Se encontró con el «jefe», como todavía lo llamaba.

—¿El jefe? —quiso saber Kim.

—Sí, el hombre para quien mi padre trabajaba cuando tuvo el accidente. Mi padre dijo que le habían ofrecido quinientas libras para que desistiera del caso —les contó, y asentía mientras los recuerdos se aclaraban en su cabeza—. Rechazó la oferta muy educadamente. El abogado le había dicho que no se volviera a poner en contacto con su antiguo centro de trabajo. Lo triste es que, si le hubieran devuelto el puesto, probablemente lo habría aceptado, por más que la culpa hubiera sido de ellos.

—Espera, Adaje, ¿tu padre estaba demandando a la compañía para la que trabajaba? —aclaró Kim.

Ella asintió.

—Bueno, llamarla compañía es un poco exagerado, pero sí, fueron negligentes. Le dieron un par de escaleras defectuosas para que subiera a un granero. Se cayó y se lastimó mucho la rodilla.

—¿Un granero? —preguntó Kim, y echó un vistazo a Travis.

—Sí, mi padre era obrero en una granja.

—¿Y cómo se llamaba su jefe? —preguntó Kim, resistiendo la mala sensación que se estaba formando en su estómago.

—Claro, nunca lo he olvidado. Su jefe era el señor Cowley.

Capítulo 50

—Bryant, ¿no crees que sería mejor emplear nuestro tiempo en ir al Nexus? —preguntó Dawson, deseando no haberle dado las llaves a su colega. Él, trabajando por su cuenta, nunca se habría dejado engañar ni desviar por Frost, y estaría de camino a Stourbridge para hablar con el novio de Bubba. Ahora se dirigían a hablar con una joven que estaba ilesa, en vez de con el compañero de un hombre a quien habían decapitado. Bryant no estaba entendiendo las prioridades.

—Estamos a dos minutos. No está de más tener una charla rápida —contestó Bryant cuando salían del centro comercial—. ¿No te parece sospechoso que este asunto de cerrar los ojos haya sucedido dos veces ya?

—Es solo una coincidencia —murmuró mientras giraban hacia Hollytree.

En nada ayudaba que Dawson no hubiera vuelto a la urbanización Hollytree desde aquella noche.

Sintió un leve estremecimiento cuando Bryant se adentró en el núcleo de la urbanización. Las casas de protección oficial en el perímetro eran como una falda. Dentro estaban las manzanas de casas dúplex, como una enagua, cubriendo la hilera de edificios del centro.

—Ya te pasaste —dijo Dawson.

—Este maldito lugar es como un laberinto —se excusó Bryant. Giró a la izquierda en la siguiente calle.

Bryant llevaba más de veinte años conduciendo por esta urbanización, pero este pequeño «error» significaría que no pasarían por el lugar exacto donde Dawson había sufrido el ataque; el lugar donde el joven pensó que estaba a punto de morir.

Una imagen destelló en la mente de Dawson: él acurrucado en el suelo, tratando de protegerse de los cuatro pares de pies que lo tundían. La vergüenza lo sonrojó. Sí, eran cuatro tíos, y sí, tenían un cuchillo.

Y sí, estaría eternamente agradecido de que Tracy Frost hubiera aparecido cuando lo hizo, de que hubiera evitado que lo lastimaran

más, pero aún no podía mirar a esa mujer sin recordar esa noche.

—Sabes que no soy tan gilipollas como parezco —dijo a su colega.

—Ese es un jodido alivio —comentó Bryant. Aparcó el coche—. Así que, ¿cuál es?

Dawson asintió hacia la última casa y se dirigió hacia ella.

Les abrió la puerta una india, delgada de complexión, cuyo pelo estaba cuidadosamente recogido dentro de un pañuelo amarillo.

—Hola, señora Gupta —dijo, y le mostró su identificación—. Estamos aquí por Aisha. ¿Podemos hablar con ella?

La señora Gupta vaciló por un momento. Finalmente, asintió, retrocedió y se alejó de la escalera que ascendía a la segunda planta.

Él y Bryant se arrastraron entre una colección de abrigos que se disputaban el espacio de una percha a la otra.

—Pasen, pasen —dijo ella antes de llamar a su hija.

Sobre la chimenea, una colorida fotografía del gurú Nanak les dijo que estaban entrando en una casa donde se seguía la fe sij.

Dawson sabía un poco de esa religión: que procedía de la región del Punjab, en la India, y que seguía las enseñanzas de once gurús. Un par de años antes, había asistido a la boda de uno de los colegas de su novia y se había propuesto sacudirse la ignorancia.

—Ustedes no son las personas con quienes hablamos en la comisaría —dijo, suspicaz, la señora Gupta.

Dawson se sentó en el sofá, aunque no había sido invitado. Se sentía todopoderoso ante la menuda mujer.

—Pertenecemos a otro departamento, señora Gutpa. Somos detectives.

—Pedí ver detectives este viernes —dijo ella en el momento en que Aisha entraba en la habitación.

Dawson supuso que la chica tendría entre dieciséis y diecisiete años. Vestía vaqueros, un jersey sencillo y una pañoleta roja brillante en la cabeza.

Sabía que las mujeres no estaban obligadas a usar turbantes, pero se las instaba a cubrirse la cabeza. A diferencia de su madre, Aisha no tenía el pelo recogido. Le caía sobre los hombros y asomaba bajo la pañoleta; sin cortar, como símbolo de su fe.

—¿Vienen de Brierly Hill? —preguntó la señora Gupta.

—Bueno, no, venimos de Halesowen, pero todos hacemos lo mismo.

—No entiendo qué hacen aqu —dijo ella.

—Creemos que lo que le sucedió a su hija podría estar relacionado con un caso nuestro —explicó Bryant.

—Así que ¿ahora sí quieren escucharla —preguntó la señora Gupta —, en vez de calificar como broma lo que le ocurrió?

Su voz se había elevado. Esas palabras acababan de salir de su boca como un disparo.

—¿Me permite hacerle unas preguntas a Aisha, señora Gupta? —solicitó amable, con la esperanza de que su tono sosegado calmara la turbación de la mujer.

Ella frunció los labios, pero asintió.

Dawson se volvió a la chica y le habló suavemente.

—Aisha, ¿puedes decirme, con precisión, dónde sucedió el incidente?

—En el aparcamiento del Asda. Acababa de salir del trabajo y me dirigía a casa.

Dawson conocía el área.

—¿Sobre la vía principal o en un atajo?

—En un atajo —dijo ella, como disculpándose—. Hacía frío.

Dawson sonrió. El aparcamiento anejo estaba mal iluminado y vacío a las diez de la noche.

—Sigue —la instó.

—Ni siquiera oí los pasos detrás de mí —dijo ella, moviendo la cabeza de un lado al otro—. El tipo me dio la vuelta...

—¿Para que lo enfrentaras? —intervino Bryant.

Ella asintió, pero enseguida bajó la mirada.

—Traía puesta una sudadera con capucha, y todo ocurrió muy rápido.

—Aisha, ¿este hombre te tocó o hizo algo inapropiado? —preguntó Dawson, que tomaba otra vez el control de la entrevista.

Ella negó con la cabeza.

—¿Trató de agarrar alguna... parte tuya?

Una vez más, ella negó con la cabeza.

—¿Te golpeó?

Dudó. Luego negó con la cabeza.

—Me agarró los brazos y me echó al suelo.

—¿Y entonces? —preguntó él.

Ella frunció el ceño.

—Me dijo cómo debía acostarme. Quería que doblara mis brazos y piernas en ángulos extraños. Me pateó la rodilla cuando no pude hacer lo que él quería.

—¿Qué hizo, entonces?

La chica tragó saliva.

—Me dijo que cerrara los ojos. —Dawson asintió para invitarla a continuar.— Cuando los abrí, ya se había ido.

El joven sargento miró a su compañero con una expresión triunfal. Había estado en lo cierto: nada nuevo podía salir de esta entrevista. Ahora, quizás Bryant aceptaría que esto no estaba relacionado con los

casos actuales.

Hizo un movimiento para ponerse de pie.

—Pero alcancé a ver su cicatriz —dijo Aisha en voz baja.

—¿Una cicatriz? —quiso aclarar él—. ¿Dónde?

Aisha indicó un punto en su pómulo.

La mención de la cicatriz despertó un recuerdo distante que la memoria de Dawson no lograba evocar del todo; algo que debía recordar, bien lo sabía, pero que no alcanzaba a integrarse.

Quedó convencido de que ese estúpido acto azaroso no estaba, en ningún sentido, vinculado con el asesinato de Bubba Jones ni con el ataque a Henryk Kowalski. Esto había sido, probablemente, alguna clase de broma. Un reto.

Aunque sus instintos ya no estaban tan seguros.

Capítulo 51

—Deja de pedirme que me tranquilice —dijo Kim mientras pisaba con fuerza los frenos en el centro de Smethwick—. Menciona una sola ocasión en que decirle a alguien que se calmara lo haya inspirado a calmarse de una puta vez.

Había unos trece kilómetros, aproximadamente, entre ella y averiguar exactamente en qué había estado metida la familia Cowley.

—Entonces deja de jugar con nuestras vidas en cada semáforo —le espetó él.

—Madre mía, Tom, que te crezca un buen par o tápate los ojos —dijo. Bryant no era tan malo.

—Ni siquiera sabes si están involucrados. Sí, estamos enterados de que nuestro tipo trabajaba ahí. Probablemente hubo muchos más trabajando...

—Y nos quedan dos cuerpos por identificar —dijo Kim de mal humor.

Lo primero que pediría a los Cowley sería la lista completa de sus extrabajadores.

—Así que ¿a quién vas a detener, exactamente? —preguntó él en tono burlón.

—Al primero que me cabree —contestó Kim. Qué pena que, en ese momento, Travis no fuera una opción válida.

—Así que probablemente será Fiona —dijo—, aunque era demasiado joven para estar implicada.

—Detalles, Travis, siempre te quedas atrapado en los detalles. —Echó un rápido vistazo a la expresión cerrada de su compañero.— Pero ¿podrías asegurar que Fiona no sabe nada de nada? Ha estado mintiendo desde que la conocimos en el hospital.

—Eso no es un crimen.

—A menos que *se trate* de mentir sobre un maldito crimen —dijo, y agarró el volante con fuerza—. Por cierto, Travis, ¿estás tratando de joderme aun más con estas preguntas tan estúpidas?

—Podría ser —admitió él.

—¿Por qué? ¿Quieres intentar el suicidio por «conducción errática de policía»? —Bryant la habría dejado en paz.

Giró abruptamente a la izquierda y enderezó el coche de inmediato.

El enfado que marcaba el rostro de Travis era suficiente recompensa. Que era infantil, sí; que valía la pena, absolutamente.

—Demos gracias a Dios —dijo él cuando ella detuvo el coche en la granja de los Cowley.

Un poco más temprano, una tormenta había convertido el área delantera de la casa en un barrizal. Kim aparcó el Golf a un lado del Jaguar de Fiona.

Jeff Cowley les abrió la puerta antes de que llegaran a ella.

Habían llamado previamente para confirmar que la última furgoneta de los técnicos se había ido hacía media hora, al igual que el compañero de Travis.

—¿Podemos entrar, señor Cowley? —preguntó Kim, y pasó de largo—. Señorita Cowley —dijo al pasar delante de la cocina—, ¿le importaría acompañarnos al salón?

Por lo general, le molestaban la presencia y las interferencias de la mujer, pero ahora serían bienvenidas. Esta vez, no les habían dado tiempo de ensayar. La necesidad de Fiona de controlar el escenario y la propensión de su padre al pánico podrían resultar muy interesantes.

—Señor Cowley, señorita Cowley, ¿el nombre de Jacob James significa algo para ustedes?

—Nunca lo había oído —dijo Fiona.

—Sí, él trabajó aquí —dijo Jeff.

Kim se cruzó de brazos.

—Bueno, uno de ustedes dos está mintiendo. Podríamos hacer otro intento. —Se volvió hacia el padre.

—Prefiero sus respuestas, señor Cowley, así que ¿podemos empezar con usted?

—Está confundido —dijo Fiona, y dio un paso adelante.

—No me parece muy confundido, señorita Cowley. Parecería que la confundida es *usted,* y, si le diera a su padre la oportunidad de expresarse por sí mismo, me gustaría saber lo que él tiene que decirnos.

Kim era consciente de que había alzado la voz. El color desapareció del rostro del señor Jeff Cowley.

—¿Señor Cowley?

—¿No podríamos esperar? —preguntó Fiona—. Estábamos a punto de ir al hospital a visitar a mi hermano.

—Váyase si quiere, señorita Cowley. En cuanto terminemos aquí, iremos a dejar a su padre al hospital.

Era una oferta vana. Kim sabía que Fiona no se marcharía por nada del mundo.

La mujer se sentó en el sofá e, instantáneamente, Kim se sentó a su lado, con lo que a Jeff Cowley no le quedó otro remedio que ocupar una de las sillas. Solo y alejado de su hija.

—¿Decía usted, señor Cowley? —presionó Kim.

El hombre se pasó la mano por la calva.

—Hace más de veinte años, Jacob James hizo algunos trabajos ocasionales en la granja. Mis hijos eran muy pequeños, no podrían recordarlo —dijo, en un intento de excusar la negación prematura de su hija.

—La salud de mi padre estaba empezando a deteriorarse y yo no podía hacer todo el trabajo. En esos tiempos estábamos muy ocupados, éramos exitosos —dijo—. Jacob trabajó con nosotros un par de meses, nada más.

Kim seguía esperando el resto del relato.

Fiona se puso de pie.

—Ahí está —dijo—, ahí está su respuesta. Ahora...

—Siéntese, por favor, señorita Cowley —dijo Travis, autoritario.

Ella se sentó.

—¿Algo más? —presionó Kim.

—No, creo...

—¿Por qué se fue? —preguntó la detective, a punto de perder la paciencia.

—Se cayó. Ya no podía trabajar.

—Querrá decir que se cayó de unas escaleras defectuosas que ustedes le dieron para trabajar en lo alto del granero.

—Papá, no...

—¿Fue usted o su padre?

—Mi padre le dio...

—¿Su padre le dio equipo defectuoso a un empleado?

—Papá...

—Bueno, él no sabía...

—Y las escaleras se rompieron, ¿no fue así? —preguntó Kim. No le gustaba este tipo de interrogatorio en particular, pero, si esperaban demasiado, Fiona encontraría alguna manera de intervenir.

—Sí —contestó el hombre.

—¿Y Jacob James se lastimó la rodilla en la caída?

—Quedó lastimado, sí.

—Y ya no podía trabajar, ¿o sí? —presionó ella.

—Bueno, eso no lo sé...

—Papá... —lo alertó Fiona.

—Así que él pidió a un abogado que actuara en su representación.

—No recuerdo...

—Jacob estaba demandando a su familia, ¿o no? —preguntó Kim.

—Lo siento, pero...

—Dígame, señor Cowley, ¿quién se reunió con el señor James para comprarlo?

Fiona protestó una vez más. Justo en ese instante, el teléfono de Kim empezó a sonar.

Maldita sea, estaba a punto de sacarle algo. Ahora, el impulso se había perdido y le tomaría algún tiempo recuperarlo.

—Doctora A —dijo bruscamente.

—Quítate esa mala cara, inspectora. Te tengo algo que quizás te gustaría saber.

Kim se excusó y fue a la cocina.

—Te escucho —dijo.

—Pensé que deberías saber que la bala coincide —dijo.

—¿Es definitivo que la bala que extrajeron del cuello de Billy Cowley procedía del arma que apreció en la escena? —quiso cerciorarse.

—Absolutamente no, inspectora. La bala no salió del arma de la escena.

Por un momento, Kim se sintió confundida.

—¿Cuál es la coincidencia, entonces?

—La que hay entre la bala que le sacaron al señor Cowley y la de la tumba.

Kim cogió el teléfono con más fuerza.

Entre los dos incidentes había casi tres decenios de distancia.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Trataré de no sentirme ultrajada y asumiré que me lo has preguntado por pura conmoción.

Kim se disculpó, le dio las gracias y colgó.

Una sola persona podía haber estado presente en ambos escenarios.

Kim volvió al salón a pasos agigantados y se situó delante de Jeff Cowley.

—Señor Cowley, lo estoy deteniendo por el asesinato de Jacob James y el intento de homicidio de su hijo, William Cowley. Usted puede no...

Los gritos de Fiona Cowley ahogaron el resto de las palabras.

Capítulo 52

Stacey se sintió invadida por el asco.

Había leído las publicaciones de Justin de hacía seis meses. Encontró unas cuantas autofotos, un par de fotografías de comida y recuerdos de Justin en unos cuantos pubs y clubs de Stourbridge.

Y las publicaciones, entonces, empezaron a cambiar.

Las primeras eran de Britain First, la organización fascista de la Gran Bretaña: historias particulares explotadas desde una perspectiva sensacionalista. A menudo, Stacey veía estos mensajes flotando por su propia cronología de Facebook y trataba de no hacerles caso. De cualquier manera, tomaba nota de la gente que los compartía.

Unos cuantos amigos de Justin empezaron a hacer comentarios sobre las «porquerías» que este compartía.

En un momento dado, los fragmentos cómicos de Unilad desaparecieron por completo. Las publicaciones de Britain First dieron paso a mensajes de la Liga de Defensa Inglesa y, después, a otros tan ofensivos para los grupos minoritarios que Stacey, para leerlos, apenas podía calmar su estómago.

Pero había seguido leyendo y, a la hora en que llegó a la parte superior de la cronología, se encontró con la publicación final de Justin, la que había provocado que la mayoría de sus amigos lo injuriaran.

Justin había compartido un vídeo en que una pareja interracial joven era, primero, aterrorizada, y después, golpeada por un grupo de chicos enmascarados, mientras el hijo pequeño de la pareja gritaba y lloraba en el fondo. Stacey recordaba haber visto el vídeo en *Crimewatch,* el programa sobre crímenes sin resolver. Los lamentos de ese niño la habían acompañado durante días. El titular de Justin decía «me habría gustado participar en esto».

La última publicación ofensiva había aparecido el día doce, hacía dos semanas.

Algo el revolvió el estómago.

Esa fecha se le había quedado grabada.

Hizo clic otra vez en la bitácora de actividades del chico y descubrió por qué la fecha era importante.

Ese fue el día en que Floda envió a Justin una solicitud de amistad.

Súbitamente, Stacey tuvo una idea.

Cogió el teléfono y se puso manos a la obra.

Capítulo 53

Kim se quedó mirando el coche patrulla de Mercia Occidental salir de la finca de los Cowley con Jeff Cowley a bordo.

—Espero que nuestro tiempo juntos esté a punto de terminar —dijo Travis.

—¿Eso crees? —dijo ella con pesar—. No tenemos la confesión y hay dos cuerpos no identificados.

Arrancó el coche y enfiló la estrecha senda hacia la salida de la propiedad.

Fiona seguía vigilándolos desde la entrada.

Kim se incorporó al tráfico de la carretera principal y condujo lentamente antes de detenerse en una gasolinera y apagar el motor.

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí? —preguntó Travis.

—Esperar —dijo ella con simpleza.

Se quedó mirando el espejo retrovisor hasta que el Jaguar rojo pasó por detrás.

—Bingo —dijo, y arrancó otra vez el motor. Fiona no había perdido un instante en salir de la casa familiar.

—No lo entiendo —dijo Travis cuando se incorporaron al tráfico, dos coches detrás de Fiona—. Probablemente se dirige a la comisaría, para estar cerca de su padre, o al hospital, a ver a su hermano.

—Tal vez —respondió Kim, pero Fiona Cowley estaba nerviosa. Y las personas piensan diferente en estados de emoción exacerbada. Toman riesgos.

En cada oportunidad, Fiona había actuado alrededor de su padre como una mordaza humana, en un intento de silenciar cada palabra. Ahora, con Jeff en manos de la policía, cualquier implicación o control se había vuelto imposible; pero Kim tenía curiosidad de saber qué haría la mujer.

—Sí sabes que esto es una forma de acoso. ¿verdad?

—Absolutamente. Pero, aun así, quiero saber adónde se dirige —contestó Kim con simpleza.

—Sí, y yo también estoy bastante interesado —admitió él.

—Así que ¿quién tiró del gatillo contra Jacob James? —preguntó ella mientras un tercer coche se filtraba detrás de Fiona—, ¿Jeff o su padre?

—No sabemos si lo hizo uno de los dos.

—Tom, ¿has olvidado cómo es el trabajo policíaco? Te ponen los puntos y tú tienes que unirlos. Jacob James desapareció hace más de veintisiete años. Su esqueleto fue encontrado en las tierras de los Cowley con un agujero de bala, y esa bala coincide con la que le sacaron al hijo de Jeff. ¿No crees que estos puntos están pidiendo que los unas?

—No, hasta que tengamos el arma que disparó ambas balas —dijo él.

—Pero ¿quién más pudo haber sido? —preguntó ella.

—Quienquiera que tenga el arma.

Kim se rindió. No estaba segura de poder ponerse de acuerdo con él en la hora del día ni estando en el centro mismo de Greenwich.

—Bueno, esa era la salida del hospital —dijo Travis mientras Fiona pasaba de largo el giro a la izquierda que la llevaría al Russells Hall.

—¿Tampoco está demasiado preocupada, entonces, por su querido hermano? —subrayó Kim. Ahora, hasta Travis observaba el coche con toda su atención—. Y teníamos que haber tomado la primera salida para dirigirnos hacia Kidderminster —añadió cuando, en una isleta, dos coches doblaron a la izquierda.

Ahora, solo los separaba un Land Rover Discovery.

Siguieron a Fiona en silencio hasta que la mujer indicó un giro a la derecha.

Kim siguió de largo.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dijo cuando el coche desapareció de su vista.

Capítulo 54

—¿Qué pasó ahí? —preguntó Bryant mientras conducía el coche fuera de Hollytree—. Reaccionaste cuando Aisha mencionó la cicatriz.

Dawson negó con la cabeza.

—Aún no estoy seguro. Podría ser algo, pero podría no serlo. Déjame pensarlo.

Bryant se encogió de hombros.

Mientras Dawson se detenía en Hagley Road, frente a un concesionario de coches, vieron que se estaba colocando el letrero del club Nexus. Había dos furgonetas aparcadas justo a las afueras de ese local, donde antes había funcionado un banco.

—Izquierda, izquierda, arriba, un poco más —gritaba un hombre vestido de pantalones negros, jersey púrpura con cuello estilo polo y chaleco de alta visibilidad.

—¿Nigel Towsend? —preguntó Dawson mientras se acercaban.

El hombre se volvió y los sondeó. Le llevó un solo segundo darse cuenta de que eran agentes de la policía.

Asintió y se quitó el casco, dejando al descubierto una cabellera espesa y negra que caía sobre un apuesto rostro.

—Pasen, por favor —dijo, y entró en el local.

Bryant echó un vistazo de precaución antes de pasar por debajo de un letrero de neón que flotaba de forma precaria entre dos escaleras.

En la oscuridad del edificio en construcción, siguió a la figura reflejante, sorteando pilas de baldosas de cerámica y tablas de madera.

—Aquí —dijo, y se metió en los aseos de hombres, a la izquierda. El área estaba enlosada con cuadrados blancos de gran tamaño. Habían amontonado contra la pared cuatro urinarios y dos retretes, para dar espacio a un escritorio.

—Por ahora, este es el único lugar al que tengo acceso —explicó. Se sentó en el borde del escritorio y ofreció la silla a Bryant.

En cuanto Dawson se sentó en uno de los retretes, Bryant se quedó asombrado de lo ridículo de la situación.

—Esta es una de las cosas de las que me reiré cuando hayamos terminado. No, por ahora —dijo Nigel.

—Estamos aquí por Bubba —dijo Bryant.

—Por supuesto. Por favor, no lo llamen así. Se llamaba Brandon. Bubba fue el nombre que se puso a sí mismo, al igual que todo lo demás.

A Bryant no le sorprendió que el labio inferior de este hombre tan apuesto se pusiera a temblar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Dawson desde el rincón.

—Tendrían que conocer sus antecedentes. Creció en casas de acogida. Hasta el nombre se lo dio el vicario en cuya puerta lo dejaron. Brandon no tenía ni idea de quiénes eran sus padres ni de su propio pasado; todo se lo inventó él mismo...

—Me habló de su abuela —dijo Dawson.

Nigel negó con la cabeza.

—De alguna abuela, oficial, pero no de la suya, desde luego.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de su muerte? —preguntó Bryant.

—Una llamada. Apenas diez minutos antes de que apareciera en la cinta del canal de noticias de veinticuatro horas. Por lo visto, los novios recientes no tienen prioridad.

—¿Quién lo llamó? —preguntó Bryant.

—¿Frost? —añadió Dawson.

—¿Tiene alguna importancia? —preguntó—. Eso no hace que esté menos muerto, ¿o sí? —Tragó saliva.— Ustedes pensarán que soy un completo imbécil, dado que estoy aquí al día siguiente de que...

—Yo no, de hecho —dijo Bryant. Mantenerse ocupado también es una manera de enfrentar el dolor—. Pero ¿tiene alguna idea de quién pudo haber querido hacerle daño a Bu... Brandon?

Nigel hizo un triste movimiento de cabeza.

—¿Sabían que era gay?

—Por supuesto, pero...

—No, «realmente gay», he querido decir.

Bryant trató de seguirle la idea.

—Lo siento, pero no sé a qué se refiere.

Nigel soltó un pesado suspiro.

—Yo, desde que tenía once años, he sabido que prefiero a los hombres, oficial. No me disculpo por mi sexualidad, pero, adivine, yo quiero lo mismo que su joven compañero: casarme, quizás tener hijos y llevar una vida productiva. Brandon solo quería ser gay.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Bryant.

—Que era agresivamente homosexual, oficial. En mi comunidad, también soy un miembro de bandera arcoíris, pero Brandon quería

desafiar a cualquiera que estuviera en contra de nuestro estilo de vida.

—¿Y usted no? —preguntó Dawson, inclinándose al frente.

—Quiero vivir mi propia vida. Me niego a aferrarme al odio y la negatividad, pero Brandon se nutría de eso, daba la bienvenida a cualquier oportunidad que se le presentara. Me agarraría de la mano o me besaría en público con tal de aguijonear a otros y confrontarlos.

—No entiendo qué hay de malo —dijo Dawson desde la esquina—. ¿Por qué no permitirle expresar sus afectos en público? Era justo que desafiara a los fanáticos.

Nigel sonrió.

—Ojalá que el mundo estuviera de acuerdo con usted, agente.

—¿Tenía algún enemigo en particular, que usted sepa? —preguntó Bryant.

—Ay, por favor, era un reportero homosexual. Escoja usted. —Hizo una pausa y meneó la cabeza.— Se lo dije —continuó, y se limpió los ojos—. Joder, le dije que ese tipo de cosas terminarían haciéndole daño, pero era un hombre gay a quien le gustaba llamar la atención.

En la cabeza de Bryant se soltó un remolino de pensamientos en cuanto una noción no deseada gritó en su mente. Echó la silla atrás y se puso de pie. Tenía que salir y pensar, tratar de poner en orden todas las ideas.

Extendió la mano.

—Muchas gracias, señor Townsend. Reciba nuestro más sentido pésame.

Sonrió cuando las lágrimas finalmente afloraron por los ojos de Nigel.

—Gracias, agente. Esto significa mucho para mí.

Bryant se giró para salir. Una sensación de espanto empezaba a tomar forma en la boca de su estómago.

—Tío agradable —dijo Dawson en cuanto lo alcanzó.

Bryant asintió.

—¿Qué pasa, Bryant? Has cogido un extraño color verde de enfermo.

Bryant se inclinó sobre el coche e inhaló hondo.

—Junta todo, Dawson, e incluye a Aisha Gupta en tus pensamientos —dijo, y su compañero negó con la cabeza—. Mira a nuestras víctimas. Creo que lo que tenemos aquí es una repentina cadena de crímenes de odio.

Capítulo 55

Stacey se apoyó en el respaldo de la silla y admiró lo que estaba haciendo. Aaron Holt era un chico muy enfadado. Tenía dieciocho años y no podía encontrar trabajo, puesto que todos los extranjeros se los quedaban.

Le gustaban los partidos de la derecha ofensiva y todos los grupos supremacistas blancos que podía encontrar. Había empezado a mostrarse de acuerdo, a hacer comentarios y a compartir su propia experiencia.

A Stacey la ponía enferma que Aaron Holt hubiera recibido setenta solicitudes de amistad en menos de una hora. Lo penoso era que una publicación destinada a difundir el amor y la paz nunca habría atraído tanta atención, ni de lejos.

Empezó a añadir fotografías de chicas bonitas, a describir gustos musicales y a meter un par de juegos. Aaron Holt empezaba a parecer una persona de verdad. Y a ella no le gustaba ni un poquito.

Sintió que se alejaba más y más de sus motivos originales para investigar el suicidio de Justin. El día que vio a Justin Reynolds tumbado en un charco de su propia sangre, se había sentido transportada a su propia adolescencia, al día en que tuvo un puñado de pastillas en la mano izquierda y un vaso de agua en la derecha.

Fue el día en que la besó Janie Powers. Y ese beso le había gustado.

En veinticuatro horas se habían mezclado el miedo, la repulsión, la confusión y la vergüenza en una roca que rebotaba dentro de su cabeza. Se sintió transformada para siempre por esa experiencia, como si estuviera impresa en su cara o en un bocado sobre su cabeza.

Pasó el día en el colegio mirando a su alrededor, fijándose en cualquiera que soltara una risa, convencida de que hablaban de ella... y evitando a Janie Powers.

Después, había vuelto a una casa vacía que era, a la vez, una bendición y una maldición. Al menos, su madre no había presenciado el ataque de pánico que embargó a Stacey hasta hacerla llorar.

Tenía la idea fija de huir de sus propias emociones. El confinamiento dentro de su propia mente había expandido esos sentimientos hasta alcanzar proporciones insoportables. Toda la vida, ella había lidiado con ser diferente. Al pasar el tiempo, la piel se le había endurecido ante muchos de los insultos. Pero este era otro nuevo obstáculo entre ella y cualquier cosa que se pareciera a la normalidad.

Cuando abrió el paquete de pastillas, se dio cuenta de que una chica no podía enfrentar tantas diferencias.

Por suerte, su madre llegó temprano del trabajo. La pilló cuando las primeras pastillas merodeaban por su boca.

La expresión de pánico y horror de su madre se quedaría para siempre en la mente de Stacey. Las palabras brotaban de sus labios sin sentido, pero su madre había sido capaz de poner cara a la cuestión.

—¿Así que te quieres morir porque a lo mejor te gustan las chicas?

Stacey recordaba haber negado con la cabeza y, después, dicho las palabras que estuvieron a punto de partir el corazón de su madre.

—No, quiero morir para no tener que *decirte* que quizás me gustan las chicas.

Stacey notó la herida en los ojos de su madre antes de recibir un abrazo y un aluvión de palabras tranquilizadoras. «Y esas palabras se han quedado conmigo desde entonces», pensó con una sonrisa. Habían hecho un pacto: no habría secretos entre ellas dos, y Stacey había cumplido su palabra. De vez en cuando, su madre le preguntaba si había «alguien especial». A Stacey le habría gustado traer a alguien; el caso no se había dado, lamentablemente, pero no dudaría en hacerlo.

En retrospectiva, le era difícil creer que alguna vez había pensado en acabar con su vida debido a su incipiente sexualidad, pero, en aquel tiempo, eso lo abarcaba todo, y lo que estaba buscando era una escapatoria.

Y eso era lo que había reconocido en la carta de Justin. Quería entender al chico, dar certeza a la familia de que la culpa no había sido de ellos.

Pero, ahora, Stacey sabía que la marea había cambiado. Al comienzo, ella dirigía la investigación; ahora, la investigación la dirigía a ella.

Había creído que se encontraría con un adolescente atropellado por la angustia, derrumbado por la depresión, por el miedo o una carga emocional. Pero, al estudiar de nuevo el perfil de Justin Reynolds, se dio cuenta de que había encontrado algo mucho más oscuro.

Capítulo 56

—¿Cuánto tiempo más vamos a tener que esperar a este maldito abogado? —preguntó Kim. Daba vueltas sin parar por el pequeño despacho de Travis.

—Han pasado quince minutos, Stone —dijo él. Cerró su carpeta y sacó el teléfono.

Ella soltó un pesado suspiro. Parecía haber pasado mucho más tiempo desde que intentaron interrogar al señor Cowley. Este había exigido la presencia inmediata de un defensor.

Kim se sentó enfrente de Travis.

—¿En qué estará metida la hija? —preguntó, pensando en voz alta. Aunque a quien tenían bajo custodia era el señor Cowley, la clave del caso era Fiona Cowley. Algo sabía ella de los cuerpos enterrados, y Kim quería descubrirlo.

—¿Crees que deberíamos cargar también con Fiona? —preguntó Travis.

Kim se sintió tentada a mirar por la nuca. No era posible que él le estuviera preguntando su opinión; pero el silencio y la expresión impaciente de su compañero le dijeron que era cierto.

Negó con la cabeza.

—Primero, veamos qué le sacamos al padre. Podría ser buena idea amenazarlo con eso.

Travis asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Sí, estaba pensando dejar caer eso dentro de...

—Jefe, ¿quieres venir a echar un vistazo? —preguntó Penn desde la entrada del despacho.

Lo siguieron hasta los tableros, en la pared lateral. Había algo parecido a lo de la cochera de Kim, solo que, esta vez, el juego del ahorcado tenía pequeñas subrayas entre las letras que ya conocían.

—Basándonos en el rotulado de cada renglón y en los diferentes cuerpos de letra, creo que podemos calcular cuántos de estos caracteres son letras o espacios, pero... —Sus palabras se fueron perdiendo como si la emoción inicial se hubiera extinguido ante la

tarea poco esperanzadora, ahora que la tenía bajo la gélida luz del día.

—Continúa —le dijo Kim, y se acercó al tablero. La iniciativa de Penn la tenía impresionada—. Dime qué piensas —lo exhortó.

—Creo que es una invitación —respondió él.

Kim miró a Travis y ambos se situaron más cerca del tablero.

—Sigue —dijo Kim, interesada.

—Me parece que es una invitación de algún tipo —dijo él. Volvía a la vida. Sus pensamientos se hacían eco de los de la propia Kim—. Al parecer, la primera línea es un anuncio de lo que se trata, como una boda o un funeral. Algo así —continuó.

—Pon una nota a un lado, en rojo —sugirió Kim.

Así lo hizo.

—La segunda es la fecha —añadió, y puso otra nota a un lado—. Creo que la tercera es una instrucción.

—¿Como «traed tal cosa»? —sugirió ella—. Si esta es una invitación de alguna clase, falta un dato esencial —dijo.

Los ojos del asistente de detective volvieron al tablero.

—El lugar —exclamó.

—Eso creo —dijo ella mientras él escribía la palabra a un lado de la última línea.

Travis dio un paso al frente cuando Kim estaba a punto de abrir la boca.

—Bien hecho —dijo. Movía la cabeza de arriba abajo en señal de apreciación—. Muy buen trabajo, Penn.

—¿Señor? —dijo un agente desde la puerta—. El abogado del señor Cowley acaba de llegar.

Él dio las gracias con un movimiento de cabeza y se volvió a Kim.

—Yo dirijo esto, Stone —dijo.

—¿Por qué? ¿Te das cuenta de que, allí en su casa, yo lo estaba acojonando? —le preguntó mientras dejaban atrás la sala de la brigada.

—Precisamente —continuó Travis—. Su abogado ya está aquí. Necesitamos un punto de vista ligeramente distinto.

Una parte de ella estaba de acuerdo.

—Menos provocaciones —añadió.

Salieron del despacho. Kim maldijo en silencio. El tipo tenía que terminar con esto.

Lo siguió escaleras abajo hasta las salas de interrogatorios. Entraron en la número uno.

Todas las conversaciones se interrumpieron en cuanto estuvieron dentro.

El abogado era un hombre de cerca de sesenta años, con un

notable sobrepeso. La cabellera abundante, completamente blanca, enmarcaba un rostro regordete bien afeitado. Vestía ropa de la más alta calidad.

Se puso de pie y extendió la mano.

—Leonard Cameron, abogado de la familia Cowley —dijo con tono agradable.

Travis le estrechó la mano. Kim se sentó; detestaba a los abogados risueños. Eso quería decir que no estaban preocupados, y ella quería que este lo estuviera. Incluso Jeff Cowley parecía más relajado aquí que en su casa.

Sintió que se le revolvían las tripas cuando se dio cuenta de que no sacarían nada de esta entrevista, sin importar quién hiciera las preguntas.

Travis echó a andar la cinta y dijo la fecha, la hora y los nombres de las personas que estaban presentes. Jeff Cowley no había mirado a Kim ni una sola vez.

—Señor Cowley, quisiera empezar hablando del accidente de su hijo. ¿Usted sigue insistiendo en que fue un accidente? —preguntó con amabilidad.

El señor Cowley se volvió a su abogado, quien asintió.

—Sí, mi hijo se disparó por accidente.

—¿Y usted lo vio?

Movió la cabeza de arriba abajo.

Travis señaló la grabadora.

—Por favor, conteste en voz alta, señor Cowley —pidió.

El hombre se inclinó hacia la grabadora.

—Sí —dijo.

—¿Y, de hecho, lo vio contorsionarse hasta ponerse en tal posición que pudo meterse un tiro en la parte trasera del cuello?

—Sí —contestó.

—¿Podría hacernos una demostración de cómo fue?

—Aaaah, bueno, no... Sucedió tan rápido que...

—¿Podría explicarnos cómo, en cuanto su hijo adquirió esa postura inverosímil, pudo darse un balazo con un arma que no hemos encontrado?

—Estaba ahí mismo —dijo.

—Pero esa no era el arma, ¿o sí, señor Cowley?

El hombre se encogió de hombros.

Travis dirigió la mirada hacia la grabadora.

—No lo sé.

—¿No sabe cómo la bala que se introdujo en el cuello de su hijo pudo provenir de un arma completamente distinta a aquella con la que él estaba jugando?

—Sus resultados deben de estar equivocados —dijo.

De modo que este abogado, pensó Kim, le había dicho que se aferrara a su historia. Cada pregunta que le hicieran tendría la misma respuesta.

—¿Y cómo explica la coincidencia entre la bala que le sacamos a su hijo y la que encontramos en una fosa común donde, por cierto, estaba enterrado uno de sus exempleados? —preguntó Travis.

—Es mucha tierra —respondió.

—¿Así que unos desconocidos vinieron a sus tierras, cavaron un agujero, enterraron tres cuerpos y se marcharon, y usted no sabe absolutamente nada? —preguntó Travis.

—Así es —respondió.

Kim se estaba cansando de este galimatías.

—¿Qué puede decirnos del accidente que Jacob James sufrió en su propiedad? —continuó Travis.

—No recuerdo bien. Fue hace mucho.

—Fue provocado por unas escaleras defectuosas, ¿no es así?

—Eso creo —respondió.

El abogado sonrió a Kim. Evidentemente, creía que el interrogatorio marchaba bien.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Y ese accidente dejó a Jacob James incapacitado para seguir trabajando, incapaz de mantener a su familia?

—No sé nada de eso.

El hombre respondía imperturbable. Muy lejos estaba el tipo acobardado y aterrorizado que habían visto en su casa. El señor Cowley ya rozaba la petulancia.

—¿Usted volvió a ver a Jacob James? —preguntó Travis.

—No, que yo recuerde.

Kim sabía que habían perdido el factor sorpresa. El tipo sabía todo lo que le iban a preguntar y tenía preparada, para cada cosa, una respuesta que no lo comprometería. Ninguna de las preguntas estaba incitando respuestas emocionales que los detectives pudieran leer y aprovechar.

—¿Así que no fue usted el Cowley que le ofreció a Jacob James una mísera cantidad de dinero por retirar la demanda?

El hombre negó con la cabeza y estuvo a punto de sonreír.

Kim le dio un empujoncito a Travis por debajo de la mesa. Necesitaban captar la expresión del tipo ante una respuesta inesperada.

—Señor Cowley, me gustaría hacerle una pregunta más, si me lo permite. Es acerca de su hija, Fiona. —Por primera vez, Cowley se volvió a mirarla.— ¿Puede explicarme por qué Fiona fue a la

residencia de los Preece inmediatamente después de que lo detuvimos?

Perdió los colores del rostro, y, con ellos, el aire de suficiencia.

—Sin comentarios —respondió con voz temblorosa.

Capítulo 57

Ya casi se había hecho de noche cuando estuvieron de regreso en la sala de la brigada. Bryant fingió no haber pillado a Stace bajando la tapa del portátil. Si estaba haciendo cosas personales cuando el día estaba a punto terminar, era asunto suyo.

—¿Mal día, chicos? —preguntó en cuanto Dawson se dejó caer en su silla y se aflojó la corbata.

—Sí, Stace —contestó Bryant.

La fatiga de Dawson había viajado por toda la sala hasta dar con él. Miró a su compañero, quien, a su vez, apartó la mirada.

—¿Qué? —preguntó Stacey—. ¿He hecho algo?

A Bryant le pareció una pregunta extraña.

— Aborrezco los crímenes, Stace —dijo.

Dawson pateó algo debajo de la mesa. Bryant vio la emoción destellar en los ojos de Stacey.

—¿Y? —preguntó ella.

Él pudo notar la rabia controlada en esa única palabra.

—Es solo que...

—¿Es solo qué, Bryant? ¿Por qué de pronto me tratan diferente? ¿De qué diablos estáis tratando de protegerme vosotros dos?

Bryant sabía que su compañera tenía razón. Aun así, algo en su interior no la quería cerca de ese caso.

—¿Intentas ponerme un escudo cada vez que una mujer es asesinada?, porque, lo creas o no, soy una de ellas. ¿Acaso trato de protegerte cada vez que asesinan o atacan a un varón caucásico?

Bryant negó con la cabeza. La furia en la voz de su compañera ya no estaba bajo control.

—¿Creéis que no me he topado con crímenes de odio? —preguntó —. Yo nací en este equipo. He vivido veinte años enteros antes de conoceros. Y, creedme, los he visto.

—Es solo que nos parecen tan abominables...

—Que no os parezcan abominables porque se trata de un negro, un gay o un inmigrante polaco. Cabreaos porque alguien ha perdido la

vida o ha salido lastimado —dijo.

—Pero, eso de estar en la mira porque...

—Bryant, no me hables así. Fui yo a quien arrastraron dentro del cuarto de la papelería cuando tenía cinco años. Eran cuatro niños con un estropajo. Para su sorpresa, no se me quitó —dijo, y se frotaba la piel del antebrazo.

—Stace, yo...

—No, Bryant. ¿Quieres saber algo acerca de los crímenes de odio? Venga, escucha esto: Digamos que alguien se mete a la casa de Dawson y le roba todo. Quizás él no pueda recuperar sus cosas, pero podrá protegerse para que no le vuelva a ocurrir. Podrá instalar cámaras, luces, alarmas... Diablos, hasta podría pagarle a un tipo para que se siente en el jardín delantero. Evitará que le vuelvan a robar las cosas, pero, adivina, yo, a la mañana siguiente, seguiré siendo negra, y no hay nada que me proteja contra eso.

Bryant tenía muchos que decir, pero, en su boca, todo sonaba trillado.

—Cada día tengo que preguntarme si alguien practicará conmigo el juego del nocaut tan solo por mi color.

Bryant conocía esos ataques azarosos, despiadados y no provocados que se difundían por toda la internet. Era el capricho pasajero que seguía al de las bofetadas felices. El objetivo era coger desprevenida a una víctima y noquearla de un solo puñetazo. Ya no podía llevar la cuenta del número de muertes que había provocado esa estúpida moda. Algunos de los ataques habían sido clasificados como crímenes de odio.

—¿Y te das cuenta de que la mayoría de los crímenes son cometidos por personas comunes y corrientes? Sí, sí, los grupos de odio reclutan, al igual que las religiones, por medio de las mentiras y los lavados de cerebro, hasta convertir a la gente en pequeños odiadores despiadados. Aun así, la mayoría de los ataques provienen de gente que actúa por su cuenta. ¿Qué hizo una chica asiática de Derby para merecer que la rociaran con ácido la semana pasada? Pero esto no es solo contra los negros y los asiáticos; es contra los góticos, los musulmanes... Contra cualquiera que sea diferente, sea por nacimiento o elección.

Stacey dejó de hablar. Negaba con la cabeza mientras recogía sus cosas.

—Aún así, chicos, nada de esto me hace daño —dijo, y echó atrás la silla—. Me enfada, me frustra, me enfurece, pero no me lastima. —Se puso de pie.— Lo que me hiere es que, en un caso donde os puedo ofrecer más que el análisis de datos, hayáis preferido congelarme.

Bryant negó con la cabeza mientras Stacey pasaba por su

escritorio.

—Eso ha estado bien —comentó cuando su compañera ya había salido de la sala—. Y lo peor es que tiene toda la razón —dijo, negando con la cabeza—. Podríamos aprovechar su ayuda en este asunto.

Miró a Dawson, que estaba ocupado tecleando algo en su ordenador. Bryant ya tenía ganas de que el día llegara a su fin. Quería desviarse de camino a casa para ver si la familia Kowalski estaba sana y salva en su propia casa, tras la emisión de la orden de alejamiento que impedía a Flint acercárseles.

—Así que, Dawson, mañana implicaremos a Stacey en todo esto, ¿de acuerdo? —dijo, y cogió su abrigo.

—Vale, vale, lo que tú digas, jefe —respondió Dawson, con aire ausente, mientras leía en la pantalla.

—¿Qué es eso, Kev?

—Algo que ha dicho Stacey. —Miró por encima de la pantalla de su ordenador.— Creo que lo mejor será que vengas a echar un vistazo.

Capítulo 58

—Te juro por Dios, Travis, que, si vuelve a decir «sin comentarios», voy a...

—Para esa lengua y mantén la calma —dijo él.

—Es que no estamos sacándole nada.

—No, desde que mencionaste a la hija —gruñó Travis.

—Ha sido la única reacción que hemos obtenido.

Travis negó con la cabeza.

—Y las siguientes veinte preguntas que le hiciste sobre la hija lo pusieron más y más nervioso, y fue entonces cuando el abogado te calló. Mientras el tipo estaba contestando, teníamos, al menos, la oportunidad de que tropezara, pero ahora estamos en el punto en que responde con dos palabras, y siempre son las mismas.

Ella sabía que su compañero tenía razón.

—Madre mía. ¿Por qué siento como si este caso avanzara sin nosotros? —preguntó, y se apoyó en la misma pared que Travis.

Solo estaban esperando a que terminara el descanso de Cowley para hacer otro intento.

—No puedo volver a entrar ahí —dijo Kim, con franqueza—. Trae a alguno de los otros o terminaré haciendo algo de lo que me arrepentiré.

Él se volvió hacia ella súbitamente.

Kim negó con la cabeza. No había sido una indirecta.

—Me parece una buena idea —dijo él.

—¿Habrá quien te lleve a casa? —preguntó Kim.

—Por supuesto. Nunca te pedí que fueras mi chófer.

A Kim le entraron ganas de replicar algo a su mordacidad, pero Woody se le apareció en la mente.

—Pasaré a por ti mañana —dijo, y se marchó.

* * *

Salió del edificio, al aire frío, y se encontró con un hombre que

venía vestido en cuero, de pies a cabeza.

—La inspectora en persona —dijo Bart Preece, después de quitarse el casco.

Ella echó un vistazo un poco más allá de él, a la Ecosse aparcada a un lado del Golf.

¿Qué diablos hacía aquí uno de los chicos Preece?

—Seguramente, su turno ya terminó —dijo él con una sonrisa ladeada.

—¿Es broma? —preguntó ella, y caminó hacia la motocicleta.

Él se encogió de hombros, se puso el casco bajo el brazo y sacó las llaves.

—Usted la alabó ayer, por lo visto. Pensé que querría dar una vuelta.

Kim rio.

—Sí, y puede que usted no la vuelva a ver.

Bajo la luz de las farolas, contempló la motocicleta en toda su gloria de titanio. Vaya, qué gusto le daría poner el trasero en ese asiento de gel y sentir la suspensión especial Öhlins para Moto GP.

Él rio con ella.

—Inspectora, usted está al servicio de la ley. Confío en que me la devolverá.

Kim se inclinó para mirar de cerca la rueda delantera.

—¿Una pastilla de freno para cada pistón? —preguntó.

Él asintió.

—Se maneja de maravilla —dijo, y tocó el manillar.

Ella rodeó la moto, apreciando su belleza.

—La postura del conductor se puede ajustar de muchas maneras —dijo él, inclinando la cabeza—. Es la mejor experiencia posible sobre dos ruedas.

Kim asintió. No tenía ninguna duda.

—¿Usted tiene una? —preguntó él.

—¿Una Ecosse? —preguntó con los ojos bien abiertos. Él rio.

—Una motocicleta.

—Ninja —contestó ella. Acarició el asiento.

—Qué bien —comentó él, moviendo la cabeza de arriba abajo.

Ella buscaba señales de altanería, pero no encontraba ninguna. Sí, la Ninja era una bonita moto, pero la diferencia entre las dos era como la que había entre un Timex y un Rolex. Ambos eran relojes, ambos decían la hora; y ahí terminaban las similitudes.

—Vale, póngala en marcha y déjeme escuchar...

Sus palabras se perdieron cuando las puertas de la comisaría se abrieron detrás de ella.

Apareció Travis con un agente de la policía. Se detuvo en seco a

contemplar la escena que tenía delante.

—Voy al Russells Hall —dijo con apremio—. El sobreviviente del atropellamiento ha despertado. —Miró primero a Bart, y luego, a ella. — Dijo que quería verme. Cuando hayas terminado, puedes reunirte con nosotros, si quieres. —Corrió hacia el coche patrulla.

Ella miró la motocicleta y gimió. No habría ido a dar una vuelta, pero tampoco había terminado de admirarla.

—Lo siento, debo marcharme...

—Por supuesto —dijo Bart, y cogió de nuevo el casco.

Kim empezó a caminar, pero se volvió.

—Y muchas gracias. Ha sido un detalle encantador.

Él asintió y se bajó la visera.

Mientras la detective se subía al Golf y arrancaba el motor, echó un último vistazo a la moto, extrañamente aliviada de que los hubieran interrumpido.

Sus ojos se desplazaron hacia Bart Preece, que estaba de pie, tranquilo, junto a su motocicleta.

Sí, se sentía muy aliviada.

Capítulo 59

Stacey se obligó a contener las lágrimas en la dolorida garganta.

El problema no era su color; era una mujer negra, orgullosa y feliz consigo misma. Era el hecho de que, al tratar de mantenerla alejada de algo, Dawson y Bryant, sin darse cuenta, hubieran empezado a darle un trato diferente, a excluirla. Toda la vida había sufrido cosas así.

Subió al autobús, buscó el último lugar con ventana que quedaba disponible y se sentó. La siguiente parada estaba justo a las afueras de un polígono comercial bien conocido por el trapicheo de drogas a bajo nivel. Posó el brazo sobre el portátil de Justin, que sobresalía de su bolso, y se acercó a la ventana cubierta de condensación.

Miró hacia el exterior, a la línea de gente que esperaba el turno de subir al autobús. El contacto visual podría ser interpretado como una invitación, y, en ese momento, ella no tenía ganas de compañía.

Otra vez, los ojos se le empezaron a inundar. Ni siquiera se dio cuenta de que alguien se deslizaba en el asiento junto a ella.

Se sorbió las lágrimas.

—Oye, ¿estás bien? —dijo a su lado una voz amable.

Stacey giró y vio el rostro agradable y sonriente de un hombre de poco más de treinta años. Vestía de mono y gorro de lana. El hombre colocó su chaqueta entre los dos para evitar que sus muslos se tocaran.

—Estoy bien, gracias —dijo ella, encantada de haber mostrado a este desconocido los ojos llorosos y enrojecidos y la nariz acuosa.

—Si te sirve de algo saberlo, yo también tuve un día de mierda.

—No, no me sirve, pero gracias, de todos modos —comentó. Notaba el temblor en su propia voz.

Stacey se sentía frustrada por sus propias emociones. No eran solo sus compañeros de trabajo, bien lo sabía. Era la insensibilidad de esos compañeros, sumada a los viles y asquerosos artículos que ella había estado publicando todo el día. Trató de recordar un día en que se hubiera sentido menos minoritaria.

—Así que el jefe me dijo: «Ese embrague nuevo que has instalado

patina».

Stacey ni siquiera se había dado cuenta de que el hombre a su lado seguía hablando. Y, lo que era más importante, el sujeto le estaba dando explicaciones del día de mierda que había pasado en el curro. Ella no le hizo caso y se volvió a la ventana. Atractivo o no, no estaba de humor para paliques.

En nada le ayudaba que su jefa no estuviera cerca. Kim habría chocado las cabezas de sus compañeros, una contra la otra. Todos seguirían juntos con el caso y el color de su piel no volvería a mencionarse. No sería necesario.

—Así que voy, pruebo el coche, y mi jefe se echa a reír. No había nada malo con el plato del embrague. Lo único que el tipo quería era que me pasara cuatro horas desmontándolo.

—Mmm... —dijo Stacey, por no parecer muy borde.

—Así que ¿sabes qué hice? —preguntó él, y le dio un leve codazo conspiratorio. Ella negó con la cabeza y se echó un poco más hacia la ventana—. Me eché debajo del coche con una llave de tubo. De vez en cuando, hacía un ruido o soltaba un taco, pero, en realidad, estaba consultando los resultados del fútbol.

—Qué listo —dijo ella sin emoción.

Este apuesto desconocido había escogido el peor de los días para entablar una conversación con ella.

—El muy gilipollas fue a probar el coche y dijo que estaba... Epa, tío, cuidado —exclamó cuando un hombre mayor, que caminaba por el pasillo, le caía encima. A efectos de eso, empujó a Stacey un poco más contra la ventana.

—Dios, perdona —le dijo, tocándole el brazo—. ¿Estás bien?

Stacey asintió y miró para el otro lado, con lo que cortó cualquier contacto entre ellos. En ese momento, lo único que quería era su agradable, pequeño y familiar apartamento.

Dos paradas más adelante, el hombre se bajó del autobús. Stacey suspiró aliviada. Quizás otro día se habría sentido interesada en enfrascarse en una conversación, pero, por ahora, su mente solo podía ocuparse de pensamientos negativos.

Ahora que tenía el completo control de los dos asientos, reajustó su generoso trasero. Dos paradas más y estaría en casa: un baño, pizza congelada para el té y un pijama caliente y cómodo. Quizás compartiría unas cuantas publicaciones venenosas más, dejaría comentarios acerca de otra pareja y, finalmente, antes de ir a la cama, se sumergiría por un par de horas en World of Warcraft.

La tensión empezó a abandonar su cuerpo cuando vio que la noche se avecinaba.

Para ponerse de pie, la mujer que venía detrás tiró del asidero de

metal del asiento de Stacey. Ella hizo lo mismo con el de enfrente. Era su parada.

Buscó el bolso de mano en el asiento y palpó alrededor. Los dedos se dieron cuenta momentos antes de que sus ojos registraran la verdad:

El portátil de Justin Reynolds había desaparecido.

Capítulo 60

—¿Estás seguro de que este tipo todavía va a estar aquí? —preguntó Bryant cuando llegaron a la gendarmería de Derbyshire, en Ripley.

La corporación policíaca era responsable de un área de unos dos mil seiscientos kilómetros cuadrados, donde vivían poco menos de un millón de habitantes. Estaba dividida en dos: la parte más rural cubría el distrito Peak, mientras que las zonas más urbanizadas, al este y al sur, abarcaban la propia ciudad de Derby.

El edificio de fachada de vidrio era la División de Apoyo Operacional y albergaba a la Unidad de Vigilancia Vial, a Apoyo Aéreo y a Respuesta Armada, así como a los uniformados.

—Dijo que nos esperaría —explicó Dawson. Bryant detuvo el coche.

—Sí, y nosotros dijimos que llegaríamos a las siete y media —observó Bryant.

La primera mitad del viaje de noventa kilómetros había transcurrido rápidamente por la carretera de peaje M6, pero, en los alrededores de Burton-on-Trent, un atasco había añadido cuarenta y cinco minutos a su recorrido.

Cruzaron el aparcamiento a la carrera. La mano de Bryant ya estaba en la puerta.

—Oigan, ¿vienen a buscarme? —dijo una voz desde atrás.

Ambos se volvieron. Un hombre fumaba un cigarrillo a un lado de un Ford Sierra.

Caminaron hacia él.

—Solo estaba terminándome este cigarrillo antes de marcharme —dijo. Dejó caer la colilla en el suelo como prueba de cuánto de cerca había estado.

—Gracias por esperar —dijo rápidamente Dawson.

—¿Usted es la persona con quien he hablado por teléfono? —preguntó el hombre.

Dawson asintió y le tendió la mano. El inspector detective a quien conocían como Wilson le devolvió el apretón.

Era muy asombro cómo se parecía a Boris Johnson, pensó Bryant, cuando el flequillo del rebelde cabello rubio cayó sobre los ojos del hombre.

—¿Así que creen que tienen algo allí, en Black Country, que podría estar relacionado con un incidente de aquí? —preguntó.

A Bryant le quedó claro que la conversación se desarrollaría enteramente en el aparcamiento. No tenían de qué quejarse, dado el largo tiempo que el hombre había esperado a que llegaran.

Bryant dejó que su compañero condujera la conversación. Él había hecho las posibles conexiones y se había puesto en contacto con el hombre que llevaba el caso.

Dawson asintió.

—Sí, tenemos algunos incidentes que podrían constituir un brote de crímenes de odio. Hasta tres, probablemente, en un tiempo muy breve.

Wilson negó con la cabeza y encendió otro cigarrillo. Bryant recordó los días en que fumaba una cajetilla y media. Cuatro años después de haberlo dejado, las punzadas ocasionales aún lo cogían por sorpresa.

—No coinciden con lo que sabemos del ataque a nuestra chica —dijo él.

—¿Podría decirnos algo de Shay Chakma? —preguntó Dawson. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Niña bonita de una familia muy respetada entre la comunidad bangladesí. Los padres llegaron aquí cuando ella tenía dos años. Tiene dos hermanos mayores, más tradicionalistas que ella. Trabajaba en el centro de operadores telefónicos de una compañía eléctrica. No daba la menor molestia, hacía su trabajo y se llevaba bien con todos.

Bryant se preguntaba por qué Wilson ya había decidido que este no era un crimen de odio. Para él, empezaba a sonar como un ataque no provocado.

— El asunto fue que los padres ya le habían escogido esposo de otra familia bangladesí. Sin embargo, durante los últimos siete meses, Shay había estado saliendo con un supervisor de su turno. El martes por la noche, salió del trabajo unos minutos más tarde y le rociaron encima dos litros de ácido sulfúrico.

Bryant todavía no quedaba convencido de que los incidentes no estuvieran relacionados.

—¿Alguna vez han visto un ataque con ácido? —preguntó Wilson, de pronto.

Ambos negaron con la cabeza.

—En fotografías, solamente —dijo Bryant.

El inspector detective negó con la cabeza.

—No es lo mismo. Yo vi a Shay veinte minutos después del suceso. —Miró fijamente el espacio por encima de la cabeza de Dawson.— Fue como si alguien le hubiera quemado la piel con un soplete. Su cara parecía haberse derretido hasta el cuello, como una vela vieja. Los testigos dijeron que, en pocos segundos, su rostro se había inflamado como un balón, para encogerse nuevamente. El médico nos explicó que la piel es agua en un sesenta por ciento y que al ácido sulfúrico no le gusta el agua. Cuando las dos sustancias interactúan, la temperatura se eleva muy rápidamente y provoca a la víctima sensación de calor, antes del dolor agonizante.

Bryant cerró los ojos como defensa antes las náuseas que revolvían su estómago.

—Madre santa —suspiró Dawson.

Wilson volvió al presente.

—Esa cosa se le metió en el estómago, así como en los pulmones.

—Pobre chica —dijo Dawson.

Bryant se preguntaba si esto sería el trabajo de un solo hombre. ¿El perpetrador habría ampliado su red? ¿Habría viajado a otra área para poner distancia entre un ataque y otro?

—Aún así, podrían estar vinculados —dijo.

—A esto le estamos dando el tratamiento de ataque por honor, chicos —insistió Wilson—. Por aquí no hemos tenido otros crímenes de este tipo, y, dado el asunto del novio secreto y tal, debemos tratarlo como lo vemos. Estamos concentrando la investigación en la familia.

—Pero ¿cómo se sintieron los padres cuando se enteraron de lo del novio? —preguntó Dawson.

Wilson se encogió de hombros.

—No parecían muy molestos, pero no estoy tan seguro acerca de los hermanos.

Bryant no podía dejar de escuchar lo que le gritaban las entrañas, a pesar de que las sospechas del detective eran razonables.

Solo había una manera de cerciorarse.

—Mire, ¿nos dejaría hablar con ella, solo para asegurarnos? —suplicó.

Wilson negó con la cabeza.

—Lo siento, colega, pero no puedo. Quizás esta ha sido una bendición disfrazada, pero Shay Chakma ha muerto hace media hora.

Capítulo 61

Cuando Kim entró, Travis ya estaba a un lado de la cama del señor Dhinsa. Se preguntaba si el hombre tendría una idea de cuán arduamente su compañero había trabajado para salvarle la vida al borde de la calle.

No hacía falta que la enfermera le dedicara una mirada seria y un dedo ante los labios para hacerla entender que la UCI estaba llena de gente desesperadamente enferma. No era la primera vez que Kim estaba aquí. Y apostaba porque, con toda seguridad, no sería la última.

Había una actitud, un espíritu, en la unidad de cuidados intensivos, que le recordaba a la biblioteca. Todo se hacía con tanta calma y tranquilidad como era posible, y el silencio interminable solo lo rompían los bajos zumbidos de los equipos estacionados junto a las camas.

—¿Cómo está? —susurró.

El joven rostro del hombre estaba en un suave reposo. Su pelo negro se erizaba en mechones. Parte de su corta barba había sido afeitada para dar espacio a puntos de sutura y vendajes. Kim recordó con facilidad los efectos traumáticos en el cuerpo de Travis. El señor Dhinsa había sido el afortunado, aunque, por un tiempo, no se daría cuenta de eso.

—Va y viene cada pocos minutos —contestó Travis—. Por ahora, me ha preguntado dónde está y por qué. La parte inferior de sus piernas está más o menos en mal estado —dijo, y pasó la mirada por la cama hasta las férulas de escayola que en ambas piernas se extendían de las puntas de los pies hasta las rodillas—. El médico ha dicho que lo han puesto fuera de la lista de pacientes críticos, ahora que han descartado cualquier lesión permanente en la médula espinal. Lo están dosificando con esteroides.

Kim tuvo un pensamiento horrible en el momento en que el señor Dhinsa abrió los ojos y miró directamente a Travis.

—¿Dónde está Trisha?

Y eso era. Estaba tan fuera de sí que no tenía ni idea.

—No piense en eso, por ahora, señor Dhinsa. Solo concéntrese en...

Travis se calló cuando el señor Dhinsa volvió a cerrar los ojos.

Kim fue al otro lado de la cama y se sentó en la silla de plástico. Esto tenía visos de que sería una noche muy larga.

El señor Dhinsa abrió los ojos otra vez.

—¿Usted me ha salvado? —peguntó.

Travis asintió.

Ojos cerrados.

—¿Tratarás de preguntarle algo? —dijo Kim. Lo último que supieron fue que a la compañera de este hombre la habían empujado delante del camión de reparto, y él era la única persona a quien los testigos habían visto alrededor.

—Sí, siempre y cuando esté conmigo el tiempo suficiente. Es como querer entablar una conversación contigo, más o menos.

Lo que sorprendió a Kim fue que semejante comentario no viniera acompañado de la acostumbrada línea dura en los labios. ¿De verdad estaba tratando de reírse con ella?

Ojos abiertos.

—Señor Dhinsa, ¿a Trisha la empujaron? —preguntó Travis, adelantando la respuesta.

—Furgoneta azul —respondió.

—Está demasiado confundido —dijo Travis, y miró a Kim—. La furgoneta era blanca.

Kim negó con la cabeza.

—Solo está atontado y sobreponiéndose a los medicamentos. Vuelve a intentarlo.

Ojos abiertos.

—Trish se interpuso —dijo, y sus ojos se perdieron. Volvió a enfocarlos.

—Nos lo quiere contar, Travis —se percató Kim.

Con esas cortas respuestas en secuencia, el hombre revelaba tanto como le era posible cada vez. Estaba tratando de decirles lo que había sucedido, exactamente.

La sombra de una enfermera apareció detrás.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo en voz baja.

—Por favor, denos uno o dos minutos más —dijo Kim. No quería que este hombre hubiera gastado tanta energía para nada.

—Por favor —añadió Travis.

—Dos minutos —accedió, y vigiló los signos vitales en la máquina.

—Unos tipos trataron de llevarse... —dijo el señor Dhinsa.

Ojos cerrados.

La mirada de Kim se encontró con la de Travis al otro lado de la

cama. Se les estaba agotando el tiempo. Tenían que ayudarlo a darle sentido a todo.

Kim se volvió al señor Dhinsa con la esperanza de que él pudiera oírla antes de perderse en el sueño por completo.

—Señor Dhinsa, ¿nos está queriendo decir que unos hombres en una furgoneta azul trataron de llevarse a su novia? —preguntó Kim, en un intento de poner un cerco a las declaraciones anteriores.

Él asintió. Enseguida negó con la cabeza y abrió los ojos una vez más.

—No, Trisha detuvo... Era a mí a quien trataban de llevarse.

Capítulo 62

Stacey dio otra vuelta por su pequeño salón. Desde su llegada a la casa, había cocinado y tirado comida, había hecho el intento de pasar la aspiradora, de ver la televisión, de caminar, ponerse de pie y sentarse.

—Maldita sea —gritó, y pateó una silla del comedor. El chirrido del metal en el suelo laminado fue satisfactorio.

Se desplomó en el sofá y sepultó la cara entre las manos. ¿En qué coño había estado pensando?

Una parte de ella quería llamar a su jefa y descargar todo, confesar el sinnúmero de estupideces que había cometido, aguantar la reprimenda y seguir adelante.

Sí, eso podría ayudarla por ahora. Se sentiría mejor después de transferir las responsabilidades hacia arriba en la cadena de mando, pero el alivio no le duraría mucho. No solo estaría demostrando que no podía usar con eficiencia su propia iniciativa, sino que era incapaz de poner los gusanos en orden una vez abierta la maldita lata.

—Mierda —exclamó. Se había involucrado en un caso que no necesitaba ser resuelto. Había invadido el espacio de una madre en duelo, se había apoderado de algo que pertenecía a la víctima de un suicidio, sin haberlo registrado oficialmente, y ahora se lo habían robado.

Stacey agitó la cabeza de un lado al otro. A este paso, ya estarían preparándole una celda en Guantánamo.

El factor más tentador para hacer la llamada era que, tras el enfado, su jefa la ayudaría a resolver todo este desastre. Ya lo había visto cientos de veces con Dawson. Pero Kim nunca había tenido que hacer algo así con ella. Dawson era el único que la cagaba. Nadie esperaba otra cosa; diablos, incluyendo al propio Dawson.

Pero ella no. Stacey era la chica buena, la favorita de la maestra, como a veces decía Dawson. Y lo era. Le encantaba ser la buena y confiable Stacey. Se enorgullecía de no molestar a nadie.

Pero confiaba incondicionalmente en su jefa. Su jefa sabría qué

hacer.

Cogió el teléfono, deslizó el dedo por la pantalla y se desplazó hasta el contacto «Jefa». Pasó el pulgar por encima del icono de llamar. Podía imaginarse la decepción en el rostro de Kim mientras le estuviera recitando la letanía de sus metidas de pata.

Stacey arrojó el teléfono en el sofá. No. Sin importar en lo que se hubiera metido, tenía que resolverlo sola.

Capítulo 63

—Así que ¿de qué diablos ha estado hablando? —preguntó Kim en cuanto salieron de la unidad.

Travis negó con la cabeza.

—Tu conjetura es, probablemente, tan buena como la mía —dijo él, frotándose la frente. Giró a la izquierda; ella, a la derecha. A Kim le gustó la ironía del instante.

—Lo resolveremos por la mañana —dijo Travis, y tenía razón. Eran casi las diez y, por lo visto, Barney terminaría quedándose a dormir con Charlie, a dos casas de la de Kim.

—Vale, te veo por la mañana —dijo ella. Se alejó después de dedicarle medio movimiento de mano, que fue como una despedida.

Se desvió hacia la cafetería para tomar un café grande y fuerte. En eso, vio un color de pelo familiar, inclinado hacia delante, en actitud estudiosa.

Kim sacó el café de la máquina expendedora e hizo un alto frente a la doctora A.

—¿Tienes inconveniente en que me siente contigo? —preguntó mientras daba unas palmaditas en la silla de madera.

—Por supuesto que no —dijo la doctora A con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí a esta hora?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —dijo Kim, antes de señalar el teléfono de la médica con un movimiento de la barbilla—. No quisiera interrumpir tu trabajo.

La doctora A giró la pantalla del teléfono hacia ella.

—Rescate Animal. Este juego es mi liberación.

—¿De verdad? —preguntó Kim. No era lo que ella habría imaginado que haría un científico en sus ratos libres.

—Bueno, a decir verdad, cuando no estoy trabajando, prefiero leer sobre física cuántica y la teoría del universo, pero, de vez en cuando, los pandas reclaman mi atención.

—Apuesto a que fuiste una niña divertida —dijo Kim.

—Absolutamente —dijo la doctora A sonriendo—. Era lo que tú

llamarías un pequeño marimacho. Me gustaba saltar, pelear y jugar con barro. Mi padre estaba en el ejército, lejos de mí, de mi madre y de mi hermano.

—¿Peleabas?

La expresión de la doctora A dijo «por supuesto».

—¿Y ganabas?

Misma expresión.

—¿Estás bien, de verdad? —preguntó Kim. A pesar de la vivacidad de la mujer, su sonrisa no era muy abierta. Parecía cansada, agotada.

—Mi vaso siempre está medio lleno, inspectora, pero hoy no. Marina viene en camino con la última caja. —Negó con la cabeza.— No vamos a tener todos los huesos.

Kim podía entenderla. Era triste que los cuerpos quedaran incompletos.

—Mañana haremos otra exploración, para asegurarnos, pero la tumba ya está vacía.

—¿Has podido dormir? —preguntó Kim, que notaba las oscuras ojeras bajo los ojos de la mujer.

—¿Tú sí? —preguntó la médica con una sonrisa cansada.

Kim abrió la boca para ofrecerle un consejo bien intencionado, pero volvió a cerrarla. Se preguntaba qué mezcla haría esta mujer con la analogía de la sartén y el cazo.

—El por qué es lo que me molesta —dijo de pronto la doctora A—. ¿Qué hicieron estas personas para merecer semejante falta de respeto? ¿Cuál fue su crimen?

Kim pensó en la víctima uno, Jacob James. Un hombre de familia, trabajador, de buenos modales. Nada en su pasado sugería que mereciera un tratamiento tan horrendo. Era, por todos lados, un tipo decente y trabajador.

El teléfono de la doctora A vibró sobre la mesa.

Ella miró la pantalla y se puso de pie.

—Habla y camina. Marina acaba de llegar.

Kim se reconocía como una caminadora rápida, pero tenía muy pocas posibilidades de sostenerle el paso a este tornado que se abría camino entre visitantes, empleados de hospital y carritos de servicio. La conversación se había vuelto imposible.

Se las arregló apenas para no perderla de vista, hasta que la doctora A giró a la izquierda a una escalera que llevaba a la morgue.

—¿Estás entrenando para algo, doc? —dijo Kim. La había alcanzado cuando ya atravesaba las puertas.

La mujer a quien había visto unos días antes en la tumba la saludó con una señal de la cabeza y retiró la tapa de una caja de plástico.

Kim echó un vistazo a las colecciones de huesos en las camillas,

más incompletas conforme más alejadas estaban. Le era insoportable que tuvieran solo un nombre.

Por el rabillo del ojo, pudo distinguir que, con todo cuidado, iban sacando de la caja las bolsas de pruebas individuales.

Era triste darse cuenta de que no habría suficientes huesos para completar los huecos que tenían enfrente.

Recordó un documental acerca de la identificación de restos tras el ataque al World Trade Center. Algunas familias no habían podido enterrar más que un diente o un pedazo de hueso.

—Oye, inspectora —dijo la doctora A. Daba vueltas a una bolsa que sostenía ante la brillante luz blanca.

Kim se volvió.

—¿Sabías que la mano humana es inquietantemente similar a la pata delantera de un oso?

—Vaya problema, si estuvieras buscando a Yogui —dijo la detective.

La doctora A frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nada, nada —dijo Kim. Algo que no vale la pena.

—Ajá, tenía esperanzas de verte —exclamó la doctora A al hueso que tenía en la mano.

Todas las señales de fatiga se habían ido de esta mujer que se movía frenética por la habitación.

Kim la entendía bien. Los avances eran una recarga de energía, y a ella le ocurría lo mismo. El movimiento hacia delante venía con su propia inyección de adrenalina.

La doctora A se puso a un lado del esqueleto número dos y depositó la bolsa en el área de la pelvis. Asintió hacia nadie en particular.

Kim sabía que en la pelvis estaban las pistas más eficaces para sexar un esqueleto.

—A partir de algunos surcos en el cráneo, ya sospechaba que el número dos era un varón, pero esta pelvis encaja. Definitivamente, era un hombre.

—¿Edad? —preguntó Kim esperanzada.

—El hueso pierde calcio y se hace menos denso con la edad. Si descartamos factores tales como la desnutrición o la osteoporosis, yo diría que este hombre tenía entre treinta y cuarenta años en el momento de su muerte.

Kim memorizó la información. Penn podría ponerla en la base de datos y buscar coincidencias.

La doctora A se situó al pie de las camillas, entre Jacob James y la víctima dos.

—Estas dos almas están casi completas, así que tengo la esperanza de que el resto de los huesos nos ayuden con la última.

La detective miró hacia la camilla tres y, en silencio, aplaudió el optimismo de la doctora A.

La doctora A siguió su mirada.

—En cuanto hayamos terminado con los huesos, comenzaremos con la extracción del ADN.

Kim asintió en señal de que lo entendía. El único problema era que necesitarían a alguien para establecer una conexión genética. Suspiró hondo. Estas víctimas no estaban soltando sus secretos con tanta rapidez como ella habría querido.

—Vale, doctora, entonces… —Kim dejó de hablar y se detuvo al pasar junto a un mostrador que estaba a la izquierda de la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó. Marina estaba sacando una bolsa de pruebas que tenía el tamaño de una tarjeta de crédito.

Marina se la entregó. La detective la sostuvo contra la luz.

Era un pedazo de papel con forma de triángulo.

Capítulo 64

Bryant esperó a que los tres estuvieran sentados antes de hacer el intento de llamar la atención de Stacey. Ella no lo había mirado ni una sola vez.

Ya suponía que su compañera seguiría cabreada, pero, el negarse a mirarlo significaba que no se había calmado ni una pizca, siquiera. Pensó en flores, incluso en chocolates, y, aun así, tenía claro que cualquier esplendidez no sería recibida como él habría querido.

Quedaba una sola manera de resolver este problema.

—Stace, quiero disculparme por no haberte brindado el respecto que mereces como agente de la policía y detective. —Finalmente, ella se volvió a él.— No volverá a suceder —continuó—, pero, de verdad, necesitamos tu ayuda en este caso.

Ella asintió en señal de aceptación y miró a Dawson.

—Ídem —dijo él, distraído.

Bryant negó con la cabeza, pero captó el guiño que él dedicó a su compañera.

—Vale. Woody nos ha puesto en contacto con un experto de la casa Lloyd para que hablemos con él. Es el inspector Frederick Windsor, be, ese, ce, hons., dice aquí —dijo, leyendo las abreviaturas que venían enseguida del nombre.

—Síííííí, vayamos a ver al tipo blanco de mediana edad para que nos enseñe todo acerca de los crímenes de odio —dijo Dawson, mordaz.

Stacey rio entre dientes y parte de la tensión desapareció de su rostro.

Pero, demasiado rápido, ahí estaba de vuelta.

—Stace, ¿puedes investigar los antecedentes de nuestras víctimas? Es posible que tengamos tres ataques aleatorios que, por mera coincidencia, sucedieron en el espacio de una semana; o bien, que haya algún vínculo en algún lugar. —Ella asintió.— De verdad, adéntrate en Brandon *Bubba* Jones. Era expansivo. Podría ser interesante ver qué tipo de atención estaba captando en las redes

sociales.

—Ajá —dijo ella.

—Y ahora dejaré de decirte cómo tienes que hacer tu trabajo —continuó—. En cuanto hayamos terminado con nuestro experto, quiero que vayas a ver a las familias. Empieza desde el principio e interrógalas a todas otra vez. —Le entregó una hoja de papel.— E investiga un poco a esta joven.

—¿La víctima del ataque con ácido? —preguntó ella.

Bryant asintió.

—Ayer murió a consecuencia de las heridas. Derby está tratando esto como un asesinato de honor, pero averigua si molestó a alguien en las redes sociales.

Se volvió a Dawson.

—Esta mañana estás inusualmente callado, ¿qué pasa?

—Sigo pensando en la cicatriz que mencionó Aisha Gupta. Siento que ahí hay algo, en el fondo de mi...

—¿Qué cicatriz? —preguntó Stacey, y frunció el ceño.

—Aisha dijo que el hombre que la acosó tenía una cicatriz. Aquí, justamente —dijo, señalándose el pómulo—. Y hay algo en mi...

—Justin Reynols tenía una cicatriz justo en ese lugar —indicó ella.

—¿Quién es Justin Reynolds? —preguntó Bryant. El nombre no le sonaba familiar.

—Eso es, Stace —dijo Dawson, y dio una palmada en el escritorio como si él hubiera hecho la conexión.

Se volvió a Bryant.

—El adolescente que se suicidó hace unos días. Stace y yo cubrimos el incidente.

Se dirigió ahora a Stacey.

—No alcanzo a ver que haya alguna conexión, ¿pero tú podrías...?

—Investigaré un poco —dijo ella, y echó un vistazo a su ordenador.

—Venga, comencemos —dijo Bryant. Cogió su chaqueta.

Dawson se puso de pie y Bryant le arrojó las llaves.

—Arranca el motor y escoge una emisora de radio.

Una de las numerosas cosas sobre las que discutían era si poner Radio One o Radio WM.

Dawson sonrió y Bryant advirtió lo mucho que administrar un equipo se parecía a criar a un hijo: disciplina y recompensas.

—Oye, Stace, lo que te dije era en serio. Me equivoqué y lo lamento.

Ella le ofreció una débil sonrisa.

—Y yo también hablaba en serio cuando te pedí que lo superáramos y pasáramos página.

Desde la puerta, el detective echó un rápido vistazo atrás. Stacey tenía la cabeza apoyada entre las manos.

Capítulo 65

Kim se detuvo en la acera, frente a la casa de Travis, y respiró hondo en preparación para la guerra que se avecinaba. Tuvo visiones de su exhalación circulando dentro del coche y aislándola ante su pasajero.

Él solía aparecer a los pocos segundos de su llegada.

Kim detectó el movimiento en la cortina e hizo la cuenta atrás desde tres.

Al llegar al uno, la puerta se abrió, pero quien apareció no era Travis.

La esposa estaba de pie junto a la puerta, con un cárdigan sobre los hombros y expresión ansiosa.

Inmediatamente, en cuanto la mujer empezó a caminar hacia la calle, Kim se bajó del coche. Se encontraron en el camino de entrada.

—¿Está todo bien, señora Travis?

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada mientras se tocaba una fina cadena que llevaba al cuello.

—¿No, no todo está bien? —quiso aclarar Kim.

—No, no soy la señora Travis —dijo. Tragó saliva y miró alrededor, como si la hubieran pillado en algo—. ¿Puede entrar un momento?, ¿tiene tiempo?

Kim trató de ocultar su confusión. Había visto al hombre abrazar a esta mujer cada mañana.

—¿Tom está en casa? —preguntó mientras seguía a la no señora Travis a través de un muy ordenado porche.

—No, salió temprano. Dijo que tenía que preparar algunas cosas antes de la reunión informativa.

Él no se había molestado en decírselo y Kim se tuvo que tragar la molestia. Ni siquiera le había mandado un sencillo mensaje de texto.

Se detuvo en el umbral del pasillo.

—Lo siento, ¿pero qué estoy...?

—Espero que no le moleste, pero creo que hay algo que usted debería ver.

El temblor en la voz de la mujer hizo que Kim cerrara la puerta y

la siguiera hasta el salón.

Para su sorpresa, la habitación era elegante, en tonos salmón y crema. El sofá esquinero era de terciopelo y tenía un par de cojines sueltos. Un sofá de una pieza terminaba en un sillón reclinable, ocupado por una mujer de cabello castaño y aspecto agradable. Era sorprendente lo que se parecía a la mujer que seguía de pie en la entrada.

—Le presento a la señora Travis —dijo tranquila—. Es Melissa, la esposa de Tom, y yo soy su hermana, Carole.

Melissa sonrió cálidamente.

—No me dijiste que Frannie iba a venir hoy, Carole —dijo. Daba palmadas en el asiento de al lado.

—Perdona, cariño, lo olvidé. Pero necesito que Frannie venga primero a ayudarme con algo de la cocina —dijo Carole.

Kim la siguió de regreso al pasillo.

—Frannie es la hija de Tom y Melissa. Murió en la cuna en 1998 —le explicó.

Kim sintió que la tristeza le llenaba el corazón mientras seguía a Carole a través de la casa. No sabía nada de esto. Tom hablaba muy poco de su vida privada, al igual que ella.

—¿Puedo preguntarle qué…?

—Melissa padece un alzhéimer prematuro congénito. Es la forma más agresiva de la enfermedad y puede empezar a los treinta años o a los cuarenta; a veces, incluso, a los veintitantos. Los síntomas de Melissa empezaron cuando tenía cuarenta y tres: olvidos normales y dificultades para completar las tareas domésticas.

»Durante meses, se las arregló para ocultárselo a Tom. Nuestro padre la padeció, ya ve. Murió solo dos años antes de que los síntomas de Melissa empezaran a revelarse. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.— Ya sabía lo que le esperaba».

Kim sentía la necesidad de estirar la mano y tocar el brazo de la mujer. Si esta enfermedad era hereditaria, Carole estaría viviendo día a día con el mismo miedo.

—En un momento dado, ya no se lo pudo ocultar. Un día, Tom regresó a casa y la encontró en el sofá, angustiada, porque no podía recordar dónde se ponía la tetera.

Kim se pasó las emociones por la garganta.

—Él le prometió que lo superarían. Sería su memoria siempre que fuera posible. Discurrió toda clase de listas, instrucciones y recordatorios para ayudarla a superar cada día.

Kim no dijo nada.

—Solo quería que usted lo supiera —dijo con amabilidad—. Recuerdo cuando trabajaban juntos. Él la respetaba. Sé que tuvieron

una pelea de algún tipo, pero es un buen hombre.

—Un hombre que me odia —observó Kim.

Carole sonrió.

—No la odia. Es lo que prefiere fingir. Es lo que él quisiera, y no me malinterprete. Pero hay una parte de Tom, una que ni siquiera está dispuesto a admitir ante sí mismo, que ha estado disfrutando de trabajar con usted esta semana.

Los ojos de la mujer estaban colmados de emoción.

Kim podía entenderla.

—Usted lo quiere, ¿no es así?

La sonrisa desapareció, pero no la ternura.

La mujer se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia. Es mi cuñado, Melissa es mi hermana.

Kim pensó en los incómodos abrazos que cada mañana había presenciado delante de esa casa.

—Y él la quiere a usted —dijo.

Con la mirada, la mujer le dijo que lo sabía, pero que eso tampoco cambiaba nada.

—Ya se lo he dicho: es un buen hombre.

De repente, la carpeta de cuero cobró sentido. Escribía todo. Por si acaso.

Algo más empezaba a tener sentido.

—Carole, ¿cuánto tiempo hace que diagnosticaron a Melissa?

—Cuatro años y medio —dijo.

Kim le dio las gracias y se dirigió a la salida para que la rabia no se le notara.

Se quedó sentada en el coche un minuto antes de que la escena final se reprodujera en su mente.

En ese entonces, no tenía a Bryant cogiéndole las riendas, tranquilizándola, ayudándola a entrar en razón, exhortándola cuando era demasiado impetuosa.

Y ahora le quedaba claro lo que había hecho.

Porque, en este momento, todo tenía sentido.

Capítulo 66

Stacey se frotó la frente, tratando de liberar la tensión.

¿Por qué diablos no se había sincerado sobre el asunto de Justin Reynolds cuando tuvo la oportunidad? Se había quedado tan sorprendida con esa alusión de Dawson a la cicatriz que soltó el nombre en voz alta. No quiso que su compañero hiciera la conexión por su propia cuenta y le preguntara, después, por qué ella no lo había notado.

Esta situación se estaba volviendo demasiado complicada para continuar.

Entendía que sus colegas estaban investigando crímenes de odio y que Justin Reynolds, sin duda, había sido un racista, pero había miles de chicos como Justin Reynolds flotando por todas las redes sociales. Podría no estar relacionado con el caso. Y la referencia a la cicatriz no habría sido más que una coincidencia. No tenía nada que ver con Justin. No era posible.

Pero estaba cada vez más convencida de que tenía que dejar atrás el asunto de Justin Reynolds. Tras la publicación de un mensaje particularmente ofensivo desde su cuenta ficticia, la gravedad de lo que había hecho estuvo a punto de provocar que el cereal se le atascara en el fondo de la garganta.

Sus instintos se habían equivocado a resultas de lo poco ocupados que los tenía. Había dado a sus sentidos la oportunidad de descontrolarse, y el resultado era desastroso. No había aprendido nada.

Y, en ese proceso, también se las había arreglado para perder un objeto que no le pertenecía. «Buen trabajo, Stace», se felicitó a sí misma.

Había tomado la decisión de sincerarse con su jefa en cuanto ella estuviera de vuelta. Simplemente hablaría con franqueza, le explicaría lo que había hecho y los motivos, y asumiría las consecuencias.

Con la decisión tomada y el plan de acción ya formado, apartó el móvil y se concentró en los cuatro nombres que tenía anotados en su

libreta:

Henryk Kowalski
Brandon Bubba Jones
Aisha Gupta
Shay Chakma

Era hora de hacer lo de siempre: trabajar de forma metódica y pragmática. Empezaría con la primera víctima y avanzaría a partir de ahí.

Introdujo en Google el nombre de Henryk Kowalski en el momento mismo en que su móvil vibraba sobre el escritorio.

Maldita sea. Se percató de que seguía conectada a su cuenta ficticia después del último artículo que había publicado durante el desayuno.

Deslizó el dedo por la pantalla e hizo clic en la notificación.

Floda acababa de enviarle una solicitud de amistad.

Capítulo 67

Kim entró a la reunión informativa deslizándose y se sentó al fondo de la sala. A pesar del impulso, todavía no confiaba en sí misma lo suficiente para hablar con Travis.

Él se situó al frente de la sala y colgó la chaqueta en el respaldo de una silla desocupada. Se puso a caminar frente a los tableros, de un lado al otro.

Había cinco cuerpos inclinados hacia delante, a la espera, interesados.

—De modo que necesitamos un motivo para mantener a Jeff Cowley bajo custodia. Sabe más de lo que ha admitido saber.

—¿Tendremos que interrogarlo de nuevo, jefe? —preguntó Johnson.

Kim pensaba en un «sí» y Travis asintió. Una noche bajo custodia podría haberle aflojado la lengua.

—Vale la pena ver si se quiebra. Pregúntale sobre su hija; parece ser un punto particularmente sensible. —Johnson asintió y escribió algo.— Gibbs, localiza a Fiona Cowley. Averigua dónde está y háznoslo saber. Creo que tendremos que volver a hablar con ella. Está encubriendo a alguien de su familia y necesitamos saber a quién.

—Vale, jefe —contestó él.

—Gibbs, quiero que te pongas a trabajar con Lewis en la identificación del segundo hombre de la morgue, de quien te acabo de dar los detalles.

La noche anterior, al salir de la morgue, Kim le había enviado a Travis, por mensaje de texto, la información básica que había obtenido de la doctora A con respecto a la segunda víctima. Como era habitual, él no había respondido, así que esta era la primera confirmación de que su compañero había recibido el mensaje.

La mirada de Travis hacia Kim atrajo la atención del equipo y reveló su presencia.

Ella asintió como respuesta.

—Lynda, ¿podrías llamar al hospital para ver si Billy Cowley ya ha

redescubierto su voz? —dijo él—. Y quiero que trabajes con Johnson en tratar de identificar una furgoneta azul en el área de nuestro accidente de tráfico. La víctima alega que dos tipos trataron de secuestrarlo.

Lynda frunció el ceño.

—Jefe, la señora Umgabe, a quien me enviaste a ver el otro día, ha dicho exactamente lo mismo. Sin embargo, no estamos más cerca de rastrear la furgoneta.

—No lo sueltes, Lynda. Son dos intentos en una semana. Sin importar lo que pretendan, pronto les sonreirá la suerte. Y consulta otra vez a los uniformados, refréscales la memoria. Podemos olvidarnos del conductor de la furgoneta de reparto, puesto que los agentes de trafico han descartado el exceso de velocidad; ya ha quedado fuera de esto. Sin embargo, quiero que los testigos sean interrogados otra vez hasta que averigüemos cómo esa pobre mujer fue a dar delante de la furgoneta. Este asunto ha dejado de ser un accidente callejero para convertirse en un secuestro potencial y un asesinato culposo.

Lynda se dio la vuelta y empezó a hacer anotaciones.

Travis asintió hacia Penn.

—Y creo que la inspectora detective tiene un regalo para ti.

Kim se puso de pie y sacó la fotocopia que llevaba en el bolsillo.

Penn echó un primer vistazo al papel, y luego, al tablero.

—¿Es una parte de la nota?

Kim asintió.

—Eso creo. Está descolorida y sucia, pero tal vez podrías sacar algo más de aquí.

Él se frotó las manos febrilmente.

—Qué guay, gracias.

—Y Wilma se queda con Lynda hoy —dijo Travis, que trasladaba la planta a través de la sala.

—Gracias, jefe —dijo ella, y la colocó junto a una foto de un cachorro de gran danés.

Los cuerpos comenzaron a levantarse y a moverse a medida que la energía y el propósito se afianzaban.

—¿Estás lista? —dijo Travis detrás de Kim. Ella asintió y lo siguió hacia la salida.— Y gracias por darme hoy la oportunidad de conducir mi propia reunión informativa —dijo con agudeza.

Ella solo esperaba estar en el coche.

Entonces llegaría su turno.

Capítulo 68

Bryant tenía que reconocer que la casa Lloyd, ubicada en Colmore Circus, en Queensway, tenía que ser uno de los edificios más feos que había visto en su vida.

El cuartel general de la policía de las Tierras Medias Occidentales residía en una simple caja rectangular de once capas superpuestas, con ventanas idénticas y hormigón, que se elevaban hasta el cielo.

Las puertas giratorias los dejaron en un espacio diáfano de madera clara y vidrio, con un mostrador de recepción circular que a Bryant le recordaba un gimnasio.

Mientras Dawson hacía las presentaciones, Bryant se imaginaba la primera impresión de la comisaría de Halesowen. El viejo Jack, el pobre sargento recepcionista, condenado a mirar durante el turno completo su propio reflejo en los cristales reforzados. Pero, desde luego, esta no era una comisaría; este era el cuartel general.

Transitaron a través de los detectores de metal y se dirigieron a la segunda planta.

En lo alto de las escaleras había un rótulo. Siguieron la flecha hacia los servicios de inteligencia y estuvieron a punto de pasar de largo una puerta a la derecha. Ahí estaba la placa con el nombre de la persona a quien buscaban.

Dawson dio dos golpes en una puerta que se abrió de inmediato, como si la persona que estaba del otro lado los estuviera esperando. Y, cuando quedó completamente abierta, Bryant entendió por qué. El escritorio y la silla habían sido metidos a la fuerza en un despacho pequeño que también contenía pilas de dos metros de altura de cajas de cartón para almacenamiento. El viaje de la silla a la entrada había sido muy corto.

—Fred —dijo el hombre, y les tendió la mano. Era cinco centímetros más bajo que el metro ochenta y tres de Bryant. Sobre una expresión rubicunda y encendida, lucía una mata rala de cabello rubio.

Dawson hizo las presentaciones.

—Si no les importa, bajaremos a la cafetería. Ahí podremos sentarnos con comodidad.

El hombre giró la cara hacia la izquierda de Bryant y este le siguió la mirada. Era evidente que buscaba algo. Bryant se apartó un paso cuando el hombre lo rodeó para coger una única muleta.

—¿No prefiere quedarse...?

—Es una lesión permanente, pero gracias por su preocupación —dijo con toda naturalidad.

Bryant sintió que algo se liberaba en su cerebro cuando todos salieron de ese pequeño espacio. Dio unos cuantos pasos hacia delante y caminó lado a lado con ese hombre, que se movía notablemente bien.

Las mangas de la camisa recogidas revelaban una serie de cicatrices a lo largo del brazo, como quien lleva una cuenta. Bajo cierta presión, Bryant habría dicho que eran cortes de hoja de afeitar.

Maldijo su propio despiste.

—Usted es Fred Windsor, ni más ni menos —dijo. Dawson frunció el ceño—, quien hace diez años estuvo en manos de la banda racista Orgullo Nacional.

—Once, para ser exactos, y sí, ese soy yo.

Bryant se sintió mal por haber supuesto, allá en la comisaría, que este hombre no tendría nada que ofrecerles.

Ahora lo recordaba claramente. Durante años, Fred Windsor había trabajado furtivamente con el grupo racista, ganándose su confianza, asimilando sus planes, conociendo sus motivaciones. Dos meses antes de retirarse, fue denunciado por alguien a quien, como policía, Windsor había detenido por robar en una tienda. El grupo lo mantuvo cautivo durante seis días, torturándolo y humillándolo. Le destruyeron ambos tobillos para asegurarse de que nunca más volviera al servicio activo.

—¿Y las cicatrices? —dijo Bryant, incapaz de apartar la mirada mientras Dawson empujaba la puerta de la cafetería.

—Una por cada día que les mentí —dijo secamente.

—¿Y durante cuánto tiempo trabajó encubierto?

—Setecientos veintidós días, exactamente.

Bryant no quería ni pensar lo que el hombre escondía bajo la ropa.

—Señor Windsor, estoy...

—Oye, sigo siendo Fred —apuntó sonriendo.

—Vale, Fred, déjame invitar a las bebidas —ofreció Bryant.

—Siéntate —dijo—. La encantadora Sophie estará aquí en un segundo.

Ya los había descubierto una joven delgada y pelirroja que, vestida de mono azul liso, caminaba hacia ellos llevando una pequeña libreta.

—¿Inspector? —dijo.

Él puso los ojos en blanco.

—Fred, por favor, solo Fred. Yo quiero lo de siempre, ¿y...? —miró a los otros dos.

—Estamos bien. Solo te quitaremos unos minutos.

—Si vuestra intención es entenderlo todo, sargento, vais a necesitar más de unos minutos. Os sugiero que pidáis algo de beber.

—Café con leche —dijo Bryant.

—Zumo de naranja —dijo Dawson.

—Gracias —dijeron al unísono.

—Vale, empecemos. La hostilidad del delincuente, en los crímenes de odio, es estimulada por lo que este percibe en la víctima en cuanto a origen étnico, raza, nacionalidad, religión, orientación sexual, discapacidad o género.

Dawson asintió.

—Sí, sí, nosotros...

—Joven, si tuviera que concentrarme en lo que quizás sabéis o quizás no sabéis, pasaríamos varios días aquí. Lo mejor será que simplemente os diga lo que he averiguado en mis veintidós años de experiencia, y después podréis diseminarlo a vuestro antojo.

Con un movimiento de cabeza, Bryant lo invitó a continuar. La leve reprimenda hacia Kev era totalmente merecida.

—Tener prejuicios no es un delito. Para que haya un crimen, tienen que darse dos componentes: el delito mismo, como podría ser un ataque o un acoso, y la prueba de que los actos del perpetrador están motivados por sus prejuicios con respecto al grupo a quien la víctima representa.

»La mayoría de los crímenes de odio se dirigen a individuos que pertenecen a grupos sociales históricamente sujetos a tratamientos discriminatorios institucionalizados... Pero dejemos ese asunto para otra ocasión.

»También hay crímenes de odio contra criminales de odio: niños indios que golpean a niños negros, niñas judías que atacan a góticos».

Bryant movió la cabeza de un lado al otro.

—Pero ¿dónde empieza todo, Fred?

—Suele empezar con abusos de poca monta: palabras, chismes maliciosos, miradas intimidatorias, repudio y arrinconamiento... De ahí hasta los ataques violentos y el homicidio.

—¿Cómo se pasa de los insultos al asesinato? —preguntó Dawson —. A todos los niños les dicen cosas crueles en el cole. Es un caldo de cultivo para el aislamiento, pero ¿cómo puede esto convertirse en algo particularmente dirigido en contra de las minorías?

Windsor sonrió y, al mismo tiempo, negó con la cabeza.

—La aversión racial no es como molestar a un niño en el cole porque es gordo.

Bryant notó que Dawson se estremecía. Fred no podía haber ofrecido un ejemplo más cercano para su colega.

—Tenemos que considerar los factores socioeconómicos. Las generaciones sucesivas de residentes blancos crean ambientes hostiles para los residentes de las minorías étnicas. Sumemos aquí a los grupos, incluso a los partidos políticos, que diseminan el odio. En este país, tenemos al Partido Nacional Británico, la Liga de Defensa Inglesa, Combat 18. Algunos funcionan como partidos convencionales para ganar poder en las urnas. Entre estos está el Partido Nacional Británico, por ejemplo. Otros se inclinan por actividades callejeras, como la Liga de Defensa Inglesa. Lo que todos tienen en común es la intolerancia.

»Todos promueven la xenofobia. Quieren que los pobladores teman a los extranjeros. —Hizo una pausa y miró a los dos detectives. — Así que, ahora que entendemos algunas de las áreas de donde proviene el rencor, ¿vais a preguntarme qué clase de personas cometen este tipo de crímenes?».

Ambos asintieron con entusiasmo.

—Y aquí es donde tenemos nuestro primer problema.

Capítulo 69

¿Por qué coño no me contaste lo de tu esposa, Tom? —gritó Kim dentro del coche.

Tenía planes de empezar a hablar en cuanto estuvieran fuera del aparcamiento, pero su boca no leyó el memorando.

Él tartamudeó como un coche de treinta años.

Kim no podía esperar a que Travis pusiera orden en su boca.

—La conocí y...

—No toques el tema, Stone, te lo advierto —dijo en cuanto encontró su voz.

Ella puso la marcha atrás y enfiló la salida del aparcamiento.

—¿Y a dónde piensas ir, Tom? —le preguntó. Ni siquiera él era tan estúpido como para tratar de escapar bajándose de un coche en movimiento.

—No es asunto tuyo, joder —dijo furibundo.

—Vaya que lo es, Tom. Los rumores de lo que ocurrió en ese entonces también me han perseguido a mí.

—Eso no afectó mi trabajo —dijo él.

—Y una mierda —gritó ella.

—Yo no tuve nada que ver con... lo que sucedió.

—¿Por qué sigues mintiendo? Fue hace cuatro años y medio, ¿o no? Exactamente el mismo tiempo que...

—No quiero hablar del asunto —gruñó.

—Ah, pero hablarás —dijo ella. Entraron en el aparcamiento de un centro de jardinería—. Me he cuestionado todo lo relacionado con ese día, Tom. Todo —siseó.

Él no quería mirarla, y ella sabía por qué.

—Vamos a ventilarlo, Tom. Fuiste demasiado rudo con ese chico. Tenía quince años y lo estuviste empujando por todos lados como si fuera un boxeador profesional.

—Estaba vendiendo drogas. A niños.

—Lo sé, carajo, pero no elegimos a quién enfrentarnos para comportarnos como unos profesionales, y lo sabes. O, por lo menos, lo

sabías antes de ese día.

—Al final, el chico habló —dijo en su defensa.

—No porque lo hubieras maltratado. Habló porque su madre le dio una buena hostia en la oreja y lo obligó a decir la verdad.

Él se volvió a Kim con ojos acusadores.

—¿Por qué no me delataste?

—Porque sabía que algo andaba mal. Evidentemente, tú...

—No por eso, Stone, sino por lo otro. Lo que ocurrió después.

Y ahí estaba. Ahora sí que estaban llegando a alguna parte.

—¿Te refieres a cuando te cuestioné por lo del chico y me diste un puñetazo en la boca?

El recuerdo del dolor no tenía nada que ver con el labio.

La vergüenza afloró en la cara de Travis, pero él no le despegó la mirada.

—Venga, ¿por qué no denunciaste mi agresión? ¿Tenías algo conmigo? —la acusó.

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No, era evidente que algo no andaba bien.

—Supéralo, Stone. Eras joven y ambiciosa. Te echaste esa información al bolsillo para usarla en algún momento, ¿no fue así?

Ella dejó que el todo horror apareciera en su rostro.

—¿Eso es lo que crees, de verdad?, ¿o es lo que te has dicho que deberías pensar? —preguntó.

—Usaste ese incidente para subir un escalón. Con tus amenazas, me obligaste a tomarme un tiempo libre. No me dejaste ninguna alternativa.

—Necesitabas ese tiempo para tomar distancia, para enfriar la cabeza, para poner en orden lo que sea que te estuviera molestando.

—Yo no quería tiempo libre. Quería hacer mi puto trabajo —dijo furioso, y golpeó el salpicadero.

—Era importante que estuvieras en tu casa —dijo Kim.

—No tiene ningún sentido que lo digas ahora. No sabías nada de lo de Melissa. Solo me querías fuera de tu camino. Querías acelerar tu propia carrera a mis expensas. Sabías que la baja por enfermedad contaría en mi contra.

—¿Puedes siquiera oír lo que estás diciendo? —gritó incrédula—. Agredir a un adolescente y golpearme habría contado mucho más, en caso de que yo hubiera querido afectar tu ascenso, Tom. Te tomaste la licencia...

—No me dejaste otra puta alternativa —gruñó.

—Regresaste a las dos semanas y ni siquiera podías hablarme. Los dos fuimos a por el ascenso y tú fallaste. Joder, Tom, hemos subido de rango juntos. Tuviste mi voto para convertirte en inspector detective,

y, nadie, ni un alma, ha oído de mí lo que sucedió con ese chico ni lo que ocurrió después, en el vestuario.

El silencio se posó entre los dos.

—Nunca entenderé por qué no me dijiste lo que estaba sucediendo —dijo ella.

—Y yo todavía no sé por qué no me acusaste —dijo él en voz baja.

Ella puso el coche en marcha y salió del aparcamiento.

—No lo entenderías si te lo dijera.

—Inténtalo —pidió él—. Si no fue para impulsar tu propia carrera o para tener algo con qué tenerme bajo control, ¿por qué no presentase una queja formal?

Sentía el dolor como si todo hubiera sucedido ayer. El modo en que él la miraba cuando estuvo de regreso; la manera en que la trataba; los rumores que él había esparcido acerca de la inescrupulosa ambición de Kim.

Ella se había guardado los dolores y había respondido con lo único que le quedaba: la verdad.

—Si no te denuncié, Tom, fue porque pensé que éramos amigos.

Capítulo 70

Dawson era incapaz de sacudirse la desesperanza que lo inundaba cada vez que Fred Windsor abría la boca.

Hubo un tiempo en que pensaba que no había más que un tipo de racista, y la imagen estaba claramente definida en su mente: cabeza rapada, tatuajes y una esvástica en algún lugar. Su valoración inicial de Gary Flint había quedado influenciada por el respetable aspecto exterior del hombre. Al principio, los instintos de Dawson habían puesto en duda que unas amenazas tan viles pudieran provenir de un hombre como él.

Fred prosiguió:

—Tenéis que entender que los criminales de odio tienen diferentes edades, educaciones y antecedentes familiares. También difieren sus motivaciones subyacentes y la clase de odio que expresan. Tenéis tanto criminales en serie como perpetradores de una sola vez. No existe un perfil simple del criminal de odio. Las clases más educadas, así como las clases medias, están bien representadas en el movimiento.

Semejante perspectiva aterrorizó a Dawson.

—En algún tiempo, los artífices del odio tenían que pararse en las esquinas a repartir folletos. Ahora, los extremistas usan las redes sociales más importantes. La internet es un recurso invaluable. Mucho más insidiosa es la posibilidad de algunos de afiliarse psicológicamente a los grupos de odio sin unirse físicamente a ellos ni asistir a las reuniones formales. La internet hace el odio mucho más fácil.

—Pero ¿cómo es posible que una persona normal, razonable y educada se convierta al racismo? —preguntó.

Fred le sonrió.

—Estás asumiendo que todos los perpetradores son «convertidos» por algún grupo de odio —expuso—. Hay familias que han ido criando y entrenando a sus niños desde que nacen.

»El período entre los cuatro y los diez años ha sido identificado

como el momento óptimo para producir un racista peligroso, si el niño es sometido a ideas prejuiciosas. La gente no nace intolerante; se hace. No voy a aburrirte con todas las teorías del aprendizaje social y tal, pero casi un cuarenta por ciento de los criminales de odio tienen menos de veinticinco años. Así que las pruebas sugieren que el delincuente más común es un adolescente o un adulto joven que actúa dentro de un grupo por pura emoción.

»El segundo grupo en orden de importancia es el de los que llamamos "defensivos", que abarcan alrededor de la cuarta parte de los incidentes. Aquí están los crímenes de odio cometidos para proteger un barrio».

—Son tantos los tipos de motivaciones —observó Bryant.

Fred asintió y continuó con su explicación:

—El tercer conjunto es el de los delincuentes de odio por represalia. Generalmente, viajan hasta el territorio de la víctima para vengarse de un incidente previo.

—Y luego están los infractores con una «misión». Son los odiadores completamente comprometidos, quienes, por lo común, se inclinan hacia la extrema derecha. Su lealtad hacia un sesgo ideológico es mucho más fuerte que la de los otros tres. Representan el porcentaje más pequeño, pero son los más peligrosos. Los delincuentes con misión van en serio.

—Pero ¿estás diciendo que estos grupos están formados por personas totalmente diferentes: gente educada, miembros destacados de la sociedad y gamberros? —preguntó Dawson.

—Y todo lo que quepa entre esos extremos, sargento. Hemos llegado a entender que los grupos pueden constituirse con cuatro conjuntos de personas, especialmente cuando se trata de delitos de odio emocionantes: tienes a un líder que, generalmente, es un delincuente con misión; después, al compañero de viaje que se le une, al participante no convencido y, potencialmente, al héroe que quiere detenerlo todo.

Bryant se apoyó en el respaldo y negó con la cabeza, aparentemente abrumado por la información que se le agolpaba en el cerebro.

—Y luego tienes al lobo solitario in extremis, como Anders Behring Breivik, que mató a sesenta y nueve personas en la isla de Utøya, en Noruega. Y ya había asesinado a otros ocho antes de llegar a la isla. —De repente, Fred se volvió hacia Dawson.— Si has de llevarte algo de esta reunión, que sea esto: mientras sigas aferrado a tus estrechos puntos de vista con respecto a la apariencia de un criminal de odio, van a morir más personas. Y acuérdate de lo que te digo.

Capítulo 71

Kim no estaba segura de si se estaba imaginando esa paz a regañadientes que se había establecido entre los dos. A pesar del silencio, parecían haberse diseminado algunas esporas de hostilidad.

Nunca había hablado a nadie nada de lo que había acontecido en el vestuario ni de los sucesos que habían llevado a aquel desenlace. Ese había sido un día totalmente insólito para el hombre que estaba junto a ella; y Kim sabía que algo le ocurría. Venía con un estado de ánimo pensativo y contenido, hasta que aquel quinceañero engreído le escupió. La mayoría de los agentes de policía que Kim había conocido preferían recibir un golpe que un escupitajo. Pero eso no justificaba que su colega planchara al chico contra una pared y se pusiera a golpearlo en el vientre. Y habrían caído más golpes, si Kim no hubiera actuado a tiempo. Los refuerzos aparecieron a los pocos segundos. Él se había negado a dar cualquier explicación mientras los dos iban en el coche a la comisaría.

De haber sabido la verdad, quizás no lo habría seguido hasta el vestuario, exigiéndole respuestas. Probablemente le hubiera concedido el espacio que él le pedía, el espacio por el cual él suplicaba, antes del latigazo.

Aparcó el coche y, en lo que se estaba convirtiendo en un patrón familiar, Travis empezó a alejarse antes de que ella cerrara las puertas.

Pero, dos pasos más adelante, él se detuvo y esperó.

—Escucha, con respecto a...

Las palabras se perdieron cuando el teléfono de Kim empezó a sonar.

—Estamos en camino —dijo Kim después de haber leído el nombre de la doctora A que destellaba en la pantalla.

—¿Dónde, exactamente? —preguntó la médica, sin aliento.

—Voy caminando hacia el hospital —dijo Kim.

—Entonces te sugiero que dejes de caminar y eches a correr.

—Mira, Stone, hay algo que necesito decirte...

Y, por mucho que ella quisiera escuchar lo que Travis tenía que

decirle, tendría que esperar.

La petición de la doctora A era urgente.

Capítulo 72

18 de octubre de 1989

Jacob no había oído nada desde que a Devorah se la llevaron de la habitación.

Según sus cálculos, había pasado alrededor de una hora, pero el tiempo estaba haciendo cosas extrañas en su cabeza. La oscuridad que lo rodeaba parecía haber infectado su mente, habérsele metido por los oídos y haberle dejado una oscura bruma de confusión.

Desde que le dieron el agua con droga, no había bebido nada, y ahora tampoco tenía claro cuándo había comido por última vez. Lo único de lo que podía estar seguro era de que su cuerpo se estaba rebelando contra él: el agotamiento, el hambre y el miedo habían carcomido hasta el último gramo de energía que le quedaba en los músculos. Aun así, sabía que debía estar preparado para cualquier oportunidad que pudiera presentarse.

En algún momento vendrían a por él, y tenía que estar listo.

Se esforzó hasta ponerse de pie y sacudió las piernas, una después de la otra. Subió las manos encadenadas por encima de la cabeza para estirar la espalda y los hombros.

Levantó la rodilla derecha hasta la mejilla en un intento de sacudir la fatiga de los músculos.

Se imaginaba las películas de Rocky, donde Sylvester Stallone entrenaba para la gran pelea usando cualquier método básico a su disposición. Lo único que él tenía era un suelo y cuatro paredes. ¿Cómo podía preparar el cuerpo para una pelea en un cuadrilátero?

Podía moverse. Eso era, se dijo a sí mismo. Podía caminar, doblarse, flexionar los músculos, estirarlos. También podía no hacer nada.

Caminó hacia delante en la oscuridad.

Su pie derecho dio con algo en el suelo. Jacob extendió los brazos, tratando de tocar lo que tenía enfrente. No había nada; no había

chocado con la pared.

Su mente registró que el objeto no era duro ni estaba frío, como los muros de ladrillo que lo rodeaban. Era tela.

Movió los pies alrededor, como acariciando el objeto.

Había algo sólido debajo de la tela. Lo empujó con los dedos del pie.

Nada.

Se puso de rodillas y empezó a palpar a su alrededor. Sus manos aterrizaron en algo bajo la tela. Apretó.

—Ay no —susurró en la oscuridad.

Avanzó a tientas hasta el extremo del material.

Tocó un dobladillo cosido en la parte inferior de la pernera de un pantalón, y después, piel.

El estómago ascendió hasta la garganta de Jacob y su mente se topó con una posibilidad horrenda.

—¿Devorah? —musitó. No hubo respuesta—. ¿Devorah? –gritó.

Nada.

Cogió el tobillo y empezó a agitarlo.

—Despierta, por favor, despierta. —No hubo ningún movimiento.

¿Cómo la habían vuelto a meter ahí si él había permanecido despierto desde que se la llevaron? ¿O no? Ya no estaba seguro de nada.

Tocó algo frío y duro. Un zapato. Lo palpó con las dos manos. Parte superior de cuero, sin tacón y más grande que el de una mujer promedio.

La persona que yacía frente a él era un hombre.

—Colega, despierta —dijo. Le sacudió la pierna.

Fue recorriendo el cuerpo, empujándolo y balanceándolo a medida que avanzaba.

¿Sería otra víctima? ¿También esta pobre alma había sido secuestrada?

O quizás lo habían drogado con agua, igual que a él.

«Venga», oró en silencio mientras todos los escenarios posibles pasaban por su mente como destellos. Con dos personas más, tendría alguna oportunidad.

—Colega, tienes que despertar —gritó. Sus manos ya habían llegado hasta unos hombros amplios. El cuerpo estaba medio tumbado y medio apoyado en la pared.

Lo sacudió vigorosamente. Sintió que la cabeza caía de lado con todo su peso.

En su mente empezó a tomar forma un pensamiento desagradable.

Transitó con los dedos de los omóplatos al cuello y ahí los detuvo. Rezaba porque hubiera pulso.

Esperó mientras, silenciosamente, deseaba sentir algo.

Movió los dedos a otro punto y volvió a esperar.

No había nada.

El hombre estaba muerto.

Jacob sintió el amago de las lágrimas desde el fondo de la garganta. No había llorado en años, no desde que perdió a Freya a causa de la leucemia. Pero ahora le estaba costando mucho trabajo contener el llanto.

Tan solo por unos momentos, Jacob había tenido alguna esperanza: la esperanza de poder escapar, la esperanza de reunirse con su hija una vez más. Pero había sido repentina e imprevista y, ahora, cruelmente arrancada.

No le quedaban fuerzas; no tenía armas ni la menor pista de por qué lo habían arrancado de su vida.

La diferencia era que ahora tenía la certeza de que nunca más volvería a ver a Adaje.

El sonido inesperado de la llave en la cerradura lo sobresaltó.

Había llegado el momento de aquello para lo que lo habían elegido, cualquiera que fuera el uso que pensaran darle. En esa habitación no había otra cosa que él y un cadáver, y poco más podían hacer con él.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Jacob cuando la luz de las tres linternas cayó sobre él—. ¿Dónde está Devorah?

—No es tu puto asunto. Ahora, ponte de pie.

Jacob se quedó donde estaba.

—Solo díganme qué le ha pasado —pidió.

El hombre rio de una manera que a Jacob le metió escalofríos hasta los huesos.

—Eh, tronco, está bien; estás a punto de averiguarlo.

Capítulo 73

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó Kim en cuanto entró.

De inmediato notó que la doctora A lucía más pálida que el resto de la semana. Echó un vistazo a las camillas.

La doctora A se situó a su lado.

—Estos son todos los huesos posibles —dijo en voz baja.

Kim miró la fila. Sabía que la primera víctima era Jacob James. La segunda era un hombre no identificado de alrededor de treinta años.

—¿Y la víctima tres? —preguntó.

La doctora A se encogió de hombros.

—Sin más huesos, quizás nunca podamos averiguar el sexo...

Las palabras se fueron perdiendo cuando Kim asintió en señal de que lo entendía. Con lo que tenían, era probable que la víctima tres nunca fuera identificada.

—Pero puedo confirmar que la número dos tenía una discapacidad.

Kim sintió que la tierra se movía bajo sus pies.

—¿Q... qué? —preguntó.

La doctora A asintió.

—Eso me temo. Nuestra segunda alma padecía osteomalacia, y eso me tenía confundida, puesto que no era un anciano...

—Retrocede un poco, doctora —dijo Kim—, ¿qué es la osteomalacia?

La mujer pensó un momento.

—Si se tratara de niños, la conocerías como raquitismo. La osteomalacia se presenta en los adultos debido a una mineralización inadecuada del hueso. Quizás una absorción insuficiente del calcio o una carencia de vitamina D. Es más común en ancianos que, al estar encerrados en sus casas o en asilos, no se exponen al sol —explicó.

—¿Y eso restringe la movilidad? —preguntó Kim.

La doctora A asintió.

—Este hombre habría tenido dolores en las articulaciones, especialmente en la columna vertebral, la pelvis y las piernas.

Definitivamente, habría tenido dificultades para caminar.

—¿De modo que huir habría sido un problema muy jodido? —preguntó Kim.

La doctora A asintió. Mostraba una tensión en la mandíbula que Kim nunca le había visto. La detective se daba cuenta de que lo peor estaba por venir. Estas no habían sido las noticias que la doctora A esperaba compartirle.

—Anoche encontré otras marcas en la víctima dos, pero no quise decírtelo hasta saber de qué se trataba —dijo, y se apartó de los esqueletos.

Kim la siguió hasta el ordenador, en una esquina de la habitación.

La médica hizo clic en la pantalla.

Quedó a la vista una fotografía de pantalla completa. Se trataba de un artefacto metálico parecido a una boca abierta, llena de dientes de metal. En el centro, como una lengua, había una placa de presión.

Kim sintió que la saliva se le secaba en la boca.

¿Trampas para animales? —susurró con voz ronca.

La doctora A asintió lentamente.

Kim sentía llegar las náuseas. Travis maldijo por lo bajo.

Entendió lo que trataban de decirle.

Las víctimas habían sido cazadas.

Capítulo 74

Kim apenas alcanzó a salir antes de vomitar.

Las arcadas continuaron hasta mucho después de que su estómago se hubiera vaciado.

—Toma —le dijo Travis, entregándole un pañuelo de papel.

Ella se limpió la boca bruscamente antes de ponerse a patear la pared. Fuerte.

—Mierda, mierda, mierda...

—Chitón —dijo Travis, y miró alrededor—. Hay gente enferma por aquí...

—Qué coño me estás contando —dijo furiosa. Los hechos de los que acababa de enterarse rehusaban abandonar sus terminales nerviosas.— ¿Cómo diablos? O sea, ¿cómo alguien puede tratar a un semejante de esta manera? ¿Cómo puede ocurrírsele, siquiera, pensar en algo tan vil, tan enfermizo?...

Las palabras se debilitaban mientras volvía a patear la pared.

Caminó de un lado al otro, tratando de desalojar la rabia de su sistema.

—Quiero golpear algo, y con muy mala leche —gritó.

Travis se puso frente a ella, le bloqueó el paso.

—Golpéame a mí —dijo con toda seriedad.

—No me jodas, Tom —dijo ella, y trató de rodearlo para darle otra paliza a la pared.

—Lo digo en serio. Pégame. Te debo una, y este parece ser un momento adecuado —dijo.

—¿No estás que te cagas? —preguntó, frustrada por la calma y el control de su compañero.

—Claro que sí, pero, en este momento, tu necesidad de expresar tu cólera es más grande que la mía.

—No es que se reparta la emoción. Los dos podemos tenerla al mismo tiempo —le espetó.

—Sí, y entonces estaríamos dándole de hostias a todo el puto hospital, y eso no le serviría a nadie.

—Pero es que es tan jodidamente despreciable…

—Sí, lo es.

—… que alguien se convierta en un blanco por su color o su raza; y, por encima de todo, que sea alguien incapaz de contraatacar.

—Absolutamente.

—Y cazar a esta gente como unos malditos animales…

—Es lo más asqueroso que he oído en muchos años. Así que podríamos quedarnos aquí a darle de hostias a la pared, a gritar cuán reprobable es, o podríamos hacer el intento de encontrar a estos hijos de puta.

Kim lo miró. Después se volvió a la pared.

Quería atrapar a los responsables. Desesperadamente.

Se metió las manos en los bolsillos y obligó a las palabras a salir de entre los dientes.

—Vale, Travis. Muéstrame el camino.

Capítulo 75

Stacey sabía que debía concentrarse en la tarea que le habían encomendado sus compañeros, pero la solicitud de amistad de Floda había vuelto a encender la agitación en su estómago.

En cuanto la aceptó, recibió un mensaje con un vínculo a un sitio web. ¿Habría sido esto lo que Justin recibió de Floda? ¿Y habría alguna relación entre esto y la decisión de acabar con su vida?

Hubo un retardo con el enlace antes de que este explotara en una página en cuyo encabezado había una cruz de San Jorge y una esvástica.

Stacey sintió que los dedos le temblaban cuando presionó una tecla para entrar.

El título de la página decía «Por una Inglaterra pura». Stacey se tragó el horror mientras trataba de concentrarse. A lo largo de toda la parte superior, en el menú se leía: «Publicaciones, Misión, Foros, Marcador, Encuentros».

Stacey se descubrió a sí misma mordiéndose el labio inferior. Hizo clic en la pestaña de las publicaciones y se sintió invadida por la cantidad de libros con títulos extremistas. Los cientos de libros acerca de Hitler se mezclaban con otros de chistes ofensivos y vínculos a páginas web con lecturas adicionales.

Salió de ahí instantáneamente y movió el cursor de un lado al otro. No necesitaba leer la declaración de la misión. Palabras más, palabras menos, el tema general «difundid el odio tanto como sea posible» estaba bastante cerca.

Hizo clic en el botón de los foros. Los primeros tres hilos tenían actividad. El segundo era el que más publicaciones recibía. Hizo clic en la línea «El encuentro».

Exploró con la vista los textos de arriba abajo y se dio cuenta de que la mayoría de los mensajes expresaban el pesar de algún miembro por no poder asistir a cierto asunto. Supuso que sería alguna clase de reunión.

Salió de los foros y entró en la sección titulada como Marcador. La

sangre se le iba congelando al pasar por las venas.

Se reveló una cuadrícula del lado izquierdo. En orden, de arriba abajo, se leía: «Negro, Asiático, Musulmán, Judío, *Queer,* Extranjero, Lisiado, Otro». En la parte superior aparecía el nombre del mes en negrita. Había más encabezados debajo: «Vandalismo, Ataque, Intento de asesinato, Asesinato».

Las personas escribían sus nombres de usuario en las casillas donde se intersecaban los dos criterios.

JJLucy había puesto su nombre en casi todas las casillas.

Debajo había un salón de la fama, donde, por lo visto, JJLucy estaba en primer lugar casi todos los días.

Sacó el teléfono y empezó a tomar fotos. Los sitios como estos podían desaparecer en cuestión de horas. Retrocedió por todas las páginas, capturando tantos nombres como pudo.

Satisfecha de haber fotografiado cada cosa que pudo ver, regresó al marcador. Tres personas habían anotado sus nombres en la columna de asesinatos. Todos quedaron en capturas de pantalla para que ella también pudiera incluir los encabezados.

Abrió la última pestaña, la marcada como «Encuentros», al mismo tiempo en que su teléfono registraba la llegada de un mensaje.

Rápidamente, echó un vistazo a la pantalla de los encuentros. La fecha fue como un grito: esa misma noche sucedería algo.

De sopetón, Stacey supo que esto era demasiado para ella sola. Ya no era una lata de gusanos, sino un bidón de anguilas eléctricas, y no podría contenerlas sin ayuda. Debía comunicarle a alguien lo que acababa de encontrar. Sí, eso significaría sincerarse acerca de sus actividades y del ordenador portátil, pero esto tenía que ser investigado. De inmediato.

Revisó el mensaje que acababa de llegarle por el teléfono. Decía, simplemente:

El portátil está fuera

Stacey frunció el ceño. La línea del remitente decía «desconocido».

¿Qué significaba esto? ¿Fuera de su casa?, ¿fuera de la comisaría?

Pasó el dedo por encima del número de Bryant, desesperada por compartir lo que había encontrado. Pero, si había alguna oportunidad de recuperar el portátil perdido, tenía que aprovecharla.

Se levantó y fue a la puerta. Con el portátil otra vez en su poder, nadie se enteraría de que lo había perdido. Llamaría a Bryant en el instante mismo en que lo tuviera en las manos.

Pasó por delante de la recepción y salió del edificio.

Miró toda la pared a lo largo. Nada.

Avanzó unos pasos, explorando con los ojos cada centímetro del aparcamiento, y siguió avanzando, ampliando a cada paso el campo visual.

A lo lejos, a la derecha, algo le llamó la atención.

Un bordillo daba paso a una pequeña zona sembrada. De entre las matas sobresalía algo plateado.

Empezó a caminar hacia allí, y eso la condujo a un costado del edificio.

Cada paso le confirmaba que lo que estaba viendo era, efectivamente, el portátil robado.

Avanzó centímetro a centímetro, como un cangrejo, y pasó junto a una furgoneta azul, cerca de un Renault, y lo recuperó.

Una sonrisa de alivio tiró de sus labios, y, al siguiente instante, un dolor repentino en la nuca provocó que se cimbrara hasta el suelo.

Capítulo 76

Kim golpeaba la puerta con impaciencia mientras esperaba que la dejaran entrar en la sala del hospital. El centro de enfermeras estaba desierto. Ya se preparaba para llamar otra vez cuando una asistente apareció en la entrada.

La mujer presionó el botón para desbloquear la puerta.

—Si espera un poco más en el mostrador, una enfermera estará con usted en un momento.

Kim no le hizo caso y echó a andar.

Ya había esperado demasiado. Era hora de hacer hablar a Billy Cowley. A diferencia de Bryant, Travis no hacía el menor esfuerzo por suavizar los bordes afilados de la detective. No se disculpaba en su nombre ni daba explicaciones para justificar su comportamiento.

Rodeó la pared para entrar en la sala. Alrededor de la cama de Billy Cowley, la cortina estaba echada. Sintió un pánico momentáneo cuando oyó la voz de Billy sonar fuerte y clara, como la de un niño petulante, mientras gritaba: «Aaaah, eso duele».

Kim miró a Travis, quien, en respuesta, le sonrió. Sí, vaya cuerdas vocales dañadas.

Supuso que el personal le estaría cambiando los vendajes del cuello.

Billy volvió a gritar y Kim hizo un esfuerzo para no soltar una carcajada. Echó otro vistazo a Travis. Su compañero estaba pasando por las mismas dificultades.

Otro aullido. La detective tuvo que alejarse; había conocido niños de tres años más valientes. Incluso la mujer que lo estaba atendiendo parecía estar a punto de perder la paciencia.

De pronto, la cortina se abrió y surgió una enfermera de aspecto tenso.

—¿Se puede? —preguntó Kim. Le mostró la placa mientras señalaba la cortina con la barbilla.

—Por supuesto —dijo, y descorrió la segunda cortina.

Kim percibió el pánico en los ojos de Billy Cowley. El joven

miraba alrededor, pero esta vez no había nadie que le cogiera la mano.

Ella se puso a la izquierda de la cama, mientras Travis iba a la derecha.

—Qué gusto oír que ha recuperado la voz —dijo Travis, picante. Era obvio que, al igual que Kim, estaba cansado de la gente que se creía demasiado lista para ocultar la verdad—. Y es bueno, porque, de verdad, necesitamos que nos responda algunas preguntas.

Travis desechó la silla y se sentó en el borde de la cama, dando la espalda al resto de la sala. Kim se sentó en un sillón, desde donde podía verlos a ambos.

—Antes de empezar a hacerle preguntas, solo quisiera asegurarme de que nos entendemos.

La tranquilidad en su voz no le atenuaba la férrea nota de autoridad que exudaba. Los ojos de Billy estaban fijos en la cara de Travis. Kim, por su parte, estaba lista para observar todo con interés.

—Billy, sé que usted no es estúpido, por más que haya actuado como un tonto en ese momento. Está al corriente de que hemos encontrado huesos en sus tierras, y ¿sabe qué? Usted me cae bien, así que seré muy directo. Han aparecido tres cuerpos, Billy, ¿lo sabía?

El joven Cowley seguía mirando al frente, pero el número de sus parpadeos nerviosos se había incrementado.

—Acabamos de descubrir algo: Es muy probable que estas víctimas hayan sido cazadas como unos jodidos animales. ¿Entiende lo que le digo?

Billy asintió lentamente. A Kim le recordaba un niño a quien le estuvieran contando un cuento de cuna, solo que la mandíbula de este no caía de asombro, sino de miedo.

—Ahora bien, lo más interesante es que creemos que una de las víctimas, por lo menos una, fue asesinada con la misma arma con que lo hirieron a usted en el cuello. ¿No le parece extraño? Pero eso lo veremos más adelante —dijo Travis al estilo Columbo—. Veamos: es evidente que usted no se disparó a sí mismo, y su padre ha sido detenido por...

—Él no me disparó —dijo Billy rápidamente.

—Vale, gracias por la aclaración, y, aunque ha sido estupendo escuchar por fin su voz, ha hablado antes de tiempo. No hemos arrestado a su padre por lo del accidente. Lo hemos detenido por homicidio —Billy palideció visiblemente y sus parpadeos se aceleraron más allá del límite—, porque creemos que ha sido él quien los enterró.

Billy empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

—Aunque usted no lo sabe con certeza, ¿o sí, Billy? —preguntó Travis—. Y, dado que usted no quiere compartir lo que *sabe,* nos

hemos visto obligados a sacar nuestras propias conclusiones.

—¿Han detenido a mi hermana? —preguntó.

—¿Y por qué lo pregunta, Billy? —dijo Travis—. ¿Qué razones habría para arrestarla?

De pronto, a Kim se le ocurrió algo. Se levantó del sillón, mientras Travis seguía hablando, y fue a la sala de enfermeras. La mujer que había atendido fastidiada a Billy estaba borrando un nombre del tablero. Kim esperaba que se tratara de un paciente dado de alta.

—Disculpe —dijo—, ¿puede decirme cuándo fue la última vez que Fiona Cowley vino a ver a Billy?

La enfermera negó con la cabeza.

—No en los últimos dos días, más o menos.

—¿Está segura? —preguntó Kim. Fiona había sido una feroz protectora de su hermano menor.

—Créame, oficial. Siento que apenas me he apartado de este lugar en los últimos seis días, excepto por unas cuantas horas de sueño. Si ella hubiera venido de visita, yo lo sabría.

Kim le dio las gracias y volvió pensativa a la cama de Billy.

— ¿... puedes imaginar, siquiera, el dolor que te causaría una de esas trampas si se te cerrara en un tobillo? —preguntaba Travis, y hacía el gesto de agarrar con los dedos.

El horror estaba escrito por toda la cara de Billy.

—Oficial, quiero hablar con mi hermana.

«Sí —pensó Kim—, y, curiosamente, yo también.»

Capítulo 77

Bryant arrojó la chaqueta y la bufanda sobre el escritorio libre y se dirigió a la cafetera. Eran los mismos sedimentos de café que habían dejado horas antes, pero se humedecerían y se calentarían mientras esperaban a Stacey.

—Así que ¿qué opinión te merece Fred Windsor? —preguntó Bryant.

Dawson había permanecido callado durante un rato mientras forcejeaban con el tráfico del centro de Birmingham.

—Tío valiente —dijo, sin dejar de mirar la silla vacía de Stacey—. Él ha atravesado por todo eso, se lo concedo, pero me temo que no hay esperanza.

Por una vez, Bryant entendía lo que su compañero trataba de decirle; y estaba de acuerdo.

Su trabajo, la energía que ponían en él, todo se basaba en la esperanza. La esperanza de que podrían liberar de gente mala las calles. Cada persona que encerraban era tan solo un grano de arena, pero era un verdadero grano de arena. Uno menos, y eso era algo tangible.

Una persona ha cometido un crimen, la prendes, la pones en la cárcel. Trabajo hecho, trabajo limpio. Pero ¿cómo poner contención al odio? ¿Cómo encerrar un ideal que se propaga como un resfriado? Si era verdad que nadie parecía un asesino, era doblemente verdad con un fanático del odio.

Todo eso lo habían aprendido de Gary Flint y Fred Windsor.

Se acordó de que Stacey los había alertado de que el peligro real no provenía necesariamente de los racistas más conspicuos.

—¿Dónde diablos está? —preguntó Dawson, y sacó el teléfono. Bryant tomó un sorbo de su bebida.

—Me manda al correo de voz —dijo, sosteniendo el teléfono en el aire.

Bryant echó un vistazo al escritorio de Stacey. No podía estar muy lejos. Había dejado papeles esparcidos en la superficie y su mochila

estaba en el suelo, junto a la silla.

—¿En la cantina? —dijo Dawson, y echó atrás su silla.

Bryant asintió.

Dawson suspiró y salió de la sala.

La discusión con Fred Windsor los había dejado más a oscuras que antes. El no tener ningún resultado de los servicios forenses significaba que dependían de cualquier fragmento de información que les diera Stacey. ¿Por qué esos individuos en particular habían sido reconocidos como víctimas de criminales de odio? ¿Cómo fueron identificados y escogidos? ¿Había un vínculo entre las víctimas y los perpetradores?

Bryant se daba cuenta de cuán a menudo se encontraban en posiciones como estas durante los grandes casos, confiando en que Stacey descubriera algo que los orientara en la dirección correcta.

—Ahí no está —dijo Dawson desde la entrada—. Sheila no la ha visto en todo el día.

—Llámala al móvil otra vez —dijo Bryant, aunque Dawson ya tenía el teléfono fuera del bolsillo.

—Correo de voz, otra vez —dijo.

Bryant cogió el teléfono fijo y llamó a la recepción. Activó el altavoz.

—Oye, Jack, ¿has visto hoy a la asistente de detective Wood?

—¿Qué crees que soy? —contestó él con su habitual tono pardo. No lo usaba únicamente con los detenidos que llevaban a las celdas.

—Jack, es importante —presionó Bryant.

—Pasó por aquí hace una hora, más o menos —dijo—. No sé cuánto tiempo lleva ahí fuera. Me extraña que no haya vuelto.

Bryant tragó saliva.

—¿Así que no sabes si de verdad volvió a entrar?

—Escucha, colega...

—Gracias, Jack —dijo Bryant, y colgó.

Siguió a Dawson a la salida. Bajaron las escaleras corriendo y salieron del edificio.

Dawson fue a la derecha; Bryant, a la izquierda. Ambos exploraron el lugar en busca de algo que pudiera darles una pista.

Se encontraron detrás del edificio.

—Nada —dijo.

—Llámala otra vez —pidió Bryant.

El pánico empezaba a revolverle el estómago.

—Suena y me manda al buzón —dijo Dawson—, así que no está apagado. Eso quiere decir que probablemente no puede contestar —añadió, confirmando los peores miedos de Bryant.

Empezó a caminar, a alejarse del edificio hacia la calle. Una parte

de él pensaba que quizás la verían venir hacia ellos con un montón de sándwiches.

Miró a izquierda y derecha. Nada.

Dawson seguía con el teléfono en la mano.

—Coño, Kev, ¿dónde diablos...?

—Chitón —dijo Dawson, cortante.

Muy remotamente, podía oír el tema musical de *Game of Thrones,* el tono telefónico de Stacey.

Se detuvo.

—Llama otra vez —dijo Bryant. El temor en su vientre era cada vez más agudo.

El tono volvió a sonar y Dawson sostuvo el móvil como si fuera algún tipo de baliza.

—Por aquí —dijo, y corrió hacia unos arbustos en el límite del aparcamiento.

El sonido aumentó de volumen.

—Lo tengo —dijo Dawson. Señalaba un área de tierra en el borde de la acera.

—No, por Dios, no —exclamó.

Bryant siguió su mirada.

El frente del móvil estaba estrellado y cubierto de sangre.

Capítulo 78

—¿Un chicle? —preguntó Travis, y le ofreció el paquete con sabor a menta verde.

Ella negó con la cabeza. No recordaba haber sido del tipo de chicas que masticaban chicle.

Esa cosa era un misterio de la vida. ¿Qué objeto tenía? No podías tragarlo. No servía para saciar el hambre, así que ¿por qué molestarse?

Él sacó una tableta y empezó a mascar.

Kim maniobró el coche entre el tráfico que la frenaba a la hora del almuerzo. Ocultó su frustración.

—Recuérdame por qué estamos yendo a la casa de los Preece, en vez de ir directamente a la dirección de Fiona Cowley —pidió Travis.

Cuando algo mordía sus instintos, Kim se volvía intolerante ante cualquier cosa que no marchara al ritmo de sus pensamientos: coches, otros conductores, semáforos; *otras personas,* pensó, y lanzó una miradita de soslayo a Travis, el sonoro masticador.

—Porque esa mujer no se ha sincerado con nosotros ni una sola vez. ¿A dónde fue directamente después de que aprehendimos a su padre? —Él se encogió de hombros.— Si le preguntáramos de golpe, la cogeríamos por sorpresa solo por un momento; se recuperaría rápidamente y saldría con alguna sarta de tonterías que nosotros no podríamos refutar.

—Así que, básicamente, lo que quieres es poder decirle a la cara que es una mentirosa.

—Ni más ni menos —dijo Kim. Se detuvo en la entrada de la casa de los Preece.

Aparcó entre un Bentley convertible y un Lotus.

—¿Crees que habrá venido a ver a Dale? —preguntó Travis mientras se bajaba del coche.

Kim asintió. Caminaron haciendo crujir la grava.

—Ellos son las plantas de energía de estas dos familias —dijo. Hicieron un alto en el carril de piedra de la entrada.

Kim levantó la mano para llamar y Travis escupió el chicle en el suelo.

—Qué encanto —dijo ella. Ya tenía la mano en la aldaba labrada.

Se quedó inmóvil: vocerío en el interior. Un grito.

Tiró del picaporte. Se encontró con una escena caótica. El viejo Robson Preece yacía hecho un bulto en el suelo de piedra. Su silla de ruedas estaba junto a él, volcada.

Mallory Preece estaba de pie a su lado, con la mano en la garganta, mientras Bart ponía una mano en cada axila del anciano.

—Así no, maldito idiota —gritó Robson. Para ser un hombre tan frágil, su voz era severa y cortante—. Dame la vuelta, gilipollas —retumbó—. Eres demasiado débil para levantarme.

Travis se acercó a ayudar.

Robson Preece levantó la cabeza; Mallory, una mano.

—No me toque —gruñó, retorciéndose por el suelo.

Travis lo miró a los ojos.

—Señor Preece, por favor, permita...

—Largo de mi casa, quienquiera que sea. Largo.

—Lo siento, papá —dijo Mallory. Dio un paso adelante.

—Deja de lloriquear, mujer —gritó.

Mallory se estremeció visiblemente.

Bart se agachó otra vez y tocó a su abuelo por el hombro.

—Abuelo, solo mueve...

—No me toques, maricón. Llama a tu hermano. Dile a Dale que venga.

Mallory se alejó corriendo por el pasillo.

—Abuelo, yo puedo —dijo Bart, y se arrodilló a su lado.

—Aléjate de mí, bollera —dijo.

Dale llegó corriendo por el pasillo.

Se asombró de ver a Kim y a Travis, pero su prioridad era el hombre que estaba en el suelo.

Ella notó el atuendo casual de Dale: vaqueros y sudadera, en vez del traje austero que había usado el otro día.

También advirtió el destello de emoción en los ojos de Bart. Como si el rechazo de su hermano fuera la gota que derramó el vaso.

No dijo nada. Salió precipitadamente por la puerta principal.

—De hecho, ¿os podéis ir todos, por favor? —preguntó Dale, arrodillado junto a su abuelo.

Mallory se dirigió a la parte trasera de la casa, mientras Kim y Travis salían por la puerta principal.

La detective vio disimuladamente a Bart, que estaba en el borde de la pared. Tenía las manos en el ladrillo y miraba el suelo.

—Regreso en un minuto —le dijo a Travis.

—¿Está usted bien? —preguntó mientras tocaba suavemente el hombro de Bart.

Él se volvió y ella pudo notar que la emoción se le reflejaba en los ojos.

—Estoy bien —dijo, y trató de sonreír—. A veces le gusta insultarme. Así me llamaba cuando era niño. Un día cometí el error de decirle que no me gustaba. Fue peor. —Hizo una pausa.— Y no lo soy, ¿sabe? —dijo.

—¿No es qué?

—Gay —contestó.

—¿Y eso tiene alguna importancia? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Solo quería que lo supiera.

—Pero es su abuelo —comentó Kim. Aunque no tenía ninguna experiencia con abuelos, estaba razonablemente segura de que eso no era normal.

—Para él, soy una decepción, inspectora. Mi abuelo es un hombre que cree que la competencia justa saca lo mejor de la gente. —Se encogió de hombros.— Siempre nos enfrentaba, a mi hermano y a mí: quién escalaba más alto, quién corría más rápido. Mi padre detestaba eso, pero, cuando murió, nos mudamos aquí y el proceso selectivo de mi abuelo siguió adelante.

—¿Proceso selectivo? —quiso saber ella.

Él se volvió y apoyó la espalda en la pared. Ella hizo lo mismo, de modo que ambos quedaron de frente a la casa.

—La supervivencia del más apto, *Los juegos del hambre,* como usted lo prefiera, pero lo que él quería era a alguien digno de encargarse del negocio. Y ese alguien es Dale.

Kim trató de imaginarse enfrentándose a su propio hermano. Había tenido un hermano durante un tiempo muy corto, pero no podía concebirse a sí misma obligada a competir con él.

—¿Y a Dale no le importa?

Bart se encogió de hombros.

—Es una buena persona, no me malinterprete. Lo fundieron en el mismo molde que a mi abuelo, pero lo quiero. Hemos trascendido la necesidad de cambiar —dijo mientras Mallory aparecía en la entrada.

La mujer localizó a su hijo menor y se dirigió a él.

Bart le dedicó un gesto de disgusto y se alejó. Quizás el silencio de la mujer estaba un paso más allá de la traición.

—Ahora pueden entrar —le dijo a Kim. Se retorcía las manos mientras miraba a su hijo, aunque no hacía ningún esfuerzo por seguirlo.

Travis se volvió a la mujer.

—¿Tiene algún inconveniente si primero paso al baño? —preguntó.

Otra vez, Mallory parecía afligida, aunque Kim se daba cuenta de que no era difícil inquietarla.

—No, ninguno. Hay uno en lo alto de las escaleras.

—Nos vemos en el despacho —dijo él, e hizo señas a Kim de que continuara en su ausencia.

Ella temió por la vejiga envejecida de su compañero, que había ido a los aseos antes de salir del hospital.

Mallory parecía dividida, insegura de a quién acompañar. Optó por Kim, al tiempo en que Travis subía los escalones de dos en dos.

A pesar de que ya sabía dónde estaba el despacho de Dale, la detective siguió a la mujer. La madre golpeó la puerta y esperó a oír instrucciones antes de entrar. Kim la siguió de cerca.

Cuando estuvieron dentro, notó que Dale Preece cerraba la tapa de su portátil.

El abuelo estaba sentado junto a él.

No quedaban señales del frágil hombre que, pocos minutos antes, yacía en el suelo embaldosado. A pesar de la silla de ruedas, su postura era erguida, orgullosa. Los excesos de piel en su pescuezo de pavo estaban controlados por un cuello blanco y una corbata. Miraba con agudeza y concentración.

Kim recordó los comentarios de Bart y le parecieron fáciles de creer.

—¿Dónde está su compañero, sargento? —preguntó oficioso, mirando detrás de ella.

—Soy inspectora, señor Preece, y él ha tenido que atender la llamada de la naturaleza.

Los ojos del hombre se encendieron de enfado.

—Ha venido a ponernos al corriente de sus investigaciones, supongo —dijo, en un intento por controlar la situación.

—Entre otras cosas —contestó ella, y se sentó.

Dale volvió a sentarse en su silla, con expresión pensativa. Le quedaba claro que la conversación de hoy sería con el abuelo Preece.

—Señor Preece, ¿podría explicarme la historia del contrato de arrendamiento entre usted y la familia Cowley?

—No es de su incumbencia, en absoluto —dijo con toda tranquilidad.

—Entiendo que se trata de un alquiler a largo plazo por una cantidad mínima de dinero que no se ha incrementado...

—No es asunto suyo, oficial, y, ciertamente, no tiene nada que ver con lo que esos animales han estado haciendo. ¿Cuántos cuerpos han

encontrado?

Kim pasó por alto la pregunta.

—Parece convencido de que la familia Cowley es la responsable de lo que hemos hallado.

Él frunció el ceño y la miró con severidad.

—Inspectora, ¿es usted quien está a cargo de este caso?

—Sí, soy yo —contestó ella, solo con media mentira.

—Entonces puedo asumir que usted ha llegado a dominar el arte de sumar uno más uno para llegar a dos.

Kim no estaba segura de lo que él había querido decir con eso.

—He llegado a dominar el arte de no saltar a conclusiones que...

—Ah, quizás ahora obtengamos algunas respuestas —dijo en cuanto Travis entró en la habitación.

Robson Preece extendió la mano sobre el escritorio en dirección a Travis. Ella se sintió tentada a dejarle caer unas esposas y detenerlo por ser un sexista hijo de puta.

Travis estrechó la mano del viejo y asintió antes de mirar a Kim. Los ojos de los detectives se encontraron. El mensaje tácito de ella decía: «Solo atrévete a socavar mi autoridad delante de este gilipollas y te aplastaré los cojones con mis propias manos», o algo por el estilo.

Él abrió su cartera de cuero y miró hacia abajo. Lo había entendido.

—Como le estaba diciendo, señor Preece, nosotros nos basamos en algo que llamamos pruebas. Nos cuesta mucho trabajo elaborar un caso sin ellas —dijo.

—Pero arrestaron a Jeff Cowley, así que, obviamente, tienen *alguna* prueba —enfatizó Robson, sin dejar de mirar a Travis—. No sé por qué busca complicar esto, inspectora. Los cuerpos fueron encontrados en sus tierras y...

—Pero las tierras no son de ellos, técnicamente, ¿no es así, señor Preece? —preguntó Kim, reclamando de nuevo su atención—. Las tierras son *de usted,* y esa es la razón por la que debemos investigar todas las líneas.

—Dígame el nombre de su oficial superior, señorita —dijo con voz atronadora. Las copiosas e ingobernables cejas habían descendido hasta los ojos del hombre.

Ya había tenido suficiente de tanta insolencia. Pasó por alto la pregunta y se dirigió a Dale.

—Señor Preece, necesitamos saber el propósito de la visita de Fiona Cowley aquí, ayer.

Dale tragó saliva.

—¿Fiona Cowley?, ¿aquí?

—Sí, señor Preece, ayer, a la hora del almuerzo —aclaró ella.

Él negó con la cabeza mientras el color inundaba sus mejillas. Respondió esquivando la mirada de Kim:

—Hace años que no veo a Fiona Cowley, me temo.

Capítulo 79

—Pero ¿por qué iba a mentir? —preguntó Travis después de cerrar la puerta de la casa.

—No tengo ni la menor idea —dijo ella—, pero esta mujer está haciendo todo lo posible por apartarse de nuestro camino. Ponte en contacto con el equipo, consigue su dirección...

Dejó de hablar cuando se percató de que él no venía junto a ella por el camino de grava.

Cuando se volvió, lo encontró sobre las limpias baldosas de la entrada.

El detective se buscó en la chaqueta y sacó una bolsa de pruebas.

Kim frunció el ceño cuando lo vio agacharse, quitarse el zapato derecho y mostrarle la suela. Tenía pegado un bulto de chicle rosa, cubierto de fibrillas.

—Simplemente se me quedaron pegadas —dijo inocentemente.

Ahora, Kim entendía aquel paseo por la casa.

Sonrió y recordó el pedazo de papel en el sofá.

—Te sucede a menudo, ¿o no?

—Es raro, pero sí —dijo él dando saltitos por el suelo de esquisto.

Kim trataba de no regodearse con la ilusión de que había cien agujas clavadas en el pie de Travis.

Él se subió al coche y sacó el teléfono.

Ella también. Había algo que necesitaba saber.

La doctora A le contestó al segundo timbre.

—Doctora, necesito que me ayudes con algo. La excavación, la ubicación, todo..., ¿qué miembro de la familia nos dio el consentimiento, exactamente?

—*Esperando* un minuto mientras reviso mis papeles.

Kim tamborileaba con los dedos sobre su pierna. Al mismo tiempo, Travis escribía una dirección.

—Aquí lo tengo —dijo la doctora A—. Esto fue autorizado por la señorita Fiona Cowley.

Kim le dio las gracias y colgó. Lo mismo hizo Travis tres segundos

después.

Ella miró de reojo y sonrió a la bolsa de pruebas que él tenía en su regazo.

—¿Sabes que nunca podremos usar eso?

Él asintió.

—Sí, soy consciente, ¿pero no es cierto que hay veces en que solo tienes que saberlo?

—Vaya que sí —dijo Kim, y encajó la marcha atrás. Y, ahora mismo, todo lo que ella necesitaba saber tenía que venir de Fiona Cowley.

Capítulo 80

—Date prisa —le gritó Bryant al oído.

—Lo estoy intentando —dijo él mientras escribía la fecha. Se acordó de esos sueños donde las partes del cuerpo no responden a las órdenes del cerebro.

—Jack dijo que fue hace una hora. Busca a partir de la una y cuarto.

Dawson no hizo caso e introdujo la una en punto. Pasaría el vídeo en cámara rápida hasta verla. Era capaz de detectar esas medias tejidas Fair Isle en donde fuera.

—Despacio —dijo Bryant.

—Cállate —exclamó Dawson, ya concentrado en la pantalla.

Tres cámaras cubrían el exterior de la comisaría. Una estaba directamente sobre la entrada, apuntando hacia abajo para captar a todas las personas que entraban y salían. La segunda estaba fija en el lado este, de cara al aparcamiento delantero, y la otra, en el oeste, cubriendo la parte trasera del edificio. Eso los dejaba con dos puntos negros que Dawson conocía bien.

El silencio llenó la habitación mientras los dos se concentraban en las tres imágenes que se proyectaban, una al lado de la otra. Dawson no se atrevía a respirar, con tal de no perderla.

Observó cómo los policías entraban y salían. Dos civiles llegaron y se marcharon.

—Ahí está —dijo Dawson cuando vio la figura familiar de Stacey aparecer simultáneamente en las cámaras del frente y del oeste.

No estaba preparado para la sacudida de tripas que sintió al verla.

Ella dio dos pasos al frente, hasta quedar fuera del rango de la cámara de la entrada. Ahora estaba solo en la vista oeste.

—¿Qué busca? —preguntó Bryant, retóricamente.

Dawson observó su cabeza agachada, que miraba de derecha a izquierda.

—No, Stace —dijo a la pantalla cuando la figura comenzó a desplazarse hacia el este, alejándose del encuadre de la cámara.

Si llegara a doblar la esquina, quedaría junto a los arbustos y se perdería de vista, a menos que reapareciera detrás del edificio.

Cuando desapareció, Dawson hizo clic en la cámara que cubría la parte trasera.

—Venga —dijo angustiado, desesperado por volver a verla.

El cronómetro seguía acercándose a la hora en que ellos estaban entrando otra vez en la comisaría.

Stacey no reapareció.

No había salido del área donde encontraron su teléfono roto.

Durante un largo rato, simplemente se quedaron mirando el uno al otro. Dawson podía ver cada gramo de su propio miedo reflejado en los ojos de su compañero.

Se tragó el pánico cuando Bryant se puso de pie.

—Tenemos que ir a ver a Woody. Ahora mismo.

Capítulo 81

—Quédate en el coche —dijo Kim mientras se detenía fuera de la casa de Fiona, en Fairfield.

Travis asintió. De verdad, en algún momento tendría que regresar a las oficinas para hacerse con un par de zapatos limpios.

Fiona vivía en una casa unifamiliar sobre una carretera que los automovilistas usaban para evitar la A38. Con su propia oficina de correos y una tienda de mercancías generales, el área tenía un ambiente de pueblo.

Kim no albergaba ninguna esperanza real de encontrar a Fiona en su casa. El Jaguar rojo no estaba aparcado en la entrada ni tampoco se alcanzaba a distinguir, en el interior, ningún signo de actividad.

Llamó a la puerta y esperó una respuesta, por unos segundos, solamente, antes de mirar por la ranura del buzón. Había un pasillo corto con escaleras y dos puertas abiertas. Escuchó atentamente, pero no detectó ningún sonido.

Se volvió a Travis, quien negaba con la cabeza y señalaba un costado de la casa.

La cerca de un metro de altura se interrumpía en una puerta estrecha. Estaba abierta.

La parte de atrás de la casa lucía muy ordenada, con una pequeña área de césped y una rocalla. De un tendedero giratorio colgaban tres prendas.

Kim las tocó. Estaban empapadas, aunque no había llovido desde la mañana anterior.

Trató de abrir la puerta trasera, pero estaba cerrada con llave. Retrocedió y examinó la propiedad. Ninguna ventana se había quedado abierta.

—Maldita sea —dijo Kim, y se asomó por la ventana de la cocina.

Era una habitación muy ordenada, con solo un plato y una taza de café descansando en el escurridor del fregadero.

Suspiró. Por mucho que quisiera meterse en la casa, no había razones. Fiona Cowley era una mujer adulta y Kim no tenía

verdaderos motivos para temer por su seguridad.

Avanzó un paso y se detuvo. Escuchó que algo raspaba en el cobertizo del jardín, así que se quedó quieta y aguzó el oído.

El sonido de su teléfono la sobresaltó. Sacó el móvil y canceló la llamada; este no era un buen momento para poner al día a su jefe. Llamaría a Woody más tarde.

Una vez más, escuchó los arañazos. Se guardó el móvil en el bolsillo y probó el picaporte de la puerta del cobertizo.

Se abrió lentamente.

—Madre santa —exclamó cuando le quedó claro de dónde provenía el ruido de arañazos.

Todo el lado izquierdo del espacio estaba ocupado por una jaula de gran tamaño que contenía heno en abundancia. Kim se acercó. El heno se movía.

De repente, una cabeza blanca con negra apareció con un chillido.

Kim puso los ojos en blanco. Un conejillo de indias. Junto a la caja había contenedores con comida seca y una hilera de botellas de agua.

Frunció el ceño cuando esa cosa se movió hasta el borde más alejado de la jaula. Fiona no le había dado la impresión de ser una amante de los animales.

El animalito empezó a chupar una botella que daba chasquidos. Estaba vacía. Kim miró de cerca. En el plato de comida quedaban solo unas hojuelas verdes de alguna cosa.

Se frotó la barbilla. Una jaula del tamaño de una mansión, agua embotellada. Definitivamente, la mujer amaba a esta criatura de aspecto extraño. Kim abrió el depósito de la comida, cogió un puñado de hojuelas y las dejó caer en el plato. Desenganchó el dispensador de agua y lo rellenó con una de las botellas.

Solo una explicación tenía sentido para ella.

Fiona no había venido porque *no había podido.*

—Stone, Stone... ¿Dónde...?

Ella asomó la cabeza fuera del cobertizo.

—Creo que Fiona Cowley...

—Olvídalo —dijo Travis, que le tendía el móvil—. Tu jefe quiere hablar contigo en este instante.

Kim frunció el ceño antes de coger el teléfono. No habían pasado ni dos minutos. Por lo general, no era tan impaciente para pedir las actualizaciones.

—¿Señor? —dijo, con la disculpa ya preparada en la boca.

—Te necesito aquí ahora mismo. Stacey se ha ido.

Kim sintió que el rostro se le fruncía. ¿De qué diablos le estaba hablando? ¿Los chicos estaban tan molestos de que ella se hubiera ido del trabajo?

—Señor, la llamaré y…

—No me refiero a eso, Stone. Se la han llevado, la han raptado, secuestrado del maldito aparcamiento de la comisaría.

Kim sintió que se le movía el suelo. Esto no tenía sentido. Si esta era la idea que Woody tenía de las bromas, faltaba el remate. Y más valía que fuera bueno.

—Stone —gruñó él al silencio.

No era una broma y no habría remate.

Ella empezó a negar, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—No, no, señor… Eso no…

—Stone, regresa de inmediato. Quiero en esto a todos los agentes disponibles.

La línea se cortó en su mano. Stacey, ¿secuestrada? ¿Cómo diablos?

—Stone, ¿estás bien? —preguntó Travis.

Ella empezó a negar lentamente con la cabeza.

No, en realidad, no creía estar bien.

Capítulo 82

—Maldita sea, Kev, tranquilízate —dijo. Deseaba no haberle dado las llaves a Dawson. Si lo había hecho era solo porque, en ese momento, estaba hablando por teléfono con Woody.— Y la jefa nos mandó que fuéramos directamente a Kidderminster.

—Ya casi llegamos —dijo Dawson. Hizo un giro repentino a la izquierda y pisó a fondo el acelerador sobre una calle que se convertía en una vía de dos carriles.

—Kev, reduce la velocidad —lo instaba cada vez que el coche esquivaba bruscamente cualquier cosa que viajara a menos de ciento diez kilómetros por hora.

Dawson no le hizo caso. Atravesó la autovía para entrar en una urbanización. Un minibús tocó la bocina y Bryant sacó la mano en señal de disculpa. Dawson giró a la izquierda en la siguiente calle y, una después, a la derecha, antes de detenerse en un área marcada como aparcamiento.

—Ahí —dijo, y abrió la puerta.

Ya estaba en el camino de entrada antes de que Bryant pudiera desabrocharse el cinturón de seguridad, siquiera.

Dawson golpeó la puerta una y otra vez.

Esta empezó a abrirse, lentamente.

—Kev… —lo alertó Bryant.

En el instante mismo en que vio quién estaba detrás, Dawson empujó la puerta. Alargó la mano derecha para agarrar a Gary Flint de la garganta.

—¿Dónde está, racista hijo de puta? —gritó, y empujó al tipo contra la pared. Un cuadro se tambaleó y cayó ruidosamente al suelo.

—¿Qué…? ¿Qué está…?

—No te hagas el tonto, gilipollas. Solo dinos dónde está. Tú nos dijiste que todo esto era más grande, así que ¿qué demonios le ha sucedido a nuestra compañera?

Una mujer de mediana edad llegó corriendo de la cocina con un paño en la mano.

—¿Qué se creen...?

—Apártese, señora —dijo Bryant. Suponía que estaba hablando con la hermana de Flint. Era su dirección la que tenían registrada, dada la orden de alejamiento que impedía a Flint a vivir cerca de los Kowalski.

Rodeó a Dawson para evitar que la mujer se acercara más. Ella veía con horror a su hermano inmovilizado contra la pared.

Bryant le dio la espalda a esa expresión de asombro.

—¿Dónde está? —repitió Dawson, y le dio otro empellón.

En los ojos de Gary Flint se reflejó que acababa de entender lo que estaba ocurriendo.

—Su colega, la han secuestrado —expresó.

—Y tú sabes algo de eso, cabrón. Dímelo.

—Yo no sé...

—Sabías que se había ido. ¿Quién la tiene? ¿Dónde está? —ladró Dawson.

Bryant vio la sonrisa que empezaba a formarse; Dawson, también, y apretó el agarre a la garganta de Gary Flint.

—Así que, con la ayuda de Dios, voy a exprimirte hasta matarte si no me dices algo.

Bryant sabía que estaban arriesgando sus carreras. Dawson tenía la mano en la garganta del hombre y la negativa del propio Bryant de hacer algo para evitarlo. Pero es que se trataba de Stacey. Bryant tenía tantas ganas como su compañero de que Flint hablara.

—Un nombre —le gritó Dawson en la cara.

—Suéltelo —gritó la mujer mientras su cara volvía a enrojecerse.

—No se meta —siseó Bryant.

—Un nombre —repitió Dawson, y acercó más el rostro.

—Él no sabe —habló la mujer.

—Sí, sí que sabe —dijo Bryant.

—Un nombre —dijo Dawson.

En la cara del tipo, el color se iba concentrando. De su garganta surgió un gorgoteo.

—Déjelo —gritó ella—, se va a morir.

—Podría ser —dijo Bryant.

—Un nombre —dijo Dawson, y los ojos de Flint empezaron a ponerse en blanco.

—Lo está matando —gritó Miriam—, deténgalo.

Bryant negó con la cabeza, a pesar de que estaba a dos segundos de separarlos él mismo.

—Suéltelo y le daré un nombre —gritó ella.

Dawson soltó a Flint y lo dejó caer al suelo.

—No, Miriam, no... —jadeó el hombre.

Las lágrimas caían por el rostro de la mujer. Expectante, Bryant se volvió a ella.

—¿El nombre? —preguntó.

—Floda —contestó ella, en voz baja. Tenía la mirada fija en su hermano, que estaba hecho un ovillo contra la pared—. Eso es todo lo que sé. Se llama Floda.

Dawson dedicó a los dos una mirada de asco antes de salir de la casa.

Bryant lo siguió.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó Dawson. Su rabia solo se habría sofocado de haber golpeado a ese cerdo racista hasta dejarlo sin sentido.

Los pasos de Bryant se hicieron más lentos mientras el nombre se iluminaba en su mente.

—Maldita sea —dijo al llegar al coche—. Floda es Adolf al revés.

Dawson palideció visiblemente.

—Bryant, no me da ningún miedo admitir que, en este momento, estoy un poco asustado.

—No, Kev, yo estoy jodidamente aterrorizado.

Capítulo 83

—Corre —dijo Travis cuando se detuvo en el aparcamiento, en Kidderminster.

Ella asintió y pegó una carrera hacia el interior del edificio. Travis había convocado a todo su equipo a presentarse de urgencia en la sala de la brigada y ella había llamado también a los suyos.

Una rápida exploración del aparcamiento le reveló que Dawson y Bryant no habían llegado todavía. Más tarde tendría una reunión informativa con ellos dos, pero, en ese momento, no tenía un solo minuto que perder.

Seis pares de ojos la miraban fijamente cuando entró en la sala.

—Chicos, necesito vuestra ayuda —dijo abiertamente—. Un miembro de mi equipo ha sido secuestrado. —Dudó antes de admitir la verdad—: Y no tengo ni idea de por qué.

—¿En qué estaba trabajando? —preguntó Penn en el instante en que Travis entraba en la sala.

Kim trató de no poner atención a la vergüenza que sentía al encogerse de hombros y negar con la cabeza. No lo sabía y debería saberlo. Había estado alejada de su equipo durante unos cuantos días y había perdido el contacto. Y, de alguna manera, había perdido a Stacey.

Unos pasos apresurados hicieron que Kim se volviera.

Bryant y Dawson aparecieron en la entrada. Era imposible decir quién estaba más pálido. Entre todos los presentes se hizo un momento de silencio. Una compañera del equipo estaba perdida y tenían que recuperarla.

Les hizo señas para que entraran.

—Mi equipo —dijo. «O lo que queda de él», estuvo a punto de añadir.

Hizo las más mínimas presentaciones y todos asintieron de una dirección a otra.

Bryant exhibió el teléfono dañado de Stacey y Kim hizo una seña con la cabeza a Penn, quien alargó la mano.

—¿Me darías un minuto? —preguntó a Travis.

Él asintió hacia su despacho. Bryant y Dawson la siguieron.

Cerró la puerta.

—Chicos, ¿qué coño está ocurriendo aquí?

Sabía que el sentimiento de culpa aumentaba el volumen a sus palabras.

—Todo iba bien esta mañana, jefa —dijo Bryant—. Ella estaba buscando historias de nuestras víctimas de crímenes de odio mientras nosotros estábamos en la casa Lloyd.

—¿Y vosotros no la cuidasteis? —preguntó, a sabiendas de que no estaba siendo razonable, y la expresión de Bryant reflejó ese sentimiento.

—Protegedla, no la protejáis... —dijo él.

Ella abrió la boca para responder algo cuando sonó su teléfono.

—Id, compartid los detalles con los chicos —dijo, y se alejó de la puerta.

—Señor —dijo ella.

—¿Dónde diablos estás, Stone? —preguntó Woody—. Tengo a la mitad del equipo de investigaciones criminales del condado de Halesowen esperando a ser informados.

—Estoy dirigiendo esto desde Kidderminster, con el equipo de Travis —dijo ella.

—No, Stone, de ninguna manera.

—Señor, usted quería una investigación conjunta. Bueno, pues aquí tiene una de verdad. He estado trabajando con esta gente, confío en ellos. Sé lo que pueden hacer.

—Stone...

—Señor, por favor. Deme acceso al inicio de sesión de Stacey y yo podré ejecutar todo desde aquí.

Pudo oír la tensión es su voz.

—Stone, ¿estás desobedeciendo una orden directa?

Esta era la oportunidad de Woody de echar toda la mierda por el balcón. Si desobedecía una orden directa, ella, a partir de aquí, se convertiría en la única responsable de todo lo que sucediera.

—En caso de que me esté dando una orden directa, sí —dijo con franqueza.

No había nada más que decir. Si él confirmaba la orden, ella seguiría por su cuenta. Este momento único gravitaba en la confianza que existía entre los dos.

—Stone, más tarde tendremos que hablar de tu insubordinación.

—Y me encantará hacerlo, señor —dijo ella. En cuanto Stacey estuviera de regreso.

—Vale, hazme saber qué necesitas.

—Eso haré. Y muchas gracias.

Suspiró pesadamente y regresó a la puerta. Sus compañeros la habían dejado abierta.

¿Habrían escuchado toda la conversación?

Alcanzó a ver la lenta y cómplice sonrisa en el rostro de Travis.

Sí, la habían escuchado.

Capítulo 84

—¿Has podido entrar, Penn? —preguntó Kim.

Le habían enviado por correo electrónico códigos de acceso temporales y ella misma los había tecleado en el inicio de sesión remoto.

Él asintió.

—Escucha, jefa —dijo Bryant—. Nuestro racista, Gary Flint, nos acaba de dar un nombre: Floda. No sé quién es ni qué significa, pero este tipo sabe más de lo que nos ha querido decir.

La cabeza de Penn giró bruscamente.

—¿Floda?

Dawson asintió.

—Adolf al revés —dijo Kim en voz alta. Se volvió a Dawson—. ¿Y este nombre ha aparecido relacionado con vuestra investigación actual de crímenes de odio?

Penn frunció el ceño.

—Acabo de ver ese nombre en el móvil de tu chica. Dadme un minuto.

Kim miró de uno a otro, confundida. No era un nombre que surgiera a menudo.

—¿Vosotros le pasasteis ese nombre a Stacey?

Bryant negó con la cabeza.

—Nos acabamos de enterar.

Ella observó el mar de confusión que la rodeaba.

Todo el mundo pensaba lo mismo.

—¿Qué coño estaba sucediendo?

Capítulo 85

—Gibbs, Johnson, condensad el caso Cowley en el tablero uno. Dawson, anota los puntos clave de vuestros crímenes de odio en el tablero dos y rotula el último como Stacey —pidió Kim.

—¿Quién es Justin Reynolds? —preguntó Penn de repente.

Seguía analizando el móvil roto de Stacey, según pudo notar Kim.

—¿Justin Reynolds? —confirmó ella. El nombre le era familiar, pero no pudo reconocerlo de inmediato.

—Un adolescente de Sedgley —dijo Dawson. Se acercó un paso—. El otro día, Stacey y yo acudimos a la escena. Esta mañana le pedí que lo investigara un poco.

—¿Por qué? —preguntó Kim.

—Hay una remota posibilidad de que estuviera implicado en el incidente de Aisha Gupta —dijo—, la chica a quien empujaron al...

—Sé quién es — soltó Kim. Su capacidad para retener información era bastante buena, y Bryant no había cometido el error de dejarla sin información una segunda vez.

Penn frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que eso fue esta mañana? —preguntó a Dawson.

—Claro que sí —respondió con firmeza.

—Bueno, nuestra chica ha estado poniendo mucha atención a la página de Facebook de Reynolds, y lo ha estado haciendo desde antes de que se lo pidieras.

Las cejas de Dawson estuvieron a punto de chocar entre sí.

—Pero ¿cómo...? O sea... ¿Este nombre había aparecido antes de ayer? —Penn apretó los hombros.

—¿Chicos? —dijo Kim, mirando a Bryant y a Dawson—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Ambos movieron la cabeza de un lado al otro.

—Nunca lo mencionó.

—Entonces, ¿por qué tanto interés? ¿Discutisteis frente a ella algo acerca de él?

—No lo creo —dijo Dawson—. No había de que hablar. Presentamos nuestras declaraciones. Fue un claro suicidio. Ahí no había nada —añadió a la defensiva, aunque no había hecho nada malo.

—Bryant, haz una llamada de asistente social a la señora Reynolds. Necesitamos descartar esto de inmediato.

Él asintió y se alejó.

—Vaya, ¿vuestra chica es una racista de algún tipo? —preguntó Penn.

—Absolutamente no —protestó Kim—, sus padres son de Nigeria.

—Pues bien, ha montado una cuenta falsa en Facebook y ha estado poniendo publicaciones de una vileza...

—Déjame mirar eso —dijo Kim, y se situó detrás de él.

Penn se desplazó a lo largo de toda la cadena de mensajes vejatorios: negros, asiáticos, gais, judíos, todo... Este perfil de Facebook odiaba a todo el mundo. Kim sintió que la boca empezaba a secársele.

Sabía que esas publicaciones no podían ser de su compañera.

—Jefa —dijo Bryant, que acababa de colgar—. La señora Reynolds pregunta si podemos devolverle el portátil de Justin.

Kim se tambaleó hacia atrás y apoyó las nalgas en algún escritorio.

A través de todo su cuerpo surgió un miedo real por su compañera. Era evidente que Stacey había estado dirigiendo su propia investigación y que eso la había llevado a montar el perfil en línea de una persona cruel y llena de odio. Había ocultado su curiosidad tras el muro de un anonimato seguro. Solo que las cosas no se habían quedado ahí, como demostraba la sangre en el teléfono.

Kim supo, sin la menor duda, que la vida de Stacey corría peligro.

Y que se les estaba agotando el tiempo.

Capítulo 86

—¿Por qué diablos hiciste eso? —preguntó Gary por tercera vez.

Tragó hondo y se enderezó el cuello. Ya era bastante malo verse obligado a vivir con su hermana. Nunca le había caído bien, ni cuando eran niños, y ahora le gustaba mucho menos.

—Iba a matarte —dijo ella.

Él se levantó.

—Por supuesto que no iba a matarme, imbécil, era un policía que estaba siendo observado por otro policía, y contigo de espectadora todo el puto tiempo.

—Te estabas poniendo de un color raro —dijo ella con un temblor en la voz.

Él siguió avanzando. La mujer retrocedió un paso.

—Les diste un nombre —dijo. La rabia le quemaba todo el cuerpo.

—Estaba tratando de salvarte —chilló ella.

Gary Flint se enfureció más aún.

La mujer dio con el pie en la papelera cuando se vio forzada a detenerse en el rincón de la cocina.

Él siguió avanzando.

—¿Te das cuenta de la imbecilidad que acabas de hacer?

Con el brazo, el hombre barrió la encimera. Los platos, las tazas y un frutero se estrellaron en el suelo.

Ella movía la cabeza de un lado al otro, aunque sin apartar los ojos de la cara de su hermano.

Sabía lo que se avecinaba.

—Te acabo de preguntar si te has dado cuenta de lo que has hecho —repitió.

—¿Qué se supone que tenía que haber hecho, Gaz? —suplicó ella.

—Quizás has puesto en peligro todo, zorra imbécil —dijo, y le dio una bofetada.

La mujer gritó y levantó los brazos para cubrirse el rostro. El segundo golpe le dio en el estómago. Un fuerte y potente puño se abrió paso entre la suavidad de sus carnes.

De la boca de la mujer salió un sonido de arcadas cuando bajó las manos para protegerse el vientre.

El tercer porrazo le dio en la sien. Ya se estaba desplomando.

—Por favor, Gaz, no...

—Cállate, imbécil. ¿Creíste que no te descubrirían?

Él volvió a apretar el puño. Sentía unas satisfactorias pulsaciones en los nudillos.

Nunca debió haberle contado nada. Sí, su hermana compartía sus puntos de vista, pero Floda tenía que haberse quedado como su propio secreto.

—Joder, no puedo confiar...

La mano se le congeló en el aire cuando sonó el timbre.

—¿Sabes quién es, o no? —preguntó. Una calma mortal se apoderó de él.

—Podría ser el vecino o...

—Cállate la puta boca —dijo. Se alisó la camisa y se alejó de ella.

El panel de vidrio de la puerta le dijo que la persona que había llamado era un desconocido.

Pero él ya sabía quién era.

Capítulo 87

Kim se sentó en el borde de la mesa que estaba en el frente de la sala. Los tableros ya habían quedado casi completos.

—¿Alguno de vosotros ha podido localizar a Fiona Cowley?

Gibbs negó con la cabeza.

—No ha ido al trabajo ni ha llamado.

Maldita sea.

—Jefa —dijo Lewis en voz baja—, ¿de entrada, por qué Fiona Cowley habría autorizado las excavaciones?

—Es una pregunta jodidamente buena —comentó Kim—, y una de las primeras que le haremos en cuanto aparezca.

—Y acaban de soltar a Jeff Cowley —dijo Travis, que venía entrando a la sala de la brigada.

—¿Es broma? —dijo Kim.

Él negó con la cabeza.

—Se agotó el tiempo. No hubo suficientes pruebas para acusarlo de nada. Y no podrá ir muy lejos mientras Billy siga en el hospital. Volveremos a detenerlo.

Kim esperaba que así fuera. El tipo todavía tenía muchas preguntas qué responder.

—Vale, chicos, es hora de recapitular: Por alguna razón, Stacey se interesó en el suicidio de un adolescente llamado Justin Reynolds. Ha visitado su casa y charlado con su madre, y ha salido de ahí con el portátil del chico.

»Por lo visto, las cuentas de Justin están llenas de publicaciones racistas, y eso lo hizo perder a la mayoría de sus amigos. Stacey se ha hecho una cuenta ficticia, y, de esto, lo único que puedo asumir es que trataba de llamar la atención de alguien llamado Floda.

»Este mismo nombre ha surgido en conexión con una racha de crímenes de odio que están siendo investigados por Dawson y Bryant. Además, uno de los esqueletos que encontramos en el sitio de los Cowley es el de un jamaicano —añadió, para que Dawson y Bryant estuvieran enterados—, quien también tenía marcas físicas de haber

sido cazado».

Esas palabras nunca serían fáciles para ella.

Penn sostuvo en alto el teléfono de Stacey.

—La cuenta de Floda ya no existe, pero tengo un mensaje de texto donde a Stacey le dicen que el portátil está fuera de la comisaría —dijo—. Y ahora estoy ocupado con unas fotos que ella tomó de un sitio web racista. Al parecer, esta noche habrá alguna clase de reunión.

Maldita sea, pensó Kim. Stacey había sido atraída hacia el exterior por alguien que se había apropiado del portátil de Justin y prometía devolverlo. Ajena al peligro, había ido a buscarlo tontamente. Y ese alguien la esperaba.

Lynda se levantó lentamente y empezó a caminar hacia el cuarto tablero, en el otro lado de la sala.

—Es la invitación —dijo a nadie en especial, mientras cogía el rotulador rojo.

En silencio empezó a llenar los huecos.

La primera línea decía «CACERÍA».

Se saltó la segunda. Ya todos tenían asumido que era una fecha.

Vaciló ante el tercer renglón, en letras pequeñas. Escribió al revés, como intentando algo.

Dos palabras. La primera empezaba por «TR». Llenó la palabra «TRAED» y dejó espacio para nueve o diez caracteres que terminaban en «TO».

—«Una foto» —gritó Dawson.

—«Documento» —dijo Kim.

—Esperad —dijo Dawson—. Recordad al tipo que apaleó a Henryk. Le dijo que cerrara los ojos. Lo observamos en el vídeo manipulando su teléfono. —Se volvió hacia Kim.— Quizás es ambas cosas: una foto y una prueba documental —concluyó.

—Si esto es una reunión, estamos hablando de una prueba para entrar —dijo Kim, mientras las náuseas le daban vuelta por el estómago.

Notó que Dawson tragaba saliva antes de hablar.

—Aisha fue acosada por una razón: para que se tumbara y cerrara los ojos.

—Mierda. Para que pareciera muerta —gritó Kim—. Esa es la prueba para entrar: un cadáver.

—Pero nuestra nota es de hace más de veinte años —dijo Gibbs—. No había teléfonos con cámara en...

—Polaroids —dijo Bryant—. Eran muy populares en los ochenta. Yo tenía...

—Los secuestros —gritó Lynda súbitamente—. Los intentos de secuestro de esta semana. En el accidente, la primera víctima era del

oeste de África, y la segunda, asiática. Y habéis dicho que Stacey es... —Sus palabras se fueron perdiendo mientras, en la sala, todos los rostros giraban hacia ella.

—Es una nueva versión. —Kim inhaló.— Es un nuevo encuentro. Una nueva cacería. —Sintió que las rodillas empezaban a temblarle.

Stacey era la presa.

Capítulo 88

—Vale —dijo Kim—. Por algún motivo, cada cosa en que hemos estado trabajando desemboca en el mismo lugar. Todos estamos de acuerdo en que, de algún modo, la racha de crímenes está vinculada con una cacería y con alguna clase de requisito para participar.

Se tragó la bilis que le llegaba a la garganta. Dar rienda suelta a la rabia y al asco no le ayudaría a encontrar a Stacey.

—Es probable que Justin Reynolds haya sido el responsable del ataque a Henryk Kowalski y que Aisha Gupta haya sido su primer intento. El chico estaba tratando de conseguir su derecho de entrada, pero simplemente no pudo terminar el primer trabajo.

A pesar de todos sus esfuerzos, no podía evitar que la amargura se notara en el tono de su voz. Para ella, era bastante horrible que cualquier vida humana fuera tan pobremente valorada; ahora bien, que la elección se hiciera por el tono de la piel o la sexualidad le provocaba ganas de golpear algo. Y muy fuerte.

—Aún creo...

Dejó de hablar cuando empezó a sonar su teléfono.

—Adelante, doctora A —contestó.

—Tengo los resultados de las muestras del suelo —dijo ella.

—¿Y? —Kim rezaba porque esto le diera algo.

—Hay diferentes niveles de magnesio, potasio y...

—Doctora, ¿hay algo que nos pueda ayudar? —preguntó Kim con premura. Esos huesos habían sido movidos como si fueran sobras.

—Hay una mayor concentración de humedad en el segundo...

—El campo —gritó Kim. Todo el mundo se volvió a mirarla—. Gracias, doctora —dijo le detective, y colgó.

Uno de los misterios, por lo menos, había quedado resuelto. Los huesos habían sido cambiados de lugar cuando el área de campamentos se inundó, unos años antes.

Eso explicaba a los demás los resultados del laboratorio, y, otra vez, todo parecía apuntar a la familia Cowley.

—Sigo creyendo que Fiona Cowley es la clave de todo esto —dijo

Kim—. No sé por qué razón Dale Preece ha mentido cuando ha dicho que Fiona no llegó de visita a su casa. Quiero encontrarla. Necesito que alguien revise las grabaciones de circuito cerrado en los alrededores de la casa Preece, para ver si podemos trazar la dirección de su viaje cuando salió.

Johnson levantó la mano y cogió su teléfono.

Kim se volvió a Lynda.

—Tenemos que echar un vistazo a todas las propiedades actuales de la familia Preece. Los Cowley podrían tener acceso a una lista y explotarla. Necesitamos averiguar dónde tendrá lugar ese puto encuentro.

No había manera de que usara la palabra *cacería* mientras su compañera, Stacey Woods, estuviera implicada.

Capítulo 89

Stacey abrió los ojos y soltó un gruñido. Tenía la cabeza como si se la hubieran golpeado con un martillo neumático. Las náuseas le picaban el fondo de la garganta.

Parpadeó un par de veces para asegurarse de que tenía los ojos abiertos. A su alrededor, la densa negrura no cedía. Una vez más, parpadeó en un intento de adaptar sus ojos a la luz. Buscaba una forma, una figura, una silueta..., pero no había nada.

Sintió que el temblor empezaba en sus piernas. La negrura alrededor era opresiva, sofocante, como si la tuvieran sujeta debajo de una manta. Tomó grandes bocanadas de aire.

Una ola de mareo amenazaba con engullirla. Abrió los ojos y trató de sobreponerse.

Bajó la mano con timidez, del regazo al suelo debajo de ella, y palpó alrededor, sigilosamente. No tenía encadenados ni las manos ni los pies, así que seguramente no había ninguna posibilidad de escapar.

Trató de mantener el centro de gravedad. La oscuridad era desorientadora.

Recordó una película donde un prisionero estaba encaramado en una cornisa. Medio metro en cualquier dirección y habría caído a una muerte segura.

Con los ojos fuera de combate, trataba de usar los otros sentidos. Escuchó atentamente, pero el silencio retumbaba en sus oídos.

La oscuridad se la estaba tragando, empalagosa. Le arañaba el pelo, la envolvía.

Debajo, la tierra era fría al tacto. Hormigón desnudo con una ligera capa de polvo que ella alcanzaba a distinguir con la punta de los dedos.

Inhaló hondo, lo que le provocó otra oleada de mareos. Sus ojos se cerraron para ahuyentar el dolor. En el aire había un leve olor a rancio.

Sin embargo, a pesar de los nubarrones en el cerebro, era capaz de sentir algo. No podía ver, oír, sentir ni oler nada, pero había una

presencia, algo más en la habitación.

Trató de recordar cualquier detalle de su periplo. Lamentablemente, el último recuerdo que tenía era haberse agachado a recoger el portátil.

De pronto, pensó en sus compañeros de trabajo, en su jefa; y las emociones brotaron.

Podía saborear el arrepentimiento de no haberle hablado a nadie de lo que había estado haciendo.

Una vocecita la cuestionaba, le decía que no había quien la echara de menos, pero ella sabía que eso no era cierto. Era la voz de la niña excluida, la abandonada. En cambio, la adulta, la agente de policía, sabía que ya habían notado su ausencia. Y esa misma adulta realista también sabía que no había nada que ellos pudieran hacer.

No había hablado con ellos del tema, no había compartido con ellos ni un dato en sus afanes de ponerse a prueba a sí misma, y tampoco había demostrado nada..., excepto que no se la podía dejar sola.

Stacey parpadeó para contener las lágrimas mientras la gravedad de la situación se entrelazaba con la oscuridad.

Se inclinó hacia adelante, apoyada en el trasero, palpando alrededor conforme se movía. El esfuerzo por desplazarse trajo a su cabeza palpitaciones renovadas.

Las estrellas nadaban en la oscuridad. Se balanceó hacia la izquierda y sintió que se caía de lado.

Sabía que estaba perdiendo la consciencia cuando el sonido de una llave en una cerradura la despertó con un sobresalto.

Oyó la voz de un hombre que rogaba, que suplicaba.

—Por favor, no diré nada, lo juro. Solo déjame ir y...

Las palabras se interrumpieron abruptamente al mismo tiempo en que el hombre, según ella pudo oír, era arrojado al suelo.

La puerta se cerró y una ráfaga de aire silbó alrededor de su cuerpo.

—Hola... —dijo Stacey con cautela. Quienquiera que fuera el otro, estaban juntos en esto.

—Aléjate, vete a la mierda —gruñó él.

Abrió desmesuradamente los ojos en la oscuridad cuando se dio cuenta de quién era. No había reconocido el tono de súplica, pero recordaba la agresión.

¿Qué diablos estaba haciendo ahí Gary Flint?

Capítulo 90

En la sala, todo el mundo estaba tecleando furiosamente o hablando por teléfono.

—Stone —dijo Travis, que acababa de colgar—. Acabo de llamar al hospital. Jeff Cowley firmó la salida de Billy Cowley hace veinticinco minutos.

—Maldita sea —dijo ella.

—Ya traté de llamarlos a sus móviles. Están apagados —añadió.

Sí, sí, Kim habría apostado a que así estarían. Esa familia estaba metida en esto hasta sus falsos y engañosos ojos.

—La tengo —gritó Gibbs.

Kim se situó detrás de él. El asistente señaló algo en la pantalla e hizo un acercamiento a la matrícula del Jaguar rojo, que se estaba deteniendo detrás de una Furgoneta azul.

—A las dos y media, conduciendo a través del centro de Hagley. ¿A qué hora la visteis entrar en la casa de los Preece? —preguntó.

—Como a la una y media —contestó Travis.

—Y esto está a unos diez kilómetros. Tomando en cuenta el tráfico de la hora del almuerzo, no debe de haber pasado mucho tiempo ahí.

—Continúa —dijo Kim. Le dio unos golpecitos en el hombro y se alejó.

—Bryant, ponte en contacto con la madre de Stacey. Quiero saber si discutió de alguna cosa con ella durante los últimos días. Dawson, ¿has encontrado algo en el circuito cerrado de Halesowen?

Dawson no se volvió, pero negó con la cabeza.

En la calle que pasaba delante de la comisaría, en una gasolinera, al fondo, había una cámara. Otra cámara municipal cubría la isleta de tráfico en el otro extremo. Dawson estaba tratando de identificar vehículos que pasaran por una, pero no por la otra, puesto que eso significaría que se habían detenido en algún lugar. A sesenta y cinco kilómetros por hora, el tiempo en el tramo era de siete segundos. La tarea era laboriosa e ingrata, y lo más probable era que no arrojara ningún resultado. Aun así, Dawson se había ofrecido a hacerla.

Kim echó un vistazo a la ventana y sintió que su ansiedad se aceleraba.

—Chicos, está oscureciendo.

Una oleada de confirmación recorrió la sala entera.

Podía sentir cómo el pánico iba creciendo en todos.

Sacó el móvil y marcó el número de Woody.

—¿Alguna novedad, señor? —preguntó.

Su jefe había enviado equipos tanto a la granja de los Cowley como a la casa de Fiona, por si la mujer aparecía de improviso.

—No, Stone, ambos lugares están a oscuras. No ha estado en ninguno de los dos.

—Vale, gra...

—Stone, ¿cómo va todo?

—Estamos logrando algunos avances —le dijo, sin hacer caso al vacío que sentía en el estómago.

—¿Cómo lo llevas?...

—Lo llamaré pronto, señor —dijo, y colgó.

—Tengo cuatro propiedades —gritó Gibbs—. Todas han pertenecido a la familia Preece por más de veinte años —añadió, y la impresora cobró vida—: una casa solariega en Bromsgrove, el local de un antiguo hospital en Stafforshire, un campo de entrenamiento militar en Wolverley y una finca comercial abandonada en Walsall.

—¿Algún vínculo con los Cowley?

—Sigo analizando —dijo él.

—Jefa, ¿tienes un segundo? —la llamó Bryant.

Se alejó de los demás para reunirse con él junto a la puerta del despacho de Travis.

—Esto no nos ayudará a encontrarla, pero creo que sé por qué Stacey no quería soltar este caso.

—Continúa —dijo ella.

—Su madre acaba de hablarme con toda franqueza, después de que le conté del caso en que Stacey ha estado trabajando. Aparentemente, ella intentó suicidarse en los tiempos del cole. En eso estaba cuando su madre la encontró, gracias a Dios, pero todo esto explica por qué ha salido en busca de respuestas.

—Mierda —dijo Kim, e inhaló hondo—. Esto se queda entre nosotros, ¿vale?

—Obviamente —dijo él.

Ella giró para volver con los demás, pero Bryant se quedó donde estaba.

—¿Qué?

—Debí haberme dado cuenta, jefa. Pensando en retrospectiva, la recuerdo cerrando el ordenador cuando entrábamos en la sala de la

brigada. Lo sombrío de su estado de ánimo tenía que haber sido otra pista, pero yo pensé que era por este caso. Debí haber...

—Bryant, esto no tiene sentido, especialmente hoy —dijo ella. Habría querido ofrecerle garantías de que no había sido su culpa, pero no podía. No en este momento.

—Ve con Kev a lo del circuito cerrado —le ordenó—. Quiero saber si una furgoneta azul pasó por algún lado cerca de nuestra comisaría.

—Tengo algo —gritó Penn—. Tengo un vínculo... —Hizo una pausa—. Mierda, de hecho, tengo dos. Fiona Cowley fue directora de marketing en Brookmyre Manor House. La familia Preece intentó resucitar la casa solariega hace unos cinco años, pero fracasaron. Y Jeff Cowley prestó servicios en la base militar hace veintitrés años.

—Aquí tengo el último avistamiento del coche de Fiona —gritó Gibbs. La he pillado en el servicio Esso de Wordsley.

Kim echó un vistazo al coche que desaparecía al otro lado de la esquina.

—Mierda, jefa, aquí tengo una —gritó Dawson.

Kim frunció el ceño.

—Aguarda un minuto —le dijo a Gibbs, y fue con Dawson.

—Kev, pon tu grabación.

Una furgoneta azul acababa de pasar por la gasolinera Esso.

—Detenla —dijo ella—. Gibbs. —Este miró la pantalla.— ¿Es la misma que tienes siguiendo al coche de Fiona?

—Parece ser del mismo modelo y año, pero, si no hay matrículas...

—¿Ya la cronometraste?

Dawson negó con la cabeza.

—Hazlo ahora mismo —dijo ella.

—Stone —dijo Travis. Traía el teléfono en la mano.

Ella se volvió.

—¿Ya leíste tu correo electrónico?

—No en los últimos veinte segundos —contestó, mordaz. Ya traía latigazos en las cervicales de ir de un escritorio a otro.

—La fibra que encontraron con las víctimas. Concuerda con la alfombra del baño —dijo él.

Ella asintió y frunció el ceño.

—Por supuesto. Nosotros mismos vimos esa alfombra.

Era el resultado que esperaban.

Él negó con la cabeza.

—No la de los Cowley. Coincide con la fibra que capturé en el chicle, con mi zapato. La fibra de la tumba proviene de un Preece.

Capítulo 91

—No podemos descartar que las dos familias estén vinculadas de alguna manera. Aquí hay una historia, y esta gente ha estado entrando y saliendo de una casa y de la otra —dijo Kim—. Las fibras van de aquí para allá.

Se volvió, tratando de procesar la información, cuando Dawson levantó la mano.

—Diecisiete minutos, jefa —gritó él—. La furgoneta estuvo oculta y regresó por donde vino.

Todo el mundo dejó de trabajar y se volvió. Lo sabían.

Ese era el vehículo en que se habían llevado a Stacey.

El timbre del teléfono de Kim rompió el repentino silencio.

—¿Doctora A? —contestó. Los demás volvieron calladamente a sus labores.

—Ya sé lo de tu Stacey. No te quitaré mucho tiempo —dijo rápidamente—. Esas marcas, las muescas, como las llamaste, en las piernas de la víctima número tres...

—¿Ya sabes de qué son? —preguntó Kim, y se puso de pie.

—Sí, inspectora. Son marcas de dientes, de dientes de perro. Conté ciento diez.

—Madre mía —dijo Kim, y cerró los ojos por un instante. La pobre alma había sido mutilada hasta la muerte por una jauría—. Gracias, doctora A.

—Inspectora..., buena suerte —dijo la científica.

Kim volvió a darle las gracias y colgó.

Había pocas maneras más horrendas de morir que por el desgarramiento de la carne; ver cómo la arrancaba de tus huesos una manada de animales hambrientos.

No podía tolerar un destino tan horrible para su compañera. No lo soportaría.

En ese momento, nada de lo que habían investigado sobre el caso era relevante para ella, en lo más mínimo. Lo único que importaba era encontrar a Stacey y traerla de regreso. Sana y salva.

—Vale, vale, todos a los vídeos de circuito cerrado. Necesitamos la matrícula de esa furgoneta y averiguar a dónde fue.

Capítulo 92

Bryant la observaba moverse por toda la habitación, de escritorio en escritorio, como un remolino, tratando de elegir las piezas del rompecabezas que la llevarían a donde ella quería. Resolver cualquier caso se había visto superado por la necesidad de encontrar a Stacey.

Él estaba seguro de que, en ese lugar, todos podían percibir la tensión que crecía en Kim: esas manos hechas una garra permanente, la mandíbula rígida. Los giros ocasionales del cuello eran un pobre intento de aliviar la tensión que se le acumulaba en los hombros.

Lo que de verdad se preguntaba era si los otros podían ver todo lo demás que estaba ocurriendo.

Cuando Kim se rascaba el labio superior, ¿serían capaces de ver la culpa que ella sentía? Y cuando apoyaba la barbilla en la palma de la mano, ¿podrían percibir la responsabilidad que ella estaba cargando?, ¿o la enorme determinación que fluía en ella cada vez que se metía los puños en los bolsillos delanteros? Él conocía esas señales, porque él también las sentía.

Pero, a diferencia de Bryant, ella había aprendido responsabilidad a los seis años, cuando tuvo que hacerse cargo de proteger a su más débil hermano gemelo de una madre esquizofrénica; y culpabilidad, cuando fracasó.

En este momento, Kim estaba de pie frente a tres tableros, estudiándolos con los brazos cruzados, buscando una pista.

La detective miró hacia la ventana y se mordió el labio superior. Hacía más de una hora que había oscurecido. Bryant podía sentir cómo el pánico se aferraba al cuerpo de su jefa.

Pero lo que los demás no podían saber eran las causas y los efectos de sus sentimientos de culpa y responsabilidad. Kim se cerró, se concentró. Volvió todas sus emociones hacia sí misma y se prendió de la férrea determinación que él ya le conocía. Pero ese mismo coraje también erosionaba su sentido común y sus decisiones objetivas. Kim quería hacer lo que fuera para traer a Stacey de vuelta. Y no le importaba ponerse a sí misma en situaciones de alto riesgo.

Se levantó y fue hacia ella.

—¿Estás bien, jefa? —preguntó.

La máscara descendió, dejando oculto todo lo que él acababa de ver.

La voz de Kim era mesurada, calma, despojada de emociones.

—Por supuesto que estoy bien, Bryant —dijo. Le ofreció una mirada y volvió al estudio de sus tableros.

Y, al hacerlo, confirmó que él tenía razón.

Capítulo 93

Kim se alejó de las miradas indiscretas de Bryant. En momentos como este, no le hacía ningún bien saber que él podía leer la mayoría de sus pensamientos, ya no digamos sus sentimientos. Esos pensamientos y sentimientos no le estaban haciendo ningún bien. De someterse a ellos, terminaría por lanzarse fuera del edificio y ponerse a correr por las calles, gritando el nombre de Stacey, convencida de que nadie sería tan capaz como ella para encontrarla.

—Vale —reclamó la atención de todos—. Tenemos dos ubicaciones primarias. ¿Alguna idea?

—Veamos esta casa solariega. Es enorme, está abandonada, es espeluznante... Un gran lugar —Lynda fue restando fuerza a sus palabras cuando se encontró con la mirada de Kim.— Quiero decir, es ideal para lo que creemos que son sus planes. La propiedad más cercana está a un kilómetro y medio. Hay unos cuantos graneros en la parte de atrás y...

—Me temo que no estoy de acuerdo —dijo Gibb. Todos los ojos se volvieron a él—. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la base militar de Denton fue desarrollada por el Ministerio de Defensa como un depósito de armamento. Básicamente, como un almacén de municiones y explosivos. —Pulsó unas cuantas teclas y en su pantalla apareció una vista aérea.— Era una zona de amortiguamiento, un área despejada de tres kilómetros, en caso de que hubiera una explosión. Y esas tierras pertenecen ahora a la familia Preece.

—¿Por qué no la han vendido, igual que las demás? —preguntó Travis.

—Los desarrolladores inmobiliarios prefieren tierras donde no haya ninguna posibilidad de descubrir una bomba sin detonar —respondió Gibbs, encogiéndose de hombros.

Kim se situó detrás de él, mientras los demás giraban para mirarlos.

Él tocó la pantalla con el bolígrafo.

—Todo el sitio está rodeado por una cerca metálica.

—¿Qué son estos? —preguntó Kim. Señalaba una hilera de jorobas en el lado este.

—Iglús. Perdón, búnkeres para el almacenamiento de municiones. —Gibbs fue moviendo el bolígrafo.— Creo que estos son los pozos que se usaban para desviar la fuerza de la explosión. Y esto de aquí —dijo, señalando la esquina superior izquierda de la pantalla— sería la zona de destrucción: el área de demolición que se usaba para detonar explosivos, defectuosos, sobrantes y obsoletos.

—¿Y esto? —preguntó Kim mientras señalaba una estructura grande en el centro del sitio.

—Es el edificio para el transporte de las municiones. Habría un taller y un espacio de reparaciones, así como instalaciones para la tropa —dijo, todo un conocedor.

Ella enarcó una ceja.

—Hace unos cuantos años, en Escocia, visité el arsenal abandonado de Bandneath. Tenía su propio ferrocarril para distribuir material a más de treinta almacenes. Denton es mucho más pequeño, pero tiene un diseño parecido.

Kim se quedó inmóvil por un momento.

Esta tendría que ser la decisión correcta.

Bryant llamó su atención.

—¿No hacen esa mierda del *paintball* en lugares que el ejército ha dejado de usar?

Él nunca la defraudaba. Compartía sus pensamientos, pero no trataba de tomar las decisiones por ella. Ahora, en la mente de la detective había una imagen de individuos corriendo con armas, escondiéndose detrás de estructuras, agachándose, zambulléndose, riendo.

—Denton es el lugar —dijo con decisión.

Y oró en silencio por que fuera verdad.

Capítulo 94

—Solo dime a qué te refieres —dijo Stacey por enésima vez.

Había estado preguntándole qué ocurría. Él contestaba siempre que ella, en realidad, no querría saberlo. Después, Flint se quedó callado, pero Stacey podía escuchar su respiración en algún lugar, a la izquierda.

Si tan solo él hablara con ella, podrían buscar juntos una manera de salir de ahí, a pesar de las diferencias. ¿Sus puntos de vista racistas eran más importantes que su vida?

—Mira, si hacemos algo juntos, seguramente podremos...

—Qué, ¿no lo entiendes, perra imbécil? Esto se acabó para los dos.

Stacey abrió la boca para discutir cuando la puerta se abrió. Sus palabras quedaron ahogadas por el ruido de la llave.

Maldita sea, podían haber tenido un plan listo para ejecutarlo justamente cuando la puerta se abriera.

Un resplandor brillante le dio en los ojos. Después, la luz se movió de izquierda a derecha. Stacey bajó los párpados para protegerse, pero frente a ella ya danzaban un millar de estrellas blancas. Oyó un gemido cuando pusieron de pie a Gary Flint y se lo llevaron de la habitación.

Sentía que las lágrimas le picaban los ojos. De pronto, pensó en la intranquilidad de su madre cuando le contó que quería ser policía. Un montón de imágenes horrendas y preocupaciones indescriptibles tuvieron que haber atormentado a su madre, que no dejaba de rezar porque Stacey reconsiderara su decisión. ¿Esta sería la imagen que pasaba por la cabeza de su madre?, se preguntaba ahora. Una lágrima se soltó y rodó por su mejilla.

Sí, era una mujer adulta de veintitantos años, y sí, era agente de la policía y detective, pero, en este momento, lo único que quería era sentir el cálido abrazo de su madre. Dominó el raudal de emociones que hacían que se formaran más lágrimas. Se las tragó.

De súbito, la voz de su madre sonó dentro de su cabeza. Y no era algo agradable. Stacey nunca se había permitido la autocompasión. Si

bien su madre le había ofrecido consuelo cada vez que la situación lo justificaba, también era afecta a severas reprimendas.

«A ver si dejas esa negatividad, Stacey», le habría espetado ella a la cara, con impaciencia.

Tenía que dejar de pensar como una víctima. Debía pensar como una adulta, como una agente de la policía.

¿Qué podía hacer? ¿Qué hacía siempre?

Coleccionaba información. Husmeaba en busca de datos. Exploraba pistas.

Movió la nalga izquierda hacia delante; luego, la derecha. La oscuridad no se había disipado y seguía amortajándola, pero quizás podría encontrar pistas. ¿Cómo de grande era la habitación?, ¿había muebles?, ¿dónde estaba la puerta?

Cada vez que se movía, tenía que tragarse el miedo. Estar sentada en la densa negrura ya era bastante aterrador, pero moverse de un lado al otro, sin la menor pista de los posibles riesgos o peligros, intensificaba el miedo.

Después de haber desplazado un poco el trasero, hizo una pausa y se llevó atrás las manos atadas. Lo único que pudo sentir fue el polvoriento suelo de hormigón.

No tenía ni idea de la dirección que había tomado. Quizás se había estado alejando de la puerta. Hizo una pausa y empezó a retroceder centímetro a centímetro. Había estado pegada a la pared. Su mente empezó a trabajar. Desplazándose por el perímetro, podría calcular el tamaño de la habitación yendo de esquina a esquina, y, estuviera donde estuviera, en algún momento daría con la puerta. Pero, si se quedaba dando vueltas lentamente por el centro de la habitación, terminaría cada vez más desorientada.

Dio con la espalda en la pared y eso la hizo sospechar que estaba donde había comenzado. Consideró la idea de ponerse de pie; sin embargo, recordó la facilidad con que se había desmayado un poco antes. No podía correr ese riesgo otra vez. Tenía mucho que hacer.

Empezó a desplazarse de lado, que era mucho más difícil que hacerlo hacia delante o hacia atrás.

Dio con la primera esquina después de haberse movido un poco más de medio metro.

Se volvió hacia el lado contrario para dirigirse a la siguiente pared.

La camisa se le había subido por la espalda. Un grito escapó de sus labios cuando una rejilla de metal le arañó la piel y un hilo de sangre empezó a descender hasta sus nalgas. Palpó la pared y sus dedos se toparon con algo así como una salida de ventilación.

Siguió el viaje a lo largo de la pared hasta haber recorrido, según

sus cálculos, unos dos metros y medio; tres, quizás.

Asustada, soltó un grito cuando su pie dio con algo que era sólido y, al mismo tiempo, flexible, como un cojín firme.

Hizo un alto. Enseguida, volvió a extender la pierna hasta darle otra patada.

La cosa gimió.

Stacey sintió que la boca se le secaba antes de susurrar en la oscuridad:

—¿Quién diablos eres?

Capítulo 95

El campo Denton se hallaba cinco kilómetros al este de Wolverley, un pueblo ubicado tres kilómetros al norte de Kidderminster.

En silencio, Kim apremiaba a Bryant a conducir más rápido. Si le había dado las llaves era solo porque sus manos estarían ocupadas con el teléfono.

Travis y algunos miembros de su equipo iban en camino a la casa solariega de Bromsgrove, para asegurarse de que ahí no estuviera ocurriendo nada. Dadas las dependencias y el hecho de que el edificio estuviera abandonado, no podían descartarlo como un sitio potencial para esa reunión tan despreciable, aunque los instintos de Kim seguían apuntando hacia Denton.

En el último instante, Gibbs se había ido con ella, puesto que conocía y entendía la organización de las instalaciones. Y, dada la posibilidad de que hubiera armas de fuego, las unidades de intervención de las Tierras Medias Occidentales y de Mercia Occidental ya iban en camino a ambos lugares.

La mayoría de los vehículos de intervención eran coches familiares Audi adaptados, capaces de correr a doscientos cuarenta kilómetros por hora. Eran unidades equipadas con armas paralizantes, pistolas, carabinas semiautomáticas y rifles.

Kim se las había arreglado para persuadir a Woody de que no enviara a todos los agentes disponibles. Una conmoción de tal clase haría que todo este asqueroso encuentro pasara a la clandestinidad, y Stacey podría estar en cualquier sitio, herida o algo peor.

Su principal preocupación era la seguridad de su compañera, pero había otro problema: la gente. Los participantes de esta cacería eran tipos abominables, viles y repulsivos, capaces de amenazar a sus congéneres en formas nauseabundas.

Ahora tenían sospechas de que los presentes habían ejecutado algún acto abyecto para ganarse el derecho a entrar. Y, maldita sea, quería pillarlos a todos.

—¿Tienes algo bueno que contarme, Kev? —preguntó, pero el

silencio de su compañero lo dijo todo.

—Todavía no tenemos respuestas de las familias Cowley ni Preece —contestó. Había estado marcando todos los números, sin parar, desde que se subió al Golf. Y también había coches patrulla aparcados en ambos lugares, por si algún miembro de la familia aparecía por casa.

—Estamos a unos ochocientos metros, jefa —dijo Bryant, volviéndose a ella.

Kim asintió y respiró hondo.

—Vale, Bryant, es hora de detener el coche.

Capítulo 96

Gary Flint se tropezó con el marco de la puerta cuando lo sacaban a empujones al aire frío de la noche. Una mano fuerte como mordaza lo sujetaba por los brazos.

Floda caminaba delante, mientras dos matones con pasamontañas ayudaban a Flint a avanzar.

—Por favor, dejadme ir. No se lo diré a nadie, lo juro —gritaba, al mismo tiempo que intentaba igualar su paso con el de su captor.

Una pequeña esperanza ardía en su interior. Quizás Floda había decidido soltarlo, permitirle unirse a la cacería. Había pagado la cuota; se había ganado la entrada. No mató a nadie, pero sí que había esperado a la salida de la comisaría para enviar la foto de la agente que estaba haciendo las preguntas; aquella a quien finalmente habían secuestrado para el programa estelar. Sin duda, se había ganado el derecho a cazar.

De pronto, le arrancaron la capucha de la cabeza.

Estaba de pie junto a una celda de metal de unos diez metros de lado. Dentro de la jaula, una manada de perros gruñía y lo miraba con interés.

Eran pastores alemanes. Estos perros, por su obediencia, eran usados tanto en la policía como en el ejército. Él los había visto seguir un rastro hasta que les sangraban las almohadillas. Y, aunque eran bondadosos por naturaleza, él sabía que cualquier perro puede ser criado para cazar.

Y también se percató de que Floda no lo iba a soltar.

—No... —dijo, y la boca se le empezó a secar.

—Tienen hambre —dijo Floda—. Hace días que no les dan de comer.

Flint negaba sacudiendo la cabeza de un lado al otro.

Hacían pasar hambre a algunas manadas y luego, para entrenarlas, les arrojaban animales vivos. Pero él no era un animal. Él era una persona.

—Yo os... di la presa. Os di a la poli... negra —tartamudeó.

Floda agarró el brazo de Gary y lo remangó. Un cuchillo lanzó destellos mientras le hacía un corte en el antebrazo.

Flint gritó y trató de retroceder, pero Floda lo sujetaba con fuerza. Las punzadas en la herida no eran nada comparadas con lo que sufriría si no alcanzaba a huir.

—Por favor, te lo suplico —susurró—. Odio a esta gente tanto como tú...

—Entra —dijo Floda, y abrió la puerta de metal.

Flint trató de clavar los pies en el suelo.

Floda miró a los tipos que flanqueaban a su víctima.

—No lo hagas... He sido leal. Puedo...

Flint dejó de hablar cuando se sintió impulsado hacia delante. Trataba de retorcerse y gritar, pero las manos lo tenían sujeto con firmeza y lo empujaban hacia el interior.

Cuando la puerta se cerró, él se lanzó hacia ella con la esperanza de que cediera.

Los perros se lo quedaron mirando, empujándose de costado unos a otros, inquietos, impacientes; pero sin avanzar.

De la herida del brazo de Flint brotaba sangre. Los perros la miraban derramarse hasta el suelo.

El hombre estaba tan quieto como podía, a pesar de los temblores que avasallaban su cuerpo. Rezó porque sus piernas no flaquearan.

Pero los perros seguían en una esquina del corral. Contó seis o siete. ¿Por qué no se lanzaban contra él?

Miró entonces a Floda, que contemplaba divertido la escena, y entonces supo por qué los animales no habían avanzado.

—Por favor —susurró, implorando a su captor.

Floda le sonrió antes de dar la orden que liberaría a los perros.

«Comed», oyó Flint detrás.

Los primeros dientes se clavaron en su espinilla; otros más, en la herida abierta de su brazo. En cuanto sintió las primeras dentelladas, Gary Flint, desmayado, cayó al suelo.

Capítulo 97

Stacey apretujó el otro cuerpo y lo empujó. Ocasionalmente, llegó a provocarle algún quejido.

—¿Quién eres? —susurró.

No hubo respuesta.

Siguió el viaje hasta la rodilla, sintiendo la tela de algodón conforme avanzaba. Sus dedos se encontraron con una cadera y, luego, con una cintura.

Así como había medido la habitación, tenía que formarse una imagen mental para seguir buscando lesiones. Ahora sabía que se trataba de una mujer.

—Háblame —le dijo. Con sus manos recorrió los hombros, el pelo.

El sonido cercano de una llave en la cerradura la sobresaltó. Stacey cayó de espaldas, lejos de la mujer.

De pronto, una luz muy intensa brilló en su rostro, obligándola a parpadear rápidamente.

Alguien, Stacey no podía ver quién era, levantó el bulto inerte hasta ponerlo de pie.

—Venga, es hora de empezar con el espectáculo de calentamiento —dijo una voz de hombre.

Stacey levantó la mano para protegerse de la luz. Forzó su temblorosa boca a hablar:

—Por favor..., dime...

—No te preocupes, Stacey —dijo la voz con calma—. Pronto volveré a por ti.

Capítulo 98

Kim cerró de golpe el maletero.

—¿Todos listos?

Dawson seguía ajustándose un lado del chaleco antibalas.

Bryant se le acercó.

—Maldita sea, Kev, solo es velcro.

La detective oyó el sonido del material cuando lo arrancaban y lo volvían a pegar.

Como detectives, ninguno de ellos estaba acostumbrado a los tres kilogramos de más, y Kim dio gracias a Dios de no tener que usar los de tipo militar, que pesaban unos nueve kilogramos.

Habían sacado esos chalecos de cada recoveco y hendidura de la policía de las Tierras Medias Occidentales. Tenían chalecos contra puñaladas en abundancia, pero esos no les ofrecían ninguna protección contra las balas. La ironía era que los que estaban usando les ofrecían una magra defensa contra los cuchillos.

Y, aunque tenían instrucciones de no entrar en el sitio sin una unidad equipada con armas de fuego, ella quería asegurarse de que su equipo estuviera a salvo. A quienes podía ver, digamos.

«Resiste, Stace, ya casi llegamos», pensó mientras todos se amontonaban en la parte trasera del coche.

—La entrada principal está por esta carretera, a poco menos de un kilómetro —dijo Gibbs, que veía la imagen en su teléfono. Tocó el móvil con el dedo y lo pasó hacia delante.

Kim pudo ver la gruesa cerca de metal entre dos pilares de ladrillo, y, a la izquierda, una portería.

Devolvió el teléfono a Gibbs y este le dio otros dos golpecitos con el dedo.

—Mientras sigamos por esta carretera, iremos paralelos al perímetro del sitio —dijo—. En un kilómetro y medio, más o menos, deberíamos estar lo más cerca posible del núcleo, donde se alza el edificio principal. Pero no se puede entrar, obviamente. El lugar está rodeado por una cerca metálica.

Kim miró hacia atrás, a Dawson. Incluso en la oscuridad relativa del coche, pudo detectar una señal de asentimiento casi imperceptible.

Bien. Los demás no tenían por qué saber nada de la conversación que habían tenido en privado.

Sonó el teléfono de Kim y todos pegaron un salto. Era Travis, que estaba a dieciocho kilómetros de ahí, en Bromsgrove.

—Aquí no hay nada, Stone —dijo sin saludar—. Hemos registrado el perímetro y los terrenos de la casa solariega. No está ocurriendo nada.

—Gracias, Travis. ¿Cuánto tardarás en llegar aquí?

—Unos veinte minutos. Salimos ahora mismo.

En el fondo, Kim oyó arrancar el motor de un coche. Dio a Travis instrucciones acerca de la entrada principal y colgó.

—Por aquí, en algún lugar —dijo Gibbs.

Bryant condujo otros treinta metros y se estacionó en la hierba del borde.

Kim se bajó del coche y escuchó. Dawson estaba junto a ella.

—Jefa, ¿qué...?

—Calla —le dijo, y levantó la mano.

Su primer control sensorial no le había devuelto nada más que el silencio, pero cerró los ojos y se concentró. A la distancia, en algún lugar, había voces, conversaciones y alguna risa ocasional.

Kim trató de aflojar la tensión de su mandíbula.

Bryant pasó la luz de la linterna alrededor de todos, asegurándose de mantenerla cerca del suelo. Había hierba y maleza a ambos lados de la cerca de metal. La parte superior estaba coronada con alambre de púas. Más allá del lindero, a unos diez metros, se alzaba una farola apagada.

En el pecho de Kim, el corazón empezó a latir con fuerza.

De repente, la farola se encendió sobre ellos.

Ella avanzó unos pasos hasta llegar a la cerca y siguió la línea de luces. Una de cada dos estaba encendida.

A la distancia, oyó un rugido de emoción. Su estómago dio un vuelco.

—Bryant, ¿cuánto falta? —preguntó.

Él era el contacto con la unidad armada.

—Quince minutos. Tal vez veinte.

Kim se puso a caminar de un lado al otro de la cerca. Se sentía como un tigre en el zoológico.

Como siempre, Bryant podía leer sus pensamientos.

—Jefa, sabes que no podemos...

Sus palabras se cortaron cuando un disparo sonó en la distancia, aturdiéndolos a todos. Enseguida, oyeron el ladrar de los perros.

Kim miró a Dawson, quien avanzó un paso con la cortadora de pernos en las manos.

—Mierda, jefa, sabes que no puedes...

—Bryant —dijo sobre el ruido que la cortadora hacía en los alambres—, Stacey está allí dentro, así que, por favor, vuelve a decirme que no puedo.

Capítulo 99

Todos los pensamientos acerca del tamaño de la habitación y del lugar donde estaba la puerta desaparecieron de la mente de Stacey en el instante mismo en que la llave giró en la cerradura.

¿Quién demonios había estado con ella y qué significaba eso del «espectáculo de calentamiento»?

Se empujó contra la pared, con la esperanza de que su solidez la ayudara a detener los temblores. La frescura del muro se le metió por la camisa y trajo más escalofríos a todos sus huesos.

Pensó en sus compañeros de trabajo y se tragó las emociones. Ningún equipo la estaría buscando más que ellos, pero era inútil. Detrás de Stacey no había quedado un rastro de migajas. Maldijo el momento en que no confiar en su equipo le pareció una buena idea.

El sonido de la llave en la cerradura arrasó con el silencio que palpitaba en sus oídos. Retrocedió más hacia la pared al mismo tiempo en que brotaban protuberancias por toda su piel.

Una luz cegadora brilló directamente en sus ojos. Stacey parpadeó de prisa para escapar al resplandor.

Entonces, una mano la sujetó por la camisa.

Ella trató de apartarse, pero la tela estaba firmemente agarrada.

—No, no —dijo, con el terror traspasando su cuerpo entero.

Sintió que la levantaban de un tirón.

—Por favor, yo no...

—Cállate —dijo esa voz de hombre que había oído antes.

La palabra la hizo detenerse en seco. El tono era de asco, de desdén, como si el tipo le estuviera hablando a un animal indeseable.

La cólera empezó a arremolinarse por todo su ser. Stacey agitó las manos en todas direcciones, buscando hacia dónde lanzar sus ataques. Tragó saliva entre el dolor que le seguía latiendo en la nuca.

—Suélteme.

—Cálmate —ordenó él.

Ella hizo lo contrario y luchó aún más, con la furia inundándole las venas.

—Quíteme las manos de...

Dejó de hablar cuando su pie hizo contacto con algo de carne y el tipo pegó un grito.

Stacey trataba de orientarse para saber dónde estaba su adversario. Quería apuntar los golpes para que surtieran el mayor efecto posible.

Él la abofeteó con mucha fuerza.

Intentó ponerla contra la pared, pero ella se retorció para soltarse.

Stacey recordó cuando su padre trataba de agarrarla para hacerle cosquillas y las posturas que tenía que adoptar para evitar que le tocara las costillas.

Se agachó hacia la izquierda, hacia la derecha; sintió que presionaban su cabeza contra el ladrillo frío. Tenía el tronco inmovilizado contra la pared. Sus posibilidades no eran muchas, pero trababa de dar patadas hacia atrás.

Solo que sus pies no golpeaban nada que no fuera espacio vacío.

—Deja de resistirte, imbécil...

El tipo gritó cuando la cabeza de Stacey se sacudió hacia atrás y encontró hueso duro.

«Tu víctima no se irá sin defenderse», pensó ella, y, justo en ese momento, la linterna le dio en la nuca y puso al rojo vivo todos los dolores que ya traía.

Sus piernas vacilaron y las náuseas viajaron hasta su garganta en un instante. Se dobló y cayó al suelo.

Sintió que levantaban su brazo derecho y lo metían en una especie de prenda. Después, le pasaron eso alrededor de la espalda y metieron también su brazo izquierdo. Enseguida escuchó y sintió una atadura de cables que le sujetaba las muñecas por detrás.

Hubo un brusco frotamiento en las mangas de su camisa y hacia abajo, por la tela de las medias, antes de que Stacey tuviera la sensación de que algo caliente y pegajoso penetraba la tela hasta su piel.

Ya no tuvo tiempo de pensar en nada. Sintió que tiraban de ella hasta ponerla de pie.

Repentinamente, Stacey tuvo tres certezas: estaba en presencia de Floda; estaba implicada en cierta clase de juego repugnante, y su tiempo se había agotado.

Capítulo 100

Kim se dirigía al lugar por donde se había oído el disparo cuando Bryant apareció a su derecha.

—Jefa, esta es una muy mala idea.

Por una vez, quiso ella que él le dijera algo diferente.

Se detuvo en seco y Gibbs y Dawson estuvieron a punto de pasarle por encima.

—No tengo tiempo para daros charlas motivacionales, no tengo tiempo para tomar decisiones por nadie. Stacey está aquí, en algún sitio, así que haced lo que queráis.

No iba a pensar nada menos de quienquiera que se volviera al perímetro. Probablemente.

Giró y siguió avanzando.

—Me refería a que los cuatro caminemos juntos —dijo Bryant—. Deberíamos separarnos.

—¿Gibbs? —dijo, recurriendo a sus conocimientos.

—Hay un conjunto de pequeñas estructuras hacia el oeste. El campo está al este, y el edificio principal, al frente, a unos cuatrocientos metros.

—Vale. Dawson y Gibbs, dirigíos al oeste. Nosotros iremos al este y, con suerte, nos encontraremos en el edificio principal.

El ruido del disparo había llegado del este.

—Apartaos de la carretera, pero tened cuidado con esas malditas trampas para animales —dijo. Había visto en persona los daños que podían provocar. Si bien las farolas les servían para orientarse, también aumentaban las posibilidades de que los descubrieran.

—Y si os acercáis... —dijo, y dirigió los ojos a Dawson. Le sostuvo la mirada por un segundo antes de que él asintiera en señal de que había entendido.

En situaciones como estas, las estimaciones de los riesgos estaban siempre en curso y cambiaban minuto a minuto.

Ella sabía a qué estaba dispuesta a renunciar por Stacey. No tenía derecho a esperar lo mismo de los demás.

Mierda, cuidado —dijo Kim, y empujó a Bryant hacia la derecha.

Había pisado una rejilla metálica. El pozo que cubría desaparecía en las profundidades del suelo.

—Un agujero de explosión —dijo Bryant.

Lo rodearon.

—¿Sabes, jefa? —susurró en la penumbra, mientras seguían avanzando hacia el este—. Si algo le sucediera a Stacey...

—Cállate —le soltó.

No estaba dispuesta a pensar en eso. No *podía* pensar en eso.

—Agáchate —dijo, y lo sujetó del brazo.

A la distancia, podía ver tres figuras que caminaban hacia ellos. Dos llevaban perros que tensaban las correas y jadeaban.

Empujó a Bryant a la parte trasera de un búnker que se elevaba del suelo como la casa de un hobbit de la Tierra Media.

Una linterna pasó su haz a la derecha de donde estaban.

—Cayó por aquí —dijo una voz de bajo.

—¿Le diste? —preguntó otra voz.

—Mi primer disparo salió desviado, pero creo que le di con el segundo.

Kim sintió la bilis en la garganta. Ansiaba pegar un salto y agarrar a esos tres hijos de puta por el cogote, pero eso no la ayudaría a encontrar a Stacey. Y, si su compañera estaba herida, podía desangrarse mientras ella se distraía con estos.

La luz de la linterna siguió barriendo el suelo hasta detenerse, finalmente, a un par de centímetros del pie de Bryant.

—Escucha, Floda dijo que no nos acercáramos a la carretera —dijo la tercera voz.

—Sí, pero sería bueno terminar el trabajo —señaló la primera.

Kim sentía que su propio aliento pugnaba por salir del cuerpo en un estallido, pero no se atrevía a mover ni un músculo.

Por unos cuantos segundos, el silencio reinó en la distancia que la separaba de los tres hombres.

De pronto, una sirena sonó en tres ráfagas cortas.

—Vaya, olvídalo. Parece que todo está listo para el programa estelar.

Empezaron a alejarse y, finalmente, Kim pudo respirar.

—¿Escuchaste eso? —susurró a Bryant.

—¿Lo del programa estelar?

Ella negó con la cabeza.

—Acerca de que le dispararon a alguien por aquí.

Kim miró hacia la hilera de búnkeres que se elevaban desde el suelo como dunas de arena.

Era el lugar lógico para que alguien intentara esconderse.

—Bryant, ve por la izquierda, yo iré por la derecha.

Él asintió.

Kim miró alrededor del montículo cubierto de hierba. Los hombres estaban ya a unos buenos trece o catorce metros. Se mantuvo agachada y se arrastró hasta salvar la distancia entre dos búnkeres.

Con el móvil, iluminó el área más cercana.

Nada.

Se arrastró hasta el siguiente búnker y volvió a encender la luz.

Nada.

Asentó la mano en la hierba para arrastrarse de nuevo y sintió un pequeño charco de algún líquido alrededor de su dedo meñique.

Dirigió la luz del teléfono hacia su propia mano y, después, al suelo.

La cosa roja pegajosa le devolvió el brillo.

Por un segundo, el corazón de Kim pareció detenerse.

Volvió a apuntar el teléfono hacia abajo y descubrió el rastro, que se hacía más tenue a medida que se alejaba. La persona tuvo que haber descansado ahí por uno o dos minutos.

Kim tragó saliva mientras seguía moviéndose. ¿Estaría siguiendo el rastro de la sangre de Stacey?

El hilo se desviaba de la hilera de búnkeres y volvía a ella.

Le recordó la derrota de un animal herido buscando un lugar para morir.

Dejó de arrastrarse y se detuvo a escuchar. ¿De dónde venían las quejas y los gemidos? Alguien estaba sufriendo sin hacer ruido.

Kim no estaba dispuesta a permitir que su mente se desviara hacia lo impensable y siguió buscando.

A medio camino, más allá del siguiente búnker, largó la vista hacia delante y descubrió una forma a la distancia.

Un zumbido largo y continuo surgió del edificio.

Esperó a que terminara antes de apresurarse a salvar la brecha final.

Su respiración ya era dificultosa cuando la luz de su móvil se posó en un zapato; luego, en un muslo, en un pecho y, finalmente, en una boca.

Jadeó cuando miró el rostro de Fiona Cowley.

No se había dado cuenta de que Bryant venía arrastrándose detrás.

—Nada por allí... Madre mía, ¿quién...? —Sus palabras se fueron perdiendo mientras caía en la cuenta.— ¿La hija de Cowley?

Kim asintió y puso dos dedos en el cuello de Fiona.

—Hay pulso —dijo—. Débil, pero ahí está. Fiona, Fiona —susurró con tono apremiante—. Despierte, venga.

—¿Qué coño...? –exclamó Bryant con la voz amortiguada.

Kim siguió la mirada de su compañero hacia el pie que su propio teléfono no había llegado a iluminar. El horror en su rostro convergía con el de Bryant. Los implacables dientes de una trampa para animales tenían a Fiona agarrada por el tobillo.

La sangre se filtraba por la mezclilla de los vaqueros hasta el pie descalzo. Kim no quería ni imaginar la carne desgarrada que habría debajo.

Por lo que alcanzaba a ver, Kim podía presumir que no le habían dado un balazo. Toda la pérdida de sangre provenía de la extremidad mordida.

—Fiona —dijo Bryant, y volvió a sacudir a la mujer.

Kim lo detuvo.

—Déjala. El dolor la ha dejado inconsciente. Es mejor que se quede así. Si despertara, se pondría a gritar como una loca.

Podía notar cuán pequeña y delgada era la mujer. Su ferocidad la hacía parecer más grande.

Miró alrededor. Todavía estaban a unos doscientos metros de la cerca perimetral.

—Cuando llegue el equipo armado, los agentes revisarán el perímetro. Tendrás que llamarles la atención y cuidarla para que esté a salvo.

—Jefa, olvídalo. No me quedaré...

—Tienes que hacerlo, Bryant. Tienes que mantenerla con vida.

—Jefa, no...

Sus palabras se desvanecieron cuando, a la distancia, ambos volvieron a escuchar el sonido de las charlas llenas de emoción.

Kim lo miró implorante.

Él asintió. La entendía.

Tenía que obedecer.

Y ella tenía que irse.

La cacería había comenzado.

Capítulo 101

Del puro terror, Stacey se tropezó con el marco de la puerta.

La mano que la había impulsado hacia delante, sujetándola de la nuca, desapareció en el instante mismo en que la noche fría de noviembre le mordió la desnuda piel de la cara.

Llevaba las muñecas bien amarradas a la espalda.

Stacey miró alrededor. La oscuridad no era tan densa como en la habitación de donde la habían sacado, además de que ya no tenía en los ojos el brillo cegador de la linterna.

Parpadeó furiosamente. Delante de ella, las sombras se convirtieron en siluetas. Al principio, dudó de si esas siluetas eran personas de verdad o figuras que la luz de la linterna había grabado en su retina.

En su imaginación, trataba de correr, pero sus piernas no obedecían órdenes. Y ¿correr adónde? No tenía ni idea de cuál sería la mejor dirección para escapar.

Podía oír voces en la distancia, un canto. Su cuerpo giró en esa dirección mientras su mente gritaba «auxilio». Avanzó dos pasos e hizo una pausa. Era una cuenta.

—Noventa y tres, noventa y dos, noventa y uno...

¿Qué estaban contando?, ¿por qué ahora la estaban liberando?

Esas dos preguntas se fusionaron en su mente mientras sonaba el setenta y ocho.

Dio un paso adelante y se encontró bañada por el resplandor de una farola. Muy rápido se apartó de ahí, de ese lugar donde la luz la hacía sentir vulnerable.

—Sesenta y seis

—Sesenta y cinco.

¿Estaban esperando que echara a correr? ¿Era esta su mejor oportunidad para huir?, ¿correr tan rápido como le fuera posible? Su mente razonaba que, si así de fácil fuera escapar, no le estarían dando tanta ventaja.

—Cuarenta y nueve.

—Cuarenta y ocho.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —susurró en la oscuridad.

Sus instintos la instaban a pedir auxilio a gritos, pero las únicas personas que tenía alrededor intentaban hacerle daño.

«Por favor, que alguien me ayude», oró en silencio mientras sus rodillas empezaban a temblar.

Los números se agotaban demasiado rápido.

—Treinta y dos.

Le quedaba menos de un minuto para averiguar qué debía hacer para salvar su vida.

Avanzó otros dos pasos. Su cerebro estaba entumecido por el miedo. Ninguna decisión tenía sentido para ella. No había un solo lugar donde pudiera sentirse segura.

—Veintitrés.

Dio un salto cuando algo crujió a su lado. Maldita vida silvestre. Alguna cosa correteó a su alrededor. A su izquierda se oyó un chasquido mecánico: metales que crujían. La cosa aulló de dolor y llenó el silencio entre los cantos. Stacey se preguntó si un pobre animal había caído en una trampa que estaba destinada para ella.

—Diecinueve.

Era evidente que no podía moverse muy lejos de las luces por miedo a caer en una de esas trampas.

—Diez.

Tenía que pensar rápidamente, resolver lo que debía hacer, dónde esconderse.

Tres disparos sucesivos sonaron a la distancia.

Y el tiempo se le había agotado.

Capítulo 102

El edificio principal ya se alzaba a la distancia cuando sonaron los disparos.

Eso quería decir, supuso Kim, que la cacería había comenzado.

Se dejó caer al suelo para arrastrarse hasta la construcción. Una luz solitaria iluminaba la segunda ventana.

Se preguntaba si a Fiona y Stacey las habían tenido recluidas en ese edificio. Fiona había optado por correr lo más rápido posible y, de algún modo, había conseguido alejarse cien metros de la cerca perimetral antes de caer atrapada en una trampa para animales.

Se movió cautelosa, preguntándose cuántas de esas cosas habría desparramadas por ahí.

Inspeccionó el área mientras las voces empezaban a dispersarse en diferentes direcciones.

Se puso de espaldas contra la pared. Tenía que permanecer entre las sombras para pensar.

Si Stacey había sido liberada desde ese edificio y había escuchado, a la distancia, la cuenta regresiva, ¿habría elegido correr lo más rápido posible o esconderse?

Kim trataba de entender la forma de pensar de Stacey, para adoptar su enfoque lógico y pragmático, al mismo tiempo en que ponía en la ecuación el terror que su compañera estaría sintiendo. Si Stacey había comprendido la situación y las razones de su presencia en ese lugar, habría entendido también la cuenta atrás. ¿Se habría percatado de que no había ninguna salida segura y que tenía muy pocos motivos para correr? ¿O la habrían vencido el pánico y los instintos, obligándola a moverse a toda velocidad?

¿Habría considerado también que, más allá de este conjunto de edificios, la densa negrura no sería nada amistosa para ella?

—¿Qué hiciste, Stacey? —susurró mientras se movía hacia la entrada del edificio.

Una sombra pasó por la ventana abierta, solo una cabeza. Kim pensó en irrumpir en el lugar y ponerle las manos en la garganta al

primero que viera. Pero eso no ayudaría a Stacey. No mientras hubiera unos cabrones armados tratando de matarla.

Agachada, se alejó de la ventana. Podrían esperar.

Gateó lentamente. Toda el área estaba inundada de pozos, trampas y peligros. Con cada movimiento esperaba advertir que los dientes de una trampa le agarraban alguna parte del cuerpo.

Se arrastró por delante de la boca abierta de un edificio de hoja de lata con forma de semicírculo.

Su mano izquierda tocó algo que sobresalía de entre la hierba.

Cuero.

Miró de cerca.

Era un botín.

Lo recogió.

Era de Stacey.

Maldita sea, pensó Kim. ¿Y si esos cabrones ya la habían atrapado?

Alzó el brazo para arrojar lejos el botín, llena de frustración, pero se contuvo. De repente, se le había ocurrido algo.

Capítulo 103

Stacey se frotó los brazos furiosamente contra el terror y el frío. Había tratado de llevar la cuenta desde que sonaron los tres disparos. Suponía que habrían transcurrido solo un par de minutos.

Su única posibilidad radicaba en ganar tiempo. ¿Para qué? Aún no lo sabía, pero le repugnaba la idea de salir corriendo por todo ese lugar con una diana pegada a la espalda. Si iba a morir, no se convertiría en el entretenimiento de un montón de crueles y despreciables racistas hijos de puta. Que la encontraran y la mataran en el acto; no sería su jodido animal.

En un esfuerzo por perderse de vista lo más rápido posible, llegó a agazaparse en una estructura de hierro corrugado en forma de semicírculo. Se había movido a toda velocidad a través de su interior con forma de túnel hasta la espesa oscuridad del fondo.

La hierba húmeda filtraba su agua a través de las medias de lana y la camisa hasta empaparla, pero Stacey no podía ponerse de pie. Si quería hacerse pequeña, tenía que permanecer en el suelo.

Se llevó las rodillas a la cara y, después de pasar por encima las manos atadas a la altura de las muñecas, se las abrazó.

Apoyó la mejilla en las rodillas y cerró los ojos. No hubo ningún cambio en el nivel de negrura.

¿Había sido apenas hoy cuando salió de la comisaría a recuperar un ordenador portátil que, en primer lugar, no tenía por qué estar en su poder?

Si de verdad pensaba que ahí había un caso, tenía que habérselo pasado a los verdaderos detectives. Ellos habrían entendido todo mucho más rápido y ella no estaría aquí sentada, hecha un ovillo, esperando la muerte.

Detestaba los pensamientos autocompasivos que ocupaban su mente, pero sabía que su pequeño y único intento de lucidez pasaría completamente inadvertido. Había dejado la sencilla señal con la vana esperanza de que alguien la estuviera buscando: un botín apuntando hacia el lugar donde se había escondido. Era realista, sabía que nadie

lo encontraría; pero hacer algo la había ayudado por un instante.

Aunque se maldecía por estar escondida, su cerebro no le había ofrecido otras soluciones. Las armas de los cazadores la dejaban en clara desventaja.

Gritó cuando una súbita ráfaga de viento agitó una pieza suelta del techo de metal corrugado. La pieza aleteó tres veces, acelerando el corazón de Stacey en cada golpe. Ella se apretó aún más las piernas para calmar sus temblores.

Una mano la cogió del pie enfundado en las medias.

El terror atravesó su garganta en un instante y Stacey soltó un grito.

La mano le atenazó la boca.

Stacey sacudió la cabeza y empezó a tirar patadas. A la mierda el escondite. Ahora saldría corriendo; no estaba lista para morir.

—Stacey, soy yo —escuchó que le susurraban al oído.

Esas palabras la aturdieron hasta dejarla petrificada. Sabía cómo habían sonado, pero no era verdad. No había manera. No era posible.

Empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

—Soy yo, Stace. Te tengo —escuchó.

—¿Jefa? —dijo a la palma de la mano.

La mano aflojó y, frente a su rostro, apareció el de la jefa.

—Escucha, no tengo tiempo de explicarte nada, pero recibí tu mensaje: el botín apuntando hacia este lugar.

Stacey sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Su jefa. Aquí. Para ella.

Unas tibias lágrimas empezaron a caer desde sus ojos. De algún modo, esta decidida y osada mujer lo había entendido todo hasta encontrarla. Stacey nunca había estado tan agradecida.

—Jefa...

—Ahora tenemos que ponernos en marcha. El equipo armado de intervención ya está aquí. Se están acercando, pero nosotras estamos en el mero centro de este sitio. Tenemos que hacer el intento de movernos, ¿entiendes?

Stacey asintió. Seguía procesando el hecho de que ya no estaba sola. Las esperanzas empezaban a crecer en su interior, sobreponiéndose a la inevitabilidad de la muerte. Era posible que saliera con vida de todo esto.

—En cuanto salgamos, tendremos que mantenernos agachadas y dirigirnos al este, ¿vale?

Stacey asintió. Seguiría cualquier instrucción que le dieran, pero había un montón de cosas que quería decir, que tenía que decir.

—Jefa, escucha...

—Ahora no, Stace —le dijo Kim—. Hablaremos más tarde.

Observó a su jefa, que se ponía de pie y le daba la mano. Stacey extendió las muñecas atadas y Kim tiró de ellas.

—Tendrán que quedarse así, por ahora. ¿Puedes moverte bien?

Stacey asintió.

Caminaron de puntillas hacia la entrada de ese edificio con forma de túnel. La jefa hizo una pausa al final y se volvió.

La forma y la estructura le recordaron el túnel del canal Netherton. Su padre la llevaba a pasear por ahí los domingos por las tardes, y ella nunca le confesó cuánto la asustaban esas caminatas de dos mil ochocientos metros; pero siempre se sentía aliviada cuando veía el punto de luz aparecer en el otro extremo.

—¿Estás lista?

Stacey asintió y las dos se agacharon casi hasta el suelo.

—Hay trampas —susurró. Acababa de acordarse de los aullidos del pobre animal.

—Lo sé —dijo la jefa.

—¿Qué es eso? —preguntó Stacey, que miraba a la distancia.

Hicieron un alto al ver que la silueta se acercaba.

—Mierda, es Bryant —dijo la jefa, y empezó a hacerle señas con la mano.

De repente, Stacey se dio cuenta de que no lo estaba saludando. Su jefa le hacía señales para que se agachara.

Bryant redujo la marcha.

La jefa volvió a hacerle señas. Agáchate.

Él negó con la cabeza, no estaba entendiendo, y siguió caminando hacia ellas.

—Bryant, no...

Sus palabras se interrumpieron con el sonido de un solo disparo.

Y, en cámara lenta, Bryant finalmente se dobló hasta el suelo.

Capítulo 104

Dawson se volvió a Riggs, el oficial a cargo de la unidad de intervención armada.

—¿Cuánto falta? —le preguntó. Se sobreponía a la urgencia de atravesar la cerca e ir a buscar por su propia cuenta.

Al llegar él y Gibbs al límite oeste del sitio, se habían encontrado con seis hombres armados que venían entrando. A pesar de las protestas, los policías los habían obligado a marchar hasta un lugar seguro.

—Ya conoces los procedimientos, sargento —le dijo Riggs sin la menor sombra de humor—. Hay protocolos que se tienen que...

Dejó de hablar y levantó la mano mientras escuchaba algo por el pinganillo.

Dawson luchaba contra su propia frustración. Con toda franqueza, los protocolos le importaban tres cojones cuando se trataba de su gente.

Y seguían oyéndose disparos. Sus ojos se desplazaron hacia la parte trasera del Audi, cuyo asiento trasero había sido eliminado para instalar una caja de armamento. En ese instante, lo único que quería hacer era noquear al tipo y quitarle las llaves.

—Hasta el momento, ya hemos retirado a siete individuos —dijo Riggs, y bajó la mano—. Tengo a un agente herido por una trampa y...

—¿Cómo de lejos están sus muchachos? —interrumpió Dawson, menos preocupado por el miembro del equipo de Riggs que por los del suyo. Era Stacey a quien buscaban.

—A unos cuatrocientos metros del centro.

—¿No pueden ir más rápido? —preguntó Dawson, y se pasó la mano por el pelo.

—Absolutamente, y luego perder a uno y que otro salga asesinado. Ni siquiera sabemos cuánta gente hay ahí dentro.

Las respuestas de este hombre no ayudaban a Dawson a superar la ansiedad.

Algo muy grave estaba ocurriendo en ese complejo.

Y sus compañeros estaban justo en medio de todo.

Gibbs le puso una mano en el brazo.

—Dawson, no podemos...

—Escucha a tu compañero, amigo, y hazte a un lado —dijo Riggs —. Puedo ver esa mirada tuya y te reto a que lo intentes.

Dawson se enderezó.

—Sí, cómo no —dijo.

Un atisbo de sonrisa apareció en los severos labios.

—Escucha, colega, ya tengo suficientes héroes allá dentro. Mi equipo también está ahí, y si haces algo que ponga en peligro su seguridad, yo mismo te pegaré un tiro.

Capítulo 105

La visión de Kim se estrechó, el corazón le rebotaba dentro del pecho. Ninguna otra cosa le importaba mientras se arrastraba por el suelo. Una ortiga le picó la muñeca derecha, la grava se le estaba enterrando en el vientre, pero tenía toda la atención puesta en su compañero.

—Bryant —dijo en un susurro apremiante mientras se acercaba al lugar donde él había caído. Palpó a su alrededor entre las sombras.

—Bryant —repitió.

—Está aquí abajo, jefa —siseó Stacey a su derecha. Kim pasó por encima de una hilera de hierbas crecidas y miró hacia abajo.

—Lo oí —dijo Stacey.

—Bryant —habló Kim hacia dentro del pozo.

—Aquí, jefa —dijo él.

El alivio la inundó.

—¿Estás herido?

—Solo mi orgullo —respondió.

«Eso tiene remedio», pensó ella mientras se tomaba un momento para analizar la situación. Los policías armados no dejaban de acercarse, pero sus avances eran lentos. En el edificio había gente que podía salir huyendo. Uno de ellos acababa de dispararle a su amigo.

—¿Cómo de hondo estás?

—Tres, cuatro, cinco metros —dijo él.

—Lánzame tu navaja —le pidió.

Kim lo oyó rebuscarse.

—Allá va —avisó.

La navaja voló y cayó a un palmo de la rodilla de Kim. Esta cogió a Stacey por las muñecas. Un par de cortes y la atadura de cables quedó suelta.

—Quítate ese chaleco de alta visibilidad —le dijo a Stacey mientras empezaba a quitarse su propio chaleco antibalas.

—No, jefa, no...

—Será mejor que no hagas lo que creo que estás haciendo —dijo Bryant desde abajo.

Kim no le hizo caso. Hizo una bola con el chaleco fluorescente y lo arrojó hacia los arbustos, lejos, fuera de la vista.

—Ponte esto —ordenó a la asistente de detective.

Stacey se envolvió en la prenda a prueba de balas.

Kim sabía que, sin la protección del chaleco, se estaba volviendo vulnerable, pero tenía que seguir avanzando. Si los cazadores llegaran a descubrir a Stacey y a Bryant, los atraparían.

—Siéntate en el borde —ordenó—. Bryant, prepárate a atraparla.

No había otra cosa que hacer. No podía poner en riesgo la seguridad de Stacey ni podía sacar a Bryant de ahí.

Juntos, ellos estarían más seguros, fuera de la vista.

—Jefa, tienes que bajar...

—¿Lista? —Kim preguntó a Stacey mientras la empujaba suavemente hacia delante.

Stacey asintió. Ella misma se impulsó desde el borde.

Los oyó gruñir a los dos.

—¿Estáis bien? —preguntó hacia abajo.

—Sí, jefa, deberías...

Kim no escuchó el resto. Ya iba alejándose a rastras.

Capítulo 106

Kim se detuvo detrás de un montículo de hierba seca y quebradiza. Calculó que estaba a medio camino entre el lugar en que Bryant y Stacey habían quedado y el edificio donde seguía brillando una luz.

Los cincuenta metros que tenía por recorrer eran de hierba ondulante, sin lugares donde guarecerse. En cuanto saliera de donde estaba, quedaría en terreno abierto y expuesto.

Escuchó atentamente. A su izquierda, un susurro hizo que toda la tensión se le acumulara en la mandíbula.

No estaba sola.

Y los chicos buenos aún no llegaban.

Se quedó quieta. En ese momento, todos y cada uno de sus músculos querían desafiar las instrucciones de su cerebro.

El sonido se movía hacia ella. Cada vez más alto. Gente que se acercaba.

Silenciosamente, se apartó del camino de grava hacia la hierba.

Tras.

En casi todas las situaciones, Kim siempre había sentido que el ataque era la mejor forma de defensa.

Extendió la mano y se aferró a un tobillo. Tiró del pie con fuerza y el sujeto cayó de espaldas.

Inmediatamente, ella rodó sobre él.

El hombre había caído bajo el resplandor de la farola.

Kim bajó la mirada hasta un rostro que conocía muy bien.

Capítulo 107

Por unos momentos, tan solo, Stacey se sintió segura, apretujada contra Bryant en ese espacio de un metro cuadrado.

—¿Oyes eso, Stace? —susurró Bryant por encima de su cabeza.

Ella aguzó el oído.

—¿Qué?

—Los malditos perros, están acercándose mucho.

Stacey sintió que la oleada de pánico regresaba a recorrer su cuerpo; no se había alejado gran cosa. Ya sea que estuviera con Bryant o no, se quedarían atrapados en ese pozo hasta que alguien viniera a sacarlos.

—Pero no pueden saber que estamos aquí, ¿o sí? —preguntó.

—Stace —dijo él en la oscuridad—, ¿qué es ese olor?

—¿Qué olor? —preguntó ella y, enseguida, el recuerdo le cayó como un saco de arena—. Ay, no... Floda. Me frotó algo por todo el cuerpo...

Las palabras se desvanecieron cuando empezó a sentir que las manos de Bryant la tocaban en la oscuridad.

—Tus brazos están pegajosos —dijo él, y descendió, resbalando por la pared—. Y tus medias. ¿Qué...? —Calló por un segundo—. Qué putada, Stace, es sangre.

—No, no, no, no —dijo ella. Después de tocarse la manga de la camisa, se llevó los dedos a la nariz—. ¿Qué hago? Vendrán directo a mí.

—Stace, tienes que quitarte la ropa. Ahora.

Ella empezó a protestar:

—¿Estás teniendo un...?

—Tenemos que lanzar la ropa fuera del pozo —la apremió Bryant.

—¿Pero eso no los atraerá directamente a nosotros?

—Vienen hacia aquí, de todos modos. Dado que la ropa está aquí, los perros vendrán directamente a ella. Están entrenados para eso. Si los cazadores se dan cuenta de que estamos aquí abajo, seremos como peces en un barril. Tenemos que confundir a los perros, desviarlos de

este pozo de explosión.

Se detuvo a pensar mientras Stacey visualizaba la escena de arriba. Ella no se había movido en ese pequeño espacio. Seguía contra la pared por la que se había medio deslizado y medio caído. En el lado opuesto estaban los arbustos donde había oído golpear el muelle de la trampa de animales.

—Stace, tienes que quitártela —gruñó Bryant.

Ella asintió. Enseguida se dio cuenta de que él no podría verla.

—Lo sé —dijo mientras empezaba a quitarse el chaleco antibalas. El tipo le había embadurnado la camisa, la falda y las medias. Tendría que quitarse todo eso. Se quedaría en ropa interior, lo sabía. Apartó esos pensamientos. Si la idea era no morir mutilada por los perros o de un balazo, podría sobrellevarlo.

—Si pones el pie en mi mano, te alzaré un poco, y entonces tendrás que lanzar la ropa tan lejos como puedas.

—Vale —resopló cuando la camisa cayó al suelo. El aire de noviembre le mordió la piel desnuda en un instante.

«Pero es mejor fría que muerta», pensó. Se quitó la falda y las medias al mismo tiempo.

—Haz una bola con todo —dijo Bryant—. Volará más lejos.

Ella se agachó, hizo una pila con la ropa y usó las medias para atarla.

—Lista —dijo.

—Date prisa, se están acercando —siseó Bryant.

Sujetó la ropa con los dientes y tocó los brazos de Bryant en busca de las manos entrelazadas.

Subió la pierna derecha y apoyó el pie desnudo en las palmas.

—Gruñe cuando estés lista —dijo él.

Ella se ayudó con las manos libres, a ambos lados, para escalar la pared cubierta de musgo. Gruñó y Bryant la alzó aún más. Perdió el agarre del borde y se aferró a la bola de ropa que llevaba en la boca.

—Aaaaaaaah —gritó Stacey cuando empezó a derrumbarse hacia un lado.

De inmediato, Bryant bajó las manos para evitar que su compañera perdiera el equilibrio por completo.

La bola de ropa seguía en su boca.

—Mierda —dijo Bryant—. Antes de intentar el lanzamiento, cógete de la pared con una mano, para que no pierdas el equilibrio —la aconsejó.

Stacey no podía contestarle, pero asintió en la oscuridad.

Oía a los perros aullando en la distancia.

Tenía que hacerlo bien. No habría una segunda oportunidad.

Esta vez, él la alzó lentamente hasta dejarla a un metro de la

entrada, más o menos. Stacey podía sentir la fuerza del agarre de Bryant. Le tomó un par de segundos estabilizarse antes de quitar la mano derecha de la pared.

Cogió con lentitud el bulto que llevaba en la boca. La tela le había enjugado toda la saliva. Tragó aire seco en un intento de llevar humedad a su garganta.

Sopesó la bola en la palma de su mano y se la acomodó en el hombro, como un camarero que cargara una bandeja pesada.

Mentalmente, contó hasta tres. Concentró en el hombro cada minúscula fracción de sus fuerzas.

Al llegar a tres, lanzó la bola tan fuerte como pudo, apuntando hacia los arbustos.

—¿Ya está? —preguntó Bryant, y la bajó lentamente.

—S... sí. —El aire frío, que parecía haber invadido todo su cuerpo, la hacía tartamudear.

Bryant frotó los brazos de Stacey con musgo arrancado de la pared.

—Podría ayudar a disimular el olor —dijo, antes de soltarla.

Ella, mientras trataba de frotarse la piel congelada, escuchó a un lado los movimientos de su compañero.

A los pocos segundos, sintió cómo Bryant le envolvía los hombros con la chaqueta, cómo abrochaba la prenda por la parte delantera.

Súbitamente, cada milímetro de Stacey quiso estallar en lágrimas.

Bryant la rodeó con un brazo tranquilizador.

—Qué bien lo hiciste, Stace, qué bien lo hiciste —dijo.

Ella miró hacia arriba, al cielo oscuro.

Había conseguido lanzar fuera del pozo la ropa empapada en sangre.

Solo rezaba por haberla lanzado lo suficientemente lejos. Por el bien de los dos.

Capítulo 108

El primer puñetazo dio justo en la nariz del tipo. La sangre salpicó hasta el puño de Kim.

—Maldito hijo de puta —le soltó al mismo tiempo en que le daba otro puñetazo en la cara. Esta vez sintió la satisfacción de haberle metido el puño en la cuenca del ojo—. ¿Cómo mierda se atreve? —le gritó mientras le estrellaba la mano en la boca.

Un diente del tipo se desprendió bajo su nudillo.

Kim se sintió liberada de toda la furia que se había apoderado de su cuerpo. Esa cólera necesitaba una salida.

—Yo... Deténgase...

—Cállese la boca, vil y repugnante pedazo de mierda. ¿Quién diablos se crees que es, Floda? —le dijo amenazante.

Todos los pensamientos sobre su carrera habían desaparecido. Este hombre había tratado a su compañera como un trozo de carne, ¿y para qué? ¿Por qué razón?

Su mano se detuvo en el aire mientras ansiaba aterrizar una vez más en la cara de Dale Preece. Recordó, de pronto, la escena en el vestíbulo de la casa de los Preece. El modo en que el viejo había llamado a Dale, rechazando a Bart.

La verdad de la situación llegó hasta su mente como una bala: ese disgusto y esa falta de respeto de Robson Preece hacia su nieto más joven. La referencia ociosa a los *Juegos del hambre*. Competencia y supervivencia.

—Mierda, usted no es —dijo, como si, de pronto, todo hubiera cobrado sentido—. Usted no es Floda.

Dale Preece empezó a mover la cabeza de un lado al otro cuando ella, finalmente, lo dejó ir.

—Por favor, no lo lastime, inspectora. Sigue siendo mi hermano.

Capítulo 109

—¿Quién es el puto marica ahora, abuelo? —preguntó Bart, triunfante.

Por una vez, estaba en la posición de poder, con la silla de su abuelo atada a la antigua reja fija.

—Apoyaste al hijo equivocado, abue.

Contempló el destello del enfado en los fríos ojos azules, tal como lo había hecho toda la vida.

—Vaya, lo olvidé. Lo aborreces, ¿no es así, abue? No nos dejabas llamarte así cuando éramos niños. Era un nombre demasiado juguetón, demasiado infantil. No querías ser el abue de nadie, ¿verdad?

La molestia se había convertido en odio, y esto estaba bien para Bart. Había esperado un largo tiempo para tener esta charla con su abuelo. Y la mordaza evitaba que el viejo le respondiera.

—Pero *tenías* razón entonces, abue. Decías que la competencia nos haría esforzarnos más, que nos haría mejorar. Y, mira —dijo, señalando hacia fuera—. Mira lo que he hecho —añadió, ahora un paso más cerca del viejo—. ¿Crees que tu precioso Dale habría sido capaz de montar esto? ¿Crees que tu precioso Dale habría reproducido lo que hiciste hace todos estos años con el viejo Cowley?

»Mira, abue, no necesité la ayuda de nadie. Lo he hecho todo yo solo. *Yo* encontré a los invitados, *yo* encontré a los objetivos. Todo lo que está ocurriendo allí es gracias a mí, ¿y quieres saber por qué?».

—Sí, ¿por qué? —preguntó una voz desde la puerta.

Giró la cabeza por completo hacia la persona que se estaba atreviendo a estropearle el clímax, que amenazaba con echar a perder toda la imagen que durante años él había elaborado en su mente.

—¿Qué coño hace aquí? —le gruñó.

Capítulo 110

Kim dio un paso dentro de la habitación y se apoyó en el marco de la puerta. No apartaba la mirada de Bart.

Ya había visto el rifle reclinado contra la pared del fondo. Sabía que debía retrasar a Bart hasta que llegara la ayuda. Su único objetivo debía ser mantener esa arma fuera del juego.

—Se acabó, Bart —le dijo en voz baja, tratando de inyectar a su voz una tranquila firmeza—. Hay policías armados alrededor del edificio, por todos lados. He entrado para sacarlo de aquí.

Él miró a su abuelo, que, por su expresión, estaba igual de consternado.

—Pero, antes de salir, cuéntenos por qué lo hizo, Bart. Cuéntenos por qué recreó las atrocidades de su abuelo. —Lo vio echar un vistazo al arma; según sus cálculos, estaban más o menos a la misma distancia. Tenía que acaparar su atención.— No fue solo por él, ¿verdad? —le preguntó.

Cada fibra de su ser ansiaba lanzarse a través de la habitación y darle una paliza, pero lo quería vivo. Quería verlo en el tribunal. Quería presenciar su juicio, día tras día. Y anhelaba ver cómo lo llevaban a prisión, a enfrentar, personalmente, a cada hombre negro, asiático o gay que la cárcel pudiera ofrecerle.

—Sé por qué, Bart. Es porque usted coincide con sus opiniones racistas e intolerantes, ¿o no?

Él asintió lentamente. Kim pudo ver la misma frialdad en los ojos de los dos hombres. Eran mucho más parecidos de lo que ambos habían creído.

—Por supuesto —dijo con desdén—. ¿Y cómo no?

Kim entendía que eso le habían inculcado. Era una actitud, una creencia con que lo habían alimentado toda la vida, cucharada a cucharada.

—¿Y esa es la razón por la que escogió un nombre tan inmundo? —preguntó ella—, ¿el anagrama de uno de los hombres más execrables que ha existido jamás?

Cada oración que ella decía retrasaba los movimientos de ese hombre hacia el arma. No tenía ningún sentido debatir sus puntos de vista; eran despreciables y asquerosos. Y ella no podía deshacer en minutos toda una vida de condicionamiento.

—Él sabía lo que hacía —dijo Bart, y su rostro adquirió una fealdad que ella no le había visto—. Se trata de la pureza. Están tomando el control. Todos esos. ¿No se da cuenta de que tenemos que hacer algo?

—¿Estuvo chantajeando a los Cowley, igual que él? —preguntó Kim. Les habían permitido permanecer en esas tierras, sin pagar alquiler, siempre y cuando se ocuparan de los huesos—. Y le pegó un tiro a Billy Cowley, ¿no es así? —preguntó ella. Se arrepintió de inmediato, a la vez que él se volvió hacia el rifle—. ¿Y secuestró a Fiona? —dijo rápidamente, con tal de atraer nuevamente su atención. Por eso, Dale no la había visto ese día—. Después de que detuvimos a su padre, ella fue con ustedes, fue a exigirle a su familia que hiciera algo.

—Esa tipa tenía que callarse. Probablemente esté ahí fuera, en alguna parte, desangrándose hasta morir.

—Está viva —dijo Kim—. La encontramos, Bart. Y a mi compañera, también —explicó, incapaz de enmascarar la ira en su voz. Él frunció más el ceño—. Así que, de hecho, aún no ha matado a nadie —le dijo con toda intención. Si bien ella le tenía, tres cargos como complemento, por lo menos, la sangre en las manos del hombre estaba, todavía, en un guante de látex.

Una risa amarga provino del anciano de la silla de ruedas.

Bart se volvió hacia él y notó lo mismo que Kim: burla, asco, decepción.

La detective pudo ver las mejillas de Bart enrojecer de vergüenza.

Maldita sea. Volvía a ser un fracaso ante los ojos de su abuelo.

—Vete a la mierda —gruñó al anciano—. Te voy a enseñar cómo...

Sus palabras se fueron perdiendo mientras se abalanzaba sobre el arma.

Ella hizo lo mismo. Y falló.

Bart agarró el rifle con la mano izquierda mientras empujaba a Kim con la derecha para alejarla.

Levantó el arma... y disparó.

Robson Preece se desplomó hacia delante en su silla.

Bart se quedó arraigado en su lugar por un instante, mirando la sangre brotar bajo el traje de su abuelo.

Kim sabía que esta era su única oportunidad.

Había jugado a ganar tiempo, y había perdido.

Se lanzó hacia delante y, con todo el peso del cuerpo, derribó a

Bart. Él se había vuelto ligeramente hacia ella, así que cayó de lado.

Todavía tenía el rifle en las manos...

—Imbécil, hija de puta...

Se esforzaba por quitársela de encima, pero ella lo tenía sujeto por la cintura, apretándolo con las piernas. Y, cuando ella lo agarró de los brazos con intenciones de arrebatarle el arma, él se puso a agitarlos fuera de su alcance.

Kim consiguió levantarse y sujetarlo con las piernas a la altura de las nalgas. Quería evitar que siguiera retorciéndose. Si este tipo, en poder del rifle, conseguía liberar los brazos, el juego terminaría para uno de los dos. Y las probabilidades no la favorecían.

Con la palma de la mano izquierda, logró inmovilizar el cañón. Golpeó a Bart en la garganta y, al mismo tiempo, le arrebató el rifle.

Arrojó el arma hasta el otro extremo y la oyó deslizarse por el suelo de hormigón.

Sí, podía haber hecho el intento de dispararle, pero, para el momento en que ella tuviera el rifle en posición, a él quizás le habría dado tiempo de recuperarlo.

Ahora sí, era una pelea justa.

—Aléjese de él, inspectora.

Se quedó paralizada ante la voz fría y despojada de emociones.

—Dale, gracias a Dios —dijo Bart, y trató de sentarse—. Quiso quitarme el rifle. Se disparó. Mató a nuestro abuelo.

—¿Así que es usted un cobarde mentiroso, además de un cabrón racista, Bart? —dijo Kim. Le faltaba el aliento.

—Cállate, Bart —Exclamó Dale, y entró en la habitación.

Tenía el rifle apoyado en el hombro.

Kim sintió el miedo en el vientre mientras contemplaba la frialdad en la cara que acababa de golpear allí fuera.

—Le dije que no lo lastimara —habló Dale, y apuntó hacia Kim.

—Y no lo he lastimado —dijo ella—. Quiero que enfrente a un jurado. Quiero que pague por lo que ha hecho. Quiero que el mundo sepa qué clase de racista hijo de puta y enfermo es. Y quiero que sufra por ello.

Dale se encontró la mirada de la detective y asintió.

—Sé que eso es lo que usted quiere.

Kim miró al anciano. Estaba muerto y, ahora, ella era lo único que se interponía entre los hermanos y algo parecido a una relación. A pesar de la competencia que existía entre los dos, habían conseguido mantener vínculos profundos. Ante todo, se quisieron. Sus puntos de vista y sus jóvenes mentes habían sido retorcidos y deformados como el vidrio fundido, pero siempre se habían tenido el uno al otro.

—Solo mátala, Dale —gritó Bart.

Siempre se protegerían el uno al otro.

—Le echaremos la culpa de todo esto y...

Sus palabras terminaron abruptamente cuando sonó un disparo.

Kim esperaba la centella de dolor, la sensación de la carne desgarrada por el plomo. Pero eso no llegó.

Bart Preece se derrumbó lentamente. Su hermano dejó el arma en el suelo y salió de la habitación.

Capítulo 111

Kim aparcó la Ninja en la acera, a la derecha de las puertas del hospital. A pesar de la temperatura exterior de dos grados, necesitaba la soledad de la motocicleta. Aún tenía demasiada gente en la cabeza.

Había pasado la noche mirando el techo de su dormitorio, con preguntas arremolinándose en su mente, y una sola persona podía darle las respuestas.

Se dirigió a la sala de valoración quirúrgica. En su llamada al hospital, más temprano, le habían confirmado dónde estaba su objetivo.

Entró en el pabellón justo cuando estaban sacando a un paciente en silla de ruedas.

No había nadie que la atendiera en la recepción, pero Kim no tenía el tiempo, la paciencia ni las ganas de esperar.

En la segunda serie de camas encontró a la persona que estaba buscando.

La cama de Fiona era la que estaba más cerca de la ventana. La mujer tenía la cabeza vuelta hacia un cielo gris sin facciones.

Vestía su menudo cuerpo un camisón largo de algodón, lo que reveló a Kim que alguno de los miembros de la familia había venido a traerle sus propias cosas.

Las vendas que le cubrían el tobillo y el pie estaban acolchadas y limpias. El pie bueno calzaba una zapatilla gris de peluche, mientras la zapatilla descartada descansaba sobre la cama.

—Hola —dijo Kim en voz baja mientras se acercaba.

Fiona se volvió a mirarla con hostilidad, pero entonces pareció darse cuenta de que ya no necesitaba reaccionar así. Su rostro volvió a ser neutral.

—Hola —contestó.

—¿Cómo va el dolor? —dijo la detective. Se sentó en el sillón.

Ella se encogió de hombros y señaló con el rostro la máquina que tenía a la izquierda.

—Mejor, gracias a esa cosa.

—¿Morfina?

Fiona asintió.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó Kim, echando un vistazo al pie vendado.

—No me prometen nada, básicamente. Los médicos no saben si esto volverá a soportar algún peso. Si no, quedaré coja por el resto de mi vida.

Kim se quedó cavilando en lo que pudo haber ocurrido.

—Sé en lo que está pensando y estoy de acuerdo —dijo Fiona, que parecía haberle leído la mente—. ¿Su compañera de trabajo está bien?

Kim asintió.

—Gracias a Dios —dijo, y entonces añadió—: Estuvimos buscándola, Fiona. Ni por un instante llegué a pensar que la habían secuestrado.

—Usted creía que yo estaba involucrada, ¿o no?

—¿Podría culparme? —se defendió Kim—. Usted me bloqueaba todo el tiempo.

Fiona inclinó la cabeza.

—¿Fue usted quien alimentó a Gizmo?

—¿Que si yo...? Ah, ¿la cosa esa simpática que está en su cobertizo?

La primera sonrisa verdadera tocó los labios de Fiona, seguida de una mueca y la presión del botón. Por un segundo, su cara se había iluminado y ofrecido un vislumbre de la persona que estaba dentro.

—¿Cuántos más murieron anoche? —preguntó Fiona en voz baja. Era obvio que ya le habían hablado de Robson y Bart Preece.

—¿Era eso en lo que usted pensaba cuando entré? —Fiona asintió. — Solo uno, y no me avergüenza decir que se lo merecía —expuso con toda su franqueza. La visión de los miembros mordidos dentro de la jaula de los perros había sido espantosa de presenciar, pero más fácil de soportar cuando Kim, tras el interrogatorio policíaco, supo que Gary Flint había sugerido que su compañera fuera la atracción principal. El fisgoneo de Stacey simplemente le había hecho el juego a Floda. Kim suponía que el robo del ordenador de Justin había sido ordenado por Floda; primero, para buscar cualquier cosa que pudiera incriminarlo, y después, para usarlo como carnada y sacar a Stacey de la comisaría.

—¿Cuántos cazadores había? —preguntó Fiona.

—Nueve —contestó la detective.

—¿Todos ellos cometieron verdaderos asesinatos para entrar en...?

Kim levantó la mano para detenerla.

—Aún no lo sabemos. Provienen de otros seis condados. La investigación seguirá en curso durante algún tiempo, todavía.

Mercia Occidental ya había constituido un grupo de trabajo para conducir los interrogatorios de las nueve personas que habían sido detenidas. El equipo incluía psicólogos, expertos en comportamiento criminal, forenses informáticos y once inspectores detectives. Las fotografías que Penn había rescatado del teléfono de Stacey serían invaluables en la búsqueda de coincidencias entre personas y nombres de usuario. El propio sitio web había desaparecido una hora antes de que comenzara la reunión.

Kim había pedido ser informada de manera específica en el momento en que identificaran al asesino de Brandon *Bubba* Jones.

A pesar de los descubrimientos, la policía del condado de Derby estaba decidida a darle tratamiento de crimen de honor al ataque contra Shay Chakma. Kim solo esperaba que la pobre mujer obtuviera la justicia que se merecía.

—Explíqueme la cronología, Fiona. ¿Cuánto sabían usted y su hermano?

Kim sabía que Fiona sería interrogada formalmente por la policía de Mercia Occidental, pero esta pregunta no la estaba haciendo por la investigación; la hacía por sí misma.

Fiona respiró hondo.

—La primera vez fue hace veintisiete años. Mi abuelo habló con Robson Preece acerca de la demanda de Jacob James, y a Preece se le ocurrió la idea de la cacería. Sabe lo asqueroso y racista que era ese sujeto. —Kim asintió.

»En el instante en que mi abuelo accedió, selló el destino de todos nosotros. Y cuando él supo que había otras dos víctimas, ya estaba demasiado metido. No participó en la cacería, pero recogió los cadáveres y los enterró en el campo de abajo».

—¿El que se inundó?

—Sí. Fue entonces cuando las víctimas fueron cambiadas de lugar, y mi abuelo le contó todo a papá. Mi padre quería acudir a la policía, pero su padre no quería ni oír hablar del asunto.

—¿Así que su padre siguió cuidando de los cuerpos después de la muerte de su abuelo?

Fiona asintió.

—¿Y usted y Billy…?

—Nos enteramos de todo esto hace un mes, cuando Bart vino a decirnos que pondría más cuerpos en la tumba. Nos amenazó de que, si decíamos una sola palabra a cualquiera, los siguientes cuerpos serían los nuestros.

—¿Así que usted dio al equipo de entrenamiento la autorización de excavar? ¿Usted los dirigió? —preguntó Kim.

—Yo quería que alguien encontrara los restos. De esa manera,

ninguno de nosotros habría dicho nada, en realidad. Bart se puso como loco el día en que ustedes encontraron algo, pero le dije que había dado esa autorización antes de que él viniera a vernos, que yo no había podido cambiarla. Me agredió. Billy lo golpeó y lo amenazó con ir a la policía.

El más joven de los Cowley había mostrado más agallas de las que ella le había reconocido.

—¿Así que Bart le disparó a Billy para hacerlo callar?

Fiona asintió.

—Y para asustarnos y obligarnos a guardar silencio —añadió.

—¿Y usted fue a la casa de los Preece a hablar con Dale? —preguntó Kim.

—Sí. Cuando detuvieron a papá, fui a suplicarle que dijera la verdad y que, por lo menos, pusiera un límite a los daños que estaba sufriendo mi familia. Ni siquiera pude verlo. Bart me arrastró hasta la vagoneta y ordenó a uno de sus secuaces que lo siguiera en mi coche.

—¿De verdad cree que Dale la habría ayudado? —preguntó Kim.

No se hacía ilusiones con respecto a aquel último disparo. Aunque le había salvado la vida, ese no había sido el motivo. Dale sabía lo que para su hermano sería pasar el resto de su vida en la cárcel. Habría muerto de cientos de maneras diferentes.

Lo había matado porque lo quería.

Fiona se encogió de hombros.

—No había nadie más con quien yo pudiera hablar. El abuelo era un hijo de puta frío e insensible, en tanto que Mallory Preece había sido vapuleada psicológicamente hasta la sumisión.

Mallory Preece tenía ahora el poco envidiable deber de enterrar a su padre y a su hijo menor. El otro hijo se quedaría encerrado durante los próximos quince o veinte años.

Kim se maravillaba ante los fuertes sentimientos entre esos dos hermanos, a pesar de la rivalidad que constantemente les habían inculcado. Robson Preece había destruido muchas cosas, pero no había podido con eso.

—¿Sabe que su padre y su hermano están siendo interrogados en este momento? —preguntó Kim con suavidad. Sin importar cuánto había sufrido esa familia, otras lo habían pasado peor. Al tratar de protegerse a sí mismos, habían puesto en riesgo las vidas de muchas más personas inocentes.

—Lo suponía, y no tardarán mucho en venir aquí, ¿verdad?

Kim negó con la cabeza.

—Solo dígales la verdad, tal como a mí. Es su única defensa.

Kim se puso de pie y le ofreció la mano. Por muy descaminados que hubieran estado sus esfuerzos, Fiona Cowley había dado lo mejor

de sí misma.

La mujer le devolvió el apretón de manos y le dedicó una sonrisa de despedida.

Kim giró y salió de la sala, satisfecha de que algunas de las preguntas ya tuvieran respuesta.

Pero esas no eran las importantes.

Capítulo 112

Kim vio la conocida figura a la entrada de la comisaría.

—¿Estás perdido? —preguntó.

Travis sonrió.

—Anoche no tuve la oportunidad de hablar contigo.

Ella asintió.

Dale Preece había salido del edificio directamente a las manos de tres policías armados que habían llegado alertados por el primer disparo. Sin ofrecer ninguna resistencia, había rendido a Dawson una confesión completa.

—¿Todos bien?

Él asintió una vez más.

—Estoy agradecida contigo y con tu equipo. Sin ellos, quizás no los habríamos encontrado nunca. Por favor, dales las gracias a todos de mi parte.

Gibbs les había dado información invaluable sobre el lugar. Lynda había encontrado el vínculo con los secuestros. La base de datos de Penn había identificado a la primera víctima, Jacob James, con lo que todos tuvieron un punto de partida. También había aportado los posibles nombres de las otras dos víctimas. La número tres había sido, posiblemente, una chica judía de diecinueve años, proveniente de Walsall.

—Ya les di las gracias de tu parte —dijo.

Cambió el peso de un pie al otro.

—Pudimos haber tenido esta conversación por teléfono —comentó ella.

—Esa no es la razón por la que estoy aquí, y lo sabes. Lo que tengo que decirte merece que te lo diga en persona. Tienes el derecho de ver la vergüenza en mi cara.

—Tom, no...

—Cállate, Kim —dijo, y levantó la mano—. Lo que hice en ese vestuario no solo estuvo mal, sino que no tiene la menor excusa. Estabas tratando de ayudarme, pero, en ese momento, yo no era capaz

de darme cuenta. Tenías que haberme denunciado y no lo hiciste. Todavía tengo una carrera y los medios para cuidar de mi esposa.

—Para, por favor...

—Kim, estoy muy avergonzado por lo que hice —dijo con toda seriedad—. Para mí, es muy importante que lo sepas.

—Lo sé, Tom —dijo ella, y lo dijo en serio.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Así que pediste que te trasladaran porque a mí me hicieron inspectora detective antes que a ti?

Él sonrió y negó con la cabeza.

—No. Eso te lo merecías, pero no iba a decírtelo. —Volvió a ponerse serio.— Pedí mi transferencia porque no podía soportar verte después de lo que había hecho.

Ella negó con la cabeza. Había pasado mucho tiempo. Seguramente lo habrían solucionado.

Él tosió un tanto cohibido.

—Vale, he terminado. Es hora de la reunión de cierre con mi equipo.

—¿En sábado? —preguntó, cuando era exactamente lo que ella estaba a punto de hacer.

—Sí. No está mal, de vez en cuando. Los mantiene atentos. Y Carole pasará un par de horas con Melissa. Kim asintió y Travis se alejó caminando hacia su coche.

—Tom. Lo de tú y Carole... Melissa no se va a enterar de nada.

—Lo sé, pero yo sí —dijo, y abrió la puerta.

Kim lo entendía. Y también se daba cuenta de que Carole tenía razón: era un buen tipo.

—Nos vemos, Tom —le dijo mientras él ya se estaba subiendo al coche.

—Y esperaré con ansias nuestra siguiente disputa por una escena criminal, inspectora detective —habló él antes de cerrar la puerta.

Cuando Kim entró en el edificio, Jack la miró extrañado, y ella sabía por qué.

Por una vez, su rostro lucía una sonrisa.

Capítulo 113

Al llegar a la sala de la brigada, la sonrisa de Kim ya había desaparecido.

Su equipo la estaba esperando. En silencio.

Bryant trataba de llamarle la atención.

Dawson tosía.

Stacey miraba el teclado.

—Stace, al Tazón —dijo, y caminó directamente hacia su despacho.

Stacey la siguió, entró y cerró la puerta.

—Jefa, lamento...

—Siéntate —le dijo ella—. Tienes que prepararte para lo que se avecina.

Stacey la miró petrificada.

—Ya Frost me anticipó que toda esta historia saldrá publicada hoy mismo, más tarde, y todo el mundo va a venir tras de ti. Concede entrevistas o no concedas entrevistas; eso es asunto tuyo.

Stacey parecía asqueada y movió la cabeza de un lado al otro, con vehemencia.

—Pero tendrás que anticipar una reacción violenta de la señora Reynolds. En nombre de la verdad, le arrebataste un hijo inocente para devolverle a un racista. No te va a dar las gracias por eso.

Por lo menos, la madre sabía que su hijo se había arrepentido de haber casi matado a Henryk Kowalski. En el joven habían quedado algunas reminiscencias de conciencia.

—Pero yo...

—Epa, no te quedaba otra —dijo Kim—. No somos dueños de la verdad como para ponernos a higienizar o censurar. La verdad es simplemente la verdad. Y, por mucho que le duela a la señora Reynolds, hay familias que hoy ya saben lo que ocurrió con sus seres queridos y por qué.

Stacey asintió en señal de que había comprendido.

Tras haber visto el miedo en los ojos de su compañera, Kim volvió

a sentarse. Suspiró hondo.

—Stace, ¿por qué diablos no hablaste conmigo, simplemente?

Kim notó las lágrimas, por más esfuerzos que la asistente de detective hizo para ahuyentarlas parpadeando.

—No lo sé. Debí haberlo hecho. Quería hacerlo, pero todos estaban demasiado ocupados.

—¿Demasiado ocupados? —la cuestionó Kim.

Stacey pensó un segundo antes de negar con la cabeza, sinceramente.

—No. Sí pude haberlo hecho, lo sé —se encogió de hombros—. Creo que solo quería demostrar que puedo hacer más.

Kim rio con pesar.

—Y, por la misma razón, quizás debería presionarte otro poco, sacarte a veces de este lugar, donde te sientes tan cómoda. Y, por eso, lo siento —dijo.

Stacey la miró confundida.

—Jefa, ¿me van a echar?

—¿Por qué?, ¿por haber hecho tu trabajo? Tuviste una corazonada y, por tus propios motivos, la seguiste. Sucede, además, que tenías razón; y por mucho que deteste que te hubieras puesto en peligro, tus actos han sacado de las calles a un montón de asquerosos cabrones racistas.

Stacey tragó saliva.

Kim era consciente de que tenía que obligarse a decir ciertas palabras que no eran fáciles de pronunciar, pero era necesario que la asistente de detective las escuchara.

—Stace, seguiste tus instintos como lo habría hecho cualquier buen poli, y eso es lo que eres. Y, si esto significa algo, estoy inmensamente orgullosa de ti.

Por el semblante de Stacey, Kim podía decir que sí, que eso significaba algo.

Señaló con la cara la sala de la brigada.

—Ahora, adelante —le ordenó—. Saldré en un minuto.

Stacey abrió la boca para decir algo más, pero Kim negó con la cabeza. No había nada más que decir.

La inspectora detective tenía la sensación de que este caso les había enseñado algo a todos. Su equipo había tenido que pasar por el exprimidor, y estaba segura de que no habían salido intactos de ahí.

Stacey había aprendido lecciones muy valiosas sobre el trabajo en equipo, además de que había estado cerca de perder la vida.

Dawson, por fin, había aprendido lo que significaba trabajar junto a alguien más, en tanto que Bryant ahora sabía que Dawson no era el gilipollas que había creído. No tanto.

«¿Y qué he aprendido yo?», se preguntó, con la mirada fija en el escritorio: que su equipo significaba muchísimo para ella. Más de lo que deberían. Todos ellos.

Y este era el momento de averiguar si su equipo estaba en buen estado.

—Vale, chicos —dijo en cuanto volvió a la sala.

—Perdona, jefa —dijo Stacey—. ¿Puedo hacer una sola pregunta antes de que empecemos?

—Adelante —la invitó Kim, y se sentó en el borde del escritorio.

Stacey miró a Dawson.

—Entonces, Kev, ¿por qué eres el único miembro de mi equipo que no ha ido a buscarme?

Él puso los ojos en blanco.

—Stace, ya te lo he explicado.

—¿Así que permitiste que un tipo muy bruto, con un coche colmado de armas y una cantidad incontable de municiones, te alejara de mí? —Exhaló ruidosamente—. Entonces, claramente, no somos tan íntimos como yo creía.

Kim intercambió una sonrisa con Bryant. Ambos sabían que este era el modo en que Stace daba a Dawson la oportunidad de bajarse del gancho en que se había colgado.

—Vaya, Stace, déjame invitarte a comer para compensarlo —le ofreció.

—*Nah,* está bien —contestó ella feliz.

—¿No quieres salir conmigo?

—No —repitió ella.

—Stace, ¿es porque soy blanco? —preguntó Daswon guiñando el ojo.

—No —contestó Stacey.

—¿Es porque soy hombre?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No, Kev, es porque eres un gilipollas —dijo Stacey.

Kim ni siquiera hizo el intento de contener la carcajada que brotó en un estallido.

Miró de un lado al otro, mientras las risas viajaban de uno al otro.

Sí, su equipo iba a estar bien.

Carta de Ángela

Ante todo, quiero expresarte todo mi agradecimiento por haber elegido *Almas muertas,* la sexta entrega de la serie de Kim Stone.

Este ha sido un libro difícil de escribir por razones diferentes a las de cualquier otro libro que haya escrito. Hubo momentos en que la investigación me llevó a lugares tan desagradables, tan desesperantes, que, de verdad, dudé si debería seguir adelante.

Siempre he querido entender las motivaciones que hay detrás de quienes eligen perpetrar crímenes de odio contra cualquier grupo minoritario. Es un modo de pensar que está increíblemente lejos de mi propia comprensión.

Cuando me decidí a explorar este tema con mayor detalle, su relevancia no era tan oportuna o actual como lo es ahora, dada la forma en que el panorama político se desarrolla a nuestro alrededor. Sin embargo, también me han alentado actos de apoyo y solidaridad ante el odio. Seguiré esperando el día en que nos concentremos en nuestras similitudes, no en nuestras diferencias.

Como bien saben muchos de mis lectores, me gusta probar, me gusta ofrecerle a Kim Stone un desafío diferente con cada nueva historia. En esta he querido sondear cómo podría adaptarse a trabajar con otro equipo, en un ambiente donde las cosas no se hacen siempre a su manera. Esto también me dio la oportunidad de explorar, con un poco más de profundidad, el personaje de Stacey, así como poner a Bryant y Dawson en pareja a desarrollar su propia investigación.

Espero que lo hayas disfrutado.

Y, si te gustó, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendarlos a tus amigos y familiares...

Me encantaría saber de ti, así que ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, en Twitter o directamente en mi sitio web.

Y, si quieres estar al día de mis últimos lanzamientos, suscríbete

en el sitio web que te digo a continuación.

Muchas gracias por tu apoyo. Lo valoro muchísimo.

Angela Marsons

www.bookouture.com/angelamarsons
www.angelamarsons-books.com
angelamarsonsauthor@WriteAngie

Agradecimientos

En primer lugar, tengo que reconocer el compromiso de mi compañera, Julie. Aunque es mi nombre el que aparece en los libros, no hay duda de que el proceso es un esfuerzo de equipo. En la lluvia de ideas, en el mecanografiado del primer borrador, en sus dos lecturas completas, ella me acompaña a cada paso del camino. Es la compañera de mi vida, mi amor y mi socia del crimen.

Quisiera agradecer al equipo de Bookouture su incesante entusiasmo por Kim Stone y sus historias. En particular, a la increíble Keshini Naidoo, quien consigue exprimirme hasta la última gota de creatividad, incluso cuando siento que ya no tengo nada que dar; a Oliver Rhodes, quien tiene la pericia de saber qué hacer con nuestros libros una vez que la sangre, el sudor y las lágrimas han quedado atrás, y a Kim Nash, que durante el viaje nos ofrece té, simpatía, profesionalismo y una feroz protección.

Y tengo un saludo especial para la increíblemente bravía y tenaz Lorella Belli, quien sigue vendiendo en el extranjero los derechos de Kim Stone y, a la fecha, ha conquistado más de veinte países.

Debo un reconocimiento a la creciente familia de autores de Bookouture. El entusiasmo mutuo de esta gente es genuino; nos aporta un ambiente de amistad, consejo y apoyo. Gracias a la fantástica Kim Slater, quien ha sido mi amiga por muchos años y un increíble apoyo, y a las fabulosas Caroline Mitchell, Renita D'Silva y Mel Sherrat, sin quienes este viaje sería imposible.

Estoy agradecida con todos los minoristas por su continuo apoyo a la serie de Kim Stone.

Mi gratitud eterna va para todos aquellos maravillosos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir su historia. Esta gente maravillosa grita a todo volumen y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por su apoyo, tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, especialmente a los que han hurtado un poco de tiempo a un día ajetreado para visitarme en mi sitio web, en mi página de Facebook, en Goodreads o en Twitter.

UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA
BLÆDEL
UNA MENTIRA
PIADOSA
JENTAS BOOKS

Una mentira piadosa

Blædel, Sara

9788742812310

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas.

La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su esposa se ha ido sin decirle una sola palabra.

Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido algo mucho más tenebroso. La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

Cómpralo y empieza a leer

Angela
MARSONS
HILOS DE
SANGRE
UN THRILLER DE
KIM STONE

Hilos de sangre

Marsons, Angela
9788742812471
447 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cómo se puede atrapar a un asesino que no deja rastro?

La víctima ha recibido una sola puñalada, precisa, en el vientre; y, a primera vista, cualquiera diría que ha sido un robo frustrado. Una trabajadora social, madre cariñosa, se ha perdido en un acto de violencia sin sentido. Pero, para la detective Kim Stone, las cuentas no cuadran.

Cuando una drogadicta local aparece asesinada con una herida idéntica, Kim intuye que se enfrenta al mismo homicida. Ahora bien, no hay nada que relacione a las víctimas, salvo la fría y calculada naturaleza de sus muertes; así que este podría ser su caso más difícil hasta la fecha.

Mientras busca desesperadamente al retorcido autor, Kim recibe una escalofriante carta que pondrá bajo amenaza su concentración en el caso. La doctora Alex Thorne, la sociópata a quien puso tras las rejas, está decidida a golpearla donde más le duele. La pondrá cara a cara con la mujer responsable de la muerte de su hermano: su propia madre.

Mientras crece la cuenta de los cadáveres, Kim y su equipo dejan al descubierto una red de oscuros secretos que los acercan cada vez más al asesino. Y un miembro de su equipo podría estar en peligro de muerte; pero, esta vez, a Kim quizás no le queden fuerzas para salvarlo…

Un *thriller* totalmente apasionante que te llevará, bien sujeto, desde la primera página hasta el dramático giro final.

Cómpralo y empieza a leer

UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA BLÆDEL
TESTIGO DE MEDIANOCHE
JENTAS

Testigo de medianoche

Blædel, Sara

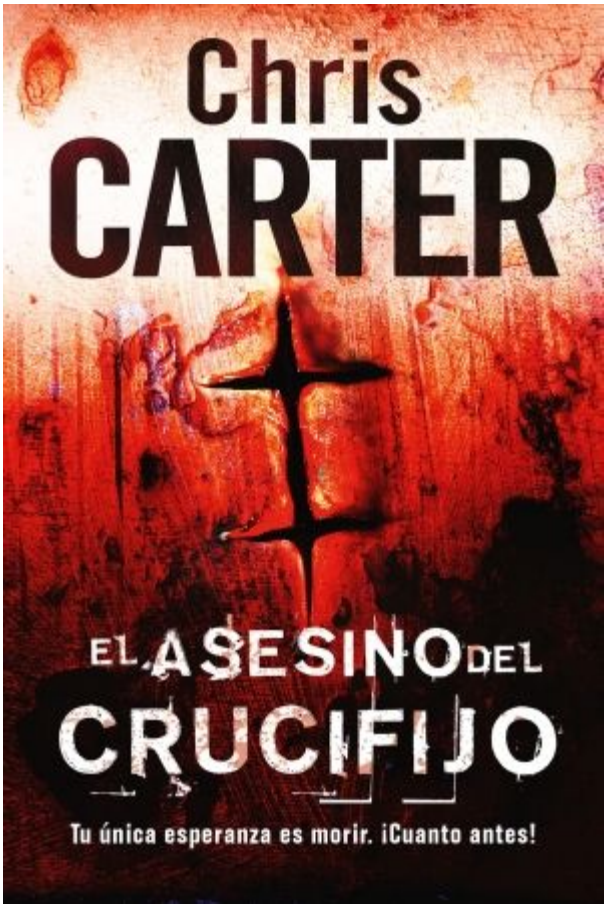
9788742811610

300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

MÁS DE CUATRO MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS EN EL MUNDO. Louise Rick, la detective de homicidios novata, debuta en este emocionante best seller internacional: el número uno que lanzó la increíble carrera de la escritora Sara Blædel hasta alcanzar los tres millones de ventas. Una joven aparece estrangulada en un parque y un periodista ha sido asesinado en el patio trasero del Hotel Royal de Copenhague. La detective Louise Rick se encarga del caso de la joven, pero muy pronto se ve envuelta en la resolución del otro homicidio: su mejor amiga, la periodista Camilla Lind, conocía al hombre asesinado. Louise intenta evitar que su amiga se involucre demasiado, pero Camilla nunca ha sido de las que se pierden una historia interesante. Y esta vez, Camilla puede haber ido demasiado lejos.... Emocionalmente fascinante y llena de giros inesperados, El testigo de medianoche es la mejor pista para comprender el fenómeno internacional Sara Blædel.

Cómpralo y empieza a leer


Chris
CARTER
EL ASESINO DEL
CRUCIFIJO
Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El asesino del crucifijo

Carter, Chris

9788771075779

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada –cuando aún seguía con vida.

En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás.

¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al detective Hunter, incapaz de atraparle?

Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe.

« Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - *Daily Mail*

Cómpralo y empieza a leer

UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER
CHRIS CARTER
BUEN TRABAJO NO HAS ENCENDIDO LAS LUCES...
EL ESCULTOR DE LA MUERTE
NO PUDE DEJAR EL LIBRO HASTA TERMINARLO.
CRIME SQUAD

El escultor de la muerte

Carter, Chris

9788742812013

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Prepárate para un viaje al terror»*Heat*
«Un escritor de thrillers excepcional»*Daily Mail*
«No pude dejar el libro hasta terminarlo.»*Crime Scuad*

Apunta. Atormenta. Mata.

"Buen trabajo no has encendido las luces…"

Una estudiante de enfermería recibe el susto de su vida cuando encuentra a su paciente, el fiscal Derek Nicholson, brutalmente asesinado en la cama. El acto parece no tener ningún sentido Nicholson padecía una enfermedad terminal y le quedaban tan solo unas semanas de vida. Pero lo que más le impacta al detective Robert Hunter de la División de Robos y Homicidios es la tarjeta personal dejada por el asesino.

Para Hunter, no hay duda de que el asesino está intentando comunicarse con la policía, pero el método no tiene absolutamente nada que ver con algo que él haya visto antes. ¿Y cuál podría ser el mensaje oculto?

En el momento mismo en el que Hunter y su compañero Garcia creen que han dado con una pista, la policía encuentra otro cuerpo y otra tarjeta personal. Pero sin que haya ninguna relación aparente entre la primera víctima y la segunda, todos los avances que han hecho hasta ese momento parecen quedar en la nada.

Obligados a trabajar en equipo con Alice Beaumont, una investigadora muy segura de sí misma, Hunter se debe apresurar para unir todas las piezas del rompecabezas… antes de que el Escultor de la Muerte le dé los toques finales a su obra maestra.

****

" Carter, quien nación en Brasil, se crio en los Estados Unidos y ahora reside en Londres, se ha convertido en un escritor de thrillers excepcional que se merece su lugar junto a Jeffery Deaver." ***Daily Mail***

" Carter, ex psicólogo criminalista, sabe de lo que habla cuando crea asesinos seriales que te hielan la sangre, por lo que prepárate para un viaje al terror." ***Heat***

" Carter es uno de esos autores que hacen que escribir parezca una actividad que no demanda ningún esfuerzo… No pude dejar el libro hasta terminarlo." ***Crime Squad***

Cómpralo y empieza a leer